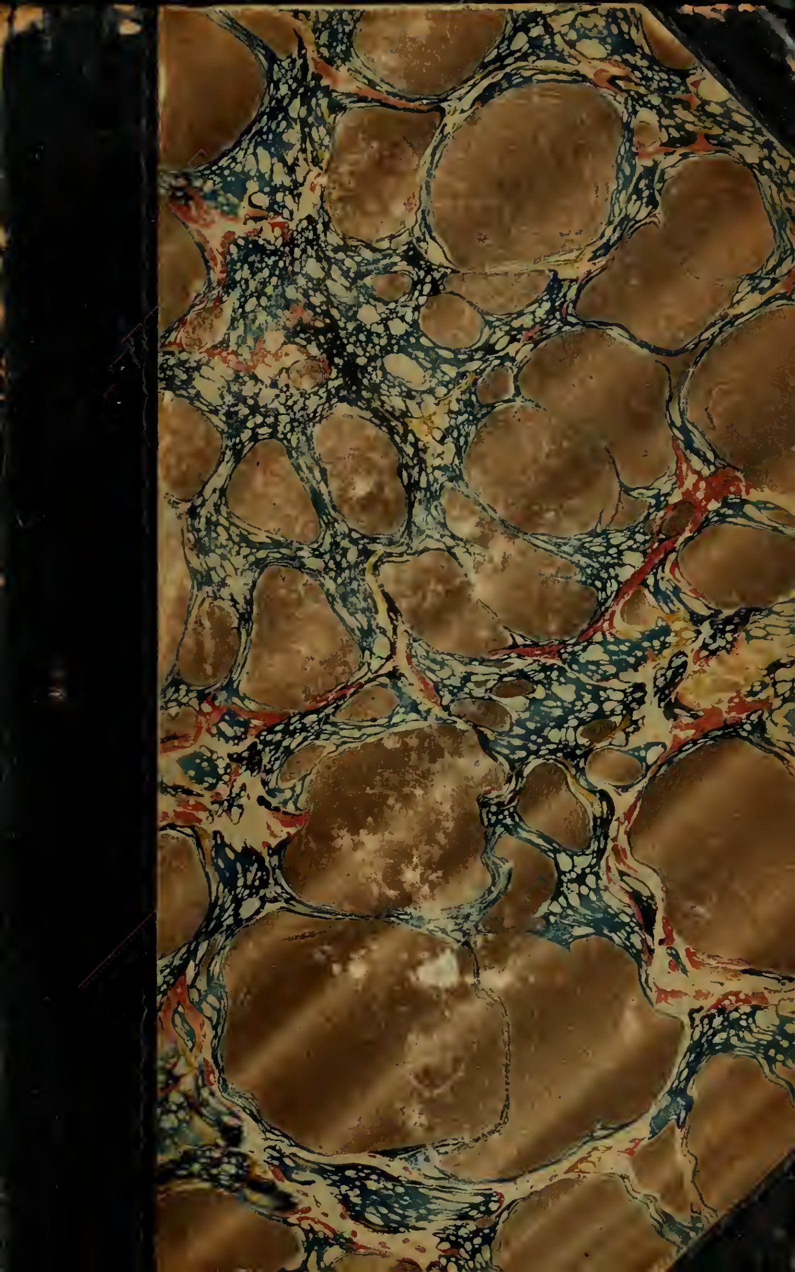


Richd. M. Lucas,



John Fitz. John Harris.



R. S. Lucas.

ARTURO.

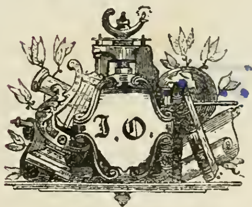
ESCRITO EN FRANCÉS

POR EUGENIO SUE.

TRADUCCION

de D. Juan Sureda.

TOMO II.



Barcelona.

IMPRENTA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

1844.

LORD FALMOUTH.

I.

Proyectos.

Habia salido de París con lord Falmouth agobiado por el peso enorme de mi tristeza. Á pesar de la indiferencia con que abandonaba entonces la vida bulliciosa del gran mundo, por una especie de peregrinacion cuyo misterioso objeto se me habia querido ocultar, debia venirme en pos el recuerdo de unos votos tan cruel é incompletamente quebrantados, y alcanzarme en medio de las distracciones del viaje.

¡Elena! ¡Margarita! ¡nombres dolorosos que la fatalidad me ponia siempre por delante como un cruel sarcasmo, un remordimiento ó una especie de reto; no era posible olvidaros, pues mi conciencia se encargaba de vengaros!

Porque al fin, que despues de apurada se rompa la copa.... enhorabuena: ¡pero arrojarla, llena todavía, á mis pies! ¡morir de sed en el momento mismo en que pudiera aplicar mis labios á una agua fresca y cristalina! ¡es cosa inconcebible!

Al analizar mis impresiones, tambien encontraba en ellas mi habitual instinto de egoismo, pues nunca fijaba mi atencion en el daño horrible que habia causado á Margarita ó á Elena, sino que pensaba siempre en la felicidad encantadora cuya pérdida me partia el corazon.

Es cierto que salia y que huia de París; pero me sentia siempre empujado casi á pesar mio hácia aquel centro de amargos recuerdos por una fuerza invisible. Si alguna

vez me dejaba llevar de la esperanza de volver á encontrar algun dia á Margarita, venia de repente la pasada realidad á cortar ese vuelo de mi corazon con una de aquellas sacudidas sordas instantáneas, y por decirlo así, eléctricas, cuya conmocion va en derechura al alma y hace extremecer dolorosamente nuestra completa exsistencia.

Horrorizábame al contemplar cuan de tarde en tarde me acordaba de mi padre, y aun entonces no era mas que por hacer una comparacion sacrílega entre el dolor que su muerte me causara en otro tiempo y los pesares con que ahora el amor me atormentaba.

¡Ah! lo diré mal que me pese: al distinguir con mi experiencia, por desgracia tan precoz, estas varias especies de tristeza, la última me pareció menos intensa y mucho mas acerba, menos profunda pero mas tempestuosa, menos grave pero mas aguda que la primera.

Me inclino á creer que existen dos especies de penas: la del corazon.... legítima y santa; y la del orgullo.... vergonzosa y miserable.

La primera por mucho que nos obligue, nunca nos amarga; es inmensa, y sin embargo esta inmensidad de dolor nos envanece como pudiera envanecernos el cumplimiento de un deber grande y terrible.

Las lágrimas que nos hace derramar corren tambien en abundancia y sin trabajo; dispone al alma para sentir las mas afectuosas emociones de la caridad; nos llena de conmiseracion y de amor, y hace en fin que todos los pesares agenos sean como queridos hermanos de nuestros propios pesares.

Por el contrario, si padecemos por alguna causa indigna, nuestro corazon está saturado de hiel; nuestro dolor concentrado se asemeja á un furor mudo sofrenado por la vergüenza ó á una punzante mordedura encubierta por la vanidad. Nos corroen la envidia y la rabia; pero nuestros ojos no lloran, y solo una desgracia agena puede arrancarnos alguna pálida y melancólica sonrisa.

Tales fueron á lo menos los dos grados de tristeza bien distintos que pude experimentar á la muerte de mi padre y al tiempo de mi rompimiento con Elena y Margarita.

No es todo: apenas hube salido de París con lord Falmouth cuando me arrepentí por un miserable capricho de haber emprendido aquel viaje; no porque temiese sus consecuencias, sino porque hubiera preferido estar solo para poder así arrostrar mejor mi pesar, luchar con él mano á mano y vencerlo por ventura.

Lo tengo bien experimentado: nada hay tan funesto como el procurar distraernos del dolor que nos aqueja.

Por poco que dejemos tomar cuerpo á nuestro mal, se alzará contra nosotros mas terrible.

Cuando se encuentra uno precipitado en el hondo abismo del sufrimiento moral, lo mas espantoso despues del choque terrible que conmueve y lastima hasta las fibras mas delicadas de su corazon, es aquella noche repentina, negra y profunda que no permite al alma ver siquiera las inumerables llagas que la destrozan.

Horriblemente magullado, yace uno confundido en un caos de mil sufrimientos sin nombre, y luego sucediendo poco á poco el pensamiento á la confusion, como se acostumbran nuestros ojos á distinguir los objetos en medio de las tinieblas, empieza uno á reconocerse, si puedo hablar así, en su misma desesperacion. Entonces aparecen lentamente en torno nuestro, aviesos y pálidos como un espectro, los espantosos recuerdos del tiempo pasado y las visiones halagüeñas de un porvenir en que es inútil esperar: entonces se nos presentan los fantasmas de las horas mas felices, mas radiantes y mas doradas de otros tiempos.... porque de nada se olvida el dolor.... el eco mas lejano, el aroma mas vago, el murmullo mas misterioso, todo se reproduce desapiadadamente en nuestra imaginacion, y es difícil de concebir cuan extraño y siniestro es aquel espejo de una felicidad que hemos perdido.... figurémonos un paisaje bañado de azul, de luz y de sol, visto al través del ojo empañado de

un moribundo, y se nos presentará todo cubierto de una niebla parda y sepulcral.

El dolor se halla entonces en su parasismo y no puede hacer mas que decrecer; es agudo y penetrante, pero se deja analizar; nuestros enemigos nos embisten en gran número y su aspecto es terrible y amenazador, pero se dejan ver y podemos combatirlos.

Luchando así como un lobo que entrando herido en su profunda cueva solo espera del tiempo su salud, recogido en la soledad del sufrimiento, podemos fijar un término próximo ó remoto á nuestro dolor, y confiar á lo menos en el olvido.... ¡el olvido! esta sola é inexorable realidad de la vida: ¡el olvido! este Océano inmenso en que van á perderse consecutivamente toda afliccion, todo amor y todo juramento.

Y sin embargo, extraña impotencia de lo que llaman la *humana filosofía*, convencidos de que algun dia, de que quizás en breve, el tiempo ha de borrar todo dolor, en nada contribuye tan incontestable seguridad para aliviar ó abreviar nuestros tormentos.

Este es el motivo porque he creido siempre que el distraernos de nuestro dolor en vez de hacerle frente con toda resolucion era principiar todos los dias esa cruel iniciacion al sufrimiento, en lugar de agotarlo por su mismo exceso.

Con semejante disposicion de ánimo, no podia pues dejar de sentir algunas veces haberme empeñado en un viaje emprendido bajo tan novelescos auspicios.

Despues de viajar toda la noche y habernos alejado cuarenta leguas de París, dispertó Falmouth, y estrechándome la mano me dijo: La noche da consejo, y ahora pienso mejor, que al fin y al cabo mi proyecto podrá quizá pareceros una simple necedad; así pues, os revelaré mi secreto ahora que nos hallamos todavía á una distancia de París bastante corta para que esta misma noche podais encontraros allí de vuelta si mi plan no os acomoda.

— Vamos á ver.... decidme este proyecto misterioso.

— Aquí le teneis, contestó Falmouth. ¿Sabeis lo que es el club de los yates?

— Lo sé, y si no me engaño vos sois miembro de él.

— Pues bien, como tal, tengo una hermosa goleta actualmente anclada en las islas de Hieres junto á Marsella: esta goleta va armada de ocho carronadas, y cuarenta hombres componen su tripulacion.

— Segun veo, vais á proponerme un verdadero combate naval.

— Casi, casi; y debo deciros en primer lugar que toda la gente de mi yate desde el capitan hasta el último, me son adictos hasta perder con gusto la vida por mí?

— No lo dudo.

— Tambien habeis de saber que mi yate, llamado *la Gacela* hace honor á su nombre y que corre sobre las aguas. Tres veces en las corridas de la isla Wight ha ganado al bergantin de lord Yarboroug, nuestro presidente, y se ha llevado el premio del Yacht club: en una palabra no hay ningun buque de guerra en la marina real de Francia ó Inglaterra á quien mi yate no dejase de popa como un caballo de carrera á un caballo de carreta.

— No se me oculta que casi todos los barcos de placer de vuestra aristocracia son peces en el agua; ¿pero que tenemos con esto?

— La vida que llevabais ahora os parecia sosa y monótona, ¿no es así? pues bien, ¿quereis darla algun sabor?

— Sí por cierto.

— Pero antes, me dijo Falmouth con aire seriamente burlesco, quiero aseguraros bajo mi palabra de honor que no soy ni remotamente philheleno.... muy al contrario soy un acérrimo partidario de los turcos.

— ¡Cosa rara! le dije con asombro: ¿qué tiene que ver nuestro viaje con los turcos ó los philhelenos?

— Pronto lo sabréis, pues trato de proponeros un viaje á la Grecia.

— ¿Con qué objeto?

— ¿Habeis oido hablar alguna vez de Canaris? me preguntó Falmouth.

— ¿De ese intrépido corsario, que tantos bajeles turcos ha incendiado ya con sus brulotes?

— Ese mismo. ¡Pues bien! ¿no se os ha puesto nunca en el magín el ir á verle?

— ¿Ir á ver qué?

— Ver á Canaris incendiar una embarcacion turca, me dijo Falmouth con la mayor indiferencia, lo mismo que si se tratara de asistir á una corrida ó visitar alguna fábrica.

— Confieso, le dije sin poder contener la risa, que nunca he tenido tal antojo.

— Lo extraño, contestó Falmouth; pues, á decir verdad, van mas de seis meses que no sueño otra cosa mas que Canaris y su brulote.... y solo con la idea de satisfacer este capricho, hice pasar mi yate de la isla de Wight á Marsella, de modo que si venís en ello, saldrémos de Marsella para Malta á bordo de mi goleta; y despues en Malta yo me encargo de obtener una autorizacion del gobernador lord Ponsomby, para acudir con mi yate al auxilio de los griegos, aunque no sea, repito, philheleno, aumentando así la escuadrilla de lord Cochrane. Ahora pues, como vos quisierais, pudiéramos pasarnos abordo por algunos meses una vida algo parecida á la de los caballeros andantes ó.... de los piratas, pues pronto nos hallariamos al frente de peligros, combates, tormentas, y mil otras especies de lances nuevos y tal vez arriesgados que nos sacarian de esa vida mundana y nos proporcionarian la dicha quizá de ver realizarse mi idea fija.... esto es: ver á Canaris incendiar un bajel turco, pues no puedo morir satisfecho mientras no haya tenido este placer: decidme: ¿qué opinais?

— Aunque el gusto de Falmouth por el experimento de los brulotes me pareció muy singular, no se me ofreció ninguna grave objecion á su proyecto. No habia estado todavía en el Oriente, y mi imaginacion se habia recreado muchas veces bajo aquel hermoso cielo: por otra parte, esa

vida perezosa y sensual me habia seducido en todo tiempo, y sobre todo sentia una viva curiosidad de saber como arrostraria los grandes peligros que podria suscitar una navegacion arriesgada, pues en mis largos viajes no se me habia nunca ofrecido la menor exposicion.

A mas de los inumerables riesgos que pudiéramos correr asociándonos con una de las expediciones de Canaris, no se me ocultaba que desde la insurreccion de los griegos infestaban el Archipéilago una multitud de piratas turcos, renegados y algerinos, y que un buque tan endeble como el de Falmouth estaba sumamente expuesto á sus ataques. Hecho cargo de todo, el fondo de la proposicion mereció mi beneplácito, y contesté despues de guardado un largo silencio, cuyo resultado parecia esperar Falmouth con impaciencia: — Aunque confieso con rubor que no me mueve á seguiros precisamente la curiosidad de ver una embarcacion turca incendiada por Canaris, me conformo enteramente con vuestro proyecto, y ya podeis contarme entre los pasajeros de vuestra goleta.

— ¡ Henos aquí pues reunidos por mucho tiempo! exclamó Falmouth. Tanto mejor, que podrá libraros de muchisimas preocupaciones.

— Miréle con sorpresa, y le pedia algunas explicaciones que procuró eludir.

— Fijado el objeto de nuestra navegacion, convenimos en salir de las islas de Hyeres con direccion á Malta, tan luego como llegásemos á Marsella.

La vista de los objetos exteriores y el movimiento del viaje fueron poco á poco calmando, ó mejor embotando mis sufrimientos; nunca empero pude sustraerme en medio de aquella especie de felicidad pasajera á una sorda inquietud, fundada en la conviccion en que estaba de que mis pesares adquiririan en breve mayor fuerza, al sentirme cruelmente abandonado por aquel sueño tan benéfico. Debo advertir tambien que Falmouth se mostraba sumamente afectuoso y complaciente, conservando una constante igualdad en su carácter.

Sus palabras, hijas de un talento bien formado, me seducian en extremo, como igualmente su delicadeza y graciosa obsequiosidad, que pude apreciar cuando tuvieron lugar sus relaciones con el marido de Elena.

No obstante mi aparente frialdad y mis continuos dicterios contra la amistad (sentimiento al parecer muy indiferente para mí), me sentia inclinado algunas veces á Falmouth por una fuerte simpatía.

Y en aquellos momentos, se me presentaba nuestro viaje bajo un aspecto verdaderamente encantador; y en vez de parecerme una distraccion fastidiosa é importuna, mil sueños de oro me embargaban el pensamiento haciéndome concebir que tal vez encontraria en Falmouth un amigo tierno y verdadero.

Apreciaba entonces las largas é íntimas conferencias de la travesía, horas tan favorables á las expansiones y confianzas; las excursiones, las fatigas, y tal vez los peligros de que participaríamos como hermanos en medio de países desconocidos.... confianzas, excursiones, fatigas y peligros que recordaríamos al cabo de algunos años con inefable delicia, diciéndonos uno á otro: — ¿No te acuerdas?... Dulces palabras, eco dulce del tiempo pasado que hace siempre extremecer el corazon.... La saciedad de los placeres, decia en mí mismo, es verdaderamente mala; pero feliz al menos el fastidio de aquellos que cansados de las delicias de una vida la mas regalada, tienen el valeroso capricho de ir á templar su alma al fuego del brulote de Canaris.

Con semejantes interpretaciones, ¿podia menos de ser aquel viaje en verdad noble y elevado? ¿no habia tambien un no sé que de interesante y caballeresco en aquella participacion de peligros tan fraternal?

Cuando me dejaba llevar naturalmente por aquellas impresiones, calmaban los dolores de mi alma con su benéfica influencia, y derramando un bálsamo precioso sobre todas mis heridas, se me iban insensiblemente aliviando: aunque la memoria de lo pasado me amargaba todavía, sin em-

bargo no me era ya odiosa, y aun la generosa fe que tenia en el porvenir mitigaba mucho mi amargura.

No puedo en fin expresar la dicha que experimentaba durante aquellas puras y religiosas aspiraciones de mi corazon hácia una amistad consoladora; así como Dios abraza con una sola mirada todas las edades de la eternidad, así me parecia á mi descubrir de repente al instantáneo brillo de mi esperanza reciente, allá en el horizonte de mi soñada felicidad, mil nuevos encantos, mil gozosos éxtasis al pronunciar esta sola palabra: *un amigo,* y sentia renacer en mí los mas nobles instintos y el mas generoso entusiasmo. No cabe duda que yo era entonces muy digno de inspirar y abrigar en toda su extension y magnificencia un sentimiento cuyas innumerables simpatías reconocia en mí, cuyos religiosos deberes no ignoraba, y de cuyas delicias disfrutaba ya! . . . .
. . . .

Mas ¡ah! aquel éxtasis era momentáneo y muchas veces me veia luego precipitado de aquella radiante esfera en el negro abismo de la mas detestable duda y del mas humillante escepticismo.

La desconfianza de mí mismo y el temor de verme despues chasqueado por los mismos sentimientos que entonces experimentaba me exaltaban de manera que llegaban á convertirse en una feroz monomanía.

En vez de considerar á Falmouth atraido hacia mí por una simpatía igual á la que él me inspiraba, me ocupaba en investigar el *interés* que podia haberle movido á preguntarme si queria acompañarle. Sus inmensas riquezas no me permitian ver en su ofrecimiento un deseo de ahorrar la mitad de los gastos del viaje que se habia propuesto hacer conmigo.... Con todo, calculando las extremas é inexplicables contradicciones de la humana naturaleza, y la mas que modesta sencillez que Falmouth afectaba algunas veces, no acababa de tener esta miserable mira por enteramente inadmisible.

Sin abandonar del todo tan mezquina suposicion, vi tambien en aquella circunstancia la desdeñosa indiferencia de un hombre fastidiado que toma casual é indistintamente el brazo del primero que se le presenta para dar con él un largo paseo, una vez que siga su misma direccion.... . .

. . . .

¡Estas eran las miras que á menudo afeaban á pesar mio un porvenir que á veces se me presentaba tan hermoso!

— ¡Oh padre mio! ¡padre mio! ¡cuán fatal es el terrible don que me dejasteis enseñándome á dudar!... Yo visto ahora tu coraza de hierro, pero no puedo entrar con ella en los combates porque me abruma con su mismo peso. Rechazado y replegado dentro de mí mismo, conozco mi debilidad y miséria, y aun la estoy exagerando. . .

. . . .

Llegamos á Marsella y poco despues á las islas de Hyeres sin habernos sucedido ningun notable accidente.

Como no nos detuvímos en Marsella mas que el tiempo preciso para mudar los caballos, pronto estuvimos en las islas de Hyeres, donde vimos al yate de Falmouth surto en la bahia de *Frais-Port*, enfrente de Porquerolles.

II.

El yate.

La Gacela era un prodigio de lujo y elegancia: nunca he visto cosa mas linda que aquella bonita embarcacion, cuya capacidad interior habia sido destinada á formar la habitacion de Falmouth. Este cómodo alojamiento consistia en una sala comun y dos cuartos dormitorios con su pieza de baños cada uno. A proa estaban los camarotes del capitan y del piloto. Componian la tripulacion del yate cuarenta marineros con camisolas azules, en cuyos botones se veian

las armas de Falmouth, una faja encarnada que sostenia un pantalon blanco, y una ancha cinta negra que ondulaba sobre su sombrero de paja.

Sobre la cubierta de la goleta, que brillaba de limpieza, se veian ocho carronadas de bronce sobre otras tantas cureñas de caoba cuidadosamente lustradas: algunos pedreros de cobre y despues una armería simétricamente compuesta de fusiles, pistolas, sables, lanzas y hachas completaba el armamento de aquel lindo buque.

Su capitan, que me fue presentado por Falmouth con el nombre de Williams, era un jóven de unos veinte y cinco años, alto y robusto, con aire de sencillez y de dulzura, hijo, segun me dijo Falmouth, de uno de sus arrendatarios de Suffolk. La mayor parte de la tripulacion pertenecia tambien á aquel condado, donde milord poseia inmensos territorios que lindaban con el mar. El piloto de la goleta, hermano menor de Williams, se llamaba Jorge. Tenia cinco ó seis años menos que aquel y se le parecia muchísimo: demostraba tambien la misma fuerza, serenidad y dulzura que su hermano.

Estos dos jóvenes oficiales guardaban el mayor respeto á Falmouth; llamábanle monseñor (milord); y él los tuteaba con una familiaridad afectuosa y casi paternal.

Entrábamos en los primeros dias del mes de junio; el tiempo era magnífico, y el viento, bastante fresco y enteramente favorable para nosotros, soplaba de la parte del norte. Despues de haber consultado á Williams acerca de la oportunidad de la salida, se decidió Falmouth á dar la vela á la mañana del dia siguiente.

Para hacer rumbo hácia el sur, debíamos ir á reconocer las costas occidentales de la Córcega, de Cerdeña y de Sicilia, y arribar á Malta; y despues de haber visto al gobernador y tomado un práctico en aquella isla, nos era preciso virar hácia el nordeste y entrar en el Archipiélago griego para llegar á Hydra, donde esperaba Falmouth que encontraríamos á Canaris.

La bahia de *Frais-Port*, lugar en que solia estar anclada *la Gacela*, estaba situada al sur de Porquerolles, y solamente la frecuentaban los barcos pescadores ó algunos buquecillos sardos, nicardos y catalanes que hacian el cabotaje de aquellas costas.

Cuando estuvimos en aquella rada, vimos únicamente en ella un grande místico con bandera sarda, anclado á una gran distancia de *la Gacela*.

Llegada la noche, se presentó la luna en su mayor grandor, brillante y esplendorosa en medio de un cielo sembrado de magníficas estrellas; el aire despedia el oloroso perfume de los naranjos de los jardines de Hyeres.

Propúsome Falmouth si queria dar un paseo por aquella costa, y lo acepté con el mayor placer. Seguimos una especie de rampa formada por unas rocas cortada á pique, y elevadas unos veinte y cinco ó treinta pies sobre la ribera que ceñia, y sobre la cual se venian pacíficamente á morir las sordas oleadas del Mediterráneo.

Desde aquella especie de azoteas naturales descubríamos á lo lejos enfrente de nosotros la inmensidad del mar, cuyo sombrío azul estaba zurcado por una zona de argentada luz; porque la luna se alzaba todavía brillante y majestuosa: al oeste se distinguia la entrada á la bahía de Frais-Port, donde estaba anclado el yate; y al este la cima montuosa del cabo d'Armes, cuya blancura se destacaba atrevidamente del subido azul del firmamento.

Aquel cuadro tan majestuoso nos llenó de asombro; ningun ruido turbaba el profundo silencio de la noche, y solamente oíamos de tarde en tarde el débil y monótono rumor de las olas adormidas que se desplegaban sobre la arena.

Hallábame profundamente absorto en aquellas contemplaciones, cuando Falmouth me hizo notar á favor de la luna como el místico de que hablamos iba saliendo del puerto llevado á remolque por su chalupa; y pocos minutos despues dió el ancla á la parte exterior de la última punta

de la bahía, como si hubiera querido prepararse para dar á la vela á la primera señal.

— Nuestro yate pasará la noche solo en esta rada me dijo Falmouth, porque el místico se está aparejando para salir segun se ve.

— Á fe que vuestra *Gacela* no tendrá por que sentir su ausencia, le respondí; porque he visto ese buque á la luz del dia, y no es fácil encontrar una embarcacion que presente un aspecto mas sórdido que el suyo: pues si lo comparamos con vuestra goleta tan elegante y primorosa, dirémos que es un pobre andrajoso al lado de una linda muchacha....

— Enhorabuena, repuso Falmouth; pero á fe que al tal andrajoso no le han de faltar bonitas piernas, pues tambien le he observado y convengo en que es horrible, pero estoy muy cierto de que anda como un delfin.... Por ejemplo, reparad en la inmensidad de sus entenas que acaba de izar.

Interrumpí á Falmouth, para enseñarle á unos treinta pies debajo de nosotros á su teniente Geordy, que caminando con tiento á lo largo de la ribera, demostraba algun miedo á ser descubierto, y cuando tenia que atravesar un trozo de arenal alumbrado por los rayos de la luna, en lugar de avanzar en línea recta, daba una gran vuelta para ocultarse detrás de algunos cascos de roca que terminaban la costa en aquel paraje, y se deslizaba arrastrando de este modo.

— ¿Qué diablos estará pues haciendo allí Geordy? me dijo Falmouth mirándome con sorpresa.

Y seguíamos á Geordy con la vista, cuando le vimos que parándose repentinamente se metió en la hondura de un peñasco y se quedó agachado.

Por un movimiento de imitacion maquinal nos detuvimos Falmouth y yo á un mismo tiempo; y percibiendo el ruido de una voz, adelantamos la cabeza con precaucion y vimos la chalupa que habia llevado de remolque al místico,

que se dirigia á la punta de la bahía.

Una docena de marineros con sus larguísimos gorros catalanes encarnados y camisolas oscuras, conducian aquella embarcacion, á cuya popa iba sentado un marino que manejaba la caña del timon, cubierto con un gaban negro cuya capucha metida hasta los ojos, impedia que le vieran sus facciones; pero sin embargo, el todo de aquel hombre tenia un cierto no sé qué desagradable.

Llegada la chalupa á tierra, el hombre del gaban se quedó solo y echó una cuerda á los marineros, que estos amarraron á una roca.

Lo primero que hizo aquella gente fue mirar por todas partes con inquietud y cautela; y no descubriendo á nadie, se dieron prisa para llegar al peñasco en que se habia ocultado Geordy.

Apenas les vió llegar cuando sacó este un par de pistolas de su faltriquera.

Falmouth y yo nos miramos recíprocamente, ignorando los dos el partido que debiéramos tomar atendida la posicion en que nos hallábamos, pues aquellas peñas estaban cortadas á pique, y la rampa seguia hasta muy lejos; por cuya razon solo podíamos ayudar á Geordy con nuestros gritos en caso que llegaran á las manos; y aun suponiendo que aquellas voces hubiesen hecho fugar á los marineros, todavía les quedaba el arbitrio de reunirse con su chalupa al místico en menos de diez minutos y dar la vela.

En esta indecision, vimos llegar á los marineros en frente del peñasco con que Geordy se abrigaba, y con algunas barras de hierro levantaron á duras penas una gran piedra que cubria una abertura al parecer muy espaciosa, pues vimos que sacaban de ella á toda prisa una infinidad de cajones y barriles de mucho peso, que embarcaron en la chalupa.

Con riesgo de que nos descubrieran, soltó Falmouth una gran carcajada, y dijo:

— Pues á fe mia, que son valientes *sinogglers* (contra-

bandistas) que tenian escondido allí su contrabando por temor del resguardo ó de los guardacostas franceses, y se disponen á salir esta noche otra vez con sus prohibidos efectos. Ahora comprendo porque ha de ser aquel barco tan ligero.

— Pero, si así fuese, le dije, ¿á qué vendria el estarlos espiando vuestro teniente que no es del resguardo ni guarda costa?

— Decís bien, contestó Falmouth; y no sé que pensar de ello: veamos pues en que irá á parar esa tramoya.

Diez minutos despues de embarcados los cajones llegó la chalupa á fuerza de remo y se hundió hasta el nivel del mar al costado del místico que acababa de cargar sus últimas velas.

No bien se hubo separado la lancha de la tierra, cuando saliendo Geordy de su escondrijo apretó á correr con todas sus fuerzas hácia el lugar en que estaba anclada la goleta; pero esta vez en lugar de seguir rozando por las rocas, atravesó por en medio de la arena, y á favor de la luna fue descubierto por los marineros de la chalupa.

Inmediatamente el hombre del gaban negro sentado á la popa abandonó el timon para levantarse, tomó un fusíl y apuntó vivamente á Geordy.

Oímos el tiro despues de haber visto brillar una luz en la obscuridad....

Aunque siguió otro tiro al primero, no por esto pareció que Geordy estuviera herido pues le vimos continuar su carrera hasta llegar á un recodo de la costa en que le perdimos de vista.

— Vámonos á bordo de la goleta, dije á Falmouth, quizá podremos todavía alcanzar al místico y exigirle debida satisfaccion por el ataque.

A medida que volvimos precipitadamente á lo largo de la rampa, se nos ofrecia siempre á la vista la chalupa que forzaba de remo para llegar al místico.

En breve lo alcanzó; y mientras la izaban á bordo, des-

plegó el barco sus grandes velas al viento norte como si fueran dos alas inmensas, y pronto hubo desaparecido en las sombrías profundidades del horizonte . . . . . .

. . . .

— Tarde llegamos, dijo Falmouth, vélos allá que ya han marchado. . . . .

. . . .

Dímonos prisa para llegar cuanto antes á una miserable posada que habia en las inmediaciones del embarcadero del Frais-Port, y en ella encontramos á Geordy.... no estaba herido.

— Explícame por Dios, le dijo Falmouth, lo que fuiste á hacer por entre aquellas rocas; ¿y qué motivo diste á esa canalla para que te asestaran los dos tiros?

Sorprendido Geordy de ver que Falmouth le habia estado quizás observando, hizo la siguiente explicacion:

Ese místico sardo que estaba surto en la bahía cuando entró en ella el yate, debia aparejarse dentro de muy pocos dias: y aunque demostraba su capitan regresar en lastre de Barcelona á Nisa, la presencia de la goleta inglesa desconcertó al parecer aquel proyecto.

Su prolongada permanencia á Porquerolles hizo que no pudiesen menos de extrañar Willams y Geordy con mucha razon que un pobre buque mercante como aquel, quisiera perder de aquel modo un tiempo tan precioso y favorable; añadíase á esto la circunstancia de llevar una tripulacion compuesta de veinte hombres, número demasiado considerable ya para un barco de su porte, que pasando sin hacer nada, habia de hallarse despues en la imposibilidad de cubrir los gastos del armamento. Deseosos los dos ingleses de reconocer por sí mismos aquella embarcacion, se habian presentado á bordo bajo el pretexto de pedir al capitan algun favor de poca monta. Entonces pudieron examinar el interior del místico, que les pareció mucho mas á propósito para dar una buena corrida que para el tráfico comercial; pero no vieron armas ni municiones en toda la cubierta, ni

la bodega que encontraron bien abierta; aunque procuraron con bastante empeño avistarse con el capitan, que no era otro sino el del gaban negro, sus esfuerzos fueron vanos, porque este eludió siempre la entrevista.

En fin, nada encontraron de sospechoso los del resguardo francés en la minuciosa inspeccion que hicieron del barco y sus papeles.

Segun se expresaba Geordy, entre los veinte marineros de aquel místico habia cinco ó seis italianos, y los demás eran españoles y americanos, que parecian una gavilla de foragidos á juzgar por sus fisonomías siniestras y patibularias. Pero lo que mas habia contribuido á hacer entrar en sospechas á los ingleses, fue que vieron aumentarse la tripulacion, segun iban cada dia llegando poco á poco muchos marineros despues de una corta ausencia del capitan sardo, habiendo dado la vela con cerca de cincuenta hombres, número demasiado exorbitante para tan pequeño buque.

— Mas ¿porqué, le preguntó Falmouth, les estuviste espiando esta noche?

Como esas gentes, que á no engañarme son piratas, iban á largarse al mismo tiempo que el yate de vuestra gracia, y tal vez antes, contestó Geordy, recelé que en el momento de su salida irian quizás á tierra para recoger sus armas que precisamente tendrian escondidas pues que no las habíamos visto á bordo, aunque todo estaba abierto. Así es que apenas les ví saltar en la chalupa y dirigirse hacia las rocas de la parte del norte, cuando me fuí deslizando á lo largo de la costa, llegando á tiempo para cerciorarme de lo que nos habíamos ya figurado mi hermano y yo....

— Es decir, prosiguió Falmouth, que verdaderamente son piratas.

— No cabe duda, milord; las cajas están llenas de armas y en los barriles está la pólvora; habian hallado seguramente medio de esconderlo por allá antes que los del resguardo verificasen el fondeo.

— ¿Y les oiste hablar?

— Sí, milord, uno de los americanos dijo á su camarada al tiempo de enseñarle los barriles de pólvora: *Esa es buena liga para coger la mosca inglesa...* queriendo significar la goleta de vuestra gracia.

— Bravísimo, dije sonriéndome á Falmouth: todavía nos hallamos en el puerto y ya empiezan los peligros. Mucho os mima la suerte....

— Adivino perfectamente su proyecto, contestó Falmouth: quisieran nada menos que reemplazar su horroroso místico con mi linda *Gacela*. Bonita adquisicion harian en verdad, pues que una vez dueños de mi yate los buques de guerra no les alcanzarian y ningun mercante les podria escapar.

— Es por demás añadir, dije á Falmouth, que como nuestra presencía les seria bastante molesta, nos arrojarian seguramente al mar para salir de embarazos.

— Esto suele resultar generalmente de esa especie de cambios; pero antes trataremos de estorbárselo, contestó Falmouth, y dirigiéndose á Geordy, añadió:

— Una vez emprendido el viaje, no hay para que encargarte el reconocer cuidadosa y momentaneamente el horizonte para no dar en manos de esos pillos: sé que eres un marino diligente y á toda prueba, digno hermano en fin de tu hermano: uno y otro os habeis criado en el mar, de consiguiente puesto el yate en vuestras manos, dormiré tranquilo. Os he visto á entrambos hacer frente á muchos riesgos en medio de las mas horrorosas tempestades.... Y volviéndose hácia mí, continuó haciendo referencia á Geordy: ¿Podreis creer que con ese aire de cordura y timidez así él como su hermano son unos verdaderos leones en presentándose el peligro?...

Á este elogio, contestó Geordy con una modesta sonrisa, bajó los ojos, y asomando un rubor virginal por sus mejillas, fue á encontrar á su hermano Williams para prepararlo todo á fin de poder salir de la bahía de Porquerolles al amanecer del dia siguiente.

III.

La travesia.

A los tres dias de haber abandonado la Francia, nos hallamos en las alturas de Cerdeña, donde empezamos á experimentar la contrariedad de los vientos que tanto nos habian favorecido hasta entonces.

Sin tener ninguna seguridad formal de que seríamos atacados por el misterioso barco cuya salida habia sido tan brusca y tan hostíl, no habia dejado Falmouth de encargar al capitan del yate que procurase estar continuamente sobre sí. Cargáronse pues las carronadas de metralla, dejáronse las armas preparadas en el entre-puente y por la noche se mantuvo un centinela con el objeto de evitar toda sorpresa.

Yo no podia menos de admirar la calma y la dulzura de aquellos dos jóvenes oficiales; su silenciosa actividad y el sentimiento de inmensa ternura que parecia unirlos en un solo cuerpo, y medir, si puedo hablar así, sus mas indiferentes acciones con una exactitud acompasada.

Tambien observé que cuando venia el caso de disponer algun movimiento en la maniobra delante de Falmouth, guardaban en sus voces un tono respetuoso por consideracion á milord, y aun esto se extendia á las mismas órdenes que debian dar en su presencia: ese miramiento me pareció del mejor gusto, ó mas bien la expresion de sus delicados sentimientos.

Geordy obedecia con alegre sumision á Williams, su hermano mayor; y debo decir que nada me agradaba tanto como el contemplar el mutuo afecto de aquellos dos hermanos, que se preguntaban y respondian con la vista, comunicándose por este medio mil menudencias sobre el

servicio con una extraña sagacidad, ó mejor con una maravillosa simpatía.

Yo habia tenido la curiosidad de inspeccionar su camarote.

Ví en él dos hamacas blancas como la nieve, una mesita y una cómoda de nogal que lucia como un espejo. Habia además dos retratos groseros, aunque graciosamente pintados, el uno de su madre, figura grave y bondadosa (á la cual se parecian extraordinariamente los dos) y el otro de su padre, cuyas facciones varoniles y despejadas recordaban su buen humor y lealtad; y por único adorno vi colgados entre los dos retratos las armas de los dos hermanos.

Muchas veces estando la goleta en alta mar y mientras abria un sulco de blanca espuma al través de las pacíficas olas del Mediterráneo, Williams y Geordy venian á sentarse sobre un cañon, y asidos del brazo, con rostro serio y pensativo, leian piadosamente una biblia muy vieja con corchetes de cobre que tenian abierta sobre las rodillas, é interrumpian solamente su lectura para extender alguna vez una mirada melancólica por el horizonte inmenso y solitario.... ¡ y aun aquella distraccion era todavía un homenaje que tributaban á la grandeza del Criador!

Terminada su lectura religiosa, pasaban á veces los dos hermanos á entablar alguna larga conferencia.

Un dia que se me antojó saber la materia de que trataban, fuí á sentarme al lado del cañon donde solian departir, y despues de proferidas algunas palabras de una y otra parte, aparenté quedarme adormecido....

Oíles entonces hacerse confianza muy sencilla acerca de su futura suerte, traer á su memoria los dulces recuerdos de la patria, animarse recíprocamente á servir con esmero á Falmouth, al noble protector de su familia, al que profesaban un afecto respetuoso, entrañable y casi filial como el que durante muchas generaciones sucesivas conservaban antiguamente entre nosotros las familias *domésticas* (en la

acepcion feudal de la palabra) (1) á las grandes casas que las patrocinaban.

Cuando los dos hermanos hablaban del *lord*, lo hacian siempre reverentemente, sin envidia, y sobre todo sin ninguna comparacion amarga y celosa con su pobre y dura condicion.

Una vez entre otras, refirieron algunas particularidades de la vida de Falmouth que me llenaron de admiracion. Aquel hombre, que se mostraba al parecer tan fastidiado de todos los sentimientos humanos, habia atestiguado en mil distintas ocasiones la bondad mas generosa y la mas exquisita delicadeza, que Williams y Geordy recordaban con asombro.

Cada paso que daba en la intimidad de Enrique era para mí un nuevo motivo de sorpresa.

Cada dia iba descubriendo en él las cualidades mas eminentes y mas opuestas al carácter ficticio ó real con que hasta entonces se me habia aparecido. Brillaba en su rostro una serenidad sin igual, una prodigiosa penetracion, y una alma, en fin, noble y elevada.

En breve eché de ver en nuestras largas conferencias que su ironía era ya menos mordaz, menos severos sus cálculos y su escepticismo menos implacable; parecia que se quitaba una por una las piezas de una armadura cuya inutilidad reconocia.

Veia con satisfaccion transformarse de la manera mas completa el carácter de Falmouth.

La cariñosa constancia con que solicitaba mi amistad me tenia seducido, y gozaba ansioso de aquel sentimiento sincero y profundo, cuyo dulce consuelo experimentaba por primera vez. Todo lo hubiera sacrificado con gusto para asegurar el porvenir de un afecto para mí tan precioso, y como

(1) Es decir, que formaban parte de la *casa;* lo cual no envolvia en sí ninguna idea de servidumbre: los pajes, escuderos y gentiles hombres eran domésticos bajo este sentido.

lo sentia generosa y valientemente me juzgaba digno de inspirarlo.

Felíz Falmouth con mi confianza, me daba las gracias con el acento de la gratitud mas verdadera por la fe que tenia en su amistad; porque de ese modo, me decia, siguiendo en adelante el camino de la vida bien sostenidos el uno por el otro, arrostrarémos todos los mutuos pesares; pues las decepciones del amor, del orgullo y de la ambicion, regularmente tan dolorosas porque son concentradas, han de perder precisamente su acritud esparciéndose por un corazon amigo.

El acento de su voz era tan veraz, sus facciones tenian una expresion de sinceridad tal, que mi desconfianza habia quedado sepultada en el olvido, y experimentaba un placer en dejarme llevar por un afecto que me era todavía desconocido.

Hubiérasenos visto despues ocupados en conversaciones de un atractivo inexplicable. La imaginacion de Falmouth era viva y esplendorosa y su talento muy esmerado. Nuestros conocimientos eran en uno y otro suficientemente extensos y variados; así es que á pesar de las largas horas de la travesía, no tuvimos un solo momento de fastidio.

A medida que aumentaba nuestra intimidad, mas confiaba de mí y de Falmouth. Teníame por felíz y de mejor condicion; poníaseme delante un nuevo porvenir; me hallaba con bastantes fuerzas para no someter á un frio análisis una felicidad tan risueña y tan reciente. Entregábame deliciosamente á manos de unas impresiones que me parecian tan puras y halagüeñas. . . . .
. . . .

Habíamos ya pasado cinco dias en el mar.

Una noche, ya muy tarde, á eso de las once, dejando á Falmouth en el salon subí en cubierta para gozar del fresco de la noche y fuí á sentarme en un serení suspendido á la popa de la goleta.

Hacia rato que estaba absorto en mis pensamientos, cuan-

do el marinero que estaba de guardia dió la voz á un buque que se acercaba.

Levantéme.

El marinero llamó segunda vez.

Entonces ví casi de repente pasar silenciosamente de vuelta encontrada y no muy lejos de nosotros un barco, que no me fue difícil conocer por el místico sardo de la bahía de Porquerolles, en razon de la gran cantidad de vela que llevaba.

La noche era clara, y el místico no andaba con rapidez; sobre cubierta se veia un gran número de hombres que se apretaban unos contra otros.

Un farol colgaba de su entena y á favor de una luz vaga y rojiza que despedia, distinguí á popa asido del timon al hombre de la capucha negra que me habia llamado ya la atencion cuando la chalupa hizo el desembarque.

¡Encuentro extraño, cuyas consecuencias habian de ser todavía mas extrañas!

Fuése alejando el místico, y el ruido que hacia al surcar las aguas se extinguió....

Por algunos minutos me fué posible seguirlo todavía con los ojos, merced á la blancura de sus velas, que despues de presentarse menos distintas, desaparecieron completamente, quedando solo en las tinieblas un punto luminoso muy lajano que se ocultaba de cuando en cuando segun era el juego de las velas, como una estrella debajo de las nubes.

A vista de una embarcacion tan sospechosa, Williams envió á su hermano en busca de Falmouth.

— ¡Hola! William, dijo este subiendo encima de la cubierta: ¿con que tenemos por ahí al sospechoso amigo de Porquerolles?

— El místico, milord, acaba de pasar de vuelta encontrada á la goleta.

— ¿Y qué dices tú de eso?

— Salvo el parecer de vuestra gracia, soy de opinion de

ponernos inmediatamente en defensa, pues creo que ese pirata, detenido como lo estamos nosotros en estos mares por los vientos contrarios, va á darnos un asalto, creyendo que no estarémos prevenidos, y confiando además en su numerosa tripulacion.

— Hagamos pues entender á esos villanos que se engañan, mi esforzado Williams, y que cuarenta *johnisbulls* (1) pueden mas que esa gavilla de foragidos, que esa muestra cosmopolita de una horca de rapaces. ¡ Ea ! continuó Falmouth reparando en mí; la cosa, amigo mio, no pinta tan mal; esta aventura me agrada en extremo.... Es una excelente introduccion á nuestro capricho de Canaris.... es la sinfonía de nuestra ópera....

— Y como verdaderos dilettanti, le dije, pongámonos en estado de desempeñar nuestro papel y vámonos á buscar nuestro armamento.

Bajé á mi cuarto, y en él entró Falmouth casi á un mismo tiempo.

Tan alegre y dispuesto como le habia visto á cubierta, me parecia ahora triste y desalentado.

— Me tomó las manos con emocion, y me dijo : — ¡ Arturo.... me desespera esa locura !

— ¿ Qué locura ?

— ¡ Si recibieseis alguna herida, una herida mortal, me dijo clavando en mí sus ojos enternecidos, nunca podria perdonármelo !

— ¿ Y no os amenaza á vos el mismo riesgo ?

— Es muy cierto.... ¡ pero que vos experimentaseis las consecuencias de mi rara fantasía !.... es cosa horrorosa para mí....

— ¡ Qué idea ! ¿ no hacemos nosotros el viaje por mitad ? no debemos tambien hacer el reparto por igual ?.... Pues bien, esto no pasa de ser un accidente de la derrota y nada

(1) Palabra derivada de *Johnbull* que es un apodo que se ha dado al pueblo de Inglaterra.

mas. ¿No nos propusimos ir en busca de aventuras como verdaderos caballeros errantes? En una palabra, no os mostrasteis vos mismo poco ha muy satisfecho del encuentro?

— Poco ha me hallaba delante de los mios, y no queria que pudiesen traslucir mis pensamientos.... pero á vos os lo puedo decir todo.... De consiguiente, ahora me estoy desesperando, y en vez de recrearme haciendo el fanfarron, deseo vivamente aprovecharme de la ligereza de la goleta para....

— ¿Y lo habeis meditado bien? exclamé: ¿qué se diria al *yacht-lub?* ¿que uno de sus miembros ha vuelto la espalda por miedo de un pirata? Y además, mi querido Enrique, le dije riendo, ¿no conoceis que vuestros temores halagan muy poco á mi amor propio?

— ¡Ah! ved ahí.... ¡horror me causa el pensarlo! Por la primera vez de mi vida.... encuentro á un amigo.... tal como anelaba tenerlo.... ¡y por indiscrecion mia me veo expuesto á perderle! exclamó Falmouth, dejándose caer en una silla y ocultando el rostro entre sus manos.

— Mi querido Enrique, le contesté profundamente enternecido de su afliccion, debemos darnos por el contrario mil parabienes por presentársenos esta ocasion de probar nuestra amistad.... la emocion que respectivamente sentimos, ¿no nos demuestra por ventura que tiempo hace se abriga esta amistad en nuestros pechos? ¿Habríasenos ofrecido jamás en la monotonía de la vida del mundo semejante revelacion? Creedme, tomémoslo á buena dicha; bendigámosla y aprovechémonos de ella.... En el crisol se prueba la pureza del oro.

Bajó precipitadamente un grumete, y suplicó á Falmouth tuviese la bondad de subir á cubierta.

Apenas salió el muchacho, cuando se echó Enrique á mis brazos, y me dijo con efusion: — Teneis un corazon noble, no me engañó el instinto.

Quedéme solo.

Si por mí temia Falmouth la exposicion de aquel comba-

te, tambien yo la temia vivamente por él.

Esta inquietud me daba á conocer la intensidad del afecto que le tenia.

¿Por qué prodigio se habia tan pronto desarrollado esa amistad? ¿Como habia podido echar tan profundas raíces á pesar de mis dudas, mi desconfianza y mi ordinaria incredulidad?

Lo ignoro; pero lo cierto es que era así, sin embargo de que hacia apenas un mes que viajábamos juntos.

Tan rápidos progresos no parecerán quizás tan extraños si se recuerda el secreto instinto que ya antes de emprender aquel viaje nos atraia el uno al otro. . . . . . .

. . . .

— Eché mano á mis armas.

Entonces experimenté un asomo de horrorosa angustia...

Al figurarme el peligro en que íbamos á entrar, temí ser un cobarde.... ó mas bien que mi valor no alcanzase la altura de los nobles sacrificios; preguntéme á mí mismo, si en un extremo riesgo despreciaria mi vida para salvar á Falmouth, y confieso con rubor que no me atreví á responder con toda certidumbre....

Conocia en verdad mi valentía, valentía enérgica y serena. Acordábame de un desafío en que mi fria tenacidad me hiciera mucho honor; ¿pero podia eso llamarse verdadero valor? ¿Puede abstenerse de un duelo quien se precia de caballero? ¿puede menos de portarse en él con decoro aun cuando no fuera mas que por su buena opinion ú orgullo?

Ignoraba pues si el mio era un valor arrojado, fulminante, que busca el peligro como el hierro al iman, que se enciende todavía mas en una sangrienta refriega y que dominando los riesgos, asegura sus golpes y escoge sus víctimas.

— Creia y sentia en mí la bravura fria é inerte del artillero que espera inmóvil una bala al lado de su cañon; pero no la temeraria intrepidez del partidario, que se precipita

espada en mano con fogoso ardor en medio de la matanza.

Y sin embargo, nos encontrábamos en el caso de defender nuestra vida cuerpo á cuerpo en caso de abordaje.... ¡Y si flaqueaba!.... ¡Y si delante de aquellos extranjeros.... si á vista de Falmouth, demostraba cobardía ó debilidad!... ¡si el sentimiento de la propia conservacion me llenaba de estupor!...

No, no es posible expresar cuanto fue mi terror en aquel instante de perplejidad é incertidumbre....

Confieso no obstante que lo mas temible para mí era el temor de no saber cumplir con el mas noble deber, en el caso de que la vida de Falmouth llegase á depender de mis esfuerzos. . . . .

IV.

El combate.

Subí sobre el puente.

Habíame provisto de una carabina de dos cañones y una pesada hacha turca alanceada, que habia comprado antiguamente como objeto de curiosidad y que en esta ocasion iba á prestarme servicios importantes, porque además de ser muy pesada, tenia la hoja terminada en forma de aguda lanza.

Traté de descubrir el místico; pero me fue imposible avistarlo, ya porque hubiese apagado su luz, porque huse prolongado mucho la abordada.

Habíase armado al momento la tripulacion del yate.

Al resplandor de las mechas de algunos botafuegos clavados por una aguzada punta de hierro en cubos llenos de agua, se distinguian los marineros encargados de la artillería, de pie al lado de los obuses; colocados otros en ambos costados de la goleta estaban sobre las armas; mientras

que un viejo contramaestre de cabello gris fué á tomar el timon de la mano de un compañero suyo mucho mas jóven que él, cuya experiencia no estaba sin duda bastante acreditada para llenar aquel importante puesto durante la pelea.

Hacíase todo eso con el mayor silencio, y solo se oia el rumor de las baquetas cuando se atacaba, y el de las culatas de los fusiles al dar contra la cubierta.

Williams á popa y de pie sobre su banco de guardia, daba las últimas disposiciones. Encargado Geordy de la direccion de la artillería, velaba sobre esta parte del servicio.

Subió Falmouth sobre el puente, recobrada lo máscara de su habitual indiferencia.

— Todo está corriente, milord, le dijo Williams: ¿quiere vuestra gracia hacer fuego á ese pirata á la vela, ó abordarle?

— ¿Qué preferís, un combate al abordaje, ó un combate á la vela? me preguntó Falmouth, lo mismo que si tratara de escoger entre vino de Burdeos ó de Madera.

— Me es muy indiferente, le contesté sonriéndome; desterremos los cumplimientos: hagamos el gusto de Williams y acertarémos.

— ¿Qué te parece mejor, Williams? preguntó Falmouth.

— Que manteniéndonos á la vela, podrémos con la artillería del yate de vuestra gracia acabar con ese místico sin darle lugar de acercársenos.... ni causarnos mucho daño; porque no creo vaya provisto de artillería....

— ¿Y el abordaje? repuso Falmouth.

— Paréceme, milord, que conozco bastante la tripulacion del yate, para responder de que despues de un reñido encuentro, serán rechazados los piratas, quedando tal vez su místico en poder nuestro. Pero, exclamó de repente Williams, señalando un punto blanco en la direccion de su anteojo, ¡el místico ha virado de bordo y carga sobre nosotros, milord!

Efectivamente, no tardé mucho en ver aparecer en la

obscuridad las blancas velas del místico que se acercaba rápidamente.

Cargué mi carabina, puse el hacha junto á mí y esperé.

Acuérdome perfectamente de lo que ví en el radio de mi accion, pues confieso que no tuve bastante valor para desprenderme de mis preocupaciones personales y abrazar el todo de aquella escena de muerte.

Estaba en pie á popa y á babor del yate.

De espaldas á mí, y arrimado al palo de mesana, manejaba el timon un viejo marinero. Desde encima de su banco de guardia daba Williams algunas órdenes á un contramaestre, que las recibia sombrero en mano. Montado Falmouth sobre un cañon y asido con una mano á los obenques y con la otra de su fusíl, dirigia su vista hácia el místico.

Reinaba un profundo silencio: hubo un momento de grave y solemne espera....

Lo que entonces sentí me recordaba, permítaseme una comparacion tan pueríl, la inquieta emocion con que en mi niñez esperaba por minutos oir el tiro de alguna arma que debia dispararse en alguna funcion de teatro.

Además, nunca habia acometido ningun riesgo sin que antes me pusiera á la vista todos sus mas funestos resultados; lo que prueba otra de las miserias de mi carácter. Así es que en el duelo que he indicado, duelo que fue encarnizado.... muy encarnizado, no fuí á pensar en la muerte, sino en las mutilaciones asquerosas que son consecuentes á una herida: en el momento del abordaje me ocupaban los mismos pensamientos.... Contemplábame ya con horror privado de un brazo ó de una pierna, hecho un objeto de repulsiva compasion.

Un ligero golpe sentido sobre mi espalda vino á distraerme de semejantes reflexiones.

Volvíme: Falmouth, sin interrumpir el *Rulle Britannia* que cantaba entre dientes, me enseñó con el fusíl una cier-

a blancura en el horizonte, que iba acercándose por momentos....

Empecé á distinguir claramente al místico.

Quedéme de repente deslumbrado por una nube de luz que iluminó por un momento el horizonte, el mar y todo lo que yo veia del yate.... Oí al mismo tiempo la detonacion sucesiva de muchas armas de fuego y el silbido de las balas que pasaron junto á mi.

Por el ruido seco, el crujido que siguió al estruendo y algunas astillas que cayeron á mis pies, inferí que las balas se habian alojado en la arboladura ó en los muros del barco.

Mi primer movimiento fue dar un paso atrás, y el segundo apuntar y hacer fuego en direccion al que veia del místico.... pero la reflexion me contuvo.

Mi impaciencia y curiosidad fueron entonces excesivas; y digo *curiosidad*, porque esta palabra sola expresa muy bien á mi juicio la ávida impaciencia que me agitaba.

Latian mis arterias con extraordinaria violencia, agolpábaseme la sangre al corazon y el rostro se me inflamaba.

Apenas habia largamente retronado el estampido.... cuando salió el místico de una espesa nube de humo con una de sus velas medio cargada.

Era un espectáculo singular.

Al través del incierto resplandor de la luna se dibujaba la figura negra del casco y aparejo del buque sobre la cenicienta nube que el viento empujaba hácia nosotros.

Un momento despues se extendió el místico á lo largo de la goleta desde popa á proa, de manera que casi se rozó con ella.

Alumbrado por el farol, dirigia todavía el rumbo el hombre de la capucha negra, que asida una mano al timon señalaba el místico con la otra y gritaba en italiano á los piratas que se agrupaban á su alrededor:

— ¡Cese el fuego!... al abordaje! ¡al abordaje!

Segun la maniobra que hacian los piratas, el abordaje

debia verificarse por la derecha, y á este punto acudió precipitadamente toda la tripulacion del yate.

Cogieron los artilleros las cuerdas correspondientes á las baterías de los obuses....

Asesté bien al hombre de la capucha negra, que tenia perfectamente colocado al extremo de mi carabina.

En el mismo instante en que iba á tirar del gatillo, Williams exclamó:

— ¡Fuego todo el mundo!

Disparé, pero no pude ver el efecto de mi bala.

Una fuerte explosion hizo extremecer el yate. Eran los cuatro obuses de estribor cargados con metralla que acababan de hacer fuego á quema ropa al místico pirata, que sin duda en aquel momento embestia al yate, pues este recibió un choque tan violento que por poco me caí.

Numerosas balas silbaron al rededor de mi cabeza.

Un cuerpo pesado cayó detrás de mí, y ví á Falmouth que con voz amortiguada me decia:

— ¡Cuidado!...

Volvíame hácia él con inquietud.... cuando un hombre con gorro catalan salta á bordo, me coge la corbata con una mano y dispara con la otra un pistoletazo de tan cerca, que el cebo me quemó la barba y el cabello....

Desviado el tiro por el brusco movimiento con que me eché hácia atrás, pasó por encima de mi espalda. Tenia en la mano mi carabina cargada todavía con un tiro y en el momento en que viendo el pirata que no habia acertado, me dió en la cabeza con la culata de su pistola, le apunté el cañon de mi carabina al pecho.... y disparé.

Retrocedí, y sentí que pisaba á alguno: era Falmouth que yacia al pie del palo mayor.

— ¿Estais herido? exclamé avanzándome hacia él.

— Algo he de tener estropeado, creo que es el muslo roto: ¡pero no me hagais caso!... exclamó ¡cuidado! ahí va á subir otro de esos miserables le veo la cabeza.... Embestidle, ó estais perdido.

Partióseme el corazon al ver á Falmouth tendido sobre el puente.

Ni me ocurrió siquiera el pensar en el peligro á que podia exponerme, sino que quise mas bien arrancar á Enrique á una muerte inevitable, porque encontrándose indefenso, habia de ser infaliblemente asesinado.

Reparé afortunadamente que no habian cerrado la escotilla de popa (era una abertura de tres pies en cuadro que conducia al salon comun). Cogí inmediatamente á Falmouth por debajo del brazo y le arrastré hacia aquel agujero á pesar de su resistencia y de los gritos con que exclamaba:

— Ya subió ese bribon.... ¡Va echárseos encima!

Sin contestarle y valiéndome de mis fuerzas, le senté sobre el borde de la escotilla con sus piernas colgando por dentro, y le dije: — Dejaos caer poco á poco y á lo menos estaréis á salvo.

— ¡Ahí le teneis! ya es tarde. ¡Quereis perderos á vos salvándome á mí! exclamó Falmouth con doloroso acento.

Mientras decia estas palabras hizo un último esfuerzo para deslizarse al interior de la cámara donde nada tuviese que temer.

Pasó todo esto en mucho menos tiempo del que es menester para escribirlo.

Encontrábame todavía inclinado y con una rodilla al suelo, cuando una mano de hierro me asió por el cuello y una vigorosa rodilla se apoderó de mis lomos, al mismo tiempo que me sentia en el hombro un vigoroso golpe.... Este golpe fue seguido de un agudo frescor.

Mi hacha estaba en cubierta, no lejos de mí; la eché mano, y haciendo un desesperado esfuerzo para levantarme, aventuré por la espalda un furioso hachazo, que alcanzó sin duda á mi enemigo, porque se detuvo el hacha sobre un cuerpo duro, y me ví de repente abandonado por la mano que me estrechaba.

Entonces me enderecé.

Apenas estuve en pie, cuando el hombre de la capucha negra que me habia embestido mientras bajaba á Enrique dentro de la cámara, se lanzó contra mí.

Yo estaba desarmado.... Dejando caer mi hacha venimos á las manos.

Principióse una lucha encarnizada.

Estaba enteramente envuelto en su gaban, cuya capucha metida hasta las cejas encubria su semblante. Hízome la zancadilla con sus nervudas piernas á fin de hacerme perder el equilibrio, y estrechándome furiosamente intentó levantarme sobre la cubierta y echarme por encima de la orla de la goleta.

Yo no era menos vigoroso.

El ardiente deseo de vengar á Falmouth, la cólera, y perdóneseme esa puerilidad, el asco de sentir en mis mejillas el aliento de aquel bandido, me revistieron de fortaleza.

Desprendiendo una de mis manos de entre las suyas, tuve la fortuna de agarrarle por la garganta.... Toqué el cordon de un escapulario, y enredándolo por mi muñeca, le dí bruscamente dos ó tres vueltas.

Empezaba á ahogar seguramente á mi adversario, porque sentí que su mano me abandonaba ...

Por una felíz casualidad, un movimiento del yate nos hizo rodar á entrambos.

Perdida la respiracion, cayó medio encogido el pirata sobre del yate.... y haciendo un nuevo esfuerzo le iba á arrojar al mar.... Cuando para hacerlo me dejé caer sobre él con todo el peso de mi cuerpo, me mordió la cara con furor....

Aunque varios tiros proyectaban entonces una claridad muy viva, y estuvo medio levantada la capucha del pirata, no pude ver sin embargo su fisonomía, porque tenia cubierto su rostro de sangre.

Unicamente, inclinándome hácia atrás reparé que tenia los dientes muy blancos, claros y agudos ...

Vuelto otra vez á mi empeño, logré levantarlo del puen-

te y tenderlo á lo largo de la regala para precipitarlo por encima de la defensa del yate....

Mas al verse suspendido sobre el mar, hizo un último esfuerzo, y agarrando con una mano el cuello de mi vestido y con la otra mis cabellos, me tuvo asido de esta manera desde la parte exterior....

Trataba de deshacerme de él, cuando recibí un violento golpe sobre la cabeza....

Abriéronse las manos del hombre de la capucha y me desmayé....

V.

El doctor.

Dolorosa es por cierto la tarea que me he impuesto.

Acércase una de las fases de mi vida que desearia quedase eternamente borrada de mi memoria.... uno de esos momentos de terrible vértigo, durante los cuales....

Mas no tardará mucho en presentarse la hora de esta fatal revelacion.

Aturdido con el violento golpe que recibí, me abandonaron los sentidos en el instante mismo en que el capitan de los bandidos caia en el mar.

Cuando volví de mi desmayo, me encontré en la cama con trapos en la cabeza y en el hombro.

Tenia á la cabecera de mi cama al médico de Falmouth, de quién me habia olvidado de hacer mencion, hombre grave y de talento.

Mi primera idea la ocupó Enrique.

— ¿Cómo se encuentra lord Falmouth? pregunté al doctor.

— Milord sigue muy bien; afortunadamente su herida no fue grave.

— ¿No tiene roto el muslo?

— Una fuerte contusion, mas dolorosa tal vez que una rotura, pero menos peligrosa....

— ¿Y los piratas?

— Han hallado medio de escaparse y dar la vela otra vez, con cinco muertos, pero seguramente con mucho mayor número de heridos....

— Y nosotros, ¿hemos perdido mucha gente?

— Han perecido tres marineros, y un contramaestre.. tenemos además nueve heridos de mas ó menos gravedad.

— Parece que es de dia. ¿Qué hora será, doctor?

— Las once.

— A fe que creo estoy soñando... ? Con que todo esto ha pasado?....

— Esta noche.

— ¿Qué heridas son las mias?

— Una en la cabeza y una puñalada en el hombro izquierdo. Á haber penetrado una línea mas adentro.... ¡ah, señor! fuera un golpe mortal.... Pero ¿qué tal os sentis esta, mañana?

— Bueno; lo único que tengo es una especie de escozor en el hombro; ¿pero Falmouth? ¿qué es de Falmouth?

— Milord no podrá caminar hasta de aquí á algunos dias. Á pesar del estado en que se encuentra, quiso ayudarme á prodigaros los primeros auxilios.... y velaros esta noche.... pero hará cosa de una hora que le faltaron las fuerzas y le he hecho conducir á su cuarto, donde está ahora descansando. Luego que dispierte vendrá á vuestro lado porque espera con ansia el momento en que pueda demostraros todo su agradecimiento!

— ¡Dejémonos de esto, doctor!

— ¡Cómo dejémonos de esto! exclamó el médico. ¿Por ventura no habeis olvidado en medio de tan sangrienta refriega vuestra seguridad personal para sacar á milord del mayor peligro? ¿No fuiste vos herido en el acto de hacer este rasgo de valerosa amistad? ¡Ah! no señor: ¿podrá

milord olvidar jamás.... que á vos os debe la vida?... Y tambien nosotros, ¿olvidarémos nunca que á vos debemos la conservacion de sus dias?

— Muy reñido habrá sido el combate, ¿no es verdad, doctor?

— Terrible para todos... pero nuestros marineros, aunque inferiores en número, han resistido con intrepidez.... Su audacia ha llegado á punto de rivalizar con la vuestra, señor: porque vuestra sangre fria y vuestra lucha cuerpo á cuerpo con el capitan de los foragidos ha llenado de asombro á toda la tripulacion.

— ¿Y de veras me asegurais que la herida de Falmouth no es de cuidado?

— No lo es, señor.... pero con vuestro permiso iré á ver si tiene necesidad de mí.

— Id pronto, doctor, y volved en seguida para decirme cuando podré verle.

Me quedé solo.

VI.

La amistad.

¡Enrique me debia su vida!

No puedo expresar con cuan orgullosa felicidad repetia y comentaba interiormente estas palabras.

Cuanto bendecia al azar que me habia proporcionado una ocasion en que probar á Falmouth que mi amistad era sincera y verdadera.

Hasta entonces, llevado por la corriente de ese afecto, habia notado en él la falta de un grande sacrificio que solamente lo confirmase.

Si en algo pues estimaba mi acto de valor, era porque elevándome á mis propios ojos y demostrándome que yo era

capaz de una generosa resolucion, aquel acto me convencia de la solidez de mi afeccion hácia Falmouth.

De consiguiente, atendido mi carácter, el creer en mí, era creer en él: creer en un amigo verdadero, ardiente y apasionado, era creerme digno de inspirar una amistad verdadera ardiente y apasionada.

Sentíme revestido de aquella intrépida confianza del soldado, que seguro de portarse con bravura en los sucesivos combates, espera con impaciencia y sin temor nuevas ocasiones en que acreditar su valor.

Tal fue la reaccion de esta confianza, que llegó á influir sobre mis pasados sentimientos.

La misma satisfaccion de mi conducta con respecto á Falmouth me hizo comprender que Elena y Margarita podian haberme amado por ciertas cualidades que les hiciera presentir sin duda el corazon y que acababan de desplegarse en mí.

Por la vez primera pues comprendí, ¡oh felicidad inefable!... todo el amor que me tuvieron aquellas dos nobles criaturas. . . . .

. . . .

Una hora despues que me habia dejado el doctor, se abrió la puerta de mi cuarto, y ví entrar á Falmouth llevado por dos criados.

Apenas acercaron su sillon al lado de mi cama, cuando Enrique se echó á mis brazos.

En aquel mudo abrazo, en que apoyada fuertemente su cabeza contra mi hombro, sentí correr sus lágrimas y temblarle las manos de emocion, no pudo decir mas que estas palabras: Arturo ... Arturo... ¡Amigo mio!. . . . . .

. . . .

¡Muchos años han pasado desde aquel hermoso dia! ¡Muy negras desazones han ofuscado aquel esplendoroso regocijo, y nada sin embargo ha sido bastante para alterar su memoria, porque en este mismo momento me late deliciosamente el corazon al recordar esas ideas!

Seria imposible demostrar la delicadeza y efusion con que me dió á conocer Falmouth su reconocimiento. No encuentro palabras para describir lo que solo el acento y la expresion de la fisonomía, de las miradas y de la voz podian traducir. . . . .

. . . .

Los vientos contrarios siguieron reinando por algunos dias, y esto impidió que llegásemos á Malta tan pronto como nos habíamos prometido.

La herida de Falmouth iba mejorando prodigiosamente, pero la mia necesitaba una curacion mas lenta.

Prodigóme Enrique en aquel período los mas tiernos y fraternales cuidados.

Veíale espiar todas las mañanas con dolorosa ansiedad la mirada del doctor, cuando este levantaba el vendaje de mi herida. Hacíale mil minuciosas preguntas acerca de la época probable de mi curacion, y se llenaba de impaciencia ó alegría segun que los pronósticos del doctor alejaban ó aproximaban aquel término.

¿Haré mencion todavía de mil bagatelas y mil atentas demostraciones que revelaban su esmerada solicitud y me colmaban de felicidad?

Falmouth me contó toda su vida, y yo no le oculté nada de la mia.

Tenia doce años mas que yo; sus elocuentes palabras marcadas con el sello de la conviccion y de la experiencia de los hombres y de las cosas, iban cobrando en mi alma una autoridad singular.

Nada tan elevado y grandioso como sus convicciones morales ó políticas.

Quedábame confuso y admirado al ir descubriendo cada dia nuevos tesoros de exquisita sensibilidad, de sublime razon y eminente sabiduría debajo de las frias é irónicas apariencias que afectaba Falmouth habitualmente.

¿Qué mas? Bajo la máscara escéptica y burlesca del Don Juan bironiano, se hallaba encubierto el caloroso y valien-

te corazon del *Posa* de Schiller, su ardiente y casto amor á la humanidad, su sincera fé en la virtud, sus generosas creencias, y sus magníficas teorías para el bien de todos los hombres.

Ese nuevo aspecto bajo el que se me presentaba ahora Falmouth era debido á las muchas materias que habíamos tocado, tratado y profundizado durante los dias de nuestra larga navegacion.

Así es que si bien hasta entonces ningun interés habian podido inspirarme las cuestiones políticas, sentia vibrar en mí nuevas cuerdas desde el momento en que Enrique, lleno todavía de indignacion, me refirió los mismos debates que como par de Inglaterra habia sostenido en el parlamento contra el partido ultra-tory, que me pintaba como la vergüenza de su país!

No podria mostrarme indiferente á la dolorosa emocion y al amargo pesar de Falmouth, que lamentaba la esterilidad de sus esfuerzos, y sobre todo la culpable flaqueza con que habia abandonado la lucha en ocasion en que no estaba aun perdida la victoria.

Desciendo á estos detalles porque fueron seguidos por uno de los mas tristes acontecimientos de mi vida. . . .

. . . .

Dos dias hacia que Falmouth estaba al parecer embargado en profunda meditacion.

Habíale instado muchas veces á que me confiara el objeto de sus reflexiones; pero siempre me respondia con la sonrisa en la boca que desechase cualquier inquietud, pues trabajaba para los dos y pronto me enseñaria el fruto de sus tareas.

Con efecto, una mañana entró Enrique en mi cuarto, y con aire de gravedad me entregó un pliego cerrado y me dijo con agitacion: — Leed esto.... amigo mio, ahí se trata de nuestro porvenir....

Estrechóme la mano, y salió.

Este es el pliego.

Estas son las sencillas y nobles páginas en que la grande alma de Falmouth se demuestra toda entera.

¿Cuál fue mi contestacion?

¡Ah!.... ¡qué recuerdo tan abominable!...

VII.

La carta.

Lord Falmouth á Arturo.

A bordo del yate la *Gacela*, 13 de junio 18**.

« Pudiera haberos dicho de palabra, amigo mio, cuanto « aquí os escribo; pero deseo que conserveis esta carta....

« Si llegan á realizarse los proyectos con que voy á en- « treteneros.... algun dia leerémos con interés estos renglo- « nes, viendo fijado en ellos el punto de partida de la car- « rera gloriosa que me prometo terminar juntamente con « vos.

« Si por el contrario, la suerte nos separa, os quedarán « estas páginas como una sencilla y verdadera relacion de « las circunstancias que han despertado en mí el cariño « que os profeso.

« La primera vez que os encontré en casa del señor de « Cernay, donde almorzamos juntos: el agrado de vuestra « conversacion me impresionó, y por algunos destellos de « vuestra inteligencia comprendí que á pesar de vuestra « aparente benevolencia y cordialidad, una invencible bar- « rera debia eternamente separarnos del resto de los hom- « bres.

« Desde entonces me inspirasteis un vivo interés.

« Sabia por experiencia que los genios excéntricos como « el vuestro sufren cruelmente en la soledad que ellos mis-

« mos se han impuesto: porque su carácter altivo, delicado « y receloso no puede confundirse con la masa comun de la « sociedad.... Sintiéndose siempre lastimados ó dañosos, se « forman por instinto una especie de aislamiento en medio « de los mismos hombres.

« Dominado por estas ideas, salí para Inglaterra.

« Varias personas que en Londres me hablaron de vos « fortalecieron la opinion en que os tenia.

« Algunos meses despues os volví á encontrar en casa de « la señora de Peñafiel, en quien pareciais emplear todas « vuestras horas.

« Como yo no estaba menos prevenido contra ella que los « demás, ni vos me habiais dado todavía á conocer su méri- « to; extrañé muchísimo que buscaseis la felicidad en el com- « promiso con una mujer que por su conocida veleidad de- « bia á cada instante mortificar cruelmente la puntillosa de- « licadeza que yo suponia en vos.

« Decidme si no es cierto, amigo mio, que los hombres « como vos están dotados de un tino, una finura y una « seguridad tan grandes, que les libran generalmente de que « se engañen en los afectos que llegan á elegir. ¿Por ven- « tura Elena y Margarita dejaron nunca de ser dignas de « vuestro amor? Creedme pues, dejaos llevar ciegamente « de vuestras impresiones.

« Os hablo así, porque conozco lo mucho que os quiero, « y porque siento que tambien me habeis de querer á mi.

« Esto sea dicho entre paréntesis y volvamos á la mar- « quesa.

« En tanto que os ví gozar, solo me interesasteis por el « mal que de vos oia decir.

« Mas al ver en breve á la sociedad tan furiosa y general- « mente desencadenada contra vuestra dicha, y que sus ca- « lumnias iban siendo de todo punto encarnizadas, comen- « cé á creer que la señora de Peñafiel merecia vuestro amor « como vos el suyo. Ahora, despues que me lo habeis acla- « rado todo, he reconocido mi primer error: siguió luego el rompimiento.

« ¡ Séanos perdonadas vuestras dudas, pues que tan dolo-
« rosa expiacion os han costado !

« Cuando me pedisteis que os ayudara á favorecer al ma-
« rido de vuestra prima Elena, me enterneció tanto la de-
« licadeza de vuestro proceder, que acrecentó de mucho
« el buen concepto en que os tenia; me inspirasteis una
« voluntad y una admiracion profundas... sí, amigo mio...
« mas admiré vuestro desinterés que el modo con que os
« manejabais.... porqué concebí que por una fatal disposi-
« cion de vuestro carácter, encontrariais medio de desvir-
« tuar á vuestros propios ojos el mérito de aquella accion,
« y que no la veriais recompensada por vuestra propia con-
« ciencia.

« Mucho tiempo hacia que, por no saber que hacerme,
« estaba proyectando un viaje á la Grecia; al veros tan des-
« graciado creí que debia ser aquel un momento favorable
« para proponeros si queriais acompañarme. Os hice de
« ello un misterio para excitar vuestra curiosidad, y cuan-
« do os ví decidido á complacerme, fuí muy felíz....

« ¿ Porqué tan felíz, amigo mio? Porque sin parecerme á
« vos del todo, el azar ó las altas exigencias de mi corazon
« me habian no obstante hecho desconocer tambien hasta
« entonces las dulzuras de la amistad; porque me sentia
« atraido hácia vos por cierta gran conformidad de espíritu
« y carácter; porque me parecia que este viaje os habia de
« de servir de una distraccion muy útil, y porque hallaba
« una preciosa ocasion de unirme á vos por relaciones só-
« lidas y duraderas.

« Conocia que á vuestro lado tendria que vencer muy
« grandes desconfianzas y combatir dudas profundamente
« arraigadas.... pero esto no me hizo arredrar; confié en la
« perseverancia de mi afecto y en la perspicacia de vuestro
« corazon; y pensé que la que os habia buscado el amor
« de Elena y Margarita, debia escogerme á mí... para vues-
« tro amigo.

« Notando empero la lentitud de mis progresos en vuestra

« estimacion, llegué á temer alguna vez no os hubiese he-
« cho formar un concepto equivocado la aparente frialdad
« é indiferencia que yo afectaba de ordinario. Mas luego
« empezasteis á confiar, y á los pocos dias de haber deja-
« do la Francia, éramos dos hermanos ....

« Niguna sorpresa me causó el rápido desarrollo de nues-
« tra amistad; pues habia en mi concepto una tal afinidad
« entre los dos, y nuestras almas estaban tan vivamente
« *magnetizadas*, por decirlo así, que al primer contacto de-
« bian quedar unidas para siempre.

« Una vez asegurado de vuestro afecto, me dediqué á la
« contemplacion de mi tesoro.

« Sucedióme lo que á estos anticuarios, que en llegando á
« poseer el raro objeto que codiciaban, se deleitan en el
« exámen y la contemplacion de sus bellezas. De esta ma-
« nera aprecié yo vuestra sabiduría y vuestro profundo cri-
« terio.... Entonces fue cuando puse el mayor conato en
« dispertar los grandes instintos que á mi juicio debian re-
« sidir en vos....

« No me equivocaba.... Desde aquellos descubrimientos
« ya no os miré como á una pobre criatura colérica y quis-
« quillosa que es amada porque es débil y porque padece;
« sino como á un jóven arrogante y atrevido, de elevados
« pensamientos, de robusto ingenio y de imaginacion sus-
« ceptible, que tiene los defectos de sus eminentes cualida-
« des.

« Envístenos el místico sardo: tuve un horrible presen-
« timiento.... deseé evitar el encuentro. Esto fue imposible,
« y bendigo ahora la suerte.... porque ya estais curado, y
« yo os debo la vida.

« Sí, Arturo, os debo la vida del cuerpo porque existo;
« y la del alma porque sois mi amigo!

« ¿Podreis creer, que si no me fuera conocido el poder
« de mi gratitud.... padeceria horribles sobresaltos?

« Tiempo hacia que buscaba medio, yo, para quien tan-
« to habeis hecho, de concurrir en alguna parte al logro de
« vuestra felicidad.

« Mi tarea era difícil.... todo lo teniais: juventud, saber, « nombre, fortuna, generosidad y elevacion de carácter.... « Mas yo advertí que una tendencia fatal aniquilaba tan « inestimables prendas!

« Ahí encontré el orígen de vuestros infortunios, y á ese « orígen quise remontarme para desviar su influjo. Si lo- « gro libertarlo, decia entre mí, de sus horrorosas dudas... « ¿no me será acaso deudor de las ventajas que por ellas « estaba inhibido de gozar?

« Frecuentemente me habeis dicho que vuestros impul- « sos de desconfianza y aburrida misantropía son las ver- « daderas calamidades de vuestra vida.... Pero, ¿sabeis de « donde proceden?... *¡De la inaccion moral en que vivis!*

« Careciendo de alimento, la viveza y fogosidad de vues- « tra imaginacion se han cebado en vos!...

« De esa contínua reaccion de vuestro espíritu sobre vues- « tro corazon, y de esa insaciable necesidad de ocupar vues- « tro pensamiento, nace ese hábito analítico que os preci- « pita en tan horribles estudios y os conduce á los dolorosos « descubrimientos que haceis en vos y en los demás!...

« Creedme, amigo mio, porque he pasado muchas noches « en meditar profundamente las condiciones de vuestro ca- « rácter, y creo no engañarme: desde el momento en que « ofrezcais un glorioso pasto á la devoradora actividad que « os estrecha, empezaréis á *tolerar* deliciosamente y con la « mas inefable confianza las tiernas impresiones de los sen- « timientos. Las daréis un entero crédito porque no tendréis « tiempo de dudar.

« Antes de saber vuestro valor, este viaje á la Grecia me « pareció una suficiente ocupacion; mas ahora que os co- « nozco mejor, veo que no es proporcionado á la fuerza de « concepcion que he descubierto en vos.... Por último, cuen- « to ahora con vos, como conmigo mismo, y nuevos hori- « zontes se han abierto á mis ojos. No quisiera ya emplear « nuestro valor é inteligencia en estériles empresas ... Pro- « póngome un mas noble fin.... tal vez os parecerá una

« quimera; pero reflexionadlo bien, y os convenceréis de « que existen muchísimas probabilidades de alcanzarlo.

« El problema que trataba de resolver era este: — haceros « felíz sin perjudicarme; es decir, sin separarme de vos; « tener bastantemente ocupada vuestra inteligencia á fin de « que no pudiera disputarme vuestra amistad, y aplicar á « un interés muy grande vuestras preciosas cualidades, que « abandonadas á sí mismas se desnaturalizan y os son fata- « les, como esas substancias generosas convertidas en ve- « neno por su fermentacion.

« Cuando os he hablado de la Inglaterra, de sus destinos « y de la parte que yo tomaba en los debates parlamenta- « rios, he notado vuestra atencion, vuestra curiosidad, « vuestro interés.... las nobles y elocuentes palabras que se « os han escapado; habeis emitido con toda la naturalidad « de la inspiracion ideas nuevas y arriesgadas. He estudia- « do vuestros movimientos, vuestras facciones, vuestro « acento; y todo me ha convencido de que si vos quereis, « amigo mio, seréis llamado algun dia á ejercer sobre los « hombres un importante destino. Vuestros conocimientos « son vastos, vuestros estudios profundos, ardiente y altivo « vuestro carácter, independiente vuestra posicion y reco- « mendable vuestro nombre.... escuchadme pues.

« En primer lugar, nos dirigimos á Malta, para restable- « ceros de vuestra herida y tomar el descanso que necesi- « tais. — Renunciamos el brulote de Canaris y volvimos á « Inglaterra.

« En vuestros viajes por aquel país no os dedicasteis bas- « tante á estudios algo profundos; por esto ahora, dirigido « por mí que divido vuestros trabajos, estudiaréis el meca- « nismo del gobierno inglés, sus intereses, su economía, « etc.; en seguida nos vamos á tomar las mismas lecciones « de la Alemania, la Rusia, los Estados Unidos á fin de « completar vuestra educacion política.

« Si no conociese, amigo mio, la anticipada madurez de « vuestro juicio, os diria que no os extremecierais de tan

« grave itinerario. Jóvenes uno y otro, ricos, joviales, in-
« teligentes, fuertes y atrevidos como lo son dos hermanos
« que cuentan el uno con el otro, caminamos hácia nues-
« tro objeto buscando el descanso del estudio en los place-
« res, y el de los placeres en el estudio.

« Nuestra elevada posicion y el género mismo de nues-
« tros estudios, obligándonos á recorrer todos los grados de
« la escala social, nos pondrán en contacto con todos los
« personajes de nombradía, de conocimientos y de fortu-
« na. ¿Sabeis cuál es el lejano horizonte de esa brillante
« existencia, de esa ambicion que pone en juego todas nues-
« tras facultades, desde las mas frívolas hasta las mas ele-
« vadas? ¿Sabeis cuál será el premio que os merecerán
« esas ocupaciones seductoras mezcladas de las satisfaccio-
« nes del mundo y divididas con la mas constante amis-
« tad?... quereis saberlo?... Tal vez será el regir los desti-
« nos de un gran pueblo, pues podeis llegar á ser minis-
« tro.... primer ministro....

« En cuanto á los medios conducentes á ese término, que
« va á pareceros inconmensurable, nos ocuparémos de
« ellos, y veréis que vuestro saber, nombre, fortuna y
« dilatados estudios, que la experiencia de los hombres y de
« las cosas que habrémos adquirido en nuestros viajes, os
« abrirán las puertas del poder, ya sea presentándoos en la
« cámara de los diputados, ó entrando en la carrera diplo-
« mática por algun empleo de importancia.

« En cualquier caso, amigo mio, vuestra direccion será
« la mia: si quedais en París formando parte del gobierno,
« aceptaré una mision cerca la corte de Francia que he
« rehusado muchas veces; si vais de embajador cerca de
« algun gabinete extranjero, puedo contar bastante con mi
« influjo para prometerme que me reuniré con vos.

« Nuestra posicion es verdaderamente tal, que bien co-
« nozco que no necesitamos ni vos ni yo de esos *empleos* pa-
« ra volvernos á encontrar y seguir las relaciones que nos
« colman en este momento de felicidad; pero ya os lo he

« dicho, es menester ante todo combatir á vuestro mortal
« enemigo.... la ociosidad, y combatirlo de una manera
« grande, elevada y enteramente digna de vuestra inteligen-
« cia. Ahora bien, amigo mio, ¿ podrémos tener jamás una
« ambicion mas noble?... ¡ocuparnos en los destinos de
« nuestro respectivo país! ver que nuestra amistad enlaza
« y confunde sus intereses.... del mismo modo que ha uni-
« do y confundido nuestros corazones!

« Y no me digais que sea esto un sueño, una quimera....
« hombres de mediano talento han llegado á ese fin que yo
« os propongo. Además, aun cuando el buen éxito del viaje
« fuera incierto, ¿no es admirable el camino? ¡Cuán fe-
« cundas nos serán en lo venidero nuestras tentativas, aun
« cuando las supongamos extravagantes!

« Vaya, Arturo, valor: emplead arrogante y noblemen-
« te los dones que la naturaleza os ha prodigado, y huid
« muy particularmente de esa inaccion tan perjudicial á
« vuestro reposo y á vuestro corazon.

« ¡Oh! huid de ella; porque vuestra amistad me es tan
« grata y vuestra felicidad tan preciosa, que ningun sacri-
« ficio perdonaria, os lo confieso, para verlas amparadas
« una y otra por alguna noble y legítima ambicion.

« Estos son mis proyectos.... estas mis esperanzas....
« ¿Qué os parece, amigo mio? He querido escribiros todo
« eso porque he temido, á pesar mio, ver paralizada, al
« hablaros, mi elocuencia por alguna burla ó duda de vues-
« tra parte; y como mi principal objeto fuera el procurar
« convenceros, tomé el partido de hablar solo.

« Para llevar al extremo esa extravagancia, os pido una
« contestacion por escrito.

« Segun que acepteis ó no estos ofrecimientos de una
« sincera amistad, vuestra carta fechará uno de los dias mas
« felices ó desgraciados de mi vida.

E. F.

VIII.

Sospechas.

Antes de recibir esa carta.... me sentia verdaderamente feliz.... el afecto de Falmouth me inspiraba la mayor confianza y seguridad, al mismo tiempo que tenia entera fe en el que yo le profesaba: ¿porqué, pues, esas páginas tan tiernas y sencillas convirtieron de repente aquel dia tan brillante en la noche mas profunda?

Dos veces relei aquella carta....

Lo que en primer lugar me impresionó fue el sublime é inexplicable sacrificio de Falmouth, que para arrancarme al ocio, que consideraba tan funesto á mi felicidad, me ofrecia tomar parte en mis viajes, en mis estudios y hasta en la carrera que la fortuna podia abrirme.

Lo que tambien me asombró mucho.... lo que casi me lastimó.... fue la exageracion precisamente irónica con que hablaba Falmouth de mi *mérito*, mérito que debia convertirme, segun decia, nada menos que en un primer ministro.... ó en un embajador.

Sin duda para mi mal, no he nacido para comprender las magníficas exaltaciones de la amistad, porque la determinacion de Falmouth me pareció tan exorbitante, tan superior á todas las humanas proporciones, y á las pruebas que habia tenido tiempo de darle de mi cariño, que muchas veces me pregunté, si era verdaderamente á mí á quien hiciera aquellos ofrecimientos.... y en tal caso, como habia podido merecerlos.

Si lo que yo habia hecho por él no era digno de tan gran recompensa. .. ¿cuál era pues el motivo que le habia movido á ofrecerme tanto.... por tan poco?

No dejé de luchar con la influencia que en mí ejercieron

estas desgraciadas ideas, porque presentia algun próximo y terrible retoño de desconfianza.

Intenté varias veces desviar á mi imaginacion de esa tendencia fatal en que la veia deslizarse; pero me sentia á pesar mio arrastrado hácia los negros abismos de la duda.

Horrorizado entonces, estuve por acudir á Enrique y suplicarle me salvase de mí mismo, que me explicase por decirlo así todo cuanto me parecia incomprensible en su admirable amistad, y lo pusiese al alcance de mi inteligencia, poco acostumbrada aun á esos esforzados y esplendorosos afectos que tan fascinada la tenian que le era imposible contemplarlos sin extravío. Pero un falso y miserable rubor me contuvo, parecióme un acto de debilidad, de cobardía y una humillante confesion de mi inferioridad, lo que no hubiera sido mas que una sublime muestra de confianza y abandono.

No podia menos de presentir con amargo terror que mi confianza en Falmouth iba á sufrir la misma suerte que los demas sentimientos de que hasta entonces me sintiera poseido. Aquella amistad habia llegado á su apogeo, debia colmarme de delicias, dilatar mi porvenir.... era pues preciso aniquilarla.

Experimentaba una extraña sensacion, parecíame que de una esfera ideal poblada de las mas encantadoras imágenes, bajaba precipitadamente á un sombrío é ilimitado desierto.

Una comparacion física bastará para explicar esa sensacion absolutamente moral. Faltándome de repente las alas con que me cerniera en la region de las mas divinas creencias, me estrellaba contra el árido y talado campo del análisis confundido entre las ruinas de mis primeras esperanzas!

Mi fe, hasta entonces tan sincera y pura, en la amistad, debia, ¡ay! aumentar tambien el número de aquellos tristes escombros. . . . .

. . . .

Cuanto mas fijaba mi atencion en los admirables ofreci-

mientos de Falmouth, mas apreciaba la solicitud esmerada y casi paternal que se los habia dictado.. . menos digno de ellos me sentí.

No podia comprender, no podia persuadirme de que el servicio que le habia prestado alejándole del peligro, valiese semejante abnegacion de sí mismo. Este órden de ideas me hizo en breve desconocer la verdadera generosidad de mi conducta con Enrique.

¡Extraña monomanía! Al contrario de lo que sucede con aquellos hombres que cometiendo bajezas por naturaleza, emplean todos los recursos de su habilidad para probar que su conducta es muy honrada, yo á fuerza de sofismas llegué á envilecer á mis propios ojos una noble accion que debiera ser mi mayor orgullo.

Al cabo, decia entre mí: ¿cuál es el importante favor que he hecho á Falmouth para que me corresponda con tan magníficas proposiciones? Le he salvado la vida.... enhorabuena; pero si Williams y hasta el mas ínfimo marinero de su yate se hubieran encontrado en aquella situacion, yo les hubiera igualmente socorrido....

Semejante paso, pues, fue un movimiento instintivo y no fruto de la reflexion.

Además, ¿qué trabajo me habia costado aquella accion? ninguno: no vacilé un solo momento: el mérito de consiguiente no fue mas que mediano, pues que el valor de una accion debe ser únicamente estimado por el sacrificio que haya impuesto.

En poco he tenido siempre la limosna de un millonario que da un luís á un pobre; al paso que si dividiera este pobre aquel luís con otro mas miserable que él, haria á mi juicio una heroicidad.

Una vez asediado por esas paradojas, tan tristes como insensatas, ningun obstáculo se opuso á mis ideas.

Mi *bravura* no fue menos deprimida por mis necias reflexiones.

Al demostrar mi *intrepidez* en la lucha contra aquellos fa-

cinerosos, ¿acudióme jamás al pensamiento la honra que deberia adquirir sosteniendo dignamente el nombre francés en presencia de ingleses? purgando el mar de los piratas que lo infestaban? probando á Falmouth que á pesar de la enfermiza debilidad mi carácter poseia al menos la valentía de accion? ¿Me había sentido á lo menos incitado por la sed del peligro? ¿por un furor ciego, pero lleno de audacia? No.... no habia hecho mas que obedecer á un instinto maquinal de conservacion, volver una cosa por otra y matar por no ser muerto. No habia pues mas nobleza en mi conducta que la rabia desesperada del animal acorralado que se abalanza ferozmente contra el enemigo que le persigue.

Luego, contaba por último argumento contra mí mismo la tristeza y amargura que reinaba en mi corazon. No podia ser completamente grande aquella accion, pues que los elevados sentimientos que dispertó en mi pecho se extinguian para dar cabida á las mas odiosas dudas sobre mí y sobre Enrique.

¡Ay de mí! la terrible conclusion de todas estas fantásticas ideas no se hizo esperar mucho.

Al reflexionar ahora á sangre fria aquella cruel ceguedad, pienso que acaso unos miserables zelos que nunca quise reconocer, me impelian á aquel desapiadado análisis.

No siendo capaz de una heroicidad semejante á la de Falmouth, trataba sin duda de ajarla buscando en ella una miserable mira.

Tal vez me propuse aun sustraerme á una influencia que me atemorizaba....

Hice pues un inventario glacial de lo que me *debia* Falmouth y de cuanto *me ofrecia*.... Parecia la fúnebre enumeracion de las reliquias de un difunto. . . . .

. . . .

Cosa fue esta evidente é irrecusable para mí, á saber: que el precio que ponia Falmouth al servicio que yo le habia prestado era exorbitante.

¿Porqué me ofreció ese precio exorbitante?

Demasiado me habia degradado á mis propios ojos y sobrado envilecido me sentia aun por esas mismas dudas é innobles cálculos, para suponer siquiera que fuese real la simpatía de que me habia hablado: y además, ¿no me confesó el mismo que un tino muy delicado le señalaba siempre las almas escogidas con las cuales deberia tener alguna afinidad?

¿Cómo pues un carácter tan generoso podia experimentar atraccion alguna hácia *mí*, tan indigno de inspirarla.

¿Qué *interés* podrá de consiguiente haberle movido á fingir semejante exageracion?

Su nombre es mucho mas ilustre que el mio, inmensas sus riquezas y su posicion muy encumbrada; no será pues la vanidad lo que puede acercarle á mí.... Tiene acreditada su valentía; de consiguiente no buscará en mí á un defensor.

Tiene una imaginacion viva, ingeniosa y original, y por espacio de muchos años ha vivido solo; eso prueba que no me querrá mirar como á una especie de bufon....

Mucho me costó, á la verdad, hallar cual era el *interés* que hacia obrar á Falmouth.

Presentóseme de repente á fuerza de socavar el abismo de los mas cenagosos y horribles instintos, una idea infernal.

Sucedióse un momento de execrable triunfo: *habia adivinado.*

Creí comprenderlo y explicarlo todo por medio de esta extravagante y abominable interpretacion.

Acosóme un espantoso delirio.

IX.

El duelo.

Escribí apresuradamente los siguientes renglones en contestacion á la carta de Falmouth. Tiré del cordon de la campanilla y le mandé la esquela.

. . . .
. . . . (1)

Apenas salió la carta de mis manos, cuando, conforme á lo que siempre me sucedia, volví á la razon, á la reflexion de aquel ultraje vil.... quedé aterrado.

¡Si me habria engañado!!!!

. . . .
. . . .

Hubiera querido á costa de mi vida no haber escrito aquella terrible contestacion. Era ya tarde.

Un tabique de ligeras tablas separaba mi cuarto del de Falmouth....

Con espantosa ansiedad me puse á escuchar....

Luego que el criado que habia llevado mi carta hubo cerrado otra vez la puerta, reinó un profundo silencio....

De repente un impetuoso movimiento hizo caer una silla al suelo.... ví que se precipitaba Falmouth hácia la puerta á paso incierto y pesado, pues apenas podia andar aun.

Iba á venir.

El corazon me palpitaba horrorosamente.

Sus pisadas se acercaban....

Sentíme penetrado de un sudor frio... temblé.

Mi puerta se abrió bruscamente. Él entró cargándose fuertemente sobre su baston.

(2) Encuéntrase cuidadosamente borrada toda esta carta en el manuscrito del *Diario de un desconocido.*

Jamás.... no, jamás olvidaré la expresion de fulminante cólera que estallaba en su semblante; parecia un máscara de mármol con dos ojos despidiendo llamas....

— ¡Vuestras armas! exclamó con un acento que vibraba de indignacion, enseñándome al mismo tiempo la carta que tenia en la mano. ¡Vuestras armas!!!

Sentíme aniquilado por un espantoso remordimiento; fué tanta su violencia que me inspiró una cobarde retractacion de mi vileza....

— ¡Enrique! le respondí señalando la carta con aire desesperado, perdon!...

— ¿Perdon?... ¿No quereis batiros? exclamó Falmouth con furor.

Encendíme de rubor, la vergüenza de parecer cobarde me exasperó, y le contesté:

— Caballero mis armas serán las vuestras.

— Gracias por la atencion. Ved que arma escogeis y acabemos.... respondió con aspereza.

Iba á reventar, pero acordándome de que Falmouth estaba en su casa, me contuve.

— Uno y otro, le dije, nos encontramos en muy mal estado para manejar la espada.. . la pistola nos tendrá mas cuenta....

— Muy bien, respondió Falmouth dejándose caer sobre un sofá.

Llamó.

Entró un criado.

Dí al señor Williams que tenga la bondad de bajar, le dijo Falmouth.

Salió el criado.

— Williams y George, me dijo imperiosamente Falmouth, nos servirán de padrinos.

Hice una señal de asentimiento maquinal.... estaba anonadado.... Williams bajó.

— ¿Dónde nos encontramos, Williams? ¿Cuál es el puerto mas inmediato? Por haber soplado el viento norte

desde esta mañana, llevamos buen rumbo para Malta, á donde, si continua, podrémos llegar mañana á la noche.

—Haz pues lo posible, mi apreciable Williams, para que lleguemos cuanto antes.... Dame el brazo para entrar en mi cuarto....

Me quedé solo. . . . '. . . . .

. . . .

No necesito mentar mi amarga desesperacion.

Refrescada mi herida por una ardiente calentura que me entró, me hizo otra vez padecer muchísimo.

Sumergida á cada instante la goleta en las olas alborotadas por el viento, que arreciaba por momentos, recibia muy fuertes sacudidas. Causábanme aquellas cabezadas un extremecimiento tan doloroso, que muchas veces no podia reprimir un grito agudo.

Entró el doctor para saber de mí y preguntarme la disposicion en que me hallaba; pero yo le oculté mis padecimientos por una especie de obstinacion pueríl.

Aquel hombre pertenecia á Falmouth; un exagerado escrúpulo me privaba de aceptar sus cuidados en lo sucesivo.

¡Qué horas pasé, Dios mio, tan crueles! Esta crisis fue espantosa.

Las emociones que acaba de experimentar junto con el ardor de la calentura, de tal manera exaltaron mi nerviosa sensibilidad, que replegado en mi lecho y sin poder sufrir la luz del dia, me cubrí el rostro con las manos y lloré amargamente....

Ordinariamente las lágrimas me aliviaban, pero estas eran acerbas y agudas.

Luego que mi desesperacion hubo llegado á su parasismo, por una triste necesidad de contraste que me era familiar, comparé lo que era con lo que habia sido.... y sobre todo con lo que pudiera ser.... si yo no hubiera voluntariamente ajado, quebrantado y embrutecido tantos nuevos elementos de felicidad!

Así en vez de tener que ocultar mi vergüenza en la sole-

dad y las tinieblas, en vez de sumergirme en las mas funestas ideas, en vez de suportar aquel aislamiento á que tan infamemente acababa de condenarme, hubiera gozado de las alegrías y efusiones del corazon!

Aquel hombre que entonces me aborrecia, que me despreciaba y que no ansiaba mas que el momento de lavar su injuria con mi sangre, hubiera estado como siempre allí á mi lado, afectuoso y agradecido. Aquellos ayes que el dolor físico me arrancaba y que tan trabajosamente sofocaba, hubieran sido dulcificados por la solícita ternura de un hermano.

¡Y pensar.... ¡Dios mio! decia yo que aquella realidad tantas veces ideada en mis ensueños de amistad, está allí á mi lado!

¡Y pensar que esta otra vez, por el mas asombroso concurso de circunstancias, no tenia mas que ponerme en brazos de la felicidad que espontáneamente se me ofrecia!

¡Y pensar que esta otra vez una fatal y furiosa monomanía me habia hecho postergar todas las contingencias de felicidad posible á los mas horribles remordimientos!

Al verme tan irremediablemente desgraciado, el suicidio se me ofreció al pensamiento.

Me echaba en cara el ser un odioso peso tanto para mí como para los demás. ¿Preguntábame para qué era bueno? ¿qué uso hacia de las ventajas que la suerte habia reunido en mí: juventud, riqueza, salud, vigor, inteligencia y fortaleza?

¿En qué habia empleado hasta entonces unos dones tan preciosos? En labrar la desgracia de cuantos me habian amado.

Determiné pues exponer ciegamente mi vida en aquel desafío y respetar la de Falmouth.

Haciendo fuego contra él.... me hubiera parecido cometer un fatricidio....

Por un lastimoso capricho, quise leer otra vez su carta.

¡Inexplicable fatalidad!... entonces comprendí toda su imponente generosidad.

¡En aquel momento fue cuando pude abrazar con una sola mirada toda la inmensidad de mi irreparable pérdida! Mas ¡ah! estaba ya hecho, todo se habia acabado para mí.

X.

El práctico.

Los vaivenes de la goleta iban siendo cada vez mas duros. Oíase en la parte exterior un continuo bramido, que aumentando á veces progresivamente acababa por estallar como un cañonazo.... á cuyo estampido sucedia despues un sordo y lejano rumor.

Tan pronto se extremecia el puente sobre mi cabeza, por los precipitados pasos de los marineros; tan pronto cesaba repentinamente este ruido, ó era dominado por la resonante voz de Williams, que dirigia la maniobra.

No me quedó duda de que fuera una borrasca. No pude mantenerme en la inaccion.

Aunque bastante débil, quise levantarme, creyendo que tal vez me convendria respirar el aire libre. Llamé, y con la ayuda de mi criado conseguí el poder vestirme.

Habia perdido completamente el movimiento de mi brazo izquierdo.

Subí á cubierta y no ví á Falmouth.

Las olas estaban enfurecidas.

No eran aun las cuatro de la tarde y ya apenas se veia.

Al horizonte dibujaba el mar las oscuras ondulaciones de su inmensa curva, sobre una faja de luz ardiente como hierro incadescente.

Sobre esta zona purpurina estaban pesadamente aglomerados macizos grupos de negras y rojizas nubes; la bóveda del firmamento reflejaba en el agua aquellas opacas tinieblas, y las olas perdida su transparencia de azul ó de esme-

ralda, semejaban montes de barro jaspeados de espuma.

La tempestad descargaba contra la jarcia furiosos y vehementes golpes. El viento, aunque impetuoso, era caliente; las olas que levantaba y que venian á menudo á estrellarse sobre la cubierta del yate parecian casi tibias.

El médico subió al momento y me dijo: Haceis mal en salir de vuestro cuarto así como os hallais.

— Me estaba ahogando, doctor; el movimiento del barco me hacia sufrir demasiado: paréceme que me encuentro mejor aquí arriba.

— ¡Qué tiempo tan horroroso! dijo el doctor. Con tal que podamos encontrar la costa de Malta antes de la Noche!

— ¡Tan cerca estamos de la isla!

— A no ser por esa neblilla tan espesa, ya la hubiéramos descubierto. Antes de la una nos pondrémos en facha para pedir un práctico.... Dios quiera que con este tiempo se oigan nuestros cañonazos y puedan verse nuestras señas.

Una hora despues apareció un claro en el cielo.

En frente de nosotros descubrimos al horizonte elevadas tierras oscurecidas todavía por la niebla: era, segun me dijo William el cabo de Harrach punta septentrional de la isla de Malta, sobre la que se alzaba la torre del Espinazo que sirve de vigía.

Mandó Williams poner la goleta al pairo é hizo disparar algunos cañonazos para pedir un práctico.

El viento sopla con tanta furia, que los pilotos de Harrach no se atreverán tal vez á aventurarse en el mar.

No obstante, despues de las salvas del yate vimos aparecer repetidas veces por encima de las olas y desaparecer en sus negras profundidades una pequeña vela latina hábilmente dirigida.

— Muy intrépidos marineros han de ser esos malteses me dijo el doctor, pues á pesar de una mar tan espantosa vienen con la proa á viento.

Aquella embarcacion se iba acercando por momentos; pero como quedaba á veces encubierta por la altura de las olas y no volvia á aparecer hasta despues de un largo intérvalo, á cada una de aquellas progresivas apariciones sobre la cresta de las oleadas, parecia haber aumentado de volúmen.

No sé porque un efecto tan natural me llamaba entonces la atencion.

Presentóse en fin la embarcacion á un tiro de fusíl de la goleta.

Se le echó una amarra de Williams. Acerquéme para ver mejor á aquellos atrevidos marineros.

Eran cinco; cuatro de ellos ocupados en la maniobra de las velas, y el otro en el timon.

Despues de haberse atracado á lo largo del yate para recibir el cable, el hombre que manejaba el timon aprovechó el momento en que la oleada levantó su batel casi al nivel del puente de la goleta para saltar en ella agarrándose diestramente á los obenques.

Apenas estuvo á bordo aquel hombre, cuando los demás marineros fueron á poner la embarcacion al remolque de la goleta.

Despues de haber saludado á Williams empezó el práctico á andar por encima de la cubierta á pesar de las bruscas cabezadas de la goleta, con una seguridad que indicaba grande ejercicio en la nevegacion.

Paróse al momento, y alzando la cabeza dirigió una mirada de inteligente hácia el aparejo del yate que le dejó sin duda satisfecho, pues hizo una señal de muda aprobacion.

A pesar del temporal y de los riesgos que amenazaban á la goleta, porque la noche avanzaba sin que amainase la violencia del viento, aparentaba tener aquel hombre una seguridad tal, que el aspecto algo sombrío de nuestra tripulacion se serenó de repente.... parecia llevar consigo el práctico aquella súbita confianza que inspira á menudo la llegada de un médico impacientemente aguardado por una familia inquieta·

Hallándome colocado junto al coronamiento en que me apoyaba para mejor resistencia á las sacudidas del barco, no distinguia bien al práctico hasta que se acercó por el lugar en que yo estaba.

Aquel hombre tendria unos cuarenta años de edad. Era de una talla elevada, delgado y huesudo; el sol habia curtido sus facciones; era enjuto de cara, de ojos verdes y de negras y muy velludas cejas. Llevaba un gorro de lana á la escocesa de cuadros azules y encarnados que le cogia toda la frente hasta los ojos. Un gran copote de paño obscuro chorreando agua de mar y encubriendo la parte superior de sus anchas botas de pescador, completaba su traje.

Parecióme, no sé porque, que aquel hombre no me era desconocido. Conservaba una vaga idea de su siniestra fisonomía, si bien me era imposible recordar las circunstancias de aquel conocimiento; causábame sin embargo una desagradable impresion, que yo atribuia á la incomodidad y la calentura.

— ¿Podremos entrar en Malta esta noche, piloto? le preguntó Williams.

Despues de haber mirado la brújula y contemplado largo rato el aspecto del cielo, el mar y el viento, respondió el práctico en muy buen inglés: Podremos llegar tal vez esta noche á la isla.... pero no entrar en el puerto de Malta.

— ¡No!... exclamó Williams, ¿y porqué?

— Porque no es posible, contestó el práctico con indiferencia.

— Pero, replicó Williams, aunque sea el viento fuerte y nos venga del norte, no es tan violento que haya de echarnos á la costa. La goleta maniobra divinamente y sabrá obedecer....

¿Y sabrá resistir á la fuerza de las corrientes que largan de siete ú ocho millas por hora y lo mismo que el viento le llevan á uno sobre la costa?

— Lo que le digo á V., piloto, repuso Williams, es que ahora hace dos años que entré en Malta con un temporal mas fuerte que este....

— Pero no mas fuerte que el que se prepara para esta noche, contestó el práctico.

— ¿Para esta noche? dijo Williams con aire de incredulidad....

— Para esta noche, repitió el piloto con mucha resolucion.

— ¿Qué indicios seguros teneis del tiempo que hará esta noche?

— La punta Tamea y los despeñaderos de Kamich se hallan inundados en este momento.... y esta es siempre la señal precursora de un gran temporal.

— ¡Estos son temores y supersticiones de viejas! exclamó Williams.

Clavó el piloto en él sus verdes y penetrantes ojos, encogió ligeramente sus hombros y se sonrió....

La sonrisa del aquel hombre me reveló una especie de sueño: parecióme reconocer los blancos, claros y agudos dientes del pirata con quien habia lidiado cuerpo á cuerpo cuando el ataque de la goleta.

Tan grande fue mi asombro, que dí dos pasos hácia adelante, midiendo al piloto con una mirada de sorpresa; pero este se mantuvo en la mas completa impasibilidad, y me obligó, lo confieso, á inclinar la cabeza delante de su sereno é indiferente aspecto.

Cansado Williams del silencio del piloto, le dijo sin advertir mi preocupacion: — Pero en fin, ¿qué harémos?

Si el temporal aumenta, como es de esperar, soy de parecer que en vez de exponernos á ver el yate embestir sobre la costa por causa del viento y las corrientes que no le permitirán entrar en el puerto de Malta, será mejor doblar la punta de Harrach, y en lugar de hacer rumbo á la costa Norte de la Isla, dirigirnos á la costa Sur.... al pequeño puerto de Marsa-Siroco, donde encontraréis un excelente fondeadero. Si vuestra goleta pone tambien la proa al viento como decís, nada perjudicará su maniobra luego que estemos á sotavento de la isla.... pero al menos en caso de

temporal no se verá expuesta á estrellarse contra la costa, puesto que tendrá de popa para huir cien leguas de mar que separan la isla de Malta de la costa norte del Africa.

— Esta proposicion, piloto, huele á demasiada timidez, contestó Williams; una orca flamenca tendria mas atrevimiento. Por otra parte milord quiere anclar de todos modos esta noche en el puerto de Malta y yo no lo encuentro tan difícil de conseguir.

— Entonces, hágalo V. mismo contestó el piloto con aire impasible, y dirigiéndose á popa dijo en inglés á los marineros que habian quedado en su chalupa: ¡Hola!.. disponerse para alargar la amarra y volvernos á Harrach....

Aun esta vez al oir la voz clara y penetrante del piloto, excepto la diferencia del idioma, se me figuró reconocer al hombre de la capucha negra que un momento antes del abordaje de la goleta habia gritado á sus compañeros: *¡Cese el fuego! ¡al abordaje!*

Viendo Williams que el práctico estaba seriamente determinado á marcharse, le dijo: Aguárdate un momento mientras voy á recibir las últimas órdenes de milord, y efectivamente se ausentó.

Me quedé en cubierta sin saber que pensar de lo que me estaba pasando.

Es verdad que no me quedaba duda sobre ser aquella la voz y la extraña disposicion de los dientes del pirata; pero no podia ser esto un efecto de la casualidad? ¿qué probabilidad podia haber de que un hombre herido y echado al mar ocho dias antes fuese aquel mismo práctico maltés que me estaba delante, tan ágil y vigoroso?

Volví á fijar la vista en el piloto; mas este no desviaba la suya. Cansado seguramente de aquella muda observacion, se acercó á mí y me dijo con sumo desembarazo: ¿Se os ofrece alguna cosa?

— ¿Hace mucho tiempo que estais de práctico en Malta? le pregunté.

— Siete años.

— Y me enseñó una gran medalla de plata prendida debajo de su gaban de una larga cadena del mismo metal.

Sobre esta medalla vi por una parte las armas de Inglaterra, y por la otra el nombre de *José Belmont*, *piloto real*, *núm. 18*.

— ¿Pero V. es francés? le dije en este idioma.

— Sí señor, me respondió.

Mi sorpresa no podia ser mayor.

Presentóse Williams otra vez, y dirigiéndose al piloto, le dijo:

— Vaya, obrad como mejor os parezca.... Milord no se opone....

— La mar aumenta tanto, dijo el práctico, que voy á dar órden á mis marineros para que suelten la amarra y nos sigan á poca distancia.

Soltó en efecto la embarcacion el cable que la remolcaba, y navegó de conserva con el yate.

Entró la noche.... Segun costumbre, entregó Williams la bocina al piloto como la señal de mando.

Pronto se realizaron los pronósticos de aquel hombre acerca del tiempo; porque aunque nuestra nueva direccion nos hubiese puesto en algunas bordadas á sotavento de la isla, y de consiguiente nos hallásemos muy abrigados; no obstante el temporal iba cobrando fuerza.

En pie junto al timon, daba el piloto sus órdenes con la mayor serenidad, y al decir de Williams, maniobraba con una sabiduría y habilidad extraordinarias.

— Mientras esperábamos que apareciese la luna, que debia facilitar nuestra entrada en el puerto, bordeábamos paralelamente á la costa de la isla de Malta.

— Era una noche tenebrosa.

La luz de las brújulas, encerrada en su caja de cobre, formaba una pálida auréola al pie del palo mayor. Aquella luz alumbraba solamente al timonero y al piloto, mientras que el resto del barco y la tripulacion quedaba sumergido en una obscuridad, que el contraste de la luz hacia parecer todavía mas profunda.

Heridas de esta suerte las facciones del piloto por la luz reflejada desde abajo, como sucede con los actores iluminados por los reberberos del escenario de un teatro, presentaban un aspecto de audacia singular, de astucia y de perfidia.

No obstante de hacer un tiempo horroroso, y de hallarse á cada instante cubierta la proa por los golpes de las furiosas olas, veia de vez en cuando al piloto frotarse las manos con una especie de alegría feroz, acompañando una extraña sonrisa que le hacia enseñar sus blancos, agudos y separados dientes.

¿Era por ventura la satisfaccion de salvarnos de inminente peligro?

¿Era un sentimiento enteramente contrario? No lo sé... pero en aquel momento me pareció reconocer perfectamente al pirata con quien habia peleado. Esta idea me preocupó de tal manera, que á pesar de la resolucion que tenia hecha de no decir palabra sobre este particular, no pude menos de preguntar á Williams si estaba seguro de aquel hombre.

—¡Tan seguro como se pueda desear! Nuestro consejo de marina en Malta no permite jamás ejercer el pilotaje sino á personas acreditadas.... este hombre me ha enseñado su patente, y está muy en regla. En todo lo demás, se conoce tambien que es un excelente marino.... y empiezo á creer que tiene razon. Aunque nos hallemos defendidos por la tierra como veis, resistimos todavía tan á duras penas á la violencia del viento, que ese temporal acompañado de las corrientes tan rápidas que reinan, bien hubiera podido echar á nuestro yate sobre la costa.

—Vais á encontrar que es una idea muy extraña, dije vacilando á Williams, pero á veces creo ver en este piloto...

—¿Á quién?

—Al capitan de los piratas con quien peleé, y que creia haber echado al mar.

—Nos hallamos tan á obscuras que no puedo ver la ex-

presion de vuestro rostro, contestó Williams; pero estoy seguro que lo decís por broma.

— Hablo con mucha formalidad, á fe mia.

— Pero señor, pensad que es imposible; y además, repito que las funciones de un práctico no son confiadas sino á personas muy conocidas; no pueden dejar su puesto sino para venir á acompañar á los buques que entran en la isla. Figuraos pues que aquel místico pirata estaba surto en Porquerolles hacia mas de un mes, cuando llegó el yate de milord á las islas de Hyeres.... pensad pues que.... Pero, dijo Williams interrumpiéndose y separándose de mí — ya sale la luna y va despejándose el horizonte, su luz nos va á servir de mucho para encontrar el fondeadero.... perdonad, porque es preciso preparar las anclas.

Aunque muy sólidas en apariencia las razones que me habia dado Williams, no llegaron empero á convencerme. No obstante, al ver que se acercaba la hora del desembarco, y que á juicio de los inteligentes habia maniobrado el práctico tan hábil como prudentemente, me ví obligado á suspender por lo menos mi juicio, porque hasta entonces ninguna reconvencion merecia el hombre de quien yo desconfiaba.

Subió el doctor, me informó del estado de Falmouth, y preguntó por el mio.

— Me prueba, le dije el estar al aire libre, y no me duele tanto la herida.

— Gracias á Dios, tambien milord se siente mas aliviado: esa contusion habia sido violenta, pero fácil de curar. Ahora mismo acaba de andar por sí solo. El práctico tenia razon, añadió el doctor enseñándome las olas: ved como parece que va calmando la mar á medida que nos acercamos á la costa....

En efecto, libres de la violencia del viento á causa de la cordillera de montes cortados á pique, que se extienden á la parte meridional de la isla de Malta, las olas se allanaban mas y mas.

Pronto la luna, desembarazándose del todo de las nubes que hasta entonces la habian oscurecido, alumbró perfectamente una inmensa muralla de rocas que se presentaban á nuestra vista, sentadas en el mar.

Un tiro de cañon separaba entonces la goleta de la ribera que emparejamos: el batel-piloto navegaba á poca distancia de nosotros.

— ¿Entrarémos pronto en el puerto de Marsa-Siroco? le preguntó Williams, que conocia los diferentes fondeaderos de la isla.

— No tardarémos. Pero como debemos pasar por entre las piedras negras y la punta de la Wardi, y ese canal sea muy peligroso por razon de las corrientes, voy á colocarme al timon si os parece bien.

Hizo Williams una señal, y el timonero soltó la caña.

Recuerdo aquella escena como si hubiera sucedido ayer.

Hallábame sentado en el coronamento.

Tenia delante á Williams, que de pie junto al práctico que tomó el timon, interrogaba como él sucesivamente la brujula, la costa y el velámen de la goleta.

De bruces el doctor sobre la orla, miraba la estela que iba formando el barco.... Veíase muy cerca de nosotros al batel-práctico, que ya seguia al parecer un rumbo diferente: esto me llamó la atencion....

En frente y no muy lejos de nosotros se alzaba una enorme masa de rocas escarpadas.

Aunque mas apaciguado el mar, estaba todavía alborotado por una fuerte marejada, cuyas inmensas ondulaciones iban á estrellarse contra la ribera, moviendo un espantoso ruido.

Acababa el práctico de hacer cargar de vela, para aumentar sin duda la velocidad del yate, cuando un formidable grito estalló en la proa, profiriendo estas palabras: — ¡Toda la caña á babor!... ¡Estamos sobre un rompiente!...

No sé como obedeceria el práctico esa órden, ni como gobernó la goleta, sinó que apenas se oyó aquella voz,

cuando un terrible choque seguido de un largo crujido, detuvo repentinamente la marcha de la goleta.

Tan violenta fué la conmocion que á mí, Williams y dos marineros nos hizo rodar por la cubierta.

— ¡El yate ha tocado! exclamó Williams levantándose.... ¡Maldito sea el piloto!...

Imposibilitado por mi herida de moverme con igual agilidad, estaba todavía al suelo, cuando despues de atravesar alguno con mucha rapidez por el sitio en que me hallaba oí caer al mar un cuerpo pesado; tendí la vista, y ya el piloto ni estaba al timon ni en toda la cubierta....

Recordando mis presentimientos, y olvidando el riesgo que corríamos, me levanté; y á un tiro de fusíl descubrí al batel-práctico, que á fuerza de remo se dirigia hácia un punto negro, cercado de espuma que á favor de la luna podia distinguirse por intérvalos.

Era el práctico que trataba de reunirse á nado con los suyos.

— ¡Un fusíl!... ¡un fusíl!... exclamé. Estaba cierto de que era èl....

En este momento chocamos otra vez contra un arrecife, y cayó el palo mayor causando un horroroso estrago.

En medio del silencio y estupor que siguió á aquel fracaso, oí estas palabras en francés: *Acordaos del místico de Porquerolles!*

Tan instantánea y confusa fué la última escena de este terrible drama, que con dificultad podrán representármelo mis recuerdos al través del caos de precipitadas y espantosas emociones que se sucedieron, como el resplandor de los rayos en medio de un huracan.

A un tercero y último choque, levantado el yate por una inmensa y sorda oleada, volvió á caer con toda su fuerza sobre un banco de agudas rocas.

Desfondóse el buque y zozobró: entonces oí en el interior del barco el ruido del agua que se precipitaba en él borbotando como si fuera un sumidero.

¡Estaba todo lleno de agua!

Á pesar de que llevaba el brazo herido apoyado contra el pecho, iba á arrojarme al mar, cuando vi á Falmouth que ayudado de Williams subia sobre el puente.

Otra enorme oleada cogió en este momento al yate de costado, y lo viró completamente.

Hízome rodar hasta la orla; sentíme despues levantado aturdido y aplastado por una pesada masa de agua que me paso por encima tronando como si fuera un cañonazo.

Desde este momento dejé de percibir casi todo lo que me sucedió despues.

Unicamente me acuerdo que experimenté una larga y horrorosa opresion; cada vez que abria los labios para respirar, absorbia grandes bocanadas de una agua tibia y amarga: los oidos me zumbaban dolorosamente; sobre mis ojos me sentia un enorme peso, todos los sentidos me abandonaban....

Hice no obstante desesperados esfuerzos para nadar.

Súbitamente me pareció que respiraba con mas libertad, que veia al cielo, y muy cerca de mí una masa de rojizas peñas....

Figuróseme en fin sentir una vigorosa mano asirme por el cabello y oir la voz de Falmouth que me decia: ¡Hemos quedado iguales!... Adios....

No recuerdo nada mas, porqué caí al instante en un doloroso orgasmo, que fué seguido de la mas profunda insensibilidad.

DAFNE, NOEMIA, ANASTASIA.



XI.

La isla de Khios.

Encuentro este fragmento de diario escrito un año despues del naufragio del yate de lord Falmouth sobre la costa de Malta.

Si tuviese la menor pretension literaria, no me atreveria por cierto á decir que escritas estas páginas en el momento de la impresion, pintan muy naturalmente la existencia encantadora de que acababa de gozar durante un año de vivir en el mas dulce *far niente* del corazon.

Con efecto, aquel paraíso que yo me habia creado, acababa de renacer á mi vista con todo su lujo, su antigua nobleza, con su palacio de mármol blanco dorado por el sol, con su azulado firmamento, con su verde alfombra de naranjos, de deliciosos perfumes, con sus encendidos horizontes, que servian de magnífico marco á las aguas azules de la costa del Asia europea.

Este año habrá sido tal vez el mas feliz de mi vida.... porque aquellos dias veloces y floridos no me causaron el menor sufrimiento moral.

Ni una sola vez sentí, si así puedo decirlo, mi corazon.

¡Mas ah! ¿porqué los sentidos no acabaron con el alma en esta lucha? ¿porqué el pensamiento no fue muerto por el placer?

El pensamiento, esa soberanía del hombre, dicen.... soberanía efectivamente verdadera, porqué es fatal como todas las soberanías.

¡El pensamiento! ¡esa corona de fuego que abrasa y consume la frente que la ciñe!. . . . .

Conforme á mi costumbre de clasificar mil recuerdos de felicidad, habia intitulado este fragmento: *Dias de sol.*

El tono indiferente, liviano, y burlon que campea á veces en este escrito ofrece en mi concepto un singular contraste con el sombrío y desolado carácter de los acontecimientos cuya memoria acabo de evocar.

Dias de sol.

Isla de Khios 20 junio 18**.

Ignoro lo que me reserva el destino; pero segun acostumbraba yo á decir en mis dias de tristeza y quebranto, *como debe uno desconfiar mas de sí, que del destino*, quiero volver á mirar, un dia á lo menos, releyendo estas páginas, el cuadro risueño en que ahora vivo tan felíz.

Escribo estos renglones el 20 de junio de 18**, un año despues de la pérdida del yate en el palacio Carina, situado en una de las costas de la isla de Khios.

En aquel naufragio el pobre Enrique me salvó la vida. A pesar de su herida, nadaba vigorosamente hácia la ribera.

Al verme á punto de ser sumergido por el agua, porque apenas podia valerme de mi brazo izquierdo, me asió Falmouth con una mano, y luchando con la otra contra las olas, me dejó moribundo sobre la arena.

Habíanse agotado sin duda mis fuerzas con las emociones del combate, con mi herida y con mis desesperados esfuerzos en el momento del naufragio; porque me sentí combatido largo tiempo por una fuerte calentura, de que me salvó la cuidadosa solicitud del médico que me dejó Falmouth.

Hallábame tan gravemente enfermo, que fue preciso me

llevasen á Marsa-Siroco, pequeño pueblo maltés que se encuentra inmediato á la costa en que naufragó la goleta, y del cual no salí hasta mi completo restablecimiento. Despues que abandonándome el delirio empecé á poder hablar, me informó el doctor de las circunstancias de que acabo de hacer mencion, y me entregó una carta de Falmouth que junto á ese diario.

« Al fin prefiero, mi querido conde, haberos salvado del « naufragio á alojaros una bala en la cabeza, ó recibir de « vos semejante recuerdo de amistad.

« Es de esperar que el vigoroso *baño* que acabais de reci « bir os será de un saludable efecto para en adelante y os « habrá curado de vuestras locuras.

« He cambiado mis proyectos, ó por mejor decir vuel- « ven á ser lo que en un principio: ahora mas que nunca « deseo satisfacer mi antojo respecto del brulote de Cana- « rís; pero como con la diabólica perfidia de ese pirata « práctico, por quien está clamando el patíbulo, he perdi- « do á mi pobre yate, he fletado un buque en Malta y mar- « cho á Hydra.

« Hasta mas ver. Si volvemos á encontrarnos algun dia, « creo que nos hemos de reir mucho de lo que está pasan- « do. »

E. Falmouth.

« P. D. Queda con vos el doctor, porque los médicos de « Malta, segun dicen, no sirven para nada. Os entregará « una carta de recomendacion para el lord gobernador de « la isla.

« Enviadme el doctor á Hydra, por la primera ocasion « que se os ofrezca, luego que no tengais mas necesidad de « sus cuidados. »

Me tiene ahora tan embotado el placer, que apenas se ofrecen á mi memoria los punzantes recuerdos que me dejó aquella carta tan friamente mordaz. . . . .

En Malta, fuí á visitar á lord P***, que me recibió con el mayor agrado. Mandó practicar las mas activas diligencias para descubrir al pretendido práctico. Aquel miserable habia en efecto pertenecido á la marina inglesa, pero hacia dos años que habia abandonado el pilotaje de la isla de Malta.

Se mandaron requisitorias por todo el Archipiélago, donde se sospechaba que ejercia la piratería.

Encontré en casa de lord P*** á un tal marqués Justiniani, vástago de la antigua é ilustre familia Justiniani de Génova, que dió duques á Venecia y soberanos á algunas islas de la Grecia.

Poseia el marqués inmensas propiedades en la isla de Khios, que acababa de ser últimamente talada por los turcos.

Hablóme de un edificio llamado el *palacio Carina*, construido á fines del siglo XVI por el cardenal Angelo Justiniani. El marqués habia tenido alquilado largo tiempo este palacio á un agá. La descripcion que me hizo de él y del clima de la deliciosa isla en que estaba situado, me entusiasmó de tal manera, que le propuse marchar á Khios, visitar la casa y el parque, y alquilárselo ó comprárselo todo, á acomodarme.

Emprendimos aquel viaje.

Á los tres dias de navegacion desembarcamos aquí.

Veíanse por dó quiera las sangrientas huellas del tránsito de los turcos; tenian una guarnicion en el castillo de Khios. Mi calidad de francés y el imponente y digno aspecto de nuestra marina y de nuestros cónsules en el Levante, me ofrecian la mas completa seguridad en caso de decidirme á vivir en Khios.

Visité el palacio; me gustó, y pronto convenimos en el precio.

Al dia siguiente me fue presentado por mi intérprete un judío renegado, que me ofrecia en venta una docena de hermosas esclavas griegas, procedentes del último desem-

barco de los turcos en las islas de Samos y Lesbos; de esta docena de jóvenes, la mayor de las cuales no habia cumplido aun los veinte años, tres solamente eran, segun él decia, de una complexion delicada y buena para el *recreo.*

Las nueve restantes, altas y robustas, aunque muy bellas podian ocuparse en cuidar de los jardines ó del interior de la casa. Solo pedia por cabeza dos mil piastras (unos quinientos francos).

Para decidirme sin duda á que se las comprara, me habló el renegado de un ajuste que estaba haciendo con un reis de Tunez, proveedor del serrallo del bey; pero deseando ver bien tratadas á sus esclavas, preferia vendérmelas á mí en razon de que las infelices tendrian que sufrir muchísimo durante la travesía del jabeque berberisco que debia conducirlas á Tunez.

Quise ver á las esclavas.

Hase conservado desde la antigüedad en aquel país privilegiado tan puro el maravilloso tipo de la belleza griega, que entre todas aquellas doce mujeres, de condicion y naturaleza tan distintas, no solamente no se encontraba una que no fuese esbelta ó hermosa, sino que tres de ellas en particular estaban dotadas de la mas rara y exquisita beldad.

Hice aquella compra: cedióme además el renegado como por contraste dos enanos negros de una monstruosidad bastante pintoresca, que envié con las esclavas al palacio Carina bajo la direccion de mi intérprete y de una vieja cipriota, que me recomendó el judío como excelente ama de llaves. . . . .

. . . .

Aquella súbita resolucion de establecerme en la isla de Khios y vivir perezosamente en ella, olvidado de todo y de todos, me fué sugerida un año ha por el punzante recuerdo de los pesares horrorosos que acababa de experimentar. Despues de mi rompimiento con Falmouth, que yo habia tan indignamente provocado, me reconocí incapaz ó indig-

no de toda afeccion generosa, pues que siempre buscaba en ellas las miras mas miserables; creí por consiguiente que la vida material no me ofreceria los mismos temores ni las mismas dudas.

¿Quién habia hasta entonces ocasionado siempre mis desgracias?

¿No era el temor de ser engañado por los sentimientos que yo experimentaba? ¿De ser presa de un falso amor? Concentrando pues mi vida futura en la adoracion de las realidades, ¿á qué podia exponerme?

Es tan rica, tan fecunda é inagotable la naturaleza, que mis admiraciones deberian estar bajo el nivel de las maravillas que prodiga la creacion.

Además, ¿en qué objeto podria cebarse en lo sucesivo mi desconfianza?

La fragancia de una flor hermosa no engaña, no engaña la esplendidez de un magnífico paisaje.... tampoco engaña la exquisita belleza de las formas; y luego, *¿qué interés*, que mira puede suponerse en la flor que embalsama el aire, en la avecilla que canta, en el viento que trina murmurando entre las hojas, en el mar que lame la ribera, en la naturaleza en fin que despliega tantos tesoros, tantos colores, tantas melodías y tantos aromas?

Probablemente me quedaré solo, dije entre mí, para gozar de tantas maravillas; mas no importa, me place la soledad. Tengo en mí un profundo sentimiento de la belleza material que podrá suplir tal vez la creencia de la belleza moral que verdaderamente no alcanzo á comprender.

La vista de una rica naturaleza, de un hermoso caballo, de un hermoso perro, de una bella flor, de una mujer hermosa, de un hermoso cielo, me ha sumergido siempre en una especie de éxtasis; y aunque desgraciadamente me falta la fe religiosa, no obstante en presencia de las magnificencias de la creacion, he sentido dentro de mí mismo ciertos vuelos de inefable y profunda gratitud para con el ser desconocido que nos colma de sus tesoros.

Ya que siento, decia, el carecer de ciertas facultades, quiero al menos aprovecharme de las que me quedan; y ya que es imposible que sea felíz por el alma, séalo por los ojos y por los demás sentidos.

Y no me engañaba, porque jamás he gozado de una dicha mas cumplida.

Falmouth era, bien lo sé, el mejor y mas noble de los hombres.... lloraré eternamente mi comportamiento para con él. Pero cuando comparo mi vida actual tan completamente felíz con el *estudioso* y *político* porvenir que me pintaba Enrique con tan brillantes colores, ¿puedo por ventura echar menos otra cosa mas que la amistad, que tan locamente perdí por mis horribles sospechas?

Por otra parte, Enrique decia bien, la ociosidad me era fatal; por lo mismo me he ocupado deliciosamente en completar aquí los cuadros vivientes en los que descanso á cada momento mis miradas: he necesitado tiempo, cuidados y aun el estudio para llegar á cercarme como lo estoy de todas las maravillas de la creacion, para reunir todas las riquezas esparcidas que he concentrado en este Eden.

Dirán los sabios que estas felicidades no son sino propias de niños, y es precisamente por esto que son *felicidades*.

Las felicidades serias inmateriales, como las llaman ellos, siempre han tenido un mañana, son perecederas; pero las mil satisfacciones que sabe encontrar en sus ensueños un genio siempre juvenil, aunque rápidas, fútiles é inconstantes, renacen continuamente, porque la imaginacion que las prodiga es inagotable.

He contraido además un envidiable hábito de independencia, y la vida de la sociedad con sus duras exigencias me parece ahora una especie de *cofradía*, cuyas rigurosas reglas encuentro tan difíciles de observar como las del órden de los trapenses.

Porque no sé si preferiria hallarme á mis anchuras dentro de un grosero sayal á estar prisionero dentro de unos trajes ajustados; respirar el aire puro y fresco del jardin

que yo cultivaria, al aire sufocante de los raouts; estarme de rodillas á maitines, á pasearme toda una noche de sarao; no sé en fin si me acomodaria mejor al silencio contemplativo de los claustros, que á la charlatanería de los salones, y si no diria con el mismo desinterés : «*Hermano, fuerza es morir*» del órden religioso, que «*Hermano fuerza es divertirse*» del órden mundano.

Solo extraño una cosa, y es el haber ignorado tanto tiempo donde se encuentra la verdadera felicidad.

Está en el vivir solo, gozando de esta isla encantadora.

Cuando recuerdo la vida onerosa y por lo mismo reducida, oscura y miserable que los mas de los hombres se imponen por rutina en ciudades corrompidas, en un clima lluvioso, casi sin sol, sin flores, sin fragancia, en medio de una raza bastardeada, fea y ruín, siendo asi que podrian como yo vivir á sus anchuras y como dueños absolutos en medio de las opulentas delicias de la creacion en un clima maravilloso.... temo algunas veces ver de repente escalado mi paraíso.

Cada dia estoy mas satisfecho de mi determinacion, reboso de felicidad, se extinguen los mas crueles recuerdos, mi alma se embriaga en una dicha tan encantadora, que aun el tiempo pasado, antiguamente tan doloroso, llega á serme indiferente.

Elena, Margarita, Falmouth.... vuestra memoria no se me presenta sino pálida, lejana ... velada....

No sé decirme porque he podido sufrir tanto para vosotros y por vosotros.

Pero ¿qué es lo que oigo debajo de mis ventanas?... es el sonido de la lira albanesa de Dafne que convida á Noemia y á Anastasia á bailar la romaica....

Queden impresos en estas hojas desconocidas como imágen fiel de una mágica realidad.... la descripcion de cuanto me rodea y el risueño cuadro que se ofrece á mi vista, mientras escribo estos renglones, aquí en Khios en el palacio Carina.

Estos detalles parecerian sin duda pueriles á cualquier otro que á mí; pero es un *retrato* que aprecio, y un retrato de Holbein si se quiere, visto y sacado al lente con una escrupulosa exactitud, con el objeto de que sí en algun tiempo llego á echar de menos esta venturosa época de mi vida, cada faccion, cada señal de esta pintura, tendrán á mis ojos un precio inestimable.

XII.

Dias de sol. — El palacio.

Khios, palacio Carina, 20 junio 18**.

El palacio Carina, como casi todos los palacios de la Italia moderna, construido por los genoveses cuando la isla de Khios entraba en el número de sus posesiones, el palacio Carina es inmenso y solitario; sus habitaciones son espléndidas pero desalhajadas. El musulman que lo ocupaba antes que yo habia hecho amueblar al gusto de los orientales una de las alas de aquel vasto edificio.

Este lado es el que yo habito: allí me retiro durante el ardiente calor del dia; porque sus ventanas se abren al norte y se siente una deliciosa frescura.

Unas cortinas de oloroso mimbre medio tiradas permiten gozar de la vista exterior, quedando así mismo en una suave obscuridad.

Las paredes vestidas de un estuco plateado, semejante á una colgadura de raso blanco, estan rayadas de anchas fajas, alternadas de lila y verde, en que se leen escritos en letras de oro varios versículos del Koran.

El techo ricamente pintado, está distribuido en artesones tambien verdes y color de lila, realzados por un ligero dorado en forma de arabescos. El suelo está cubierto de una gruesa tapicería de Persia.

A la extremidad de esta pieza un juego de cristalinas aguas brota de una fuente vestida de jaspe oriental, y vuelve á caer formando una cascada con un suave murmullo; rodean este surtidor grandes jarros de la China azules y color de oro, llenos de flores, sobre las que vienen á posarse algunas mansas palomas; y los fragantes aromas que emanan de aquellos inmensos ramos llegan á mí como un húmedo perfume.

Además, ¿me atreveré á decirlo? las sensualidades del gusto me son muy caras, y me ocupo deliciosamente en satisfacerlas ó en prevenirlas.

Así es que á mi lado, sobre una mesa cubierta de unos espesos manteles turcos de un fondo pajizo, bordados de flores azules, realzadas por algunas hebras de plata, tengo sorbetes de naranja y cereza, servidos en ricas tazas por cuyos poros transpira la nieve.... tajadas de dorada ananas y de sandía de carne encarnada y corteza verde desaparecen bajo el hielo brillante que llena unos grandes cuencos de porcelana; sobre una fuente del Japon se alza una pirámide de otras frutas exquisitas que Dafne la morena ha entretejido de flores.

La loca Noemia va luego á verterme en una copa de cristal los generosos vinos de Chipre Sciros ó de Madera, sabiamente dejados á una templada temperatura, en garrafas de Venecia de largos cuellos esmaltados.

Si quiero buscar una dulce excitacion á la fantasía y alimentar mi pereza y mi *far-niente,* Anastasia, la blonda, me ofrecerá risueña mi narguiler lleno de agua de jazmin ó mi larga pipa con boquete de ámbar, cuyo cubo llenará con sus delicadas manos del balsámico tabaco de Lataquea.

En fin, si abandonando mis despiertos ensueños entrego mi imaginacion y mi alma á los pensamientos de los otros, tengo á la mano las obras de mis poetas predilectos: Shakspear, Goethe, Schiller, Scott, ¡el grande, el divino Scott! el moderno Homero.... Byron!... cuyo negro bajel vi pasar ayer al horizonte.

El aire, aunque un poco fresco, está saturado de aromas. El vapor del aloes, de la mirra y del *bálsamo del serrallo*, quemando en braserillos de granate, se mezcla á las suaves exhalaciones de las flores; porque viviendo por los sentidos, no he debido olvidar al olfato....

Heme entregado con idolatría á mi gusto por los olores, gusto por desgracia tan desdeñado, tan poco comprendido, ó tan contrariado. He realizado mi sueño de una especie de diapason de aromas, que sube desde los mas débiles á los mas fuertes, y cuya aspiracion causa una especie de embriaguez y de éxtasis, que añade á todas las voluptuosidades una nueva y encantadora voluptuosidad....

¿Y además, como es posible dejar de vivir, como quien dice, por la fragancia, habitando en Khios.... la isla de las fragancias, la isla privilegiada de los sultanes, que sola abastece al serrallo de esencias de rosa, jazmin y tuberosa?

Khios, la sola que produce el precioso lentisco, cuya pensativa y enojada odalisca amasa maquinalmente el incienso entre sus dientes de marfíl. Khios, cuyo comercio tiene tambien un carácter de hechicera elegancia porque trafica en tejidos de seda, en brillantes tapicerías, en flores, en frutas, aves, miel.... y son las mujeres y las doncellas casi siempre bellas de una belleza pura y antigua, las que recogen los tesoros de esta isla afortunada entre todas las islas de la dulce y fecunda Ionia.

Desde las ventanas de mi cuarto, situado en una de las alas de esta inmensa habitacion, descubro un admirable cuadro....

Persígame este recuerdo como un eterno remordimiento, si en ningun tiempo abandono este adorable asilo por alguna bulliciosa y sombría ciudad, con horizonte de murallas, suelo cenagoso y aire comprimido.

A la izquierda está la fachada del palacio, cuyos calados pórticos, arcadas é inmensas escalinatas de mármol blanco llegan á perderse de vista.

Desde su base incrustada de pórfido, hasta su cornisa ba-

laustrada guarnecida de estátuas y de grandes jarros llenos de mirtos y oleandros, todo el edificio está inundado por el sol, y dibuja su siluheta caliente y dorada como antiguo mármol en un cielo de ese azul de zafiro peculiar del Oriente.

A lo lejos el azul del mar se mezclaria con el azul del cielo á no ser por una línea montuosa de violada púrpura. Son los montes de la Romanía, cuyas atrevidas cimas se ocultaban en un flamígero vapor.

A la derecha, en maravillosa contraposicion con esta deslumbradora masa de mármol y de luz, veo separadas de la fachada por una alfombra de tierno trébol, que pacen muchos corpulentos carneros de Siria, de muy larga cola, y algunas gacelas de argentado pelaje; veo extenderse paralelamente al palacio un profundo humedo y umbroso bosque.

Las gigantescas copas de las encinas, de los cedros y de los plátanos seculares, forman un océano de oscuro verdor; el sol empieza á declinar, bronceando con sus ardientes reflejos aquel inmenso ramaje.

De aquella movible alfombra de un verde opaco y subido se destacan mil otras tintas verdes, que van siendo tanto mas suaves y transparentes, cuanto mas se acercan á las frescas márgenes del rio Belofano, que extendiéndose en frente del palacio, forma una especie de gran canal.

Sus orillas están plantadas de pinos parasolados con el tronco rojizo, de álamos con hojas satinadas, de madroñeras, de envidriados ladiernos, sobre los cuales centellea de vez en cuando un rayo de sol, que se desliza furtivo debajo de aquellos toldos de verdor cuando son agitadas sus ramas por la brisa del mar.

Junto á la ribera se ven todavía palmeras en forma de abanico, cuyo tronco desaparece bajo grandes copos de sabinas, con campánulas anaranjadas, y de hipomeas cuyas rosadas flores á manera de ramillete guardan interiormente la mas viva púrpura.

Hay además inmensas calles de árboles con su bóveda impenetrable á la luz, alfombradas de césped, que conducen á un hemiciclo de verdor bastante inmediato al palacio.

Estas calles son tan frondosas, largas y oscuras, que no se pude descubrir su fin al través del azulado vapor que baña su indecisa perspectiva.

En fin, en el primer plano dé este cuadro y al nivel de mi ventana hay una azotea de mármol blanco con pesados balaustres, adornada tambien de jarros y estatuas, de donde se baja por una larga escalera irregular hasta los bordes del canal.

La mitad de esta escalera, abrigada por el palacio, está en la sombra, la otra inundada de sol. En uno de los primeros escalones, un enano negro que yo habia hecho vestir con un estrambótico sayo de escarlata á la veneciana, está echado al lado de dos grandes lebreles de una talla muy elevada y de la mas bella forma.

Por un capricho de la luz, el enano fuertemente iluminado, se encuentra en la zona de relumbrante esplendor que parece cubrir cada escalon de polvos de oro; mientras que los lebreles se encuentran en la sombra que se derrama desigualmente sobre las gradas, y esparce sus tonos grises, azulados y trasparentes sobre el blanco pelaje de los perros agachados: mas allá, expuesto al sol un pavo real, encaramado sobre la baranda de la escalera hace rielar su reluciente plumaje.... Semeja una lluvia de rubíes, topacios y esmeraldas que serpentea sobre un fondo de ultramar salpicado de manchas de un negro afelpado.

Vense nadar blandamente algunos cisnes en las aguas del canal, y parece que llevan arrastrando mil plateadas cintas; grandes y rasados flamencos se pasean gravemente sobre sus verdes orillas matizando su plumigero trage, mientras que mas lejos dos guacamayos carmesíes con un baño de encarnado, disputándose las frutas de las palmeras entreabren sus alas de un azul turquí, y descubren la parte inferior de sus largos cuchillos jaspeados de rojiza púrpura....

En fin columpiándose sobre una espesura de amarilis, un hermoso papagayo color de azufre, cuyo cuello refleja las prismáticas tintas del ópalo, despliega su larga y blanca cola, mientras que las golondrinas y arvelas hieren de retilon con sus ligeras alas el agua del canal. . . . .

. . . .

Acabo de leer otra vez estas páginas, que traducen, por decirlo así, palabra por palabra el maravilloso espectáculo que tengo á la vista. Son todo y nada; son para la realidad lo que tal vez la árida nomenclatura del naturalista para las magnificencias de la creacion. . . . .

. . . .

XIII.

Dias de sol.—La romaica.

Oigo dulces y sonoras risas, y veo parecer en las últimas gradas de la escalera, cuya proyectada sombra las encubre hasta los hombros, las joviales figuras de algunas de las esclavas que compré.

Se están bañando en el rio.

Las unas levantando sus hermosos brazos por encima de la cabeza tuercen sus largas y oscuras cabelleras, haciendo caer de ellas un rocío de líquidas perlas, que ruedan por sus pechos y sus desnudas, vigorosas y lisas espaldas: otras enlazándose entre sí parecen adelantarse con paso tímido sobre la arena del lago porque inclinan la cabeza con aire de temor.

Nada tan delicioso como su puro y fino pérfil, que visto todo en la media tinta, semeja al alabastro, y se destaca del fondo luminoso del horizonte, como la blancura mate de un camafeo de su transparente lecho.

Distribuidos sus cabellos en redondeadas hebras, están

trenzados muy abajo detrás de sus cabezas, y descubren una pequeña oreja, un cuello elegante y contorneado, donde parece que empiezan á serpentear las líneas mas suaves y mas felízmente griegas.

No lèjos de este lindo grupo, al son de la albanesa lira de Dafne, vestidas Noemia y Anastasia con el rico traje de la isla de Khios bailan la romaica sobre el fino y reluciente césped que se extiende desde la vera del bosque hasta las márgenes del canal.

El hemiciclo de verdor de que he hablado las defiende de los rayos del sol, cada vez mas oblicuos: rodean esta sala de ramaje grandes grupos de rosales, alelíes de Maon, lilas de Persia, y varas de jesé.

Estos canastos de flores son continuamente saqueados por millares de mariposas matizadas de los mas vivos colores: vese al Ulises con sus alas de un brillante verde, jaspeadas de amatista, al Marsyas de un bronceado azul, al Danae de un afelpado oscuro rayado de nácar.

¡Con qué regocijo bailan aquellas doncellas al son de la lira de Dafne, una de mis tres esclavas de *recreo*, como decia el renegado!

Dafne fue arrancada de Lesbos por los turcos. Las nobles proporciones de esta lesbiense y su rostro de una estricta belleza recuerdan el grandioso tipo de la Venus de Milo.

Está sentada sobre un banco de yerba; su tez es de una rosada blancura; sus ojos, sus cejas y su cabello son negros como el ébano; una estrecha cinta, compuesta de piececitas de oro, ciñe su atrevida frente y va á abrocharse en la espesa trenza que reune su cabello detrás de su cabeza.

Dafne algo encorvada sobre sí misma y vestida de una túnica de un pajizo amarillo y de un blanco corpiño, doblega con gracia hasta la espalda sus hermosos brazos desnudos, y toca la lira albanesa que tiene apoyada sobre sus rodillas. Una de sus piernas mas extendida que la otra deja ver un precioso tobillo cubierta de una media de seda co-

lor de rosa tejido en la isla y la combatura de una hermosa sandalia de cordoban bordada de plata.

Segun la costumbre de los griegos modernos, cantaba Dafne acompañándose á sí misma, mientras que las dos compañeras que danzan al son de su lira repiten á su vez su estribillo.

He aquí la traduccion de aquellas palabras, nada tienen de muy notable y sin embargo me conmueve el acento de apasionada languidez con que las oigo cantar á Dafne: creo que es un jóven desposado que habla á su desposada.

« Tu amor me ha herido, ¡ay de mí! ¡Ah! doncella!
« doncella! tu amor me consume; me has tocado al cora-
« zon. Déjame gozar de tus hechizos y devoren las llamas
« tu dote. ¡Oh! doncella, yo te he amado con toda mi alma,
« y tú me abandonas como un árbol caido. »

Noemia y Anastasia demuestran poner en accion las palabras de esta cancion con su expresiva pantomima.

La danza de Noemia la morena que hace el papel del novio es resuelta y viril; mientras que las actitudes de Anastasia, la blonda desposada, son tímidas, rendidas y castas, como las de una doncella que huye ó teme las caricias de su amante.

Noemia es alta y esbelta.

Su cabello es de un castaño claro con dorados reflejos; sus cejas y sus pestañas son muy pobladas y negras como azabache; tiene los ojos de un gris de iris.

Nada tan voluptuoso como la expresion de aquellos ojos desmedidamente rasgados, bañados casi siempre, si puede decirse así, por una húmeda llama; su tez morena está tal vez un poco animada; el encarnado de sus irónicos y sensuales labios es quizá demasiado fuerte, tanto resalta su viva y sanguinea púrpura sobre el esmalte de sus dientes; su sonrisa, que entreabre las extremidades de su boca, sombreada por un oscuro vello, es de vez en cuando demasiado apasionada, ó demasiado fogosa; y por una singular concordancia sus anchas y rosadas narices se dilatan

todavía mas á cada uno de los movimientos que levantan su seno comprimido por el estrecho yellek ó corsé de seda color de cereza que medio le encubre; dos largas y espesas trenzas de cabello entretejido de cintas tambien color de cereza se desprenden de un 'e: de raso del mismo color que cubre lo alto de su cabeza, y bajan por el flexible y contorneado talle que las anchas caderas de Noemia hacen parecer todavía mas delgado debajo de su basquiña color de naranja. Nada en fin tan ágil y vigoroso como sus piececitos calzados de borceguíes de marroquin encarnado bordados de oro.

Al contrario Anastasia, es de baja estatura; su precioso cabello blondo-ceniza, que le hago trenzar y descender por sus mejillas frescas y rosadas como las de una niña, ciñen primorosamente su nevada frente; su tez tiene una esplendoroso brillo, y sus dulces ojos azules reflejan debajo de sus largos párpados todo el azul del cielo de Ionia.

Cuando la ardorosa Noemia, representando en su canto el desesperado amor del desposado, se acerca á Anastasia con aire humilde y apasionado, la pequeña boca de esta, encendida como la grana, se pone de repente seria, y toma una cándida y adorable expresion de alarmado pudor, y con un cierto terror.... da lentamente algunos pasos hácia atrás.... y junta sus lindas manos que semejan al mas puro marfil.

Está vestida de blanco.... me habia representado muchas veces con la imaginacion á una sílfide tocando apenas el césped con la punta de sus delicados pies. Tal es Anastasia, cuyas bonitas proporciones son de la mas exquisita elegancia.

. . . .

Jamás la naturaleza me habia presentado á la vista tanta varidad de riquezas.... mi fantasía habia presidido á este arreglo tan completo que reunia por decirlo así los tesoros de la creacion.

Yo era jóven, todo aquello me pertenecia; mi vida estaba dividida entre la embriaguez de los sentidos y las delicias de la inteligencia.

¡Qué otra felicidad podia anhelar sino la de vivir siempre en esta morada encantadora, en el olvido de lo pasado, y en la esperanza de un porvenir que no me podia faltar; porque durante mi vida entera el oro me aseguraba la posesion de los soberanos bienes que tenia á la vista!

Soy tan verdaderamente felíz, que siento como una inefable necesidad de dar gracias al ser que me prodiga tanta ventura. . . . .
. . . .

XIV.

Creencia.

Isla de Khios octubre de 18**.

Vuelvo á continuar este diario, interrumpido hace tres meses.

Lo dejé en la descripcion del palacio Carina y de sus moradores, descripcion tan exacta, que se parecia bastante al asiento de un arquitecto ó de un traficante de esclavos.

Consulto mi *termómetro moral.* Me siento muy bien, y mi imaginacion está libre y descargada.

Me parece que sueño, cuando leyendo algunas páginas de un antiguo diario que traje de Francia, veo que he estado *triste pensativo*, y *melancólico.*

Setiembre acaba de huir; las lluvias que preceden siempre al equinoccio en este país, empiezan á refrescar la atmósfera. El viento oeste silba en las largas galerías del palacio. He pasado del entresuelo á una habitacion mas abrigada y caliente.

Me encuentro aturdido....

En este momento los guacamayos, los pavos y las cotor-

ras, desplegando toda la sagacidad de su instinto, han presentido sin duda el próximo cambio de la temperatura; porque esos penetrantes animales se han puesto á dar en en coro horrorosos gritos.... Esta prueba de su inteligencia ha estimulado de pronto mis nervios prodigiosamente.

¿Porqué ha de ser la naturaleza tan desigual en sus dones? plumaje resplandeciente, voz discordante.

No es esto todo, no: espantados los lebreles con este alboroto, han tomado parte en él, aullando furiosamente. Llegan entonces los enanos por refuerzo con sus zurriagazos y alaridos á aumentar aquel infernal estruendo en vez de hacerlo cesar....

Heme refugiado aquí.... pero la maldita gritería de los loros me persigue todavía. No hay duda de que todos esos primorosos *accesorios* de las pinturas que me rodean son de un color y brillo maravillosos.... es su debido lugar; pero no me gustan por cierto las pinturas chillonas y alborotadoras.

Pasemos de los animales á las personas; la transicion no será difícil, porque mis hermosas esclavas no tienen la razon mucho mas desarrollada que los loros y los guacamayos, y si algunas veces son tan alborotadoras como ellos, sus gritos no tienen siquiera la ventaja de pronosticar la lluvia ó el buen tiempo.

A propósito de gritos, estoy disgustado de la querella de Noemia y de Dafne; pero la extremada violencia de esas buenas criaturas se resiente de su educacion algo salvaje; así es que á pesar de mi tolerancia, pareciéndome un arrebato reprensible el dar una cuchillada en el brazo de su compañera, he reñido seriamente á Noemia.

Recelo mucho que Anastasia la blonda con su aire cándido é infantíl haya sido el objeto de esta rivalidad y la que haya excitado solapadamente aquellas dos valientes jóvenes una contra otra, como dos gallos de percha. Es cierto que la que vino á contármelo fué la vieja caprichosa que detesta toda belleza y juventud.

No hay duda que Noemia se vuelve de cada dia mas colérica. El otro dia dió inumerables mogicones á Eloe mi jardinera, que tiene los dientes tan blancos, y los ojos tan negros... La abofeteó porque habia tardado en traer las frutas, y no habia podido sacarme tan pronto los postres.

No obstante Noemia no es del todo mala.... pero es recelosa y feroz.

Sorpréndeme el que estas jóvenes sean enteramente insensibles á las bellezas naturales.

Con la ayuda del griego que estudié en el colegio, he llegado á comprender y hablar medianamente el griego moderno: cien veces he probado de hacer vibrar en ellas las cuerdas de la poesia: todas estan mudas.

Nada tan poco mas inculto y barbaro que su inteligencia.

A excepcion de algunas canciones populares, su ignorancia es la mas crasa, sin que sepan leer ni escribir; sus rivalidades, sus zelos, sus murmuraciones y algunos coloquios exagerados sobre la crueldad de los Turcos, son el texto habitual de su conversacion.

En cuanto á lo demás son las mas bondadosas del mundo.

Recuerdo una escena que representa fielmente los varios tonos del carácter de mis tres griegas de *recreo*, como decia el renegado.

Montaba un dia por la primera vez un caballo de Siria que acababan de traerme. El se resistia, y remontándose, se encabritó de tal manera que dió conmigo al suelo.

Cogió Noemia una varilla, y corriendo al caballo, le asió de la brida y le sacudió.

Dafne se abalanzó á mí para socorrerme.

Anastasia se mantuvo inmóvil, y anegada en llanto, se desmayó. . . . .

. . . .

Dias hace quise dispertar en el alma de aquellas jóvenes el recuerdo de la patria ausente: ¡recuerdo tan dulce y precioso para los seres algo salvajes!

No fué sin vacilar que procedí á esta prueba; sentia una especie de remordimiento de evocar semejantes reminiscencias, de renovar semejante dolor.

¡Infelices jóvenes! vivian en la esclavitud y su pensamiento errante y melancólico habria ido á menudo á descansar tristemente bajo las hermosas sombras que habian protegido su juventud! ¡Pobres golondrinas prisioneras, que sin duda no aguardaban ¡ay! mas que el momento de recobrar su nido de un solo vuelo!...

Era pues, yo lo veia, una broma cruel, el ofrecerles una loca esperanza; reuní no obstante mi *casa femenina*, y anuncié á las doce esclavas que iba á abandonar la isla, y enviarlas á sus familias, quien á Samos, quien á Lesbos, quien á Sciros....

Declaro con un cierto orgullo que prorumpieron todas en llanto, en clamores y sollozos, que no hubieran sido desechados en los funerales de Aquiles ó en la fúnebre miriologia de algun ilustre jefe albanés.

Cubrióse Dafne silenciosamente la cabeza con su velo, se sentó en el suelo y permaneció inmóvil; se hubiera dicho que era la antigua estatua del Dolor.

Noemia manifestó su desesperacion zurrando con furor á uno de los negros enanos, que se sonreia maliciosamente en un rincon, mientras que cayendo á mis pies la blonda Anastasia me asió timidamente la mano y besándola al tiempo de levantar hácia mí sus bellos ojos azules, bañados de lágrimas, me dijo con su suave voz en el dulce lenguaje de Ionia: ¡Oh señor! ¡señor! ¿qué será, decid, de vuestras pobres griegas si vos las dejais?...

—¿Y vuestros ancianos padres?... ¿y vuestras tiernas madres?... ¿y vuestros valientes hermanos?... ¿y vuestros prometidos esposos?... exclamé; ¿ya les habeis olvidado? ¿tan descuidadas sois?

Contando con el efecto de esas mágicas palabras me embocé mi ropon de pieles con aire magistral.

Mas los llantos, los gemidos redoblaron, exclamando

todas con una resolucion que me pareció ponerse muy amenazadora: — ¡No queremos abandonar el techo del *buen franco!!* estamos bien en Khios; nos quedarémos en Khios con el *buen franco.*

Á pesar de ser un *buen franco,* no dejaba de tener por esto una idea bastante pobre de los sentimientos naturales de esas damas lesbienses, samianas ó sciriotas; pero, sí diré, que me sentia interiormente bastante satisfecho de la preferencia que me concedian sobre su suelo natal, y sobre sus accesorios.

Quise hacer un último ensayo; prometí dar á cada unà de ellas dos mil piastras con los vestidos que llevaban para que pudiesen marcharse á donde mejor les pareciese, püesto que yo queria abandonar la Isla.

Al oir las imprecaciones que motivó mi inocente proposicion, temí por un momento tener que sufrir la misma suerte que Orfeo.

Abandonando Noemia á su enano, con mucho placer de este último que se frotaba tristemente las espaldas, se abalanzó contra mí como una fiera, me cogió por el yellek, porque yo iba vestido muy cómodamente á la albanesa, y me dijo con los ojos centelleantes de cólera:

— Si quieres irte ó echarnos de aquí, incendiarémos tu palacio, te estrecharémos en nuestros brazos, y morirémos contigo abrasadas en él.

Este proyecto pareció merecer la aprobacion de la mayoría de las revolucionadas, porque todas exclamaron con redoblado furor.

— Sí, sí, enlacemos al *buen franco* con nuestros brazos, y ardamos todas con él en su palacio!!..

Reparé como una particularidad digna de la observacion de La Bruyere, que la apacible Anastasia era una de las mas acérrimas partidarias del incendio.

Aunque el fin con que me amenazaban aquellas damas, se resintiera mucho de su Sardanápalo, y fuese bastante halagüeño; juzgué sin embargo prudente abstenerme de él;

y bien convencido del afecto que aquí inspiraba, y bien seguro, como dicen, de ser *adorado* en mi interior, declaré que abandonaba mi proyectada marcha.

Mi modestia no me permite decir con cuanta efusion y con que frenético transporte fueron acogidas mis palabras por aquellas buenas criaturas.

Cogiéronse todas doce por la mano y formaron una rueda.

Noemia, improvisó á manera de teoría antigua estas palabras mas que sencillas, que sus compañeras repitieron en coro, al son nacional de la cancion de las golondrinas:

En Khios nos quedamos,
Bailemos, hermanos, bailemas,
En Khios nos quedamos;
Quedamos con el buen franco.

Jamás nos sacude, y nos guarda.
Bailemos, hermanas, bailemos.
Nunca nos faltará un buen fez,
Hermosos y bordados yelleks,
Lindos cinturones de seda;

Carne de cabrito asado,
Gordas perdices y codornices,
Miel de Himeto, buen vino de Seiros.
Bailemos, hermanas, bailemos;
Nos guarda el buen franco.

Bailemos, hermanas, bailemos,
No mas labranza de tierras
No mas componer los caminos.
Bailemos, hermanas, bailemos.

Nos bañarémos á la sombra de los sicómoros,
No harémos mas que coger
Frutas y flores para él.
Bailemos, hermanas, bailemos;
Nos guarda el buen franco.

Si me hubiese obcecado un ridículo amor propio, me hu-

biera resentido á buen seguro de ver que el cabrito asado › las gordas perdices, el vino de Sciros, los hermosos trajes y la pereza entraban por mucho en la suma de afeccion que me profesaban aquellas ingenuas criaturas.

Pero, gracias á Dios, tengo mas sabiduría ahora que miro las cosas bajo un punto de vista esencialmente razonable.

Antiguamente estaba muy en duda acerca de mis cualidades, y tenia probablemente razon para ello; pero ¿cómo podria dejar de creer ahora en los dones de que estoy dotado y que cautivan irresistiblemente á mis esclavas?

Estos dones, ¿no son por ventura evidentes? Son los cabritos asados, las gordas perdices, los cinturones de seda, los bordados yelleks.

Ahora bien, ¡oh mágico porvenir! heme aquí, que mientras no falten abastecedores, bordadores y tejedores de seda en la isla de Khios, estoy seguro y convencido de que debo agradar!

¡Yo que hasta aquí no habia creido jamás en ningun sentimiento sin atribuirle antes alguna mira, estoy obligado á creer ciegamente en el afecto que inspiro!

Con efecto, ¿qué interés han de tener esas verídicas criaturas en decirme que son muy amigas de vestir con elegancia de comer delicados manjares, y de no ser sacudidas? ¡Tan difícil es de creer que les sirve de recreo el no hacer mas que coger flores ó frutas, el bañarse á la sombra de los plátanos en conchas de mármol!

Para dudar de ellas.... ¿acaso me han dicho, que preferian abandonar la vida perezosa y sensual que aquí pasan, para ir á ocuparse en los groseros cuidados de una casa?

¿Acaso me han dicho que les fuera muy satisfactorio el volver á labrar la tierra ó componer los caminos, trabajos viriles á que se dedican entre otras las epirotas y albanesas por cierto con el mas honorífico resultado?

No; ellas me han ofrecido candorosamente arder conmigo en mi palacio, al oir la sola proposicion que les hice de

dejar la seda por el tosco sayal, el *far-niente* por el trabajo, la loca alegría por los deberes de familia.

Han enérgicamente declarado que querian quedarse con el *buen franco*, y yo las creo....

En vista de los motivos que las mueven á quedarse, ¿quién no las creerá?...

Es esta vez tan evidente é ingenuo el egoismo, que no me devanaré los sesos por interpretarlo. . . . . . .

. . . .

Mas, ¡qué oigo!... cañonazos.... ¿qué será eso?

XV.

Reconocimiento.

Nada se verá de muy extraño en el incidente de que voy á hablar; pero mi curiosidad no obstante y mi interés se encuentran vivamente excitados.

El caso es muy sencillo. Acaba de llegar de Constantinopla una fragata rusa, que temiendo correr esta noche una borrasca, entra en el puerto de Khios, en vez de arribar á Esmirna ó á las islas de Urlach.

Esta fragata ha disparado el cañon para pedir un práctico, lo cual me explica las salvas de esta mañana. . . .

. . . .

¿Quién es esa mujer que tan pronto como se ha dado el ancla, ha venido á pasearse en tierra á pesar de la violencia del viento?

La vista de aquella sencilla capota de muér azul, de aquel gran chal de casimír negro, muy largo y bien ajustado á las espaldas, de aquel piececito tan bien calzado y de aquella manecita, con tan primorosos guantes, produce una retrograda revolucion en mis ideas acerca de la belleza....

Vuelvo á pasar del tipo antiguo y griego al tipo parisiense.

Daria en este momento todas las Noemias, Anastasias y Dafnes del mundo, y con ellas todos sus fezes, yelleks y cinturones, ¡maldito oropel!!.. por ofrecer solamente el brazo á esa bella extranjera; porque es bella segun he podido verla por las celosías de mi kiosko; es tambien alta, delgada, y tiene sobre todo hermosos ojos azules, que dicen muy bien en una morena de blanca tez.

El hombre que la acompaña del brazo es ya entrado en edad; su aire indica finura é ilustracion.

¿Quiénes serán pues esos extranjeros? . . . .

. . . .

Khios octubre 18**.

¡Singular encuentro! los acontecimientos van siendo en verdad tan extraños, que bien valen la pena de ser continuados en este diario.

Ayer mandé á mi vieja cipriota á buscar un renegado calabrés, que hace las veces de capitan de puerto y corre aquí con los negocios del marqués Justiniani, para que me dijese quienes eran los pasajeros de aquella fragata.

Este buque va á las órdenes del príncipe de Fersen, ex-embajador de Rusia cerca de la Sublime-Puerta, que se dirige á Tolon con la princesa su esposa y varios pasajeros de distincion. Eran el señor y la señora de Fersen los que ví pasearse ayer por la ribera.

Esta mañana, á eso de la una, estaba blandamente recostado sobre mi divan, al lado de un gran brasero de aloe fumando mi narguilek, cuyo hornillo atizaba Noemia.... mientras que Anastasia echaba algúnos perfumes en un braserillo de plata.

Oigo de repente el ruido de las cortinas que se descorren, y veo entrar á Dafne acompañando en triunfo un grupo de extranjeros, entre los cuales estaba la señora de Fersen.

Hubiera querido ahogar á Dafne, porque estaba furioso de haber sido sorprendido en traje de oriental.

Llevaba la barba y el cabello largos y el cuello desnudo. Vestia el largo sayo blanco de les albaneses, una chupa carmesí bordada de seda anaranjada, unas polainas de marroquin encarnado labradas de plata y un chal de casimír tambien color de naranja, ceñido á la cintura.

Esto podria ser muy pintoresco á la vista; pero me pareció tan terriblemente ridículo, y tenia tantos visos de máscara, que me quedé avergonzado.... como una jóven que ha sido sorprendida jugando con su muñeca (quizás la comparacion no está muy en armonía con el caso, pero no tengo otra).

Por lo cual, me resigné á parecer un verdadero albanés, contando que la gravedad de mi continente completaria la ilusion.

Adelantóse el príncipe acompañado de su intérprete griego, y por órgano de este me suplicó escusase su indiscrecion, debida á la curiosidad de su esposa, que hallando el palacio tan hermoso y sus jardines tan encantadores, habia creido poder pedir permiso para visitarlos mientras la fragata estaba en rada aguardando un viento favorable para salir otra vez al mar.

Contesté con un profundo saludo á la moda de los albaneses musulmanes, llevando al pecho mi mano izquierda y la derecha á mi frente; luego me incliné respetuosamente hácia la princesa, sin separarme del divan....

Iba á hacer algunos cumplidos al intérprete cuando oí una descompasada voz que se descargaba contra la monstruosidad de mis enanos, y vi al mismo tiempo entrar en mi cuarto.... ¿á quién?... ¡du Pluvier!...

Me quedé estupefacto.

Era él mismo, siempre ridículo, siempre perifollado de cadenas y bordados chalecos, alborotador, lenguaraz y molesto por su continua agitacion.

Estaba el hombrecillo mas encarnado y gordo que nunca.

Formaba parte sin duda de la embajada de Francia en Constantinopla, porque en los botones de su casaca azul habia las cifras del rey.

Este fastidioso infernal llevaba uno de mis enanos por la oreja y lo enseñaba á la señora de Fersen, diciendo á gritos:

Ved aquí, princesa, si no me engaño, un bonito monstruo de la edad-media!... estaba allí, se volvió du Pluvier para mirarme.

Me estremecí.... estaba descubierto.

Imposible es de pintar el prodigioso asombro de du Pluvier: redondeáronsele los ojos, se esparramaron sus pupilas, medio abrió los brazos y adelantó una pierna, exclamando:

— ¡Cómo! ¡vos por aquí, mi querido Arturo! ¡vos disfrazado de mameluco!... Vaya un diantre de encuentro para mí, que no os habia vuelto á ver desde la primera representacion del *Conde Ory* en la ópera, donde estabais con la marquesa de Peñafiel....

No fue menor la sorpresa del príncipe, su esposa, el intérprete y de algunos oficiales rusos que acompañaban al ex-embajador y que entendian perfectamente el francés.

Mirándome la señora de Fersen con una curiosidad, no pudo contener una sonrisa, que me pareció sobremanera maligna y burlesca.

Mordíme el labio maldiciendo de nuevo mi traje albanés, á Dafne y sobre todo á ese inaguantable du Pluvier, que yo hubiera dado á los demonios, y que redoblaba sus cariñosas protestas, mientras los demás no apartaban la vista de mí.

Me era preciso negar obstinadamente que yo fuese yo, y hacer pasar por un loco al hombrecito, ó descubrir mi ridículo disfraz....

Tomé esforzadamente este último partido.

Me levanté.

Fuí á saludar respetuosamente á la señora de Fersen, y pidiéndole mil perdones por haberla engañado un instante,

la confesé francamente, que sorprendido por su presencia en fragante delito de orientalismo y de harem, habia preferido ser tomado por un albanés, á pasar por un francés ridículo.

Respondió á esta escusa con una gracia encantadora, que no dejó de ser matizada por un ligero asomo de malicia, al mostrarse asombrada de encontrar á un hombre de la alta sociedad en semejante estado.

Es inútil decir que la señora de Fersen habla francés como una rusa, esto es, sin el menor acento.

XVI.

Comparacion.

Khios octubre 18**.

He vuelto á vestir mi traje europeo, de que me habia tan perezosamente deshabituado, y he ido á bordo de la fragata *Alexina* para visitar á la señora de Fersen y su esposo.

La señora de Fersen no es tan jóven como me habia parecido de pronto; tendrá de treinta á treinta y tres años.

Su cabello es muy negro, sus ojos azules, su tez muy blanca, su mano y pie primorosos, su fisonomía animada y expresiva; he creido descubrir en ella mas talento del que demuestra y una cierta malicia, pero no perfidia.

Lo que predomina en ella al parecer es la vanidad de conocer perfectamente la política europea.

No he podido calcular si esta vanidad era fundada, porque ignoro absolutamente estas cuestiones; y al confesarlo con ingenuidad á la señora de Fersen, se ha reido mucho, sin que haya querido creerlo.

El Sr. de Fersen es hombre de talento, agudo, agradable y cultivado. Para distraerse seguramente de sus altas fun-

ciones diplomáticas, se ha dedicado particularmente al estudio de la menuda erudicion francesa, gusto extraño que divide no obstante con el decano de los diplomáticos de Europa, el príncipe de Metternik.

Quedé atónito de ver la memoria del Sr de Fersen, que me citó con la fidelidad de un catálogo los títulos de los mas desconocidos sainetes, y me recitó pasajes y estrofas enteras, porque tambien habia sido poseido de la manía de representar comedias.

Por desgracia soy tan ignorante en sainetes como en política, así es que no he podido apreciar la sabiduría del Sr. de Fersen en este particular.

El único anhelo del príncipe era llegar á París para admirar á los grandes actores de los teatros pequeños, sus héroes y rivales á un tiempo.

Las maneras del señor y la señora de Fersen, eran las mas perfectas, y en todo parecian nacidos para el gran puesto que ocupaban en la sociedad.

A una suprema dignidad natural reunian esa afabilidad encantadora, esa alegría afectuosa y delicada que se encuentra á menudo en las personas distinguidas de la alta aristocracia rusa. Porque solamente allí residen tal vez ahora las tradiciones de la elegante vivacidad del carácter francés en el siglo XVIII. . . . .

. . . .

He ido á bordo de la fragata y he pasado una velada deliciosa.

Éramos pocos: la señora de Fersen, su esposo, el capitan de la *Alexina*, jóven de mucha discrecion, du Pluvier y yo.

Du Pluvier se habia hecho reunir á la embajada francesa en Constantinopla. Pero cansado muy pronto de sus trabajos, habia pedido volver á Francia, y aprovechaba la oportunidad de la fragata rusa que iba á Tolon.

Hacia tanto tiempo que estaba retraido de la sociedad, que esta reunion ha tenido para mí todo el atractivo y embeleso de la novedad.

He estudiado mucho á la señora de Fersen.... ha bosquejado cinco ó seis caracteres, entre otros el del embajador inglés en Constantinopla, con una sal, una malicia y una seguridad de rasgo increibles.

Nunca he visto al horonable sir***; pero su fisonomía quedará para siempre impresa en mi memoria.

Estaba en la persuasion de que nada era tan insufrible como una mujer hablando de política; pero al escuchar á la señora de Fersen me he despojado en parte de mis prevenciones. Su política no es nebulosa y abstracta; explica á veces los mas graves acontecimientos por el juego de las pasiones humanas, por el resorte de los intereses privados; y subiendo de las resultancias á las causas, llega por este medio de las infinitamente grandes á las infinitamente pequeñas, naciendo de ese contraste efectos muy agradables é inesperados.

Demasiado halagan mi gusto esas teorías para que yo deje de juzgarlas seguramente con extraordinaria parcialidad: no creí, sin embargo, engañarme al considerar á la señora de Fersen como una mujer de muy elevado ingenio.

Encargado el príncipe de numerosas comisiones á los diversos estados de Europa y encontrándose su mujer por esta razon en relacion con las personas mas distinguidas de cada nacion, nada podia darse de mas curioso que su coloquio, donde pasaba revista con una graciosa finura á aquellas figuras tan variadas.

Vestia primorosamente y con una elegancia del todo francesa, porque debia hacerse venir sus modas de París.

Así es que vi con placer las largas, negras y pulidas trenzas de su hermoso cabello, medio encubiertas por las barbas de un precioso gorro de blonda adornado con un ramo de jeranio encarnado. Llevaba una bata blanca de muselina de Indias del mas adorable frescor, y calzaba unos zapatitos de raso negro en forma de coturno....

Todo esto era como nuevo para mí, y me hizo encontrar detestables, horribles los yelleks de colores vivos y los bor-

dados fezes de las doncellas griegas, cuyo oropel me recordaba en aquel momento la terrible imágen de las volatinas.

. . . .

No sé si debo alegrarme ó aterrarme de lo que siento.... Es en primer lugar un repentino fastidio de la vida que paso aquí hace ya mas de un año....

Cuando comparo mis groseros placeres ó mis éxtasis solitarios con la conversacion que acabo de tener con esa mujer hermosa, jóven y erudita, con el cambio de finos y graciosos pensamientos, con esta necesidad de disfrazar con artificio todo cuanto podria repugnar á la delicadeza....

Cuando comparo mi vida de indolente sátrapa que manda y es obedecido, con esa hechicera precision de agradar, con esa coquetería, con ese exquisitismo de lenguaje y de ademanes á que nos obliga siempre una mujer como la señora de Fersen, aun cuando uno no trate de ocuparse en ella....

Cuando comparo en fin el presente con el pasado.... me maravillo de haber podido vivir tanto tiempo así como he vivido. ¡Sin embargo, he vivido muy felíz en Khios por espacio de diez y ocho meses! Si el porvenir se presenta bajo un aspecto que me parece mas seductor.... no por esto debo ajar unos dias que lloraré tal vez....

Me encuentro en fin en una perplejidad singular....

¿Qué haré?...

Si he de quedarme aquí para sentirlo despues; si la vida de Khios ha de serme en lo sucesivo pesada, tanto vale decidirme inmediatamente á abandonar la isla.... El señor de Fersen me ha propuesto con mucho empeño que me reuna á él para volver á Francia....

No sé que hacerme.... verémos....

Du Pluvier debe venir mañana á almorzar conmigo; haré que me informe acerca de la señora de Fersen.

XVII.

La partida.

Está ya hecho, he abandonado la isla. . . . . .
. . . .

Ayer mañana vino du Pluvier á almorzar conmigo.

Aparentaba estar sumamente preocupado.

— Ah, querido, me dijo, vivís aquí como un verdadero pachá.... un sibarita, un odalisco.... Este sí que es gusto, á fe mia, no acabo de admiraros, ni la princesa tampoco.

— ¿Qué decís?

— ¡Pardiez! ella y su esposo se pierden en congeturas para atinar las razones que han podido induciros á abrazar la vida que estais haciendo. La princesa en particular se lo ha metido mucho en la cabeza; pero como yo nada entiendo, no he podido ofrecerle noticia alguna sobre este particular.

— ¿Habeis tratado mucho, mi querido du Pluvier, al señor y la señora de Fersen durante vuestra residencia en Constantinopla?

— Los visitaba á menudo, casi todos los dias, porque la embajada rusa era una de las casas mas concurridas del barrio franco; en ella se daban comedias dos veces á la semana, y mis funciones no me permitian faltar á ninguna repeticion.

— ¿Vuestras funciones?

— Era segundo apuntador.... á nuestro primer secretario le tocó naturalmente ser el primer apuntador.

— La gerarquía lo exigiria así.... Pero ¿qué se decia en Constantinopla de la señora de Fersen?

— ¡Oh! ¡oh! es una arrogante mujer, una Juana de Arc. Llevaba la embajada á la baqueta; todo lo hacia ella. Hasta se dice que tenia correspondencia directa con el Czar, y

durante aquella época, este excelente príncipe desempeñaba los papeles de Potier, ¡y lo hacia divinamente!... Le he visto hacer *Los hermanos feroces*, y á buen seguro que se moria uno de risa.

— ¿Y representaba tambien la señora de Fersen?

— ¡No, eso no; otras cosas la tenian robado el tiempo! A mas de que, no sé si querreis creerme, pero jamás se ha dicho una palabra.... jamás la menor palabra sobre su conducta.

— La política será sin duda su Dios.

— No piensa en otra cosa; y esto no es un motivo para que deje de gastar tan buen humor como habeis visto. Pero por lo que hace al corazon.... era un protocolo sin rúbrica.

— Siempre estais de chiste, dije á du Pluvier, que se sonreia de su chanza. — Pero ¿qué motivos teneis para creer en la insensibilidad de la señora de Fersen?

— ¡Párdiez! las quejas de los que ha desechado: el principal de todos nuestro primer secretario, apuntador con título.... ¡Villeblanche!... ¿ya conoceis á Villeblanche? Pues ese ha perdido el tiempo como los demás. Y á fe, que si alguno habia de ser escuchado, fuera Villeblanche.

— ¿Quién es ese Villeblanche?

— Es el mismo Villeblanche.... el flamante Villeblanche... ¡Pardiez! bien conoceréis á Villeblanche....

— No le conozco á fe....

— ¿Cómo? ¿vos no conoceis al flamante Villeblanche? ¡una de las esperanzas de nuestra diplomacia! ¡un muchacho lleno de recursos! á quien las relaciones extranjeras deben la invencion de los sellos volantes *lacre-sobre-lacre* llamados á la Villeblanche.... ¡Diantre! ¿cómo no le conoceis?

— ¿Qué hay que hacer? son ignorancias á que nos hallamos expuestos.

— Pero donde principalmente se desplegó la fortuna diplomática de Villeblanche fué en el congreso de Verona;

porque allí prestó al gobierno aquel importante servicio.... que tal vez de solo él hubiera podido esperarse.

—Mas yo confiaba que el grande hombre en quien la Francia tenia la dicha de ser representada en aquel congreso, bastaba solo para revindicar el honor de las negociaciones.

—¿Hablais de Chateaubriand?

—Sí, de Chateaubriand.

—No es mi ánimo rebajar la gloria de Chateaubriand; pero si él ha pensado... Villeblanche ha obrado; y debeis creer que jamás Chateaubriand con todo su genio hubiera podido hacer lo que hizo Villeblanche; y por último, por los hechos y no por las palabras se miden los hombres.

—Pero bien....

—En verdad, no comprendo como podais ignorarlo.... ¡Es asunto europeo! ¡Pues señor! habeis de saber que cuando la celebracion del congreso, Villeblanche, cargado con los mas importantes pliegos, fué en primer lugar de Verona á París, y de París á Madrid, donde permaneció una hora, de Madrid regresó inmediatamente á París, para salir en seguida con direccion á San Petersburgo. ¿Creeis qué es esto todo? Pues es nada.... De San Petersburgo vuelve á Verona, de donde vuela al momento á Madrid, pasando como un rayo por París.... Pero eso es nada aun: de Madrid marcha por segunda vez á Verona, atravesando por París, y vuelve en fin á París pasando por Viena y Berlin, siempre con la velocidad del rayo!... Ahí teneis, querido... lo que es el flamante Villeblanche....

—La hoja de servicios de ese diplomático, le dije, deberá ser un verdadero libro de postas.

—Y hacerse cargo, continuó du Pluvier con admiracion, hacerse cargo de que no se ha detenido en cada capital sino el tiempo puramente preciso para tomar y remitir sus pliegos!... y que á pesar de esto, al bajar del coche se le ha visto siempre tan peripuesto y tan frescamente pintiparado como si saliera de un escaparate.... Ninguno de nuestros

colegas ha podido todavía comprenderlo, añadió du Pluvier con aire misterioso. Porque sea como quiera, el estarse metido cerca de dos meses en carruaje sin desensillar, es capaz de aburrir y amolar horriblemente á todo el mundo; mientras que ese diantre de Villeblanche ha hallado medio no obstante de conservarse fresco y engalanado. ¡Cosa estupenda! Por lo demás, eso mismo le ha granjeado infinitos enemigos, es decir, envidiosos; porque ahora se trata de nombrarle ministro cerca de una corte de Alemania...

— Convengo en que Chateaubriand con todo su genio no hubiera andado inpunemente tanto camino; pero nuestra diplomacia cuenta por fortuna inumerables Villeblanches. Ahora que me acuerdo, ¿no me diréis como haya podido la señora de Fersen mostrarse insensible á tanto mérito?... Tal vez habrá temido.... que por vicio no la hiciese ver el flamante diplomático demasiado camino.

(Confieso que no me permití esta estúpida broma sino por un sentimiento de hospitalidad acaso exagerado.... por consideracion á la inteligencia de mi huésped.)

Bien compensado me fué ese sacrificio á los dioses penates, pues du Pluvier me demostró su agradecimiento con unas carcajadas que hicieron ladrar los perros y gañir los loros. Cuando se hubo tranquilizado un poco prosiguió:

Sí, mi querido Arturo, la señora de Fersen ha resistido á Villeblanche y á toda la flor de la diplomacia extranjera de Constantinopla. Esto basta ¡vive Dios! para que entendais que nada puede mancillar su reputacion, añadió du Pluvier dando un profundo suspiro.

— ¿Porqué suspirais así?

— Porque la virtud de la señora de Fersen me trae á la memoria todas las colosales virtudes contra las que me he estrellado desde que entré en la sociedad ... porque aterra el ver que sean las mujeres tan virtuosas! dijo du Pluvier con acento de profundo desaliento. Y sin embargo, continuó, al oir uno á ciertos detractores creyera que no hay mas que querer para poder.

Aun cuando, dije á du Pluvier para consolarle algun tanto, aun cuando esos hombres no sean detractores sino indiscretos, ¿no vale mas saber como sabeis vos, cuando os cautiva una mujer, inspirarle el mas exaltado amor de sus deberes, y volverla loca por su marido, por muy adusto que sea, que encender en ella el culpable deseo de turbar el reposo de su familia? Porque al fin, querido, vuestro papel es cien veces mas brillante y lisonjero que el de un seductor, puesto que es mucho mas difícil de obrar bien que mal....

— Teneis razon y yo mismo me repito eso mismo con frecuencia, repuso du Pluvier; es mucho mas moral, pero á fe que á la larga llega á matar.... Entré en la diplomacia porque esperaba que esta posicion facilitaria mis adelantos en la sociedad. Pero nada de esto ha sucedido.

— Lo mismo he sentido yo.... viendo con espanto que los principios eran cada vez mas rigurosos.... y queriendo no obstante respetar las leyes sociales, busqué una naturaleza mas primitiva y establecime aquí, donde no se habla mas á buen seguro de principios y leyes sociales que en Otahiti.

— Eso estaba yo pensando, me dijo du Pluvier con aire meditabundo. Al veros tan bien acompañado, me vino esta idea: dije entre mí.... Sepamos que suerte es la mia. Si vuelvo á París, no me divertiré por cierto mas de lo que ya me he divertido allí. Soy libre como el aire. Ese apreciado conde está solito como un Robinson en su isla. Un compañero es siempre agradable y aun necesario.... porque el fin uno puede enfermar: ¡ pues bien! como quiero mucho á ese mi caro Arturo.... le probaré mi amistad: por sus obras se conoce al artista. ¡ Pues bien! si él es Robinson, seamos su Vendredi.... quedémonos con él seis meses, un año, diez años; tanto tiempo en fin como querrá permanecer en su isla, y vivamos ahí, pardiez.... como un par de sultanes. Este es, querido, el fruto de mis reflexiones de esta noche.... ¡ Eh! ¡ eh! que decís á eso! Ya veis, la noche da

consejo.... ¡Me declaro por vuestro Vendredi!!!

Me quedé azorado, porque nunca se me ofreciera semejante ocurrencia.

Puse no obstante buen semblante, y por no irritar el deseo de ese infernal fastidioso con la contradiccion, fingí alegrarme de su proyecto, fuí luego presentado poco á poco mil obstáculos.

Pero du Pluvier destruia mis objeciones con la mas atroz abnegacion de sí mismo.

Si le ponia á la vista que á pesar de la inmensidad del palacio no era este habitable sino en el puesto que yo ocupaba, érale indiferente colocarse en cualquier parte, contentábase con poco mas ó menos.

Si le hablaba de los desembarques que pudieran verificar los turcos. Nada temia conmigo, porque no ignoraba que yo era fuerte como un leon.

Si la exageraba los gastos de la casa que deseaba dividir conmigo, acababa de heredar justamente una fortuna inmensa de un tio de Saintonge.

Si estrecho y acorralado, le hacia entender que mi pasion por la soledad habia degenerado en una especie de monomanía, que me obligaba á huir el encuentro de todo ser viviente durante muchos dias y aun meses enteros, debia desaparecer como una sílfide (¡qué sílfide!) y aguardar á que me pasara el mal humor.

Si en fin, por último argumento le manifestaba casi brutalmente que por consideraciones particulares me seria imposible darle asilo en el palacio Carina, habia de encontrar fácilmente alguna villa por estas inmediaciones; pues estaba bien decidido, me decia, á vivir á lo turco, y sobre todo á no abandonarme.

Esto iba tomando un aspecto muy alarmante.

Pertinaz y testarudo du Pluvier, como todas las almas pobres, podria obstinarse en su proyecto y entonces la isla se me hacia insoportable.

Esta idea unida á la singular revolucion que la vista de

la señora de Fersen habia producido en mi imaginacion, me hizo pensar seriamente en abandonar á Khios.

Sin el extraño capricho de du Pluvier hubiera yo acaso vacilado en abrazar esta resolucion; acaso hubiera combatido esa veleidad de volver á entrar en la vida social.

Pero en tal alternativa: de partir para la Francia con la señora de Fersen que tan hermosa me parecia, ó quedar en Khios con mis esclavas que hubieran llegado á serme odiosas y dividir con du Pluvier esa soledad tan desflorada de su primer prestigio.... no titubeé en dejar la isla.

Siempre he tomado las mas graves decisiones con extremada prontitud.

Viendo que du Pluvier renovaba sus instancias, le dije que hasta entonces no habia querido confiarle la verdadera causa de mi oposicion; pero que puesto que me precisaba á ello me veia obligado á declararle que estaba determinado á volverme á Francia.

— ¡Dejar este admirable palacio!... ¡estas adorables mujeres!... ¡que encienden vuestra pipa y os echan de beber! ¡que se ponen á danzar delante de vos como en la opera!... ¡verdaderas huris! ¡imposible!

— Hay por desgracia, mi querido du Pluvier, confesiones que nos sabe mal hacer aun á nuestros propios amigos.... pero un ligero contratiempo sobrevenído á mi fortuna, me fuerza á reformar esta existencia, y volver á Francia para vivir allí un poco menos á lo sultan.

— ¡Es posible!... ¡de veras!... mi querido conde, me dijo du Pluvier con acento verdaderamente enternecido; no podeis creer cuanto siento lo que me habeis dicho.... Pero ¿qué vais á hacer de todo ese establecimiento?

— Voy á dar la libertad á las mujeres, á las aves á, les perros, á los enanos, á indemnizar al marqués Justiniani y vender el amueblamiento en Khios.

— ¿Y estais bien decidido á hacerlo? me dijo du Pluvier.

— Decididísimo.

— ¿Positivamente?

— Sí, sí, cien veces sí.

— ¿En este caso, mi querido Arturo, no llevaréis á mal que me aproveche de vuestros despojos?

— ¿Cómo? ¿qué quereis decir?

— Mi proyecto es este. La vida de que gozais en este paraiso terrestre me ha trastornado el celebro. ¿Quereis vendérmelo todo, mujeres, perros, enanos y guacamayos?

Creí que se chanceaba du Pluvier y le miraba con sorna.

— ¿Lo quereis? replicó con resolucion. Mirad que menos perderéis conmigo que con cualquier otro. ¿Cuánto valen las esclavas y los muebles?

— No importa que pagueis las esclavas, porque tan solo os las dejo con la condicion de que me prometais darlas su libertad cuando salgais de la isla.

— Mas; ¿cómo vais á marchar?

— Creo obtener fácilmente con la recomendacion del señor de Fresen la debida autorizacion para ocupar vuestro puesto en la fragata.

— Pero la fragata da la vela esta mañana.

— No importa.... Si estais verdaderamente resuelto, partiré esta mañana.

— Mas no puedo estarlo. Venga esa mano, caro Arturo; solamente os pido que me deis tiempo para ir á bordo y sacar el equipaje.

— Está corriente.

Y du Pluvier se marchó.

No me sorprendió mas que medianamente la súbita resolucion que formó el hombrecillo de establecerse en mi lugar en la isla. Era du Pluvier uno de esos genios escencialmente imitadores que no teniendo ideas propias, se apoderan atolondradamente de la agenas y adórnanse con ellas sin reparar en si convienen ó no á su carácter. Semejante á esas personas que visten un traje sin hacer alto en si les entalla ó no, se habia sin duda sorprendido du Pluvier de la excentricidad de mi existencia, y creia mostrarse muy original continuándola.

Tambien los pasajeros de la fragata al hablar de semejante extrañeza, debian haber alabado, reprobado ó exagerado la singular disposicion de espíritu que conducia á un hombre de la sociedad á vivir de aquella suerte; pero como á pesar de las alabanzas ó del vituperio habian probablemente considerado esta resolucion poco vulgar, creyó du Pluvier vestir la misma condicion de no-vulgaridad constituyéndose en mi lugar. Acaso en fin le habian seducido las realidades de aquella vida sensual. . . . .

. . . .

Preparéme pues para salir de la isla.

Confieso que sentí por un momento una vaga trizteza: yo abandonaba lo cierto por lo dudoso. Á buen seguro que esa vida material que desdeñaba tenia sus desencantos; pero ¿hay acaso nada de completo en este mundo? La vida mas etérea, la mas civilizada, ¿carecê por ventura de desengaños?

Pero ¿me era permitido vacilar cuando veia á du Pluvier tan resuelto á permanecer conmigo? . . . . , .

. . . .

Quise antes de partir asegurar la suerte de las esclavas: las mandé llamar y sin insinuarles mi proyecto, ni la cesion que hiciera de sus personas, entregué á cada una quinientos francos, suma para ellas considerable, y que no obstante recibieron con bastante indiferencia.

Enviando luego por el renegado de Khios que cuidaba de los negocios del marqués Justiniani, le notifiqué que reconocèria á du Pluvier mis derechos como locatario del palacio y dueño de las esclavas; y le encomendé expresamente no enterase á estas de aquel cambio hasta que la fragata hubiese dado la vela. . . . .

. . . .

Volvió du Pluvier alborozado.

Rogóme le dejase mis trajes albaneses, porque queria entrar en seguida un pleno goce, decia, y le faltaba tiempo para mandárselos hacer.

Accedí á sus deseos, y le ayudé tambien á disfrazarse; estaba ufano de aquel modo.

Pidióme despues que le presentase á las esclavas como á su señor absoluto.

Buen cuidado tuve de no hacerlo, siendo bastante fátuo para temer una especie de motin entre aquellas damas, si llegaban á entender que yo las abandonaba.

Las dije, por el contrario, que iba á bordo de aquel buque lo mismo que los demás dias, y que procurasen hacer al entretanto compañía á mi amigo....

Miró Noemia á du Pluvier con aire socarron; sonrióse Dafne con desprecio, y tomó Anastasia una expresion desapacible.

Bastante receloso de las futuras disposiciones de las *mujeres* de du Pluvier, le apreté la mano, y verdaderamente conmovido abandoné el palacio. . . . .

. . . .

El bote de la fragata me aguardaba, pronto estuve á bordo.

Mostróse Mr. de Fersen sumamente atento conmigo, y apresuróse el capitan con la mayor amabilidad á concederme pasaje en el barco ruso.

Dos horas despues de mi salida del palacio, dimos la vela.

. . . .

La resolucion de du Pluvier fue por mucho tiempo el texto de nuestras bromas.

Despues de algunas bordadas, empezamos á descubrir el palacio Carina que se levantaba á media costa. Una parte del parque bajaba hasta la ribera.

Á favor de un anteojo miraba con tristeza aquel admirable país.... que abandonaba para siempre, cuando fijó mi atencion un espectáculo singular:

Enteradas sin duda de mi viaje por el renegado y la partida de la fragata, vi bajar precipitadamente las esclavas en desórden á lo largo de la pradera, y agolparse al borde del mar tendiendo sus brazos hacia el buque con aire desesperado.

Viendo luego que iba este alejándose mas y mas, arrancó Noemia su fez en un arrebato de extravagante furor.... lo pisoteó, y pronto se meció en el aire su poblada cabellera. Estaba hermosa como una Euménides....

Concibiendo acaso Dafne alguna esperanza, agitaba su charpa de seda como haciendo alguna señal; mientras que Anastasia la blonda estaba arrodillada sobre la arena.

No tardé en descubrir á du Pluvier envuelto mas que á sus anchas en mi trage albanés, corriendo tambien precipitadamente hacia la ribera seguido de la vieja cipriota y los dos enanos que daban mil zancadas.

Probablemente vendria el nuevo sultan á hacer entrar á las odaliscas otra vez al serrallo.

Pero las odaliscas eran por desgracia bastante remolonas, y el sultan muy poco persuasivo; porque despues de cruzadas algunas palabras por órgano de la vieja cipriota, arremetieron todas las esclavas como otras tantas furias contra du Pluvier, que desapareció completamente en medio de sus brazos levantados y amenazadores....

No pude ver el final de esa divertida escena; porque la salida de un promontorio que doblábamos vino á interceptar enteramente aquella parte de la costa.

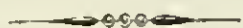
Una media hora despues, el capitan ruso me dijo:

—Desearia saber lo que puede ser aquella columna de humo que se alza sobre las tierras de Khios.... en direccion al palacio que habitabais.

Acudióme inmediatamente al pensamiento la idea de Noemia de incendiar el palacio si yo lo abandonaba.

¿Acababa de ser puesto este proyecto en ejecucion por aquellas locas? ¿Qué seria de du Pluvier?... ¿habia sido abrasado por sus esclavas *estrechado ó no entre sus brazos*? Esto es lo que absolutamente ignoraba; y en breve perdimos de vista las costas de la isla de Khios con una honda inquietud por la suerte del pobre du Pluvier.

LA PRINCESA DE FERSEN.



XVIII.

La Alexina.

Tales eran las impresiones que me habia dejado mi permanencia de un año en la isla de Khios; tales los motivos de mi brusca partida para la Francia á bordo de la fragata rusa la *Alexina.*

Intercalado á su tiempo este fragmento de mi antiguo diario, anudo el hilo de mi narracion.

Para ello y para seguir todos sus incidentes tristes ó alegres, tiernos ó dramáticos, me encuentro en una disposicion de alma del todo conveniente.

De tal manera han desgastado mi corazon las últimas y violentas emociones que he sentido desde mi viaje en Oriente hasta este momento en que escribo estos renglones, y hago tan poco caso del porvenir y del tiempo pasado, que puedo referir muy bien este nuevo episodio de mi vida con el mas profundo desinterés, y como si no hablara de mí.

La leida que acabo de dar á estas páginas fechadas en la isla de Khios, escritas en Oriente hace tres años, ha acabado de aumentar mi indiferencia por lo que me concierne.

Cuando mi calma y razon se restablecen, me encuentro tan voluble, inquieto, alocado y tan poco á propósito para la ventura de que me ha colmado siempre mi estrella (porque sabria muy bien que nunca me aprovecharia de ella)

que me juzgo á mí mismo con una extremada y acaso injusta severidad.

Desde el punto de vista en que me he colocado, estimándome en poco, prevenido contra mí mismo, despojado de toda suerte de orgullo, de todo amor propio, de *mí á mí*, exagero aun mis defectos, y mi carácter demasiado poco vanidoso me impide avalorar á menudo en su justo precio algunos rasgos verdaderamente generosos de que pudiera envanecerme.

Así es que si llegasen á traslucirse estas páginas (lo que no sucederá, porque tomaré buena cuenta de ello) darian una muy triste idea de mi carácter.

Y sin embargo muchos hubieran hecho lo que yo.

Porque en fin, si tiempo atrás atribuí á Elena las mas odiosas miras ... ¿no lo he ensayado y hecho todo en mi desesperacion para reparar esta falta?

¿No la habia cedido ya todas mis riquezas si aceptaba mi mano? Y mas adelante, cuando supe la pobreza de Frank, ¿no traté de socorrerle con toda la posible delicadeza?

Si fuí bien injustamente cruel con Margarita, á lo menos por mucho tiempo y con bastante esfuerzo la defendí de las calumnias de la sociedad aun antes de que ella me conociera.

¿Y aquel duelo?... ¿aquel duelo encarnizado de que nunca tuvo noticia? . . . . (1).

Si extraviado por un arranque de incurable insensatez, insulté ultrajosamente á Falmouth, ¿no le habia salvado la vida arriesgando la mia?

Es verdad que el bien que he obrado no obsta al mal

(1) Hállanse aquí borrados algunos renglones del *Diario de un desconocido*. No encontrándose la relacion de este desafío en el episodio de la señora de Peñafiel, y haciendo Arturo una segunda alusion al mismo en el combate de los piratas con el yate, es probable que provenga esta omision de algun olvido involuntario ó calculado (Nota del autor. E. S.)

que se me puede echar en cara; pero ¿no desgarra el corazon el pensar que cuanto se ha encontrado de noble y bueno en mi conducta quedará eternamente sumergido bajo las angustiosas é iracundas olas que mi desconfianza levantó?

. . . .

Pero al fin ¿qué me importa lo pasado? escribo estos renglones para ver otra vez desplegarse ante mis ojos el cuadro de mi vida, y para acortar las largas horas de soledad que paso ahora en Cerval en el triste antiguo palacio paterno que tenia despues de tantos años olvidado. . . .

. . . .

Abandonamos pues la isla de Khios ignorando completamente la suerte de du Pluvier.

Aunque entrásemos ya en el equinoccio, la travesía, retardada por los vientos contrarios, fue bastante hermosa.

El aspecto de los marineros rusos me pareció enteramente distinto del de los marineros ingleses.

Aunque sometidos estos á las penalidades de la disciplina militar despótica; y aunque por hábito y naturaleza se muestran llenos de deferencia y de respeto para con los jefes, que pertenecen á la alta aristocracia, jefes que forman su mayor gloria, como se envanecen mas los negros de tener por amo á un blanco que á un mulato; todo descubre en ellos ese indomable orgullo nacional, esa insolente altivez bretona que hacen al marinero inglés uno de los mejores marineros del mundo; porque está siempre impulsado ó sostenido por el excesivo sentimiento de su propio valor, por su profunda fe en la superioridad de su país sobre las demás naciones marítimas.

El fanatismo pues ó la fe, sea cual fuere su insensatez, es sabido que obran siempre maravillas.

Por el contrario, los marineros rusos prestan una obediencia pasiva, casi religiosa, una ciega resignacion y un afan maquinal á la voluntad de sus jefes, en los que como que reconozcan una naturaleza superior á la suya. Así es que se observaba que una palabra, una sola señal de aque-

llos oficiales podia elevar la resignacion y el intrépido afan de los marineros rusos hasta el heroismo de la abnegacion personal.

¡Extraña diferencia entre el genio de esos dos pueblos y el de los franceses!... ¡de los franceses tal cual vez sumisos pero nunca respetuosos, que obedecen alegremente á unos superiores de que se burlan, ó que se hacen matar admirablemente por razones que insultan ellos mismos!

Estas varias comparaciones fueron hechas á consecuencia de haber puesto la atencion en aquellas prácticas graves y casi claustrales que reinaban á bordo de la fragata rusa y que á pocos dias de navegacion influyeron muy singularmente sobre todos los pasajeros.

Nada en efecto mas extraño que el aspecto de aquel buque: era el silencio en medio de la soledad de los mares.

Exceptuando las órdenes de los oficiales, jamás se oyera una palabra.

Muda y atenta la tripulacion, no contestaba á las disposiciones de sus jefes mas que con la maniobra, que ejecutaba con una precision mecánica.

Al ponerse el sol leia el capellan la oracion; arrodillábanse piadosamente todos los marinos, y luego bajaban á la batería.

Pero siempre y en todas partes un silencio inexorable.... Si eran sacudidos por alguna falta, jamás un grito; si descansaban de sus fatigas, jamás una cancion.

El capitan de la fragata y su teniente, con quienes vivian como yo la señora y el señor de Fersen, eran hombres sumamente caballerosos y muy buenos marinos, pero su ingenio nada tenia de extraordinario.

Mr. de Fersen estaba casi siempre leyendo una coleccion de obras dramáticas francesas.

Quedábamos pues aislados la señora de Fersen y yo en medio de aquella pequeña colonia; y ni las cosas, ni los hombres, ni los acontecimientos debian distraernos de nuestras contemplaciones individuales.

En medio de aquella calma profunda, de aquel aislamiento, de aquel silencio, las menores fantasías del pensamiento habian de estamparse en la lisa trama de una vida tan sencilla; en una palabra, ninguna tela ha sido jamás tan igualmente preparada para recibir las inspiraciones del pintor, por varias y extravagantes que fueran.

Á medio dia nos reunimos para el almuerzo, y en seguida dábamos un paseo sobre el puente; luego volvia Mr. de Fersen á la lectura de sus queridos *vaudevilles*, y los oficiales á sus observaciones náuticas.

La señora de Fersen solia estarse en la galería de la fragata; así es que todos los dias departia con ella, sin ser casi nunca interrumpido, desde las dos hasta el momento en que iba á prepararse al tocador para sentarse á la mesa, siempre fresca y primorosa.

Despues de la comida, cuando el tiempo lo permitia, la servian el café en cubierta. Dábase despues otro paseo, y á eso de las nueve nos volvíamos á juntar en la galería.

La señora de Fersen, excelentemente entendida en la música, se sentaba á menudo al piano, con extraordinario embeleso del príncipe, que la suplicaba le acompañase alguna tonadilla que gorjeaba él divinamente.

Otras veces uno de los oficiales de la fragata nos cantaba con su preciosa voz algunas canciones nacionales muy sencillas y agradables.

La música y la conversacion en que entraba entonces Mr. de Fersen y que animaba con una jovialidad de muy buen gusto, nos entretenian hasta las once, hora en que se servia el té, retirándose despues cada uno cuando bien le parecia.

Concíbese que, á excepcion de la *longitud* de los paseos, llevábamos allí la mas íntima y concentrada vida del campo.

Tres dias despues de nuestra salida de Khios, sobrevino un extraño incidente, al parecer muy pueril.... pero què debia influir singularmente sobre mi destino....

Tenia la señora de Fersen una niña de seis años, llama-

da Irene, la que profesaba un amor que rayaba en idolatría.... ,

Era imposible imaginarse nada mas perfecto é ideal que aquella criatura.

Su hermosura era seria y grave: muchas madres hubieran preferido, supongo yo, para sus hijos un semblante mas risueño é infantíl; porque aun yo mismo no podia á á veces sustraerme á una triste afeccion al contemplar aquel adorable rostro que exprimia una indefinible melancolía, nunca esperada en tan tierna edad.

La frente de Irene era ancha y despejada; su tez atrevidamente blanca, porque sus robustas y redondas mejillas anunciaban una salud florida. Su cabello castaño-oscuro, muy abundante, fino y suave, caia naturalmente rizado al rededor de su cuello; sus rasgados ojos, de un negro húmedo y afelpado, tenian un mirar extrañamente profundo, particularmente cuando por esa facultad peculiar de los niños os contemplaba Irene por mucho tiempo sin apartar la vista ni bajar las franjas de sus largos y oscuros párpados.

Su naríz era afilada y primorosa; su boca pequeña, encarnada, y diria que su labio inferior algo saliente era desdeñoso.... si no pareciese incompatible el desden con aquella edad. Su talle, en fin, sus manos y pies eran de una rara perfeccion.

Por una tierna supersticion de su madre, habia sido consagrada Irene á vestir el hábito blanco, de resultas de una larga enfermedad: la sencillez casi religiosa de aquel traje daba un nuevo carácter á su fisonomía.

Ya dije que era el tercer dia despues de nuestra partida de Khios.

Irene, que hasta entonces habia parecido observarme con una especie de inquieta desconfianza, y que se habia ido poco á poco amansando, vino resueltamente á decirme con una solemnidad infantil:

— Miradme, á ver si soy capaz de amaros bien....

Despues de haber fijado sobre mí una de esas largas, in-

movibles y penetrantes miradas de que he hablado, y en cuya presencia confieso que me ví obligado á bajar la vista, añadió:

— Sí, os amaré bien: luego despues de una nueva pausa, prosiguió, volviéndose á la señora de Fersen: — Sí, madre mia, le querré mucho, le querré como he querido á Ivan!...

Su pequeña faz se vistió al decir estas palabras de una tan jovial expresion de gravedad mesurada, que no pude contener una sonrisa.

Pero, ¡cuál fue mi asombro, al ver á la señora de Fersen que dirigia alternativamente sus miradas casi estupefactas hácia Irene y hácia mí, como si diera una gran importancia á lo que acababa su hija de decirme!

— Aunque nada tenga por ahora que envidiar al dichoso Ivan, dije á la primera, es esta una confesion, señora, que es muy de temer será olvidada de aquí á diez años.

— Olvidada.... ¡ah, señor!... Irene nada olvida.... ved sino sus lágrimas vertidas á la memoria de Ivan....

— En efecto, dos grandes perlas resbalaban por las mejillas de aquella niña, que mantenia clavada en mí su vista á un mismo tiempo triste, benigna é interrogativa.

— ¿Quién era pues ese Ivan, señora?

Oscureciéronse las facciones de la señora de Fersen, que me respondió suspirando: — Ivan era un pariente nuestro, que murió muy jóven (y vaciló un momento), murió de una muerte violenta y espantosa, dos años ha.... Irene le habia cobrado tanto cariño que llegué á estar casi zelosa. Imposible será que os diga el increible dolor de esa niña al observar que no veia ya al infeliz Ivan, por quien continuamente preguntaba: tenia entonces cuatro años, y sintió un pesar tan profundo, que cayó gravemente enferma y estuvo á pique de morir. Entonces fue cuando prometí vestirla de blanco, rogando á Dios me la devolviese.... Pero lo que mas me sorprende es, que de dos años á esta parte seais vos la sola persona á quien ella haya prometido amar.

Irene, que habia escuchado con atencion las palabras de su madre, me cogió la mano, y con un aire de inspiracion me dijo elevando al cielo sus ojos humedecidos todavía por las lágrimas: — Sí, le amaré como á Ivan, porque pronto le seguirá allá arriba ...

— Irene.... hija mia.... ¡ qué estás diciendo !. . ¡ Ah ! ¡ perdonad, señor ! exclamó la señora de Fersen.... casi aterrada, mirándome con ademan de súplica.

— Aun cuando deba costarme, la dije sonriendo, un fin como el del pobre Ivan, dejadme gozar, señora, al menos de un afecto tan candoroso. . . . .

. . . .

No soy débil ni supersticioso, pero no podré explicar la singular impresion que me causó aquella niñería: luego diré porqué.

— No hay justo medio: ó semejantes incidentes son el colmo de la ridiculez, ó afectan poderosamente ciertos espíritus. . . . .

. . . .

Por fortuna se concluyó esta singular escena al venir Mr. de Fersen á suplicar á su esposa que le pusiera en música la cancion *A soixante ans il ne faut pas remettre, etc.*

Noté que la señora de Fersen no habló á su esposo de la singular declaracion que Irene me habia hecho.

Aquel mismo dia en la mesa se quejó la princesa de cierta jaqueca, y retiróse inmediatamente á su cuarto.

XIX.

La princesa de Fersen.

Al dia siguiente no se presentó la señora de Fersen al almuerzo; estaba algo indispuesta, me dijo el príncipe, y habia pasado mala noche. En seguida, casi sin transicion y

llenándome del mayor asombro me hizo las mas detalladas confidencias acerca del carácter, talento, costumbres y vida pasada de su esposa, para prevenirme tal vez de la vanidad de mis tentativas caso de haber pensado ocuparme en la señora de Fersen, porque no puedo interpretar de otro modo su incomprensible capricho de entrar conmigo en tales pormenores.

Ahí está el resúmen de cuanto me dijo Mr. de Fersen sobre su esposa.

La señorita Catalina Metriska, hija del conde Metriski, gobernador de una de las provincias asiáticas del imperio ruso, contaba diez y siete años de edad cuando casó con Mr. de Fersen. Ella reunia á un gran talento natural, una educacion muy esmerada y una precoz madurez de juicio. Cuando se efectuó el enlace, el príncipe era embajador en Viena.

Este, habia temido la inexperiencia de su esposa, que tan jóven debia cargar con todas las responsabilidades que pesan sobre un embajador de una gran potencia cerca de una corte tan severa, grave y majestuosa en su etiqueta como lo es la de Austria. Pero la señora de Fersen, dotada de los mas preciosos dones, satisfizo las mas mínimas exigencias de su posicion, gracias al tacto exquisito, al delicado tino y al perfecto aplomo que nunca la abandonaron en tan difíciles relaciones.

— Muy jóven todavía, é identificada ya con la gracia y el ingenio, me dijo el príncipe, juzgad si la señora de Fersen se veria pronto obsequiada y festejada por lo mas escogido de todos los extranjeros que llegaban á la corte de Viena.

Aunque un marido no deba hablar mas de la virtud de su mujer que un hidalgo de su nobleza, añadió sonriéndose Mr. de Fersen, creo y sé que *la esposa de Cesar nunca dió motivo de sospecha*, y sin embargo *Cesar* tenia cincuenta años de edad.... Y sin embargo, yo me casé tal vez menos por amor, aunque Catalina fuera una hermosura, que porque hay ciertas embajadas que no se confian á los célibes, y

luego porque queria tener á mi lado en la posicion en que me hallaba un ser cándido y desinteresado, sobre cuya imaginacion poder yo ensayar el efecto de ciertas combinaciones.... á poca diferencia, exceptuando la ferocidad de la comparacion, añadió riendo el principe, como algunos patricios de Roma ensayaban venenos sobre sus esclavos. Hame probado la experiencia que la excesiva pureza es á menudo mucho mas dificil de engañar que la excesiva doblez, porque los niños conocen casi siempre los lazos que se les preparan. Así cuando veo á Catalina admitir ciertos proyectos, ciertas ideas bastante bien disfrazadas para que no choquen con su natural sensible, delicado y generoso, ya no temo mas adelante al emitir aquella idea irritar la susceptibilidad de mis queridos colegas, cuya conciencia suele ser en general muy correosa.

Poco á poco, prosiguió el príncipe, la señora de Fersen cobró aficion á la política, porque para continuar mis experimentos, le confié bajo diferentes aspectos muchas cuestiones que me era preciso resolver. Mas no creais que su política fuese adusta ó egoista. .. no, no; el exaltado amor á la humanidad era el solo móvil de la suya. Quien la oyera hablar de las naciones europeas, hubiera dicho que hablaba de sus hermanas queridas y no de otras tantas rivales de su país.... Parezco un niño de muchos años al hablaros con tanta formalidad, de lo que miraréis probablemente como ensueños de una jóven novelesca; y sin embargo no es posible que creais el excelente partido que saco del temple de su alma tan maravillosamente entusiasta de la paz y felicidad de cada uno.... La sabiduría consiste, ¿no es verdad? en conservar un término medio alejándose de toda extremidad. Pues bien, cuando debo tomar alguna importante determinacion, la generosa y conciliadora política de la señora de Fersen me marca un límite, y nuestra política tradicional de truhanería y egoismo me fija el otro. Esme entonces por consiguiente muy fácil el escoger una sabia y prudente moderacion entre esas dos exageraciones.

Otra ventaja en fin he debido á esa tendencia del espíritu de la señora de Fersen.... y es la de poder aseguraros que *la esposa de Cesar nunca diera que sospechar...* porque es de advertir que cuando la parte amante y apasionada del corazon de la mujer encuentra un brillante empleo para sus facultades, no trata la mujer de dedicarlas á otros usos, sobre todo cuando su orgullo femenino queda lisonjeado por la influencia que ella adquiere á medida que las satisface.

Añádase á esto lo de que debiera haberos hablado ya desde un principio; pero estoy conforme con la opinion de una de vuestras mujeres célebres, la señora de Sevigné, que ha dicho que el asunto de una carta se encuentra muchas veces en su *posdata.* Pues bien, dejando á un lado el cariño que me profesa mi esposa, y el que yo la tengo, dejando á un lado la severidad enteramente puritana de sus principios, ¿quereis saber lo que particularmente la ha preservado de las liviandades de la juventud? es el amor absoluto, apasionado con que ama á su hija. No os seria fácil concebir todo su exceso, toda su exaltacion.... Es verdad que nuestra Irene merece su ternura; pero hay momentos en que me atemoriza el pensar que si una desgracia imprevista, como la que ya nos amagó, nos robase esta niña, su madre moriria irremisiblemente ó se extraviaria su razon. . . . .
. . . .

Hallábase el señor de Fersen en su edad madura; su reputacion de diplomático consumado era casi europea; todo revelaba en él el hombre superior llamado por sus eminentes cualidades á ejercer las altas funciones que tan bien habia desempeñado en todos tiempos. Por esta razon no acabo de admirarme de las confidencias que me hacia á mí tan jóven y que le era enteramente desconocido.

No pudiendo suponer que un hombre acostumbrado desde tanto tiempo á tratar los mas espinosos y graves asuntos fuese á obrar con ligereza en negocios que le afectaban per-

sonalmente, y me figuré que cuanto me habia dicho debia haber sido hondamente premeditado.... que no sin designio habria olvidado la reserva que le imponian nuestras posiciones y edades respectivas.

Así pues, repito que no podia ver en aquellas confidencias, por lo menos muy extrañas, otro objeto que el de probarme la imposibilidad de sacar ningun partido de la señora de Fersen.

— Y no obstante habia causado en mí una impresion desagradable el oir al príncipe hablarme de su esposa como de un instrumento necesario á su diplomacia. Habíame parecido traslucir la mas grande esterilidad del corazon en el modo con que me la representaba; además en sus relaciones habituales con la señora de Fersen no solo no se mostraba zeloso (pues era demasiado fino para incurrir en semejante ridiculez), sino que aun revelaba cierta indiferencia.

Preguntábame entonces con que fin me habria hecho aquellas confidencias....

Quedéme sumamente perplejo. . . . .
. . . .

XX.

La tradicion.

No habia vuelto á ver á la señora de Fersen desde el dia en que Irene me habia hecho la singular prediccion de que su madre tanto se habia asombrado al parecer.

Teníame sorprendido la singular afeccion que aquella niña me profesaba.

Apenas estaba sola, cuando corria hácia mí. Si acaso estaba yo leyendo en la galería, temiendo sin duda importunarme, se sentaba sobre un almohadon apoyaba su barba

sobre sus dos manecitas, y me era imposible levantar los ojos sin encontrar su mirada profunda y siempre seria.

Trataba algunas veces de divertirla con juegos propios de la niñez; pero solo se prestaba á ellos con repugnancia, y con su voz infantil me decia gravemente: —Prefiero estarme ahí á vuestro lado, y miraros como miraba á Ivan.

He sido mas supersticioso de lo que ahora soy; pero al contemplar el singular sentimiento de atraccion que yo inspiraba á aquella criatura, me acordaba no sin una cierta opresion (confieso esta miseria) de una tradicion extraña que me leia mi padre repetidas veces, porque habia presenciado, decia, dos hechos que la confirmaban.

Segun esa tradicion, *las personas predestinadas á una muerte fatal y precoz tenian la facultad de embelesar á los niños y á los locos.*

Y en efecto, Ivan habia *embelesado* á Irene, y habia muerto de una muerte fatal.

Tambien yo *embelesaba* á Irene, y ella me habia pronosticado una muerte violenta, á pesar de que ignoraba absolutamente la tradicion.

Estos raros parangones eran cuando menos muy extraños, y me preocupaban á pesar mio.

Aun ahora, que ya el tiempo ha pasado por encima de aquellos acontecimientos, me ocurre todavía á la memoria aquella prediccion de Irene. . . . .

. . . .

En cuanto á esa tradicion, que mi padre habia traducido y que estaba continuada con algunas otras notas en un cuaderno que contenia la relacion de uno de sus viajes á Inglaterra é Indias yo la habia traido de Francia, como igualmente algunos otros papeles que se salvaron del naufragio del yate.

El dia siguiente al en que habia estado indispuesto, á eso de las dos vino la princesa á la galería, donde me encontró solo con su hija.

El semblante de la señora de Fersen estaba pálido y triste

Saludóme graciosamente, y su sonrisa me pareció mas afectuosa que los otros dias.

— Temo mucho, me dijo sentándose y poniendo á Irene sobre sus rodillas, que mi hija os incomode.

— Mas bien seré yo, señora, el que la importune, porque me ha dado á entender muchas veces con la gravedad de su porte y su lenguaje que me encontraba demasiado de su edad.... y no bastante de la mia....

— ¡Pobrecita! dijo la señora de Fersen abrazando á su hija. ¿No llevais pues á mal el que os haya hecho aquel extraño, aquel insensato pronóstico?

— No, señora, porque á mi vez voy á hacerle yo tambien otro y estarémos en paz.... Irene, la dije con mucha seriedad y ocultando su manecita entre mis manos: yo no te diré que hayas de ir pronto *allá arriba;* pero sí te prometo que dentro diez ó doce años bajará expresamente de *allá arriba,* aquí abajo, un ángel hermoso, bello como tú, bueno como tú, encantador como tú, y que te llevará á un magnífico palacio, todo de oro y mármol, donde vivirás largo, muy largo tiempo con aquel ángel bello en medio de la mas etérea felicidad, porque te amará como amas á tu madre; y luego un dia, no siendo ya este palacio bastante hermoso para tí, pasaréis los dos de un vuelo á habitar otro todavía mas magnífico....

— ¿Y os encontraré á vos con mi madre en ese palacio? me preguntó la niña paseando alternativamente sus grandes ojos interrogativos de su madre á mí.

Fue una necedad, pero me plugo en extremo la union que formaba Irene hablando de la señora de Fersen y de mí.

No sé si advirtió esta aquel sentimiento, porque se sonroseó, y dijo á su hija para evitar sin duda una contestacion á su pregunta:

— Si, hija mia, allí me encontrarás. .. á lo menos tengo esta esperanza.

— Pero ¿estaréis con él?... repitió la niña señalándome con un dedito.

Sea que no estuviese contenta de la singular insistencia de Irene, ó que se hallase apurada, la señora de Fersen la dió un tierno beso en la frente, la estrechó contra su seno, y la apretó entre sus brazos, diciéndola : Eres una loquilla ; duerme, corazon mio.... Despues tendiendo una mirada distraida al través de la ventana de la galería, añadió : El tiempo está hermosísimo : ¡ cuán quieta está la mar !

Muy quieta, respondí con despecho, por ver que la conversacion tomaba este giro.

Irene cerró los ojos en ademan de querer dormir ; su madre recogió con indecible gracia algunos bucles de cabellos sobre los párpados de la niña, y en voz baja la dijo esta puerilidad maternalmente : Duerme, amor mio, ahora que he corrido tus hermosas cortinas.

Hay en las primeras fases del amor naciente adorables nonadas de que saben gozar las almas exquisitas.

Yo hallaba un cierto encanto en poder hablar á media voz á la señora de Fersen bajo el pretexto de no despertar á su hija. Habia en esa futilidad al parecer indiferente un no sé que de tierno, misterioso y velado que me deleitaba el corazon.

Pronto cerró Irene sus párpados.

¡Qué hermosa está de esta suerte!... dije en voz baja á su madre, ¡ cuánta ventura está escrita sobre su frente bella !

¿ Podré decir que aguardé con cierta ansiedad la respuesta de la señora de Fersen para ver si me hablaba tambien muy bajo ?...

¿ Diré que fuí feliz.... ¡ oh ! muy feliz al oirla guardar el mismo acento ?...

— ¡ Plegue á Dios sea cierto, señor ! contestó : ¡ ojalá sea venturosa !

— Yo no podia, señora, hacerla toda mi prediccion porque no la hubiera comprendido ; pero ¿ quereis que os diga á vos ... lo que presiento por ella ?.,.

— Sí, por cierto.

— Pues bien, dejemos á un lado la felicidad que le está

asegurada por todo el tiempo en que permanezca á vuestro lado... porque sería una prediccion sobrado fácil... hablemos de aquel instante, siempre tan cruel para una madre, de aquel instante en que debe abandonar á su hija idolatrada á merced de una familia extraña, á merced de un hombre extraño.... ¡ Madre infeliz! que no acaba de creerlo.... su hija de un natural tan tímido, tan celoso, tan delicado que solamente á su madre hablaba sin sonrojarse y con una festiva seguridad; su hija, de quien nunca se separó, y que ha velado de dia y de noche, ¡ su hija! su orgullo, su afan, sus celos, su gloria; su hija, ese ángel de gracia y de candor cuyas satisfacciones todas, cuyas angustias todas, todas las susceptibilidades, todas las inquietas delicadezas ella sola puede comprender.... vela allá en manos de un hombre desconocido, que ha debido hacerse amar viniendo por espacio de dos meses á entretenerla cada dia en presencia de sus padres con pueriles vulgaridades ó con los deberes de la mujer en vez de su marido.... Ya estan unidos; y aquí pasaré en silencio, señora, este aparato monstruosamente grosero y significativo con que se *conduce á la doncella al altar* á vista de una turba descarada, con gran pompa, á la luz del dia y con extraordinaria confusion de música y estruendo.... Mas pudor se guarda en Otahiti, ó cuando menos mas misterio. Concluyóse por fin la misa, y llevándose el hombre su presa á su casa, la dice.... Ven, esposa mia.... ¡Pues ea! señora, si se realiza mi pronóstico.... el que delante de Dios y de los hombres tendria el derecho de decir tan brutalmente á la señorita Irene vuestra hija. ¡ Ven, esposa mia ... la dirá con voz suave, tímida y humilde.... Ven prometida mia!

Miróme la señora de Fersen con cierto pasmo.

— Sí, señora, porque en primer lugar.... oh, sí, en primer lugar aquel respetará con piadosa adoracion, y con una delicadeza religiosa ese terror tan castamente sublime de la doncella que de los brazos de su madre, que de su tálamo virginal, se ve repentinamente abandonada en una

casa desconocida.... Aquellos profundos é involuntarios sobresaltos, aquellos amargos pesares de su esposa, los calmará poco á poco con su esmerada atencion y con las sencillas prevenciones que no amedrentan á aquel pobre corazon todavía extrañado; sabrá en fin hacerse amar de pronto como el mejor de los hermanos, con la esperanza de serlo algun dia como el mas felíz de los amantes.

— Lástima que ese sueño, dijo suspirando la señora de Fersen, no sea mas que un precioso devaneo.

— ¡Oh! ¡no es así, señora! porque debemos confesar que nada seria tan admirable como todas las misteriosas fases de ese amor, entusiasta como la esperanza, apasionado como el deseo, y sin embargo legítimo y permitido! ¿No es verdad que el dia en que despues de una asidua corte, ebria la jóven de ternura, confirmaria con una celestial declaracion los derechos tan ardientemente conquistados que no quiso su esposo recibir mas que de ella.... no es verdad que este recuerdo seria muy duradero y delicioso para su corazon? ¿para un corazon tan libremente obtenido? ¿No es verdad que mas adelante los galanteos y todo el conato de la sociedad le parecerian muy pálidos respecto de aquellos dias de radiante felicidad y abrasadores siempre presentes á su memoria? ¿No es verdad en fin que semejante reminiscencia garantizaria casi indudablemente á una esposa de todas las culpables seducciones, que jamás producirian en ella los inefables goces que le habria hecho experimentar tan deliciosamente una union legítima y santa?

Á medida que yo hablaba, aumentaba el asombro con que me estaba mirando la señora de Fersen, y al fin me dijo:

— ¿Cómo señor? ¿tendréis verdaderamente esas ideas sobre el matrimonio, de una delicadeza acaso exagerada?

No lo dudeis, señora; ó por lo menos las presto en mi vaticinio al que algun dia debe gozar la dicha de tomar á su cargo la felicidad de vuestra hija.... Ahora bien, ¿no os parece que un marido como el que le pronostico... hermoso, jóven, honrado, discreto y encantador que tales pensamien-

tos abrigara.... la habria de ofrecer grandes contingencias de duradera felicidad, porque estoy seguro de que la señorita Irene estará dotada de todas las preciosas cualidades del alma que pueden inspirar y apreciar un amor como aquel?...

¡Ah! teneis razon, seria un hermoso sueño.... solamente me sorprende mucho, repito, que tengais semejantes sueños, me dijo con un aire irónico.

— ¿Porqué, señora?

— ¡Cómo porqué! vos que habeis ido á buscar en el Oriente la idealidad de la vida material!...

— Es cierto, señora, la dije en voz baja mirándola de hito en hito; pero ¿no he tambien abandonado al instante esa vida, luego que he debido á la casualidad el conocer, es decir el poder adorar.... una idealidad enteramente contraria; la del espíritu, de la gracia y del corazon?

La señora de Fersen me echó un severa ojeada.

Ignoro lo que iba á contestarme, cuando entró su marido para preguntarme si sabia la cancion de Anacreonte en casa de Policratos. . . . .

. . . .

Desde el dia en que la habia hecho una declaracion, pareció querer evitar la señora de Fersen el encontrarse sola conmigo, aunque observase el mismo porte en presencia de nuestros compañeros de viaje.

Pero, gracias al singular afecto que yo inspiraba á Irene, pudo la princesa con dificultad persistir en su proyecto.

Apenas me presentaba sobre cubierta ó en la galería, cuando cogiéndome la niña por la mano me llevaba al lado de la señora de Fersen, diciéndome: Venid.... me gusta veros junto á mi madre....

No pude de pronto dejar de sonreirme del despecho de la princesa, que se veia de esta suerte comprometida á tener unas entrevistas que deseaba evitar.

Temiendo despues que ese digusto que involuntariamente la ocasionaba fuese causa de que me cobrase aversion,

probé de negarme á las instancias de Irene. Dos ó tres veces que esta se encaprichó, la despaché con bastante aspereza.

La pobre niña no profirió palabra, sino que desprendiéndose dos grandes lágrimas de sus ojos, fue á sentarse silenciosamente lejos de mí, y lejos de su madre.

Quiso esta acercarse á ella para consolarla, pero Irene desechó dulcemente sus caricias.

Por la tarde no quiso comer, y su ama, que la estuvo velando toda la noche, aseguró que apenas habia dormido, y que á muy largos intervalos habia llorado en silencio.

Mr. de Fersen, que ignoraba la causa de la ligera indisposicion de su hija, no hizo gran caso de ella, y la atribuyó á su excesiva susceptibilidad nerviosa.

Pero la señora de Fersen me echó una mirada terrible.

La comprendí.

Haciéndola desconfiar de mí aquella mi declaracion, se habia visto obligada á evitar las ocasiones de encontrarse sola conmigo en lo sucesivo.

Irene estaba muy apesadumbrada por esta especie de pique; precisamente debia mirarme la princesa como la causa primera del dolor de su hija, á quien amaba con una loca pasion.

Tenia pues motivo la señora de Fersen para aborrecerme; determiné poner fin á la tristeza de Irene.

Aprovechando un momento en que me encontraba solo con su madre, la dije: Perdonad, señora, una declaracion tan insensata.... Tanto mas la lloro, cuanto que no ha sido extraña al pesar y á la indisposicion de la infeliz Irene.... Os prometo, señora, no soltar jamás una sola palabra que pueda turbar en lo mas mínimo las satisfacciones de vuestro amor maternal y exponerme de esta suerte á perder vuestro bondadoso aprecio que me es tan caro...

La señora de Fersen me tendió la mano por un impulso de májico reconocimiento, y me dijo: Os creo y os lo agradezco con toda la fuerza de mi alma, porque haciéndolo así, no me separaréis otra vez de mi hija.

XXI.

La despedida.

Pronto me arrepentí de haber prometido á la señora de Fersen no decirla jamás una sola palabra de galantería; porque desde que merecí su entera confianza me fué pareciendo mas y mas hermosa y cada dia me iba robando mas el corazon.

Fieles á nuestras citas en la galería y casi siempre solos con Irene, reinó en breve en nuestros coloquios la mas amistosa familiaridad.

Explotaba yo con mucha destreza mi completa ignorancia en la política para desterrarla del todo de nuestras conferencias. Dueño pues de la conversacion, la hacia siempre recaer en mil cuestiones relativas á los tiernos sentimientos y á las pasiones.

Á veces, como si hubiese temido la tendencia de estas materias, se empeñaba la señora de Fersen en hablar á la fuerza de política. Pero entonces yo oponia mi ignorancia, y me reconvenia la princesa con mucha sutileza porque obraba, segun ella decia, como esos galanes que pretenden siempre no ser aficionados á la caza para poder quedarse con las mujeres mientras que los maridos van á zanquear la llanura.

Cuando la larga duracion de la travesía hubo establecido alguna intimidad entre mí y los oficiales rusos de la fragata, habiendo venido á tratar muchas veces de la señora de Fersen, quedé sorprendido del respeto con que hablaban siempre de ella. — La murmuracion, decian, la habia constantemente respetado tanto en Rusia, como en Constantinopla y en las demás cortes en que habia residido.

Una reputacion de invulnerable pureza es en mi concep-

to una seduccion irresistible, sobre todo cuando se encuentra en una mujer jóven, hermosa, discreta y de muy elevada posicion; porque es preciso que tenga una poderosa fuerza moral para desarmar á la envidia ó embotar sus filos, é inspirar como la señora de Fersen un sentimiento general de respeto y benevolencia.

Fuí comparando el amor en que habia ardido por la señora de Peñafiel con el que tenia á la señora de Fersen que apreciaba el encanto generoso y seductor de este atractivo.

No hay duda de que yo habia tenido flagrantes pruebas de que Margarita habia sido indignamente calumniada; pero por absurdos que sean los rumores que ultrajan á la mujer que amamos, nos causan siempre un doloroso resentimiento.

Aun suponiendo que lleguemos á convencernos de su falsedad, no dejamos por esto de reconvenir á la mujer que es víctima de ellos, porque no tiene el carácter de su virtud.

La vida de Elena habia sido muy pura, y sin embargo no habia estado libre de los ataques del mundo. Mis desvelos por ella habian sido la sola causa de aquellos odiosos rumores; y sin embargo en mis injustos arrebatos la acusaba de no haber sabido colocarse á una conveniente altura para que no la alcanzasen las infamantes sospechas.

Además de la gracia, del ingenio y la belleza de la señora de Fersen, lo que mas contribuia á hacérmela adorar, era, repito, su reputacion de elevada y plácida virtud.

Cuando se empeñan los hombres em combatir la resistencia de una mujer extricta observadora de sus deberes, suele animarles por lo regular el amor á la lucha ó la esperanza de un orgulloso triunfo.

No eran estos los sentimientos que me hacian persistir en mi amor hácia la señora de Fersen; era mas bien una especie de ilimitada confianza en la pureza de su corazon, en la nobleza de su carácter; era la certidumbre de poder amarla con todas las castas voluptuosidades del alma, sin miedo de ser presa de una fingida severidad ó de un recato falaz.

Habíame por otra parte materializado tan groseramente durante mi permanencia en Khios, que sentia una sed indescriptible de entregarme á todas las sublimes delicadezas de un puro y elevado sentimiento. . . . .

. . . .

Nuestra travesía, contrariada por los vientos equinoxiales y por una dilatada y forzada cuarentena en el lazareto de Tolon, duró unas seis semanas.

No creia haber progresado en el afecto de la señora de Fersen, porque la conducta que observaba conmigo iba siendo cada vez mas franca y amistosa. Habíame confesado ingenuamente que mi carácter la agradaba en extremo, y que esperaba durante su residencia en París continuar con toda la posible frecuencia *nuestros entretenimientos de la galería*.

Era evidente que para la señora de Fersen debia ser ninguna mi importancia. Á pesar de lo muy sensible que fuera á mi orgullo ese descubrimiento; era tanto lo que amaba á Catalina, que no pensé sino en la dicha de verla tan á menudo como me fuese posible.... confiando mis esperanzas á la sinceridad del afecto que la tenia. . . . .

Concluida nuestra cuarentena, desembarcamos en Tolon, donde nos detuvimos algunos dias para visitar el puerto.

Propúsome la señora de Fersen que no nos separásemos aun y continuásemos viajando juntos hasta París.

Vine en ello.

Hice traerme el coche que habia despachado para Marsella cuando nuestra partida de Porquerolles, y tomamos el camino de París á principios del mes de noviembre.

Mr. de Fersen iba con su esposa en una diligencia, su hija con el ama en otra. Como mi coche de viaje tenia la misma construccion y no cabian cómodamente en él mas que dos personas, todos los dias al ir á continuar nuestro camino despues del almuerzo, me suplicaba Mr. de Fersen fuese á hacer compañía á su esposa mientras él dormia en mi carruaje su siesta habitual.

Irene que habia manifestado un hondo pesar á la sola idea de separarse de mí, terciaba siempre en la reunion, y de este modo continuaron nuestros *coloquios de la galería* hasta París.

La víspera de nuestra llegada, hacia ánimo de aventurar una segunda declaracion, á pesar de la promesa hecha á la señora de Fersen.

Habia hasta entonces mantenido escrupulosamente mi palabra, porque faltando á ella temia perder las ventajas de la prolongada entrevista.

Limitábanse mis esperanzas á lograr ser para Catalina un hábito de su pensamiento é interesar ó cautivar bastante su imaginacion para que mi presencia ó mi ausencia llegasen poco á poco á afectarle el corazon.

Ese fin lo creia ya conseguido: yo amaba profundamente á la señora de Fersen, tenia un ardiente deseo de agradarla, y excepto la palabra amor, que jamás proferian mis labios, la prodigaba mis atenciones con todo el afan y toda la ternura del mas apasionado amante.

Sin afectar mucho mi conversacion, hacia un particular estudio para no hablar á Catalina sino de materias nuevas para ella.

Ella no conocia á París ni la Francia, ni la Inglaterra, ni la España, de cuyos países tenia yo el mas exacto conocimiento. Procuraba pues entretenerla con mis relaciones y con las pinturas que la hacia de las costumbres y hábitos de esas naciones.

Lográbalo casi siempre, y lo echaba de ver en su notable atencion y en las afectuosas preguntas que originaban mis palabras; hacia entonces á pesar mio traicion á mi ventura y al regocijo de haber conseguido interesarla.

Demasiado era el tino de la señora de Fersen para no echar de ver la viva impresion que continuaba haciendo en mí; así es que parecia estar agradecida á mi reserva.

En particular, todas las veces que yo hallaba medio, sin contristar mucho á Irene, de evitar los compromisos que

ocasionaba á todas horas el singular afecto que me profesaba esta niña, agradecíamelo la señora de Fersen con una encantadora ojeada.

Es de saber que uno de los mayores gustos de Irene era el tomarme la mano y ponerla entre las de su madre.... despues mirarnos en silencio.

Este leve placer me hubiera sido muy grato, si fuera que lo debiese á un tierno impulso de la señora de Fersen; pero no queriendo causarle semejante sorpresa, cada vez que Irene tenia este antojo, llevaba inmediatamente sus deditos á mis labios sin dejarla tiempo de poner mi mano sobre la de su madre.

. . . .

Estaba pues decidido á arriesgar una nueva declaracion la víspera de nuestra llegada á París, cuando un peregrino incidente, que al parecer debia animarme á dar aquel paso, me sugirió ideas enteramente contrarias.

Habíame sido imposible aun penetrar si estaba ó no zelosa la señora de Fersen del apego que me tenia su hija; pues si alguna vez me habia hablado de él de una manera irónica y jovial, otras lo habia hecho por el contrario con una cierta tristeza y casi con amargura.

Aquel dia Irene, que se hallaba tambien con nosotros en el carruaje, preguntó á su madre si yo tendria una hermosa habitacion en París.

Apresuréme á responder á la niña que yo viviria en mi casa y no en la suya.

Al oir estas palabras empezó Irene, como tenia de costumbre, á llorar en silencio.

Al ver sus lágrimas, la señora de Fersen exclamó con un impaciente disgusto: — ¡Dios mio!... ¿qué es lo que tiene esa niña? .. ¿porqué os quiere tanto?... ¡Esto no tiene aguante!

— Acaso me ama por la misma razon que amaba á Ivan, contesté.

No comprendiéndome al parecer la señora de Fersen, la

expliqué el sentido que yo daba á mis palabras, hablándola de la tradicion.

Figuróse que me chanceaba.

He dicho que se hallaba escrita esta tradicion en un libro lleno de notas continuadas de letra de mi padre, relativas á uno de sus viajes en Inglaterra.

Felízmente tenia aquel escrito en mi coche, porque habia buscado últimamente algunas noticias en aquellas notas, con el objeto de explicar á la señora de Fersen la perpetuidad de ciertos usos escoceses.

En una parada fuí á buscar el manuscrito, y lo enseñé á la señora de Fersen.

Era su fecha tan precisa, y el carácter de letra tan antiguo, que Catalina no podia dudar de su autenticidad.

Jamás olvidaré la mirada cubierta de lágrimas con que me estuvo largo rato contemplando la señora de Fersen, despues que dejó caer el libro sobre sus rodillas....

Agitábala sin duda la extraña emocion que experimenté al enlazar el afecto de Irene á Ivan y la muerte de este con la letra de aquella peregrina tradicion:

¡Los que han de morir de una muerte fatal saben embelesar á los niños y á los locos!...

La pasion que yo inspiraba á Irene era igual á la que la inspirara Ivan.... ¿no podia ser mi suerte la de Ivan?...

Para acabar de comprender todo el interés que despertó este descubrimiento en la señora de Fersen, es preciso saber que la habia confesado repetidas veces con la mayor ingenuidad que yo era sumamente supersticioso, lo que es muy cierto.... y habia además sembrado en ella algunos gérmenes de la misma debilidad, refiriéndola muchos cuentos extraños que la habian en gran manera impresionado.

Lo confieso.... parecióme leer en la mirada de la señora de Fersen, en su emocion, en su inquietud, algo mas que amistad.... mas que la expresion de un pesar patético.

Ébrio de esperanza, acudió á mis labios una nueva declaracion.... pero me contuve por fortuna, porque hubiera

cometido una falta irreparable....

Si eran verdaderamente tiernos los sentimientos de la señora de Fersen.... ¿no hubiera sido una estupidez mia advertirlo á su vigilante virtud, que hubiera sofocado con la imperiosa voluntad del deber aquel vago primer instinto de amor que dispertaba en su pecho?

Si por el contrario no era mas que amistoso el interés que me habia demostrado la señora de Fersen, mi presuntuosa creencia me hubiera cubierto de ridiculez ante sus ojos....

El sesgo que tomó en breve la conversacion, condujo naturalmente una proposicion que ansiaba hacer á la señora de Fersen, tanto por el interés de su reputacion como por el de mi ternura.

Hablábamos de Irene.

— ¡ Pobre niña! dije á su madre, ¿cómo podrá deshabituarse ahora á verme?...

— Espero que conservará en bien suyo y mio esta preciosa costumbre me respondió Catalina; porque tenemos bien resuelto que en llegando á París no han de ser jamás interrumpidos nuestros *entretenimientos de la galería*, como llamamos nosotros. Siendo la posicion del señor de Fersen y mia de las mas independientes á la corte de Francia, no me veré sujeta mas que á los deberes que querré imponerme, y á buen seguro que ninguna distraccion, ningun placer me apartará de esos amistosos y útiles coloquios cotidianos; siempre que, añadió sonriéndose la señora de Fersen, siempre que vuestros antiguos amigos os den lugar para pensar en los modernos.... Pero mi calidad de extranjera me hace recordar que atañe á vuestra galantería exclusivamente francesa el ser mi cicerone, y hacerme los honores de París, porque no quiero ver nada ni admirar nada sin ser guiada por vos....

Se requirió, á fe mia, un grande esfuerzo en mí, un gran amor y un gran terror á las desoladoras calumnias del mundo, para tronchar el halagüeño porvenir que la señora

de Fersen proyectaba para entrambos.

— Despues de algunos minutos de silencio, la dije con una tristeza y una emocion profundas:

— Señora, ¿no poneis en duda.... el respetuoso cariño que os profeso?

— ¡Qué pregunta!... Estoy convencida de él.... sí.... convencida.... seria desgraciada si no tuviera esta creencia.

— ¡Pues bien! señora, permitid que un amigo verdadero.... apasionado... os diga lo que diria á una hermana; y luego cuando me habréis oido, no os dejeis dominar por vuestra primera impresion, porque me será poco favorable... pero á poco os probará la reflexion que lo que vais á escuchar me habrá sido dictado por la mas grave y segura afeccion....

— Vaya, hablad. .. os ruego.... hablad.... me horrorizais....

— Nunca, hasta aquí, señora, habeis conocido la calumnia; ella no debia, no podia alcanzaros.... Esta soberana confianza en la elevacion de vuestro carácter y en el respeto que siempre ha impuesto, es lo que no os ha dejado temer á la maledicencia.... De consiguiente, creedme, señora, si yo aceptase ese adorable porvenir de intimidad que vos me proponeis.... la irreprensible pureza de vuestros principios no podria sustraeros á los mas pérfidos ataques.

— Jamás sacrificaré mis amigos al temor: bástame mi conciencia, dijo la señora de Fersen con la bizarra indiferencia de una mujer segura de sí misma....

— ¿Y cómo podeis decirlo, señora? exclamé, ¿habeis luchado acaso para estar segura de vencer? ¡Jamás!... La radiante pureza de vuestra vida ha bastado hasta aquí para defenderos.... ¿Qué cebo hubierais podido ofrecer á la calumnia? ¡Mas, acordaos de que he venido de Khios con vos! ¡De Tolon á París, con vos! Mi importancia es ninguna, ya lo sé; bastante me conoceis en el dia, para no pensar que exagero mi mérito con una miserable y necia pre-

sancion. Pero ¿qué le importa eso al mundo, con tal que calumnie?... ¿Ignora por ventura que su detraccion será tanto mas odiosa, cuanto el objeto del culpable amor que supone se encuentre menos digno de ese amor? Concurrámos á las mismas sociedades, señora, véanme cada dia en vuestra casa, en paseo con vos, en los salones con vos: y ¿podeis creer, y quereis que los zelos, la envidia, el rencor no echen mano de esta preciosa ocasion para vengarse de vuestro talento, de vuestra belleza, de vuestra encumbrada posicion? ¿Y mas que todo de vuestra resplandeciente virtud, la mas estimable perla de vuestra corona?... Vos no lo premeditais, señora; el tipo de nuestros jueces-verdugos ha dicho: — Dadme cuatro renglones escritos por la persona de mas honradez, y yo me encargo de hacerla ahorcar.... La sociedad, ese otro juez-verdugo, puede decir con igual seguridad: — Dadme cuatro dias de la vida de la mujer mas honrada del mundo y yo me encargo de deshonrarla.

Hacia largo rato que me estaba mirando la señora de Fersen con una admiracion que no podia disimular; pareció de pronto extrañar mi contrariedad y mis observaciones.

Tal habia yo vaticinado.... Con esto, se cubrieron sus facciones de una expresion mas benéfica, y con un viso de frialdad me dijo:

— No os disputo, á fe mia, vuestros conocimientos por lo que respecta á la sociedad.... y particularmente de la sociedad parisiense, que creo de las mas brillantes y peligrosas.... pero imagino que abultais los riesgos que en ella se ofrecen, y sobre todo el influjo que podria ejercer sobre mi la maledicencia.

— ¿Y porqué, señora, no habia de influir sobre vos la maledicencia? ¿Qué merecimientos son los mios, para que mas adelante vacileis un solo momento en sacrificarme á las imperiosas exigencias de vuestra reputacion? ¿Contrabalancearéis siquiera el celo de vuestro honor y vuestra responsabilidad del porvenir de vuestra hija, con el placer

de nuestras conferencias cotidianas? No por cierto, y haréis muy bien; porque si persistierais en vuestro proyecto, si yo tuviera la debilidad de estimularos á que tal hicieseis, cuando la calumnia os alcanzara, os asistiria razon para decirme con desprecio: Pretendisteis ser mi amigo, y mentisteis, caballero.... Habeis abusado de mi inexperiencia para engolfarme en una intimidad, cuyas apariencias pueden servirme de disgusto.... ¡Id allá.... qué no os vuelva á ver!... Y repito, señora, que tendriais razon. Por último, ¡sabeis cuanto valor me es necesario para usar con vos este lenguaje! ¡para rehusar lo que me ofreceis!.... Reflexionad lo que sois.... todo cuanto sois.... y decid si la vanidad, si el orgullo de un hombre menos honrado que yo no se embriagaria de esos rumores de que deseo salvaros.... porque, al fin, ¿qué perjuicio puede pararme de ir á medias con vos para comprometeros? ¿qué aventuro en ayudar á la sociedad á interpretar, á marchitar con su ordinaria perfidia nuestras relaciones por inocentes que sean? Pero si tal sucediera, diréis, me desterrariais de vuestra presencia. ¿Qué importa pues? ¿Sabeis como traduciria el mundo ese merecido destierro? diria que es un rompimiento.... ¡Á ser benigno con vos ... diria que sois vos que me desechais por otro amante!... ¡Á seros adverso, diria que soy yo quien os dejo por otra dama!

— ¡Ah, señor, señor!... exclamó la señora de Fersen juntando las manos casi horrorizada, ¡qué pintura!... ¡ojalá no sea cierta!...

— Demasiado lo es, señora: si la sociedad fuera como suponen mas sagaz y penetrante, no fuera tan peligrosa porque seria veraz... pero no es sino habladora, inicua y groseramente crédula, cualidades que la hacen tan perjudicial!... ¡Ella, penetrante!... Demasiado se afana en calumniar para darse tiempo de ser penetrante. ¿Tiene por ventura ningun espacio para analizar los sentimientos que supone? Prefiere de mucho atenerse al exterior y *adivinar* las apariencias que se le enseñan sin recelo, porque son

á menudo inocentes.... esto basta á la infernal actividad de su envidia. ¡Ah! creedme, señora, porque á faltarme la triste experiencia que tengo de los hombres y de las cosas, me alumbraria el instinto del cariño que os profeso.... pues jamás comprenderéis cuan caro me es cuanto á vos atañe, cuanta seria mi desesperacion si viera obscurecerse esa brillante auréola que os embellece aun.... Repito que el honor de mi madre, de mi hermana, no me interesarian mas que el vuestro; pensad pues cuanto seria mi tormento si yo fuera la causa de una calumnia cuyos tiros se asestaran.... contra ese tesoro de que tan celoso está mi amor.... Además, os confesaré una debilidad mia.... ¡Pues bien! sí, me seria odioso el pensar que habla el mundo con su insolente y brutal mofa de lo que constituye mi dicha, de lo que forma mi orgullo.... Si, todo mi anhelo fuera que esa magnífica intimidad, que quedará uno de los mas adorables recuerdos de mi vida, permaneciese ignorada de esa sociedad, porque su fementida palabra mancillaria su pureza... y ese sueño yo lo realizaré.

— Segun esto, me dijo la señora de Fersen con un tono casi solemne, ¿es fuerza dejar de vernos en París?

— No, señora.... no... pero me veréis las noches de vuestros dias de recibimiento, como á los demás hombres que irán á visitaros; mas adelante me daréis quizá entrada en vuestra casa tal cual vez por la mañana....

Permaneció la señora de Fersen largo tiempo silenciosa y meditabunda, inclinada su cabeza sobre el pecho: levantóla de repente; su rostro estaba ligeramente teñido de rubor, y con acento profundamente agitado me dijo:

— Teneis un corazon bien noble. Vuestra amistad es austera, pero grandiosa, robusta y generosa.... me hago cargo de los deberes que me impone.... seré digna de ella.... De hoy en adelante, y me tendió la mano, os habeis granjeado una sincera é inalterable amistad.

Besé su mano respetuosamente.

Casi al mismo tiempo llegamos á una de las últimas postas.

Bajé del coche de la señora de Fersen, y fuí á encontrar á su marido que dormia en el mio.

— ¡Mi estimado príncipe, le dije, es preciso que me hagais un favor!...

— Hablad, mi querido conde.

— Por un motivo que no habrá necesidad de revelar, desearia que nadie supiese que vengo de Khios, y por consiguiente que haya viajado desde Tolon á París con vos.... Soy un personaje de muy poca cuantía para que se haya notado mi nombre por el camino. Voy á detenerme en el próximo relevo y dar una larga vuelta para encontrar á Fontainebleau, donde pasaré algunos dias, llegando de este modo á París despues de vos.... Unicamente me atrevo á reclamar de vuestra amistad que me prometais acoger favorablemente la súplica de un amigo mio que tratará de presentarme en vuestra casa.... porque me seria sensible ver interrumpidas unas relaciones para mí tan preciosas....

El señor de Fersen con su delicado tino, no me hizo la menor objecion, y me otorgó cuanto pedí.

Á la próxima parada, hice saber á la señora de Fersen que me veia desgraciadamente obligado á separarme de su compañía, y encargué al príncipe que presenciaba la despedida le explicase porque me hallaba privado del placer de continuar viajando con ella.

Tendióme su mano y la besé.

Dí en seguida un tierno abrazo á Irene dirigiendo sobre su madre una triste mirada de adios.

Estaban enganchados los caballos á los carruajes del príncipe; echaron á andar, y quedé solo.

Tenia partido el corazon. . . . .

. . . .

La conciencia de haber obrado con nobleza en vez de la señora de Fersen fue derramando poco á poco algun alivio sobre mis pensamientos.

Discurrí despues que de este modo conoceria, sin exponer en lo mas mínimo su reputacion, si yo inspiraba á la

señora de Fersen una verdadera amistad, ó quizás un sentimiento todavía mas tierno.... ó si habia debido tan solo al aislamiento, al *far niente* y á la ausencia de todo término de comparacion el interés que habia despertado en ella.. .

Si ella me amaba.... esta coaccion, esta necesidad de no verme le seria muy penosa, le costaria mucho tal vez, y ese pesar, y ese quebranto debian de hacerse traicion de uno ú otro modo....

Si por el contrario, no me habia mirado mas que como á un interlocutor bastante espiritual, por decirlo así, que la habia ayudado á pasar las largas horas de la travesía, debia infaliblemente sacrificarme á la primera conversacion mas amable que la mia, ó la menor queja social.

Era una especie de expulsion á la que jamás hubiera querido exponerme, y de que estaba á salvo por este medio.

Mucho habia de contristarme la idea de que tan débil pudiese ser la impresion que yo hubiese hecho en el afecto de la señora de Fersen que por tan poco se borrara; pero á ser otra mi conducta, sufriera el mismo dolor y además la confusion.

Detúveme ocho dias en Fontainebleau, y salí para París.

XXII.

Un ministro enamorado.

No sin un cierto peso en el corazon entré en París, de donde me ausentara diez y ocho meses antes. Alimentaba una esperanza vaga, ó mejor una vaga inquietud de tropezar con Elena ó Margarita.

Creíame enteramente curado de mi fatal monomanía de desconfianza; prodigio debido á mi ver al profundo amor en que ardia por la señora de Fersen. Así pues, me habia propuesto, en caso de encontrar á mi prima ó la señora de

Peñafiel, pedirlas francamente perdon de mis errores, y procurar extinguir con el celo de la mas afectuosa amistad las detestables locuras del antiguo amante.

Hallé otra vez al señor de Cernay, que de la ópera habia transportado sus amorosos penates á la comedia francesa, tras la señorita *** incitativa graciosa.

Encontré al señor de Pommerive mas obeso, mas murmurador y mas fastidioso que nunca. Recibióme Cernay con una increible efusion de cordialidad, y me demandó nuevas de mi viaje con Falmouth, del que nada habia olido aun.

Habiendo querido mantenerme firme en mi reserva, tanto por carácter como por malicia; Cernay y Pommerive acabaron por hacer las mas inauditas suposiciones acerca del pretendido misterio de mis aventuras.

Á consecuencia del convenio hecho con el príncipe, supliqué á uno de mis conocidos muy relacionado con el embajador de Rusia que me presentara á la señora de Fersen.

Habia alquilado el príncipe un hermoso palacio amueblado en el arrabal de San German.

En breve fue su salon el punto de reunion del cuerpo diplomático y de la flor de la sociedad parisiense sin distincion de matíz politico.

La aparicion de la señora de Fersen hizo notable sensacion en la sociedad. Su belleza, nombre, talento y su reputacion de mujer política mezclada con los mas graves intereses de nuestra época, el respeto que sabia inspirar, todo en fin cooperó á que fuera colocada en alta cima por la pública opinion.

A la justa avaloracion de las raras cualidades que la distinguian, sucedió en breve el mas pronunciado entusiasmo.

Las mujeres que dividian la severidad de sus principios estimaron en mucho y tuvieron á grande orgullo el reclutar semejante partidaria; y las que por el contrario hubieran podido temer su frialdad y ver en ella una muda censura de su liviandad, quedaron tan satisfechas como sor-

prendidas de su extraordinaria benevolencia. Persuadidas además de que no encontraria en ella á una rival, se mostraron muy prendadas de la bella extranjera. No puedo espresar de cuanta dicha me colmaban los progresos de la señora de Fersen.

Fuí una noche á su casa por la primera vez cinco ó seis dias despues de mi llegada á París.

Aunque bastante tarde, habia muy poca gente aun. Mucha fue la gracia con que me acogió; pero advertí en ella una cierta opresion, inquietud ó pesar. Parecióme que hubiera deseado hablarme á solas.

Procuré adivinar cuales podrian ser sus pensamientos, cuando en el decurso de la conversacion, el señor de Serigny, nuestro ministro entonces de relaciones exteriores, habló de niños á consecuencia de un admirable retrato que acababa de exponer Lawrence en el Salon....

Echóme al instante la señora de Fersen una rápida ojeada y manifestó el disgusto que tenia porque su hija, por extrañar sin duda el país, estaba triste y enfermiza: desde que entrara en París, ninguna distraccion habia podido arrancarla á su melancolía: ni las diversiones, ni los paseos por el inmenso jardin del palacio.

— Pero, señora, dije á la señora de Fersen, esperando ser comprendido, ¿no seria mejor que enviaseis á la señorita vuestra hija á las Tullerías? Allí encontraria á muchas niñas de su edad, cuyo jovial carácter la distraeria.

Una patética mirada de la señora de Fersen, me probó que me habia comprendido; porque replicó mas animada: ¡Dios mio! teneis razon; siento en el alma no haber acudido mas pronto á ese remedio. Desde mañana, pues, enviaré á mi hija á las Tullerías, y estoy segura de que se divertirá muchísimo, y anticipadamente la considero ya restablecida ...

Á vueltas de esa misteriosa reciprocidad de pensamientos, encontré la felicidad de ver que el corazon de la señora de Fersen adivinaba el mio.

Nuevas visitas cortaron la conversacion, ensanchóse el círculo, me levanté y fui á hablar con algunas conocidas.

¡Ah! ¡Dios mio! dijo la señora de ***, ¡el señor de Pommerive aquí!... ¡Ese hombre se mete en todas partes!

Ví en efecto entrar á Pommerive con aire algo menos desenvuelto que de costumbre y siguiendo los pasos de cierto representante de una corte inferior de Alemania, que le introducia sin duda ante la señora de Fersen.

— Es una presentacion, dijo la señorita de ***.

— En justicia, repliqué, deberia llamarse una exposicion....

— Mas, ¿cómo ha de podèr la señora de Fersen, replicó la señora de ***, recibir con benevolencia á un hombre tan murmurador y perverso?

— Para probar seguramente la impotencia de sus calumnias, contesté.

Pommerive saludó profundamente á la señora de Fersen, prendióse otra vez al encargado de negocios y fueron juntos á encontrar al señor de Fersen.

Pocos minutos despues me hallé frente por frente con Pommerive.

— ¡Hola! gritó, ¡vos aquí!

Esta exclamacion era tan ridículamente impertinente, que no pude menos de responderle:

— Si fuera menos cortés, señor de Pommerive, seria yo quien me sorprendiera de encontraros aquí.

— Pues á mí no me sorprende en lo mas mínimo, me dijo Pommerive con una impudente seguridad debida á sus años y á una reputacion de cínica cobardía, de que omití decir que hacia alarde.... No hacia cuenta de veros, á esto se reduce todo. Pero escuchad: y cogiéndose de mi brazo dijo conduciéndome al alfeizar de una ventana: ¿Sois muy conocido del príncipe de Fersen?

Á pesar de la aversion que me inspiraba Pommerive, tenia curiosidad de saber si se hallaban informadas las gentes de mi viaje con la princesa. Pommerive pues á quien no

se escapaba la menor noticia fuese falsa ó verdadera, podia ilustrarme perfectamente sobre este particular.

— Conozco al señor de Fersen tan poco como podais conocerle vos, le respondí.

— Siendo así, le conoceréis mucho, replicó con impertinencia.

— ¿Cómo?

No admite duda.... ayer comí con él, como un buitre á fe mia, en casa del baron ***, representante de ***, que acaba de traerme aquí no ha mucho en un carruaje.... ¡Y qué carruaje! una infame calesa con postiguillos.... que semeja un melonar.... Parece además un coche construido expresamente para facilitar la digestion de esas execrables comidas, tanta es su dureza.... porque ese desalmado va formando dotes para los seis monstruos de sus hijas de sus gastos de mesa; y hace bien, porque sin dote, ¿quién diablos cargara con ellas? Pero volvamos al príncipe....

— Pobre de él, señor de Pommerive.

— ¡Oh! ¡no!... me guardaré muy bien, porque el buen príncipe me aprecia, y vengo á que me señale dia para emprender nuestras tareas.

— ¿Y qué tareas, señor de Pommerive? ¿Es dado penetrar sin ser por ello indiscretos ese arcano diplomático?

— ¡Oh! el caso es sencillo: pidió á ese descarado baron; y aquí abrió Pommerive un paréntesis para colocar otra nueva ruindad. Á propósito de ese descarado baron, dijo interrumpiéndose. ¿Quereis creer que en sus horrorosos banquetes, una especie de maese Jacobo da una sola vez la vuelta por la mesa con una infeliz botella de vino de Champagne sin lacrar, que lleva preciosamente apretada entre sus brazos, como una ama de leche á su criatura, diciéndole á uno muy de prisa todavía: *No quiere el caballero vino de Champagne....* ¡sin poner punto interrogante el miserable! sino al contrario con acento afirmativo....

— ¡Para que se vea si es útil la puntuacion, señor de Pommerive!... Pero decid lo que hace al príncipe.

— Pues bien, habiendo pedido el señor de Fersen al baron que le indicase alguna persona de un gusto acreditado que pudiese hacerle seguir un cierto curso teatral, é informarle de los actores, el baron á tenido la sensatez de señalarme á mí.

— Vamos, ya entiendo, vais á servir de *cicerone* dramático al señor de Fersen.

— Ni mas ni menos; pero en confianza, encuentro que ese gusto teatral es cosa muy ridícula para un hombre como el príncipe. Si hemos de juzgar por la muestra, muy pobre señor ha de ser el tal Fersen. No extraño pues que digan que su esposa toma á su cargo todos los negocios diplomáticos. Por lo demás, tiene todos los visos de ser una señora mujer.... un continente áspero y desabrido.... y por añadidura, dicen, una virtud de treinta y seis quilates.... ¿Qué me importa á mí su virtud? no se la disputo, aunque nada sepa de positivo.... ¡ Es cosa que sorprende!...

— Otra cosa hay que sorprende mas aun, señor de Pommerive.

— ¿Cuál es esta, mi querido conde?

— El que ningun caballero se atreva á repetir palabra por palabra al señor de Fersen cuantas impertinencias acabais de estrenar á sus costas.... para hacer que os echen de su casa.

— Pardiez.... que estoy seguro de que nadie irá á repetirle lo que digo de él, así lo creo, y aunque fuesen, se me importaria un ardite, y no por eso reñiríamos....

— ¡ La echais de guapo, señor de Pommerive!

— ¡ Guapo yo! Pero esto no impide que fueran en cierta ocasion á contar á Verpuis.... ya sabeis de quien hablo, de Verpuis tan duelista.... que yo habia dicho de él que solo tenia el valor de la majadería.... Se me presenta Verpuis con su aire de matamoros y me dice delante de cien testigos: ¿Habeis tenido ese lenguaje, sí ó no? — No señor, le respondí, con aire tambien muy matamoro: — he dicho, al revés, que solo teniais la majadería del valor....

— No le contestariais de ese modo, señor de Pommerive.

— La prueba de que se lo dije es que me dió un puntapie.... le respondí que era preciso ser muy miserable para insultar á un hombre que no se batia jamás, y se ha guardado esto para sí.

— Esa innoble chulada de cobardía me revolvia el estómago, pues que Pommerive no habia llegado por cierto á ese extremo de simpleza. Volví la espalda á ese hombre, pero sin quedar en paz....

— Vais á ver de nuevo, me dijo, á una de vuestras antiguas adoradas, la agraciadita señora de V***, por quien el señor de Serigny, ministro de negocios extranjeros, está perdido de amores.... Con mucha razon se dice que merece atar por loco desde que se le han ido los sesos tras esa diabólica criaturita.... Ya ni sabe lo que se dice, ni lo que se hace; así es que ese garzo diplomático haria reventar de risa si no diera tanta lástima. Pero, hele aquí.... será preciso que vaya á rogarle no olvide á mi sobrino que le tengo recomendado, si es que su ridícula pasion no le ha hecho perder la memoria como le hizo perder el juicio....

Y el desvergonzado personaje fue á confundirse en agasajos ante el señor de Serigny.

En este momento anunciaron á la señora de V***.

No la habia visto aun desde mi llegada á París. Encontréla, si puedo decirlo así, rejuvenecida: tanta era la frescura, gentileza y brillantez de aquella vivaracha y loca fisonomía.

Vestia la señora de V*** de un modo peculiar suyo, pero sin cosa alguna chillona ó extravagante sino siempre del mejor gusto.

Desembarazado el ministro del señor de Pommerive, seguia con ojo ávido y celoso los innumerables saludos á que por derecha é izquierda iba contestando la señora de V. con su petulante coquetismo. Parecióme tranquilizarse algun tanto cuando vió á la señora de V*** sentada entre lady Bury y otra señora.

El señor de Serigny, ministro entonces de relaciones exteriores, era hombre de unos cincuenta años de edad, de un personal insignificante y algo desaliñado. Afectaba en sus ademanes un tanto de sequedad, de indiferencia é irreflexion, que calculado ó no, le habia servido siempre, segun decian, en los negocios comunes. Su juicio era delicado y claro; pero lo empleaba raras veces en los salones; reasumíase su gran superioridad en el silencio, así como toda la expresion de su fisonomía se concentraba en su sonrisa. Comentándose pues, complaciéndose é interpretándose recíprocamente ese silencio y esa sonrisa, remedaban á su vez una lisonja tan irónica, una malicia ó una distraccion tan admirables, que aquel lenguaje mudo tenia realmente una muy grande significacion.

Zeloso como el que mas, su pasion á la señora de V*** era en extremo violenta, por lo menos al decir de la sociedad, de quien Pommerive no era mas que un eco fiel.

Cuando un hombre de la edad, carácter y posicion del señor de Serigny se enamora seriamente de una mujer tan liviana y coqueta como la señora de V***, su vida amorosa no puede ser mas que un prolongado tormento.

Deseando ver al señor de Serigny servir su empleo de mártir, fuí á colocarme detrás del confidente de la señora de V*** y la saludé.

Demasiado conocia la viveza de su genio para no esperar la explosion de un amistoso reconocimiento. Tiempo atrás habia desechado es verdad las condiciones que hubieran podido hacerme progresar en vez de ella; pero nos habíamos separado con toda la armonía del mundo, guardando el secreto de cuanto habia pasado entre los dos; de consiguiente, la señora de V***, que por desgracia se habia expuesto repetidas veces á la comun censura, debia estar agradecida á mi reserva.

En efecto, apenas oyó mi voz, cuando volviéndose bruscamente, me tendió su mano, exclamando con su habitual volubilidad:

— ¡Linda sorpresa por cierto! ¡y cuán dichosa soy pues vuelvo á veros!... ¡Habeis descendido de los aires, cuando nada se sabia de vuestro regreso! ¡y justamente yo que tantas gracias debo daros!... Pero, vaya, venga el brazo y vámonos á situar en algun solitario rincon de la sala inmediata, porque no podeis figuraros cuantas cosas tengo que deciros.

Y vedla ya en pie que atraviesa por medio de la multitud, da vuelta á su asiento y viene á tomarme el brazo, saliendo entrambos del gran salon para entrar en otra pieza, en donde no habia casi nadie.

Á la puerta de esa estancia estaban departiendo en pie la señora de Fersen y Mr. de Serigny.

Era en todo tan comprometiente la señora de V***, que nada parecia en ella insignificante; así pues, en el corto trecho de una á otra pieza halló medio de llamar la atencion con sus afectados cuchicheos á mi oido, que interrumpia de vez en cuando para reir á carcajadas.

Al pasar por delante de la señora de Fersen, sorprendida esta de las bulliciosas maneras de la señora de V***, me echó una mirada que me pareció inquieta y como interrogativa.

Midióme el ministro socarronamente de pies á cabeza, se le coloraron las mejillas, presentó su mas afable sonrisa, y con gracioso ademan dijo á la señora de V***, sin ser oido de la princesa: — Vais á fundar ahí dentro una colonia de admiradores, que en breve será mas considerable que la metrópoli.

— Sobre todo si no tomais parte en su administracion, contestó la señora de V*** riendo como una loca; luego añadió por lo bajo: Confesad que no hay como el amor para entonteceros. Ya oís al señor de Serigny, ¡y eso que es un hombre de talento! ¿Debemos verdaderamente envanecernos de inspirar un sentimiento que ha de expresarse tan neciamente porque es sincero? Diciendo estas palabras se sentó junto á una mesa cubierta de albums; yo me coloque

á su lado y entramos en conversacion.

Durante la conferencia, sorprendí dos ó tres veces la mirada de la señora de Fersen, la cual desviaba inmediatamente su vista cada vez que echaba de ver mi atencion.

El señor de Serigny estaba en continuo acecho sobre la señora de V***, y parecia estar en brasas.

Pasó una señora, y la de V*** la tomó del brazo para entrar en el salon.

Iba á reunírsenos sin duda el ministro, cuando fue detenido por el baron de***, que segun Pommerive, iba sacando las dotes de sus hijas de sus gastos de representacion.

Ignoro si las materias con que entretenia al señor de Serigny serian ó no muy importantes, pero dudo que fijasen la atencion del ministro, ocupado como estaba en seguir los pasos á la señora de V***.

— Vaya, habia dicho yo á esta, ¿será verdad? ¿en esas lindas manos se encuentra la suerte de la Europa? ¿Va á parecer otra vez el reino de las mujeres soberanas y de los ministros esclavos? ¡Qué fortuna! Eso huele á muy rancio y no tiene tan mal garbo.... Por ejemplo, paréceme que os estoy viendo en este instante embrollar furiosamente los destinos del gran ducado de*** porque el representante de aquella pobre corte se está deshaciendo en razones, y vuestro ministro le está mirando como si hablase turco.

— Apuremos de una vez este miserable asunto, me dijo vivamente la señora de V***, para que no nos ocupe mas. Pues bien, Mr. de Serigny me persigue con calor, yo no desecho sus atenciones y me muestro además con él muy coqueta, porque nada me divierte tanto como el dominar á un hombre tan encumbrado; y luego como suponen que tengo tanto influjo sobre él, como creen que tiene él confianza en mí, no son de contar los innumerables lazos que me tiende el cuerpo diplomático para ver si me hace hablar.... Pero ya conoceis que al fin y al cabo todo puede muy bien pasar por caprichos de pensionista. Ahí teneis mi confesion; absolvedme pues, aun que no sea mas que por

compasion, pues que Mr. de Serigny es un fastidioso pecado. Ahora os toca á vos, veamos, contadme vuestros viajes, vuestras aventuras, vuestros lances amorosos, y veré si puedo absolveros.

— Para expresarme en vuestro idioma, diré que mi mayor pecado es el de amaros siempre....

— Por cierto, me dijo la señora de V***, cambiando de acento, ademanes y semblante, y tomando un tono de gravedad que no conocia en ella, os habeis portado á fuer de buen caballero con la señora de Peñafiel; ella valia mil veces tanto mas que yo; yo la aborrecia, quizás la envidiaba.... porque merecia todo vuestro amor. Exigí de vos una vileza que hubiera podido perderla y os negasteis á ello. Nada mas sencillo para vos. .. Pero esa vergonzosa proposicion que tuve el descaro de haceros, la habeis callado siempre, no habeis empleado esa arma para herir á una mujer atacada por todas partes, porque acaso lo merece.... Por consiguiente, cierto, tan cierto como soy una loca, que en mi vida olvidaré cuan bueno y generoso fuisteis conmigo en aquella ocasion. Y diciendo esto me miraba con aire enternecido y ví asomar una lágrima á sus rasgados ojos, por lo regular tan vivos y joviales.

De pronto estuve tentado de tomar esta lágrima por un sabio *efecto de vista*; pero el ánimo de esa mujer era tan vario, tan inconstante, que creí en la sinceridad de su pasajera emocion; enternecíme, pero no pudiendo ser en ella la sensibilidad mas que un accidente, proseguí:

— He hecho por vos lo que todo caballero hiciera, pero haced vos por mí algo de meritorio.... á ver, amadme francamente á vuestro modo: á lo coqueta, á lo calavera, á lo infiel si quereis, y yo os imitaré; y como nunca es uno mas amable que cuando tiene algunas faltas que hacerse perdonar, podremos estar seguros de ser siempre encantadores; nada podrá haber de mas delicioso; nos confiarémos fielmente todas nuestras traiciones, nos engañarémos en fin con la mayor lealtad del mundo....

— Señor Arturo, me dijo la señora de V***, todavía enternecida y con un acento que me pareció casi conmovido, voy á deciros una cierta cosa que á cualquier otro que á vos pareceria indecorosa é incomprensible; pero acordaos bien de ella y creedla: os honro demasiado.... demasiado os amo.... para haceros pasar por el sucesor de Mr. de Serigny....

Afectóme á pesar mio la expresion con que profirió estas palabras la señora de V***.

Pero muy poco duró aquel arranque de su sensibilidad, porque al instante se puso á contestar con su malicia y jovialidad habituales á los galanteos del ministro, que habiéndose desembarazado á duras penas del baron de *** acababa de acercársenos.

Teniendo muy pocas ganas de terciar con Mr. de Serigny, me levanté. La señora de V*** me dijo: No os olvideis de que estoy en casa todos los jueves por la mañana.... para que no vengais á verme en tales dias pues son el patrimonio de los fastidiosos; pero si en los restantes os queda un momento libre despues de vuestros progresos, no dejeis en completo abandono á una antigua amiga; las mas de las veces podreis encontrarme por la mañana y tambien por la noche en *prima sera* antes de hacer la *toilete*.... Luego tomando el brazo á Mr. de Serigny, se levantó y dijo estas palabras acompañándolas con la mas graciosa sonrisa: Quisiera una taza de té, porque tengo frio....

— Sabeis, señora, que podeis mandarme, dijo el ministro, que habia dado una felicísima forma á su distraida é indiferente mirada mientras que la señora de V*** me invitaba á que fuese á verla.

Entrado otra vez en el salon principal, tendí la vista para encontrar á la señora de Fersen, y tropecé con su mirada que me pareció severa.

Me retiré á mi casa.

Cuando ya no estuve bajo la magia de la deliciosa figura de la señora de V*** y noté la diferencia entre su animosa

liviandad y la gracia acompasada y majestuosa de la señora de Fersen; cuando comparé el profundo respeto, la reserva casi obsequiosa con que se acercaban á ella los hombres, con el desembarazo que se permitian al hablar á la señora de V*** experimenté mas y mas cuan poderosa es la seduccion de la virtud, y sentí por ello aumentarse aun el amor que me inspiraba Catalina.

Deleitábame la esperanza de encontrar al dia siguiente á Irene en las Tullerías, y de haber sido tan perfectamente comprendido por la señora de Fersen; parecíame además ¿seria acaso una ilusion del amor? que esta se habia demostrado como disgustada de mi larga conversacion con la señora de V***.

XXIII.

Las Tullerías.

Esperé con extraordinaria impaciencia la hora de ir á las Tullerías para encontrar á Irene.

Prometíame mil pensamientos de amor y de generoso rendimiento de la presencia de aquella niña, que iba á llegar toda perfumada de los besos de su madre y encargada seguramente de mil secretos mensajes para mí.

Á eso de la una, á pesar de que caia una ligera bruma de otoño, ví llegar á Irene con su aya, excelente señora, que habia educado tambien á la señora de Fersen.

En Tolon y en Leon, por ejemplo, donde nos habíamos detenido algunos dias, una de las damas de la princesa seguida de un lacayo habia tenido el cuidado de llevar á Irene á paseo.

Ví con satisfaccion que al confiar ahora la señora de Fersen su hija á esa señora, señora cuya adhesion y seguridad no le eran desconocidas, habia comprendido la necesidad de tener esas citas ocultas.

No pude contener las lágrimas al ver cuan demudada estaba la infelíz Irene.... Su rostro angelical, pálido y adolorido, no ya de aquella ordinaria palidez sutíl y rosada, sino de una palidez enfermiza; sus dilatados ojos amortiguados, y enjutas sus mejillas, antes tan frescas y abultadas.

Irene no me reparó de pronto; caminaba al lado de su ama con la cabecita inclinada tristemente y con los brazos caidos, puntilleando con sus lindos pies la hojarasca que embarazaba el paso en aquella alameda.

— Buenos dias, Irene, la dije.

Apenas oyó el metal de mi voz, cuando profiriendo un grito agudo, se echó á mis brazos, cerró los ojos y se desmayó.

Llevéla á un banco que habia allí cerca, ayudado de la señora Paul su aya.

— Ya temia yo este trastorno, me dijo esta; felízmente he traido algun espíritu.... ¡pobrecita! ¡es tan nerviosa!

— Vamos.... gracias á Dios, la dije, ya torna á parecer el color en sus mejillas; no tiene tan frias las manos; ya vuelve en si.

Efectivamente, pasada esta crísis, se fue incorporando Irene, y luego que lo estuvo sobre su asiento, se asió de mi cuello derramando en silencio gruesas lágrimas, que sentí resbalar como fuego por mi semblante.

— Irene, Irene, niña mia, no llores así.... nos verémos todos los dias.

Y yo apretaba sus manos buscando su mirada.

Enderezóse entonces, y con un movimiento de cabeza lleno de gracia y vivacidad que le era familiar, llevó hácia atrás los gruesos bucles de su cabello, que medio encubria sus ojos bañados de llanto. Fijando luego sobre mi una de sus atentas y penetrantes miradas, me dijo:

— Lo creo.... ¿Vendréis á verme aquí, no es verdad, ya que no podeis venir á nuestra casa?

— Sí, señorita, dijo el aya; el caballero vendrá á veros

cada dia, si le prometeis hacer bondad...! no llorar y obedecer las órdenes del médico....

— Eso es, añadí con seriedad, á no ser así, no nos verémos mas.

— No veriais mas á ese señor, repitió la señora Paul con tono severo.

— Pero bien sabes, Paul, exclamó Irene dando pataditas con una adorable terquedad, que ya no lloraré mas á solas y que no estaré ya mala, porque le veré todos los dias.

Miróme la buena señora con aire enternecido. Estreché vivamente á Irene entre mis brazos, y la dije: Vaya, querida, explicadme como es que teneis tanto gusto en verme.

— Yo no sé, contestó encogiendo los hombros y moviendo su cabeza con una encantadora expresion de sencilla ignorancia. Cuando me mirais, no puedo dejar de ir á vos.... Vuestros ojos me cautivan.... y luego, cuando no me mirais, me siento un dolor aquí, y colocaba su mano en el corazon, y luego por la noche, os veo en sueños conmigo y los ángeles allá arriba.... Y alzó su dedito y sus hermosos ojos al cielo con solemnidad.... Luego añadió dando un suspiro: Y además sois bueno como Ivan....

No pude menos de extremecerme....

Sabedora sin duda la señora Paul de aquella aventura misteriosa, exclamó:

— Pensad, señorita, en lo que mamá os ha dicho.

Pero absorta en sus pensamientos, y sin demostrar haber atendido á la observacion de su aya, continuó Irene:

— Unicamente cuando soñaba con Ivan y los ángeles.... no veia jamás á mi madre.... allá arriba; pero desde que sueño con vos.... mi madre está siempre con nosotros.... yo se lo digo tambien á mi madre, añadió Irene gravemente.

Miróme otra vez la señora Paul, y echándose á llorar exclamó: ¡Ah! señor, todo mi temor es de que no viva esta criatura.... Su belleza y gravedad, lo mismo que su carácter y sus ideas, no son propias de su edad.... no pertene-

cen á este mundo. ¿Podreis creer, que excepto á la señora princesa, á vos y á mí, á nadie habla jamás de lo que acabais de oir?... La señora princesa la ha encargado que no diga si os ha de encontrar aquí; y no me cabe duda que guardará el secreto.... ¡Ah! señor, estoy rogando todo el dia á Dios que nos conserve esta criatura.

— ¡Y la conservará, creedlo! los niños callados y meditabundos, suelen tener algo de delirantes y exaltados; nada hay en esto de particular.... tranquilizaos.... Vaya, adios, Irene; y vos, señora Paul, haced presentes mis afectos á la señora princesa de Fersen, y decidla cuan agradecido estoy á la promesa que me ha hecho de enviarme de esta suerte todos los dias á mi amiguita.

— Hasta mañana pues, Irene, y la dí un tierno abrazo.

— Hasta mañana, me dijo la niña rebosando de majestuosa y melancólica felicidad.

Envolvióla su aya en su capa de pieles, y marchó Irene, no sin volverse repetidas veces para decirme adios con la manecita. . . . .

. . . .

Superticioso como soy é inclinado á los sentimientos tiernos y exaltados á causa de mi amor á Catalina, aquella conversacion habia despertado en mí las mas contrarias emociones, emociones á la vez lóbregas y radiantes, crueles y expansivas.

Yo era feliz porque los singulares vaticinios de esta niña que los repetia á su madre, debian, si me amaba Catalina, introducirme cada dia en su corazon.... era la voz de su hija.... de su adorada hija la que continuamente la pronunciaba mi nombre.

Y luego tambien ese parangon fatal y peregrino entre la muerte de Ivan y la suerte que pudiese caberme, ¿no debia por ventura obrar poderosamente sobre la imaginacion de la señora de Fersen y excitar su interés? Por último, si no me veia mas que de tarde en tarde, ¿no sabia que esta reserva de mi parte era un sacrificio terrible á que me condenaba por su causa?

Pero otras veces tambien, y confieso mi debilidad, la persistencia de Irene en sus pronósticos me impresionaba á pesar mio.

Sufria una especie de delirio de terrible magia, bastante parecida á la que nos hace mirar á pesar nuestro el fondo de una sima que faldeamos. . . . .

. . . .

Mientras no estuviese el tiempo demasiado frio ó lluvioso, cada dia me traia el aya á Irene.

No tardó en rebosar de salud.

Unos quince dias despues de nuestra primera entrevista me trajo Irene un gran ramo de rosas, diciéndome me las entregaba á nombre de su madre, aunque no fuesen desgraciadamente tan lindas como las rosas de Khios.

Esta memoria de Catalina me colmó de satisfaccion, porque yo la habia hablado en efecto con entusiasmo de aquellas rosas admirables.

Despues casi todos los dias Irene me daba rosas; y cada dia tambien me decia misteriosamente por lo bajo, sin equivocarse jamás, lo que debia hacer su madre por la noche.... bien tuviese que asistir á la corte, á los salones ó al teatro.

Merced á esa amable prevencion de la señora de Fersen, la encontraba muy á menudo. No faltaba regularmente á sus recibimientos, y así la veia casi todas las noches; pero como me limitaba en público á saludarla respetuosamente y partir con ella algunas palabras ceremoniosas, nó eran notados nuestros encuentros.

Una ó dos veces fuí á visitarla por la mañana; pero por una extraña casualidad, ó mas bien por causa del afan con que la buscaban, jamás la encontré sola.

Yo hubiera podido pedirla una entrevista, que no me hubiera sido denegada; pero fiel á mi plan de conducta, no queria hacerlo aun.

Y además, una sonrisa, una mirada sorprendida recíproca y misteriosamente en medio del bullicio; ¿no me pa-

gaban acaso mil veces mi reserva y mi discrecion?

A mí sobre todo, que daria gustoso las mas señaladas y evidentes deferencias por el mas ligero favor ignorado de todos. . . . .

. . . .

Á pesar de las relaciones cotidianas que por medio de Irene conservaba con la señora de Fersen, á pesar de nuestros cambios de flores (porque tambien yo llevaba cada dia á Irene un precioso ramillete de rosas, que veia puesto la noche en las manos de su madre) nadie sospechaba esta sublime intimidad.

Para mas disimulo, iba á encontrar alternativamente á Irene en las Tullerías, en el Luxemburgo, en los Museos, ó en los Baluartes, á cuyas citas me abstenia de comparecer á caballo para no llamar la atencion.

Embozábame una capa; y en una palabra, cubria gustoso de tanto misterio aquellas entrevistas como si se tratara de la misma señora de Fersen.

Era una locura.... pero yo aguardaba la hora de ver á aquella inocente y cándida criatura con una impaciencia amorosa, inquieta, ardiente; contaba los minutos y los segundos, temia y esperaba á la vez, experimentaba en fin todas las irritantes y deliciosas angustias del mas apasionado amor....

¡Es que debemos atender á que me desvelaba tanto por comentar cada palabra de Irene con el objeto de buscar en ella, de adivinar, el secreto pensamiento de su madre!! Y cuando creia poder interpretarlo de un modo mas tierno que los demás dias, me retiraba á mi casa con la gloria en el corazon....

¡Inagotables tesoros de un casto y puro amor!... ¡sin duda os harán burla los sabios, los ateos ó las almas fuertes! ¡Yo mismo, antes de mi residencia en Khios, no hubiera podido comprender todo vuestro encanto! . . . .

. . . .

Estaba pues mas enamorado que nunca.

El extraño conjunto de las dotes de la señora de Fersen la engrandecian de cada dia á los ojos de la sociedad; la misma calumnia la admiraba, y se mostraba pródiga en sus elogios, sin duda para teñirse de un color de imparcialidad que hiciese mas peligrosas sus demás acusaciones.

Tres semanas haria á corta diferencia que duraban mis entrevistas con Irene.

Una noche, estando de visita en casa de la señora de Fersen, me dijo el príncipe confidencialmente:

El aire sutil é insustancial de París amortigua las ideas importantes; las liviandades del mundo dan al traste con la razon.... ¿Quereis creer que la *mujer de César* se va mostrando muy indiferente á los intereses del imperio? En una palabra, ¿quereis creer que la señora de Fersen se ha olvidado enteramente de la política? ¿Podeis comprender en ello alguna cosa?

Juntando este síntoma á las señales de impaciencia ó inquietud que Catalina habia dado durante el largo coloquio que tuve en su casa con la señora de V***, resolví llevar adelante esta observacion.

Al dia siguiente, en un baile que se dió en la embajada de Inglaterra, donde se hallaba la señora de Fersen, encontré á la señora de V***.

Pasé casi toda la noche á su lado: observando la fisonomía de la señora de Fersen, la ví impasible.

Al dia siguiente temí, ó mas bien esperé, que Irene no compareceria á la hora acostumbrada, ó que vendria quizá sin ramo; en este cambio hubiera visto yo una muestra de despecho ó de zelos en la señora de Fersen.... Mas Irene y el ramo se presentaron como de costumbre.

Sentido de esta indiferencia, quise cerciorarme de si era verdadera, para lo cual y para extraviar completamente la opinion pública, insistí en tributar los mas declarados obsequios á la señora de V***.

Alegre esta de hallar medio de condenar al ministro, y de tenerle siempre en acecho y en conmocion, me animaba con todas sus veras.

Llamaba á este manejo de coqueteria cruel *echar leña al fuego*....

Con riesgo pues de pasar por un tizon (diria du Pluvier), alimentaba yo tan á las mil maravillas los encendidos zelos del ministro, que á los ocho dias de esta especie de galanteo, yo y la señora de V*** nos encontramos horrorosamente comprometidos; y quedó generalmente visto y probado que el reino ó mejor la esclavitud del ministro habia concluido.

Eché de ver la gravedad de esos ridículos rumores en el aire afectuoso, cortesano y familiar del ministro, que pertenecia demasiado al gran tono para mostrarse indiferente ó desabrido con el rival que se le suponia.

Este descubrimiento me hizo reparar en la insensatez de mi conducta, que podia no solamente contristar muchísimo á la señora de Fersen, si es que me amase, sino que debia aun hacerme desmerecer su concepto. Conocí por instinto que me habia propasado en aquella investigacion.

Un extraño incidente agravó esos temores.

Una noche, en un concierto dado en casa de lord P***, habia estado largo rato departiendo con la señora de V***. Hallábamonos en una sala donde se habian reunido anticipadamente algunas personas, que fueron retirándose insensiblemente para ir á tomar el té, llegando á quedar solos la señora de V*** y yo.

Muy natural era el motivo que habia fijado mi atencion; pues la señora de V*** acababa de decirme que una carta de Roma la notificaba la entrada de la señora de Peñafiel en dicha capital.

En el decurso de la conversacion volví casualmente los ojos hácia un espejo que reflejaba la entrada del solon: ¡cuán grande fué mi sorpresa al ver que la señora de Fersen fijaba sobre mí una dolorosa mirada!

Levantéme y desapareció. . . . .

. . . .

Esperé con ansiedad la llegada del siguiente dia.

Irene vino como tenia de costumbre con su ramo de rosas, y me dijo que su madre iria aquella noche á las *Variedades*.

Dos veces la hice repetir aquella informacion, porque la eleccion de ese teatro me parecia singular; pero recordando la aficion del príncipe á los vaudevilles, desapareció mi extrañeza.

Envié á tomar una luneta inmediata á la orquesta, y fuí la noche á la funcion.

XXIV.

El oso y el pachá.

En las Variedades se ponia aquella noche en escena entre otras piezas la de *El oso y el pachá*, triunfo de Mr. de Fersen, que habia desempeñado en Constantinopla el papel de *Schaabaham* con el mas cumplido acierto, y ardia en deseos de ver á *Brunet* representar el mismo personaje.

Á eso de las nueve llegó la señora de Fersen con su marido y la duquesa de***. Colocáronse en un palco contiguo al telon con celosías medio levantadas.

Vióme Catalina, y me saludó con mucha gracia.

La encontré pálida y demudada.

Representóse no sé que pieza, y en el intermedio fuí á saludar á la señora de Fersen.

Se hallaba algo indispuesta. La estaba mirando con interés, cuando me dijo el príncipe: —Sed nuestro juez: vos que veis raras veces á la señora de Fersen podréis notar mejor que nadie esta mudanza: ¿no os parece que ha enflaquecido mucho?

Contesté que no, que la señora de Fersen gozaba al parecer de perfecta salud. El príncipe me dijo que yo era un cortesano atroz, etc.

Levantóse el telon y salí del palco.

Volví á mi luneta.

Dióse principio á *El oso y el pachá.*

No desanubló esta bufonada la frente de la señora de Fersen, pero el príncipe aplaudió con frenesí, y confieso que participé del comun regocijo.

Uno de los mas alborotados reidores era un hombre precisamente colocado delante de mí y del que solo veia el cabello poblado, crespo y entrecano.

Jamás habia oido unas carcajadas tan francas y joviales, que rayaban á veces en convulsion. En siendo que llegaba á tales extremos, se aferraba el hombre con sus dos manos á la barandilla que separa las lunetas de primera fila de la orquesta, y afianzado en aquel punto de apoyo reia á tente bonete.

Nada hay mas contagioso que la risa; y bastante divertido ya por los gestos y pantomimas de la pieza, el júbilo de aquel hombre me arrastró, y en breve no fuí ya mas por decirlo así que su eco, porque yo contestaba á cada una de aquellas inmoderadas risotadas por una explosion de risas no menos desordenadas....

En una palabra, no advertí que la señora de Fersen hubiese salido del teatro antes de concluirse la funcion.

Caido el telon, me levanté.

Otro tanto hizo el hombre del estrepitoso reir, se volvió hacia mí, y poniéndose el sombrero, dijo estas palabras con un resto de profunda jovialidad:—¡Farsante de Odry! ¡ha, ha, ha!!!

Atónito me arrimé al respaldo de mi asiento....

Reconocí al pirata de Porquerolles, el práctico de Malta...

Quedé clavado en mi silla, que era la última del fondo de la orquesta, y como la suya estaba enfrente de la mia, nadie debia pasarnos por delante; los concurrentes iban despejando lentamente.

Era él.

Era su mirar, su rostro enjuto y denegrido, eran sus negras y pobladas cejas, sus dientes afilados, claros y agudos,

pues hacia su sonreir extraño mirándome con audacia.

Ocultábase el juego de candilejas del escenario, y la obscuridad invadia el coliseo.

¡Sois vos!... exclamé por último, tornando de mi estupor, y como si hubiera quitado un enorme peso de encima de mi pecho.

—¡Eh! ¡por cierto, yo soy! ¿Me habeis conocido?... ¡Porquerolles y Malta! este es el santo y seña.

—¡Miserable!...

—¿Cómo, miserable? replicó con inconcebible desfachatez. ¡Vaya lo uno por lo otro! Pues que.... Sí en el abordaje os dí una puñalada en el hombro, vos me contestasteis con un famoso hachazo sobre la cabeza, amigo mio! Y luego si vuestros perros ingleses deslomaron la tripulacion de mi místico, yo tuve la ventaja de hundir la barriga al yate de vuestro lord sobre las rompientes de la Wardi; estamos pues en paz. Ahora nos hallamos los dos riendo como gibosos en *El oso y el pachá*, y en vez de pareceros original el encuentro, ¡os enojais! ¿No sabeis, mi buen amigo, que es eso muy chavacano?

Confieso que tanta avilantez me paralizaba. Pero y, ¿si os hiciese prender? le dije levantándome y poniéndole mano al cuello.

Impasible siempre, me contestó el pirata sin tratar de deshacerse de mí.

—¡Lindo oficio hariais, á fé! Sin contar que seria tambien muy fácil dar á entender y probar á un imbécil comisario de policía de París, que abordamos vuestro yate á las alturas del cabo Spartel, y que le hice naufragar en los arrecifes de la Wardi.... al sur cuarta al sudoeste de la costa sur de la isla de Malta!... Creeria que le hablais turco, mi buen amigo, y os daria por loco.... y de loco, confieso que nada teneis. Sois sí, un valiente que teneis muy recios los puños y nada de frio en los ojos. Así pues, si mi vida no perteneciera por de pronto á mi novia, á mi interesante novia, añadió con aire chocarrero y recalcando estas pa-

labras, os propondria que anudásemos la conversacion en el punto en que la dejamos cuando el abordaje del yate; pero por quien soy, que me está aguardando mi mujercilla, y la prefiero á aquella conversacion.

— Vamos, vamos, caballeros, van á cerrarse las puertas, dijo el registrador de la orquesta.

— Tiene razon, charlamos como cotorras. Buen mozo, adios, ¡hasta mas ver! me dijo el pirata.

Y en dos brincos desapareció.

Tan confuso me hallaba, que fué necesaria una nueva advertencia del registrador para salir del coliseo.

. . . .

. . . .

Cuando, entrado en mi casa, reflexioné el estúpido asombro que me habia causado el extraño encuentro del pirata de Porquerolles, me acusé primero de debilidad, y luego me arrepentí de no haberle entregado á la justicia; pero como muy bien me habia hecho conocer aquel truhan, me hubiera sido muy dificultoso probar inmediatamente lo que declarase; calculando pues los inconvenientes de la empresa, me pareció mi conducta mas razonable de lo que al principio la habia creido.

Quise no obstante informar al señor de Serigny de la presencia de aquel bribon en París y de su doble crímen que interesaba particularmente á la Inglaterra; pues solo el señor de Serigny, como ministro de negocios extranjeros, podia apoyar y secundar los pasos que intentaria precisamente lord Stuard, embajador entonces de aquella nacion, para reunir las pruebas del delito y obtener la entrega del reo.

Escribí pues el dia siguiente una esquela al ministro, pidiéndole algunos momentos de conferencia.

XXV.

La entrevista.

Iba á salir para dirigirme al Luxemburgo, donde esperaba encontrar á Irene, cuando recibí una carta de la señora de Fersen, en que me rogaba pasase á verla á eso de las dos.

Nunca la habia hablado á solas desde que se hallaba en París.

¿Á qué debia yo atribuir el deseo que ahora manifestaba? ¿á la necesidad de verme? ¿al oculto despecho de las voces divulgadas sobre mi pretendido enlace con la señora de V***, voces que acaso Catalina creia fundadas, desde que en el sarao de lord P*** me habia sorprendido á solas con esa señora?

No lo sé; pero es cierto que estuve aguardando la hora de la entrevista con una felicidad inquieta y una involuntaria turbacion.

¡Iba á ver á Catalina, á verla sola! A este pensamiento, latia mi corazon de esperanza y embriaguez; en fin, una palabra suya iba á recompensar mi resignacion, los valerosos sacrificios que me habia impuesto, los asiduos cuidados á que casi era debida la salud de su hija.

¡Iba á extraer de esa conferencia nuevas fuerzas con que apasionarme todavía mas; y luego tantas cosas tenia que decirla! ¡Estaba tan ufano con mi amor! ¡tan dichoso de sentirme el corazon bastante juvenil para apreciar las puras satisfacciones que me enagenaban! ¡de sentirme bastante confiado en la fuerza, en la sinceridad de mi cariño, para esperar ser amado algun dia! . . . .

. . . .

A la hora indicada fuí á casa de la señora de Fersen.

Recibióme en un reducido salon que ocupaba ordinariamente, y que me era aun desconocido.

— ¡Cuánto tiempo hace que no os he visto! exclamé con efusion tendiéndola la mano.

Dióme friamente la suya, y me respondió:

— Yo creo que tuve el gusto de veros ayer, caballero, en las Variedades....

— ¿A eso llamais vernos? la dije con dolorosa sorpresa. ¡Ah! ¡muy bien hacia en temer que pronto olvidaseis los *coloquios de la galería!*

— Jamás olvidaré tan agradable viaje, replicó con la misma frialdad. Os agradezco infinito la molestia que os habeis tomado.... de venir esta mañana.... deseaba manifestaros mi reconocimiento por la complacencia con que os habeis prestado á los caprichos de mi hija.... ahora se encuentra ya perfectamente restablecida, y temeria.... y no me conviene abusar por mas tiempo de vuestra excesiva oficiosidad en vez de ella ...

El tono de la señora de Fersen era glacial y casi desdeñoso. Lo que estaba diciendo parecia tan verdadero, natural y poco dictado por el despecho, que me quedé aterrado. Yo sufria cruelmente, y no me ocurria palabra para poder contestarla.

Mi silencio fue bastante expresivo para que se creyese obligada la señora de Fersen á añadir con sequedad:

— Muy ingrata deberé pareceros.

Dos veces intenté consultar su mirada, por lo regular tan benévola, para ver si convenia con la dureza de sus palabras.... pero me fue imposible encontrarla.

— Señora, la dije profundamente agitado, no sé á que debo atribuir semejante acogida....

— ¿Y qué acogida, pues, caballero, podiais exigir de mí? me dijo arrogantemente la señora de Fersen.

Mi aflictiva sorpresa tocaba á su colmo; quise no obstante hacerme un momento de ilusion, y atribuir á los zelos un recibimiento tan distinto del que yo aguardaba;

pero repito que la fisonomía de la señora de Fersen no daba la menor señal de emocion contrariada ó combatida.

Tomé resueltamente una decision. Me era imposible contestar á la pregunta de la señora de Fersen sin recordarla cuanto habia habido de bueno y noble en mi conducta para con ella; y no queriendo descender hasta las reconvenciones, juzgué mas oportuno no mentar esta materia, y ocultando cuanto me fue dable mi emocion, la dije:

— Llenado sin duda el objeto de la entrevista que solicitabais tener conmigo, señora, ¿me atreveré á preguntaros si en algo quereis disponer de mí?

— En nada, caballero; solo os reitero la expresion de mi eterna gratitud, me contestó levantándose la señora de Fersen.

Esta aspereza me revolvió el estómago. Tal vez iba yo á responder con agrura, cuando una observacion que yo no habia hecho aun, me dejó un asomo de esperanza.

Durante la conversacion, la señora de Fersen no habia apartado los ojos de la tapicería en que estaba trabajando.

Deseando cerciorarme del todo de la exactitud de mi reparo, permanecí algunos instantes sin proferir palabra.

Catalina continuó con los ojos bajos, en vez de indagar con su mirada la causa de mi muda presencia.

— Adios, señora, la dije.

— Adios, caballero.

Separéme pues de ella sin haberla merecido una sola mirada de dolor ó compasion.

Parecióme tan solamente que su mano habia temblado ligeramente sobre el bastidor cuando me dijo adios.

Salí con la muerte en el corazon. . . . .

. . . .

Demasiado grande y natural era la desconfianza que tenia de mí mismo y de mis merecimientos para conservar ninguna esperanza de conseguir mas favor de Catalina.

Sin volver á mis habituales recelos, porque tenia una inalterable fe en la sinceridad de la señora de Fersen, dudé del

sentimiento que yo habia creido inspirarla; ella no me demuestra el menor afecto, decia entre mí, y aun su amistad misma ha palidecido ante las brillantes distracciones de la sociedad.

Y luego, nunca estaba á su lado; y demasiado sabido es cuan fatales son los efectos y resultados de la ausencia.

Es cierto que á veces se fortifica y alimenta la secreta simpatía de una mujer, forzándola á que concentre su pensamiento en la memoria de aquel que llamara su atencion y cuyo embeleso se exagera todavía por medio de esta lejana ilusion. Y además, la mujer encuentra una especie de satisfaccion altiva, triste y misteriosa en la amargura de su aislado quebranto; desprecia á los indiferentes porque llenan inútilmente á su lado un puesto que anhela ver ocupado tan deliciosamente; y aborrece á los diligentes, porque tienen la debilidad de *estarse allí* mientras que su predilecto no está....

Pero tambien la ausencia es el olvido.... porque corazones hay que son como los espejos, solamente reflejan los objetos que están presentes.

Creíme pues enteramente olvidado de la señora de Fersen. Como ya me tenia pronosticado á mí mismo de antemano ese terrible acaecimiento, si me causó un profundo dolor, por lo menos no me asombró.

En el parasismo de mi desesperacion, formaba mil proyectos. Queria sacudir ese pesar, entregarme á todas las disipaciones de la vida, é ir en pos de amorosas distracciones contrayendo otra amistad; pero se requiere mucho tiempo y mucho esfuerzo de parte de la voluntad para que un corazon verdaderamente apasionado pueda variar de amor.

Cuando ven que son correspondidos y que poseen á la mujer que aman, ningun reparo tienen los hombres en cometer una infidelidad; pero cuando arden en apasionados deseos, y están todavía aguardando una declaracion, la inconstancia les es casi imposible. Solo tienen valor para mantenerse fieles mientras no tienen el derecho de serlo.

XXVI.

Una embajada.

Al dia siguiente de mi entrevista con la señora de Fersen, y mientras me hallaba sumergido en muy melancólicas ideas, me anunciaron á Mr. de Serigny.

Sorprendióme bastante su visita, que él trató de explicar, diciéndome que pasando por la puerta de mi casa con direccion á la cámara, habia entrado sin ningun reparo, con el objeto de evitarme la molestia de ir al ministerio, para tener la conferencia que le habia demandado.

No me pareció de pronto muy natural semejante solicitud; pero acordándome de los rumores que cundian sobre mí y la señora de V***, creí que sin duda habia querido el ministro dar un paso de muy buen gusto, mostrándose tan obsequioso.

Contéle en pocas palabras la historia del pirata y nuestro peregrino encuentro en las Variedades.

Díjome el señor de Serigny que iba inmediatamente á conferenciar con el embajador de Inglaterra y que calcularia las medidas que debieran tomarse para capturar á semejante facineroso.

Viniendo á hablar de viajes, demostró el señor de Serigny mucho interés en saber de los mios, y estuvo muy lisonjero, muy cortés, muy amable; díjome que habia sido muy conocido de mi padre en tiempo del imperio, y que era un hombre de sublime capacidad, de arriesgadas empresas, de un tacto muy exquisito, que conocia perfectamente al mundo y á los hombres, y que sin duda le hubiera confiado el emperador misiones importantes, agenas del servicio militar, si la entereza y tenacidad del carácter de mi padre hubieran podido plegarse á todos los gustos de Napoleon.

Deseoso estaba de adivinar la tendencia de los halagüeños discursos del señor de Serigny, cuando me dijo con una naturalidad encantadora.

— ¿Querréis permitir á un antiguo amigo de vuestra familia que os haga una pregunta? Si os pareciera indiscreta, no lo atribuyais mas que al interés á que sois acreedor en memoria de vuestro señor padre.

— Ya os escucho agradecido á la benevolencia que me manifestais.

— Pues bien, ¿cómo es que con vuestra educacion, nombradía, fortuna, posicion, que con la experiencia adquirida en vuestros innumerables viajes, que con vuestras excelentes relaciones, en fin, no habeis intentado jamás dedicaros á alguna grave ocupacion.... entrar, por ejemplo, en los negocios públicos?

— Porque en primer lugar estoy muy lejos de reunir las ventajas que me suponeis; luego no tengo la menor ambicion, y me satisface en extremo mi vida holgazana.

— ¿Pero, y vuestro país?

— ¿Cómo mi país?

— ¿No le debeis á lo menos algunos años de vuestra existencia?

— ¿Y qué podria hacer de un tal presente?

— Vamos, vamos, no es posible que por mucha que sea vuestra modestia os engañeis hasta ese punto. Vos no ignorais que nadie tiene el prestigio que vos en la sociedad sin un mérito muy distinguido. Vos sois á no dudarlo uno de los hombres que se prodigan menos y de quienes se habla mas; por lo mismo, á menos de tener uno de los grandes nombres históricos de la Francia, á menos de ser un gran poeta, un gran artista ó un grande hombre de estado, la adquisicion mas rara que pueda hacerse en el mundo, es ese *no sé qué*, y descansad en la experiencia de mis años, la causa de que se vuelva uno, cuando os anuncian en un salon.... Pues bien, vos gozais de ese privilegio; sois muy jóven todavía y de consiguiente teneis influjo y accion so-

bre la sociedad, pues que se cuida mucho de lo que haceis ó de lo que dejais de hacer.

Tan transparentes me parecieron estas exageradas adulaciones, que ví claramente que el señor de Serigny queria, permítaseme la vulgaridad, *entrarme por los sentimientos*, para inducirme á renunciar por pundonor á la señora de V***. Aunque me hallase en una triste disposicion de ánimo, me divirtió la comedia y procuré hacerla durar cuanto fuera posible fingiendo dejarme seducir por las alabanzas del señor de Serigny.

— Pero aun admitiendo, le dije acompañando una modesta sonrisa, lo que no creo pueda ser masque una ilusion de vuestra benevolencia; admitiendo, digo, que yo tengo algun prestigio en la sociedad, y que por lo que hace á mis años, cuente algun tanto conmigo, no veo muy bien que utilidad pueda reportar *mi país* de estas ventajas.

— Nadie mejor que yo os lo podrá decir, me contestó el ministro con un afan muy indiscreto, pues probó que estaba aguardando que yo le hiciera esta pregunta. Dase una gran importancia á lo que se llama la diplomacia.... y ¿sabeis lo que sea el gran arte de la diplomacia? me preguntó uniendo á estas palabras una sonrisa llena de sencillez.

Hice un movimiento de cabeza humildemente negativo.

— ¡Pues ea! no es mas que el arte de agradar.... Como no se trata mas que de pedir ó de negar, el que sabe agradar, sabe casi siempre obtener; mientras que si se ve obligado á denegar, sabe hacerlo con bastante gracia para no irritar al demandante. ¡Ahí está todo el secreto!

Mucho me costó reprimir una fuerte pasion de reir; porque me ocurrió al pensamiento que celoso el ministro de la deferencia que yo tenia á la señorita de V***, acabaria por ofrecerme una colocacion en alguna embajada para desembarazarse de mí.

Este era indudablemente el desenlace de aquella escena; pero tan divertida me pareció, que no quise apresurarlo.

— Creia, le dije, que los diestros negociadores de uno de

los siglos mas fecundos en grandes tratados y en grandes trabajos diplomáticos, creia, digo, que los d'Avaux, los Courtin, los d'Estrade, los Ruvigny, los de Lyonne poseian distintos talentos del de agradar.

— Si carecian del arte de agradar, me dijo con alguna turbacion el señor de Serigny, que no estaba al parecer muy al corriente de las tradiciones históricas de su especialidad, á fuer de buen ministro constitucional, si carecian del arte de agradar, empleaban alguna otra seduccion.

— Teneis razon, le dije, tenian oro en abundancia.

— ¡Ya lo veis, pues! exclamó el ministro, siempre tendrémos una misma cosa; únicamente en las sociedades modernas, el arte de agradar ha reemplazado á la seduccion operada por el dinero.

— Cuando no se consiga otra cosa, se ve que hay mas economía.

— Y mayor seguridad, añadió; porque al fin no todos los tronos son representativos: reyes hay en Europa, gracias á Dios, que son reyes solamente y que andan sin andadores; pues bien, esos reyes son hombres como los demás, y como tales estan sujetos á las simpatías y antipatías. Ahora bien, muchas veces el embajador que se les envia, por mucho que sea su talento y grande la firmeza de su carácter, nada obtiene de lo que pide á nombre de su corte; ¿y porqué eso? nada mas que porque desagrada; mientras que, por el contrario, un hombre de mediano talento conseguirá á menudo por el solo ascendiente de sus modales, porque en fin *sabrá agradar*, conseguirá, digo, lo que no pudo obtener el hombre de ingenio.

— Es muy cierto, y vuestro sistema es de tanto mas fácil aplicacion, cuanto las personas *de agrado* son mucho mas numerosas que los hombres de ingenio....

— ¡No hay que dudarlo!... Así vos, por ejemplo, estoy convencido, y muy convencido, de que si vos quisierais emprender, supongamos, la carrera diplomática, podriais prestar á la Francia los mas importantes servicios; porque

no solamente poseeis el arte de agradar, como lo prueba el prestigio de que gozais en la sociedad, sino que os acompañan además cualidades muy sólidas y eminentes.

Yo habia acertado: la proposicion que aguardaba iba indudablemente á seguir al elogio de mis méritos. Queriendo prestarme de buen grado á ese capricho del ministro, contesté fingiendo un asombro refundido en modestia.

— ¡Eso decís! ¡yo! ¡entrar yo en tan espinosa carrera! Jamás he incurrido en la locura de ambicionar semejante porvenir.

— Escuchadme, replicó el señor de Serigny con acento grave y paternal.

Y me hizo la siguiente confianza, que no fue otra cosa en mi concepto que una mentira atroz.

— Vuestro señor padre me prestó un servicio.... Hizo aquí una pausa el diplomático y dió un profundo suspiro... Levantando luego los ojos al cielo repitió: — ¡Oh! ¡sí! ¡un gran servicio!... Así pues, mi querido ***, no podré explicaros cuanta felicidad fuera la mia si pudiera probaros á vos que sois su hijo mi eterno agradecimiento, ya que he tenido la desgracia de no poder demostrárselo á él.

— Ignoraba completamente esa circunstancia, de la que nunca me habló mi padre.

— ¡Así lo creo! ni tampoco yo podré daros ningun detalle sobre este particular, exclamó el señor de Serigny, porque este importante servicio interesa tambien á un tercero.... y el honor me impone silencio. En fin, volvió á continuar, os lo repito, creo hallar en este momento la oportunidad de agradecer las bondades de vuestro padre y dar un digno servidor mas á mi país, si es que esteis dispuesto á utilizar las relevantes disposiciones de que estais dotado.

— Pero, ya os he dicho, que á pesar del deseo que pudiera animarme de entrar en vuestra honorífica carrera bajo tan felices auspicios, jamás podre persuadirme de que mis méritos alcancen á la altura de semejante ambicion.

— Otra vez digo que no os conoceis, ó no quereis conoceros, replicó el ministro con impaciencia, y afortunadamente en nada perjudica al negocio vuestra opinion. .. En cuanto á mí, no cabe duda de que si vos quereis, os será fácil cumplir con distincion una embajada importante; porque demasiado sabeis que no entrais en el número de esos *flamantes*, que sin mas que su nombre y su fortuna deben darse por muy satisfechos con que se les llame agregados de embajada. No, no, semejantes proposiciones no deben hacérseos á vos. Es menester que entreis por la gran puerta, es menester sobre todo que os halleis en estado de poder mostrar cuanto valeis. Por desgracia, entre nosotros, añadió vacilando son tan imperiosas las exigencias y las tradiciones de la gerarquía, que las misiones en Europa son muy limitadas, y en el dia están todas proveidas....

Miré al señor de Serigny. Fueron precisos todos mis esfuerzos para no reventar de risa. Segun el sesgo que tomaba la conversacion ya no se trataba de un destierro, sino de una verdadera deportacion.

— Pero ya podréis ver, le dije conservando toda mi calma, que en el caso de que esto tuviera algun resultado, no tengo la ridícula pretension de aspirar por primer encuentro á una mision en Europa....

— Y luego otra cosa, añadió con una satisfaccion ascendente: es menester atender á que las embajadas no son mas que lo que se las quiere hacer; las hay en Europa muy insignificantes y vice-versa, las hay importantísimas en Asia por ejemplo.... Porque, hablemos claro, añadió seriamente el señor de Serigny; ¡no es en Europa donde debe decidirse la suerte y el porvenir de Europa, sino en oriente!! Toda la futura política de Europa está en el oriente. La Europa tiene fijos los ojos sobre el oriente. El oriente es el campo de batalla diplomático donde deben establecerse las grandes negociaciones de nuestros dias. Así es que, me dijo el señor de Serigny mirándome de hito en hito, en este

momento quisiera encontrar á un hombre de buena índole, de alma sutíl, flexible y agradable, de carácter firme y resuelto para confiarle una mision muy delicada; porque se trataria de asegurar el afecto y apoyo de una gran potencia oriental, sin dispertar los recelos y las zelosas susceptibilidades de la Inglaterra y la Rusia, nuestras eternas rivales en el oriente.

— Muy bella debe de ser esta embajada, le dije con el aire mas desinteresado del mundo.

— ¿No es verdad?... Pues bien.... será empeño mio hacérosla obtener.... tanta confianza me inspira vuestro mérito, y tan á pecho he tomado siempre el desquitarme para con vuestro señor padre.

— ¡ A mí esa embajada ! exclamé fingiendo estupefaccion.

Tomando el señor de Sevigny un aire de misterio y de importancia, me dijo:

— Señor de*** hablo á un caballero; tanto pues si aceptais como no la proposicion que acabo de haceros, ¿me dais vuestra palabra de que cuanto aquí se ha dicho quedará secreto entre los dos?

— Os la doy.

— ¡Pues bien! continuó no menos misteriosamente, trátase, bajo el frívolo pretexto de llevar ricos presentes al shah de Persia de parte de su majestad el rey de Francia, trátase, digo, de insinuarse con mucha sutileza, habilidad y eficacia en el ánimo de aquel príncipe asiático, para disponerle á acoger un dia favorablemente las considerables proposiciones cuyo tenor se haria ulteriormente conocer al enviado á quien se cometiera tan importante negociacion; pero todos estos intereses, son á no dudarlo de la mayor urgencia. Los presentes están preparados, redactadas las instrucciones, el buque aparejado.... y seria menester partir sin la menor dilacion

Á su colmo llegaba mi alegría interior al oir al ministro proponerme seriamente ir sobre la marcha á ensayar mi arte de agradar con el shah de Persia con motivo de la mi-

sion mas ridículamente insignificante, aunque hubiese procurado el señor de Sevigny darla un magnífico realce.

Aguardaba el ministro mi respuesta con visible ansiedad. Tuve casi remordimientos de hacer representar á un hombre de su edad y condicion un papel tan necio, prolongando mas todavía la comedia.

Sin embargo, aquella proposicion, á pesar de ser enteramente inadmisible, habia dispertado en mí pensamientos adormecidos. Desgraciado en mi afecto á la señora de Fersen, convencido de que por mucho tiempo me seria imposible abrigar otra pasion y temiendo sobre todo la ociosidad, resolví valerme, si posible fuera, de la buena voluntad del señor de Serigny.

— Caballero, le dije: aunque sean desproporcionadas nuestras edades, ¿quereis permitirme, á mi vez, que os hable con la mas entera, y no se si añada la mas brutal, franqueza?

— Sí, por cierto, respondió el ministro muy sorprendido.

— Si, por los laudables y afectuosos motivos que me habeis manifestado, persistís en la intencion de ensayarme en la carrera diplomática, espero no llevaréis á mal que yo trate de daros la medida de mi penetracion.

— ¿ Qué quereis decir ?

— Vaya, señor de Serigny, seamos francos: vos estais muy prendado de una linda mujer que conocemos los dos; los continuos homenajes que la tributo os hacen sombra, y quereis enviarme al shah de Persia para desembarazaros de mí!

— Caballero, gritó el ministro mostrándose muy ofendido.

— Dejad que acabe, le dije. No hay necesidad de que marche para tranquilizaros.... os doy mi palabra de que mis relaciones con la persona de que tengo el honor de hablaros han sido puramente amistosas, y que exceptuando algunas coqueterías muy inocentemente empleadas, nada puede justificar vuestras sospechas.

Parecióme ver de pronto á Mr. de Serigny en un estado violento de irritacion; sin embargo, me dijo con una sonrisa forzada: —Segun lo que acaba de pasar entre los dos, es casi preciso, caballero, que nos levantemos la tapa de los sesos, ó que seamos amigos.

— Mi eleccion será la vuestra.

— Hecha está, me dijo tendiéndome la mano.

Hubo tanta cordialidad en este movimiento, y era menester ser tan dueño de sí mismo para desprenderse de las susceptibilidades del orgullo y del amor propio en presencia de un hombre de mi edad, que vivamente prendado de su comportamiento, le dije:

— Sí me teneis en tan buen concepto como habeis demostrado, ninguna importancia daréis á esta conversacion... Por otra parte, atribuid solamente á vuestra eminente reputacion de hombre sutíl el violento deseo que me ha hostigado á haceros conocer que podia penetrar vuestros designios. Perdonadme pues la inconsiderada vanidad de mi primera victoria por ser tan lisonjera. En cuanto á creerme rival vuestro respecto de una cierta mujer hermosa, mi palabra ha debido responderos del presente y del pasado.... Para en adelante, no tengo mas que un medio infalible de desvanecer vuestros recelos, y es el de pediros un favor. Unido á vos por la gratitud, menoscabar en lo mas mínimo vuestra felicidad seria una vileza.

Despues de algunos momentos de silencio y de reflexion, me dijo Mr. de Serigny con mucha naturalidad: —De tal manera acentuais las cosas, que veo no hay medio de hablar con vos á medias palabras; es preciso negarlo todo ó confesarlo todo: me decido por el último partido, porque sé que sois caballero y reservado; pero no por eso dejará de ser esta una cosa muy extraña. Heme aquí, con todos mis años, en confianzas de amorcillos con un jóven que se ha burlado de mí con mucha finura, que me lo ha dicho á mis barbas, y que en tal aprieto me ha metido con las confianzas que me ha hecho, no sobre él ¡pardiez! sino sobre mí

que me encuentro en la mas necia posicion del mundo. Afortunadamente me decís que puedo seros útil en alguna cosa..... esto me salva de la ridiculez, añadió con una gracia perfecta.

— ¡Pues ea! he aquí mi pretension: aunque no me crea con bastantes disposiciones para ir á seducir al shah de Persia.

— Vaya, demos esto por concluido, exclamó jovialmente Mr. de Serigny. Esto es hacer armas contra un desvalido.

— Vuestras proposiciones han dispertado en mi á decir verdad, no ya la ambicion, sino el vivo deseo de conocer bastante los negocios públicos para ver si algun dia podrian ocupar mi imaginacion.... No sé si hallais en mi igual capacidad....

— ¡Ah! ¡señor conde! ¡señor conde! me dijo Mr. de Serigny amenazándome con el dedo.

— Partiendo pues de este principio, la única cosa que reclamaria de vuestra bondad, seria que en el caso de que llegase á faltaros un secretario particular, me admitieseis algunas horas todos los dias en vuestro gabinete; con el carácter de tal iria á ponerme enteramente á vuestras órdenes; y me confiariais los trabajos que creeriais poder encargar á un hombre reservado y de entereza. Por medio de este ensayo, podré realmente conocer si tengo alguna aptitud para la política; y mas adelante, si creyese poder desempeñar con éxito una modesta mision diplomática, os haria entonces presente que os falta pagar la deuda que contrajisteis con mi padre.

— ¡Otro epigrama! dijo Mr. de Serigny, mas no importa. ¿De veras que no os arredrarian tan enojosas tareas? ¿Tendriais suficiente valor para venir cada dia á trabajar conmigo tres ó cuatro horas en mi gabinete?

— Lo tendria....

— Tal vez no querréis creer que viene muy á tiempo vuestra proposicion; y sin embargo es notorio que mi secretario particular acaba de ser agregado á la embajada de

Florencia.... No os ofrezco su *colocacion* , lo que os ofrezco es la parte que tomaba en mis trabajos.

— Y la acepto de muy buen grado y con la mas profunda gratitud.... Pero le dije, prendado de su oficiosidad y deseoso de borrar enteramente el enojo que pudiese conservar de la especie de superioridad que yo habia mostrado sobre él en aquella conferencia; pero, mirad la extravagancia del entendimiento humano, y como se llega al mismo término por opuestas sendas. Habeis venido á mi casa con dos intentos muy distintamente formulados: queriais apartar á un rival al que haciais el honor de temer, y consagrar al servicio de vuestro país á un hombre cuyo mérito, decís que presentiais.... He desechado abiertamente vuestros ofrecimientos; y no obstante, no en virtud de vuestra voluntad sino de la mia, quedan conseguidas asi mismo vuestras miras; porque ya no podréis mirarme desde ahora como un objeto de vuestros zelos, y voy á dividir vuestros trabajos.... ¡En vista de esto, atreveos aun á decirme que soy yo el que os la ha pegado! Vaya, señor de Serigny, me veo obligado á confesar que excedeis de mucho á vuestra brillante celebridad, y que lo que yo llamaba mi victoria no es mas que una felíz derrota. . . . . . .

. . . .

Tomé hora con el ministro para el siguiente dia, y nos separamos.

XXVII.

Diplomacia.

Apenas se alejó de mí Mr. de Serigny, cuando volvió á embargarme la amargura de las reflexiones de que su conversacion me habia por un momento distraido.

Á pesar del esfuerzo con que procuraba desterrar de mi

pensamiento el recuerdo de la señora de Fersen, este recuerdo estaba allí perenne.

Yo padecia mucho; pero mi dolor, aunque profundo, estaba mezclado de una especie de dulzura que me era desconocida aun.

— Sabia que me habia portado noblemente con Catalina, que no merecia los injustos rigores con que me oprimia, y saboreaba en esta consoladora seguridad una altiva y esforzada resignacion.

Siempre he arrostrado con bravura las mas crueles fases de mi vida. Ninguna esperanza me quedaba de ser en ningun tiempo correspondido de la señora de Fersen. Recogí pues religiosamente en mi corazon y en mi memoria los menores vestigios de ese amor inefable, de la manera misma que se conservan los preciosos y sagrados despojos de un ser que ya no existe, para venir cada dia á contemplarlos con triste recogimiento, y pedirles el encanto melancólico de las reminiscencias.

Deseando pues no dejarme desalentar, y esperando que encontraria alguna distraccion en el trabajo, fuí con mucha frecuencia á casa de Mr. de Serigny.

Era á la verdad un hombre apreciable.

Mostróse conmigo sumamente afectuoso. Informado sin duda de mi reserva distintiva, me dió en breve una prueba de lisonjera confianza encargándome que hiciese un extracto claro y sucinto de su correspondencia diplomática, extracto que diariamente debia presentar al rey.

Cumple decir que este trabajo parecia mucho mas importante de lo que era en realidad, pues no habia entonces pendiente en Europa ninguna gran cuestion política. La generalidad de aquellos pliegos, escritos la mayor parte en bastante pobre francés, ó de la manera mas pálida, no contenian casi siempre mas que noticias vagas y pueriles de las cortes extranjeras, noticias que los periódicos habian tambien en parte publicado.

Pude convencerme de lo que habia siempre sospechado:

á saber, que en los tiempos modernos y en un gobierno representativo como el nuestro, la diplomacia que podríamos llamar *corriente*, era casi nula; los intereses vitales de las naciones se ventilan en los campos de batalla, en las cámaras ó en los congresos.

Así es que las mas veces (se entiende en los gobiernos representativos) los empleos diplomáticos son verdaderas prebendas que convierten los ministros en otros tantos medios de accion y corrupcion, distribuyéndolos segun la necesidad de su política.

Tanto mas debia sorprenderme la nulidad de las correspondencias que tenia á la vista, cuanto que mi padre me habia casi hecho seguir un curso de derecho político, y tenia estudiados con él á los mas célebres negociadores de la última mitad del siglo diez y siete.... Con motivo de haber desempeñado muchas misiones nuestro tercer abuelo en union con los señores de d' Avaux, de Lyonne y Courtin, conservábamos en Cerval un duplicado de unas y otras comunicaciones, con cuya lectura y dichos estudios me habia hecho muy delicados.

El mismo Mr. de Serigny era hombre de medianos alcances, pero tenia bastante sutileza, tacto y penetracion para cubrir las modestas exigencias de su posicion. Cuando en la cámara combatia á la oposicion, tenia la habilidad de extinguir y anegar las mas acaloradas discusiones en la límpida oleada de su discurso abundante, frio y monótono como una cascada.

Por otra parte bajo el punto de vista constitucional, Mr de Serigny hubiera sido tan buen ministro de marina, de gracia y justicia ó de hacienda como de relaciones exteriores; porque bajo el punto de vista verdadero y especial de estos ministerios, era incapaz de desempeñar ninguno.

Mas yo guardaba para mí el juicio que tenia formado de Mr. de Serigny. El se habia mostrado conmigo muy benévolo, y yo no era un Pommerive. Al contrario, defendia á *mi ministro* con decidido empeño.

Divertiánme pues lo bastante mis tareas por la misma razon de que contrastaban de la manera mas completa con su supuesta importancia.

Pero el conocimiento de aquellas realidades dispertó por lo menos en mi sentimientos caritativos; volvíme muy tolerante para con la suficiencia erguida y desapiadada, merced á la cual la mayor parte de nuestros agentes diplomáticos engaña al público acerca del valor y la necesidad de su destino.

¿Qué fuera de ellos sin ese prestigio?

Es de notar, que así como nunca he tenido el antojo de hacerme compinche ni víctima de un juglar, tampoco al adivinar el secreto de sus juegos he hecho la ruindad de propalarlo en alta voz, porque jamás he sabido concebir que vida podria hacer en lo sucesivo un juglar desamparado. Así pues, las familias pobres que destinan á sus hijos á la carrera diplomática, deberian en mi concepto ser bastante discretas y previsoras para hacerles aprender al mismo tiempo un buen oficio, que podria serles algun dia un útil recurso si desgracias imprevistas les privaban de su primer estado.

No es esto una brutal paradoja: consistiendo la especialidad esencial de nuestros diplomáticos en representar dignamente la Francia; es decir, en desplegar á costa del estado un inmenso tren en su casa, en llevar una vida suntuosa, mundana y divertida, y en recibir ó escribir oficios insignificantes; se hace muy difícil hallar colocacion para tan brillantes cualidades, cuando deja de ejercerse la profesion que las exigia.

Divulgada mi nueva posicion, me dió una singular autoridad en el mundo social. Sabíase que no era un *empleo* lo que habia buscado al dedicarme á las tareas bastante asiduas en que me ocupaba, y se deducia de aquí que mi aprendizaje iria necesariamente á parar á los mas importantes destinos.

Algunas circunstancias hijas de la casualidad contribuye-

ron á aumentar aquellas exageraciones.

Hallábame en un baile dado por la señora duquesa de Berry.

No le fué posible á Mr. de Serigny asistir á él por causa de la gota que padecia.

Lord Stuart, embajador entonces de Inglaterra, que habia solicitado vivamente de nuestro gobierno que hiciera las mas activas pesquisas para dar con el pirata de Porquerolles, vino á decirme que se iba al alcance de aquel miserable, con esperanzas de atraparle, y me pidió algunos otros pormenores sobre el mismo particular. Me tomó el brazo, y estuvimos hablando una media hora en el alfeizar de una ventana.

No fué necesario mas para hacer creer que yo estaba muy al tanto de lo que llaman tan crédulamente los *secretos de Estado.*

Y no paró aquí: iba á salir del baile á eso de las once, cuando me encontré en el paso al rey, que se retiraba.

Habia tenido el honor de serle presentado: paróse delante de mí, y con su habitual y agradable afabilidad me dijo:

— Leo cada dia vuestro relato.... me gusta mucho, y me interesa; está muy compendiado: así es que tengo la cosecha sin haberme tomado la molestia de alzarla....

El rey me colma de favor, dije á S. M., y su aprobacion me impone nuevos deberes, de que procuraré mostrarme digno.

En vez de salir del baile, se sentó el rey en un canapé que tenia al lado, y me dijo: — Contadme esa historia con que acaba de entretenerme lord Stuart; es muy extraordinaria, se parece á una novela.

Luego que se hubo sentado el rey para hablarme, las personas que le acompañaban se separaron discretamente de su lado.

Referi pues al rey la historia del pirata de Porquerolles; me escuchó con interés, me hizo varias preguntas, me dió

las gracias con suma amabilidad y se retiró.

Ido el rey, me ví el centro de todas las miradas; no sabian que pensar: salia S. M., me encuentra, y vedla luego que se está mas de un cuarto de hora en conversacion particular conmigo.

Era indudable que yo habia de ser precisamente una persona muy importante.

Sabiendo que no hay cosa mas ridícula como el parecer que quiera uno gozar de su evidencia despues de una escena como aquella, iba á dejar el baile, cuando ví venir hácia mí á la señora de Fersen, que no habia encontrado hacia ya algun tiempo: estaba al paracer tan demudada y tan flaca, que su vista me hizo un daño horrible....

La saludé sin esperarla, y me retiré sin hacer caso de su mirada suplicante, ni de que se hubiese acercado á mí con intencion de hablarme. . . . .

. . . .

Al dia siguiente recibí una carta suya.

Rogábame de la manera mas afectuosa que fuese á verla, disculpándose por su ingratitud, y haciendo algunas agradables alusiones al tiempo pasado.

Mi primer impulso fué presentarme en casa de Catalina.

Pero muy pronto reflexioné que aquella entrevista no mejoraria en nada el destino de mi amor. Acordéme despues de la crueldad con que me habia tratado la señora de Fersen, y una necia dignidad impidió que me prestara á su primera insinuacion.

Escribila una carta muy fria y muy atenta, en la que me escusaba de no poder ir á su casa, por razones que debia ella comprender.

No me contestó.

Creyendo que no tendria grandes deseos de verme, puesto que no insistia, aplaudí mi resolucion.

Poco despues llegué á saber que el príncipe habia recibido órden de su corte para volverse á Rusia, y confieso que me quedé admirado de que no le siguiera su esposa.

En cuanto á la señora de V***, yo la habia conjurado en nombre de la amistad que pretendia profesarme, que no atormentase tan cruelmente á Mr. de Serigny, declarándole que no queria prestarme por mas tiempo al manejo de su coquetería, que se comprometia además horriblemente, y que tarde ó temprano haria un mal papel en la sociedad.

Respondióme que yo hablaba como un cuákero, pero que por la originalidad del hecho queria emprender una vida enteramente extraña al coquetismo.

Un mes despues de esta bella determinacion, vino á decirme agradecida que aquella nueva existencia la tenia sumamente fastidiada, pero que hacia un efecto prodigioso, y hasta se habian entablado considerables puestas para saber si persistiria ó no en su conversion. En cuanto al ministro, decia que, como habia pasado de la estupidez de los irritados zelos á la estupidez de la ciega adoracion, ni habia perdido ni ganado en no atormentarle mas. . . .

. . . .

Naturalmente cesaron muy en breve los rumores que corrian sobre mí y la señora de V***, y me acusaron de haberla sacrificado á la ambicion.

No podia á veces contener la risa al ver que todo el mundo me obsequiaba, pues seguia como si dijéramos por desocupacion mi trabajo en casa de Mr. de Serigny.

Cernay, á quien encontraba algunas veces, encubria sobre todo su envidia bajo las apariencias de la mas hiperbólica admiracion. — Sois hombre de habilidad, me decia, necesitais y tendréis toda clase de preeminencias. Heos ahora aquí hombre de estado.... heos íntimamente relacionado con ministros y embajadores. Muy distinguido por el rey, se cuenta con vos; de consiguiente, querido, no teneis mas que querer.... ¡porque teneis una maña.... con perdon sea dicho.... una picardía!!

— ¿Cómo así?

— ¡Vaya, no teneis que disimularlo! En aquel baile de las Tullerías, donde tuvisteis á la vez dos conferencias tan

notables y tan notadas, la una con lord Stuart y la otra con el rey, que se detuvo tan largo rato á departir con vos, en vez de retirarse segun habia deseado; ¿qué hicisteis, como hombre hábil que sois? en vez de obrar como tantos otros que se hubieran quedado allí para pavonearse despues de semejantes distinciones, os eclipsasteis inmediatamente. ¡Ahí está la picardía, ó por mejor decir el saber!... así es que con vuestra ausencia hicisteis un prodigioso efecto....

— Muy sencillo es el secreto de aquella desaparicion, mi querido Cernay: una terrible jaqueca me obligaba á retirarme á casa.

— ¡Vamos! me dijo Cernay con graciosa naturalidad, no me haréis creer que le moleste á uno la jaqueca cuando acaba de hablar una hora con el rey. . . . .

. . . .

Quince dias habian pasado desde la última vez que viera á la señora de Fersen en el baile de las Tullerías, cuando con aire consternado entró en mi casa uno de mis procuradores.

Tratábase de prevenir el desastre de una bancarrota que pudiera costarme unos cincuenta mil escudos que tenia colocados en una de las mejores casas del Havre.

La quiebra no habia sido declarada aun, pero se creia que estaba próxima á serlo.

Aconsejábame pues mi agente de negocios que marchase inmediatamente con él, y fuese á retirar mis fondos de aquella casa.

La suma era tan crecida, que no vacilé un momento en trasladarme al Havre. Un poder, por amplio que fuera, no hubiese podido proveer á todos los azares de aquel negocio, y en tales circunstancias suele valer muchísimo la presencia de un interesado.

Escribí dos palabras al señor de Serigny, participándole que motivos de gravedad me llamaban al Havre, y dejé órden en casa de remitirme la correspondencia á aquella ciudad.

Dos horas despues me hallaba por el camino.

Ibamos á llegar al último relevo que precede al Havre, cuando oí el ruido del precipitado galope de dos caballos, el chasquido atronador de un látigo, y una voz para mi no desconocida que gritaba: — ¡ Deteneos! ¡ deteneos!

Miráronme indecisos mis postillones.... les hice señal de que parasen, y vi llegar repentinamente á la portezuela de mi coche al correo de la señora de Fersen: su caballo, blanqueado de espuma, estaba hecho un giron á espolazos.

De tal manera estaba aquel hombre jadeando á causa de la velocidad de su carrera, que no pudo decir mas que estas palabras, entregándome una carta:

— Señor conde.... viene de parte de la señora princesa.... el señor conde salió cuatro horas antes que yo.... no he podido hacer mas....

Aquella carta no decia mas que esto:

Mi hija está muriendo.... está muriendo.... No espero sino en vos....

— Vais á volver á la posta y doblar el tiro, grité á los postillones; y tú, dije al correo, ¿puedes correr hasta París y hacer que me prevengan mis caballos?

— Sí, señor conde....

— Á caballo pues.

Y el valiente muchacho volvió grupa, á escape con direccion á París.

— Pero, señor, exclamó mi procurador palideciendo, no es posible volver á París; ya estamos en el Havre.

Miréle con asombro....

— ¿Y porqué?

— Pero ¿y esa quiebra? exclamó. Considerad que una hora de retardo puede echarlo todo á perder.... que se trata de salvar ó no cincuenta mil escudos....

Yo habia olvidado enteramente el objeto de mi viaje.... Teneis razon, le dije: os hallais á media legua del Havre, tened la bondad de ir á pie.. . y arregladlo como mejor podais.

É hice abrir la portezuela.

— Pero, señor, si es imposible, replicó estupefacto; nada puedo hacer sin vos. .. ni aun puedo presentar un poder.... Y repito que sin vos, de nada va á servir mi presencia. Llegad á lo menos al Havre, irémos en casa de un notario, me haréis un poder, y entonces....

Yo hervia de impaciencia. Caballero, le dije brevemente, iréis al Havre sin mí, ó volveréis conmigo á París. Abierta está la portezuela, bajad ó quedaos....

— Pero señor....

— ¡Cerrad y á París! exclamé.

Bajóse inmediatamente el procurador, diciéndome con aire desesperado: Como querais, pero nada podréis achacarme.... contemplad desde ahora perdidos en buen hora esos cincuenta mil escudos.... Por lo menos enviadme un poder legalizado, etc. etc....

No esperé la conclusion de su frase.

Los caballos arrasaban la tierra.

Jamás he viajado con aquella rapidez. . . . .

. . . .

En Versalles dí órden de parar en París un poco antes de llegar á la puerta del palacio de la señora de Fersen.

Al llegar allí ví cubierta la calle de una blanda cama de pajaza.

Pensando en la posibilidad de una larga detencion en casa de la señora de Fersen, y deseando mantenerla oculta, mandé á mi criado que condujese el coche hasta mi casa, que dijese á la familia que me habia quedado en el Havre, y que haciendo ánimo de venir en el vapor, habia vuelto á enviar mi diligencia.

Entré en el palacio.

XXVIII.

Irene.

Los menores detalles de aquella escena terrible palpitan todavía en mi memoria.

A punto de media noche entraba en la antecámara de la habitacion de la señora de Fersen.

Todo estaba en tinieblas, sin ningun sirviente: esto me sorprendió. Guiado por un opaco resplandor, atravesé varios salones, de los cuales uno solo estaba débilmente iluminado: cerróseme de espanto el corazon.

Llegué á una puerta entreabierta.

Solo hirieron entonces mi oido algunos ahogados sollozos.

Empujé la puerta sin hacer ruido.

¡Qué cuadro, Dios mio!

La cuna de Irene, colocada junto al lecho de su madre, ocupaba el fondo de este cuarto, que hacia frente á la puerta.

Al lado derecho de la cama, Catalina arrodillada tenia asida con sus manos una mano de su hija.

No me era posible ver el rostro de aquella madre desgraciada.... Solo de tarde en tarde un movimiento brusco y convulsivo hacia extremecer sus hombros....

Á la izquierda estaba Frank, el gran pintor, el marido de Elena....

Sentado en una silla baja, dibujaba la figura de Irene moribunda.

Supremo y terrible recuerdo que queria sin duda conservar la señora de Fersen....

Frank, por medio de una pantalla, habia dispuesto la lámpara de modo que su luz hiriese de lleno la fisonomía de Irene.

Lo restante de la pieza estaba sumergido en una profunda obscuridad.

Un noble anciano, vestido con un ropon forrado de pieles, estaba apoyado al pie de la cuna. Su cabello era blanco; su frente calva, proeminente y lisa como marfil antiguo, un vivo reflejo de la luz contorneaba su perfil osadamente pronunciando.

Era el doctor Ralph, médico de la señora de Fersen.

Parecia estar espiando con su inquieta mirada cada imperceptible movimiento del rostro de Irene.

Sentada en un obscuro rincon de la cámara estaba el aya, que pegada su frente á la pared, podia apenas ahogar sus sollozos.

En el momento en que yo entré aumentó tanto su dolor, que faltándole fuerzas para contener su llanto, salió apretando el pañuelo entre sus dientes. . . . .
. . . .

Tambien yo.... lloré amargamente en presencia de aquella angelical figura, tan resignada, tan dulce, y que á pesar de los amagos de la muerte conservaba una expresion de sublime serenidad....

Vivamente iluminado su rostro pálido y oscuro, se destacaba esplendoroso de la blancura de las almohadas.... su hermoso cabello negro caia en desórden, cubriendo su frente.... sus rasgados ojos, entreabiertos y cercados de una auréola azulada, dejaban ver bajo sus pesados párpados una pupila casi apagada. De su pequeña boca deprimida, de sus labios antes tan purpúreos, y ahora tan descoloridos, se escapaba una precipitada respiracion y muchas veces un murmullo débil y adolorido. Aquel pobre semblante, un tiempo tan abultado y tan francamente infantil, era ya lívido....

De cuando en cuando la desgraciada niña agitaba sus manos en el vacío, ó movia pesadamente su cabeza sobre el almohada, exhalando un profundo suspiro. Inmediatamente volvia á permanecer en la mas espantosa inmovilidad.

La fisonomía de Frank, que yo no habia visto hacia dos años, tenia una expresion de punzante tristeza....

Tampoco podia contener sus lágrimas cada vez que paseaba su mirada por la agonizante figura de Irene.

La calma, el silencio desesperado de aquella escena, que yo abracé con una ojeada, me impresionó de tal manera, que por un instante me quedé clavado en la puerta.

La señora de Fersen tendió la vista hácia un reloj de sobremesa, y sacudió la cabeza con desesperado ademan.

La comprendí.... ¡ seguramente empezaba á dudar de mí !

Empujé la puerta.

Vióme Catalina, abalanzóse á mí, y arrastrándome junto á la cuna, gritó con acento desgarrador: — ¡ Salvadla!... ¡ Tened lástima de mí ! ¡ Salvadla !

La voz de la señora de Fersen era seca é interrumpida; y aunque su semblante hermoso estuviese abatido y jaspeado con las lágrimas y la fatiga, traslucíase debajo de aquellas apariencias de desfallecimiento la energía sobrenatural que sostiene siempre á una madre mientras su hija la necesita.

— Aguardad.... dijo el doctor Ralph en voz baja y grave.... Esta es nuestra última esperanza. .. no la aventuremos.

La infelíz mujer ocultó su cabeza entre sus manos.

— Ya os lo he dicho, señora (y el doctor Ralp enseñó una redomita llena de un licor oscuro), esta pocion reanimará la última partícula de inteligencia que existe acaso en ella todavía.... Entonces la vista de la persona que ejerce sobre ella tan singular imperio obrará tal vez un prodigio.... porque ¡ ah ! señora, se requiere un prodigio para volver la vida á vuestra hija.

— Lo sé.... lo sé, dijo Catalina devorando sus lágrimas, estoy dispuesta á todo.... así.... á todo. Mas, ¿ la bebida?... ¿ qué efectos producirá?...

— Puedo responder de su efecto inmediato, pero no de

las consecuencias que de este efecto puedan resultar.

— ¿Qué harémos, pues?... ¡Dios mio! ¿qué harémos? exclamó Catalina con horrible angustia.

— No vacileis, señora, exclamé, puesto que está deshauciada. Aceptad á lo menos el único azar que os queda....

— Esto me parece á mí tambien.... señora, no vacileis, dijo Frank, que dividia nuestra emocion.

— ¡Hágase! murmuró la señora de Fersen con un acento de desesperada resolucion, y cayó prosternada junto al lecho de su hija.

Se puso en oracion.

Ella, Frank y yo contemplábamos con dolor é inquietud al doctor.

Solo él, sereno en medio de aquella aterradora escena, se adelantó á paso lento y silencioso hácia la cama de Irene.

Al ver su alta estatura, su austero semblante, su larga cabellera blanca y su traje singular, se hubiera dicho que era un hombre dotado de un poder oculto, pronto á consignar por medio de un filtro algun misterioso encanto.

Echó algunas gotas del licor que contenia el frasco en una cuchara de oro.

La señora de Fersen la tomó y la llevó á los labios de su hija.

Pero tal era el temblor de su mano, que derramó la bebida.

— ¡Tengo miedo! dijo con aire consternado.

Y entregó la cuchara al doctor.

Volvióla este á llenar, y con mano segura la presentó á los labios de Irene.

Bebió la niña sin repugnancia.

Es imposible expresar la mortal agonía, el terror con que aguardamos el efecto de aquella pocion.

El mismo facultativo, ávidamente inclinado sobre la cama, no apartaba su ardiente vista del rostro de Irene.

Pronto hubo obrado el licor.

Poco á poco agitó Irene sus brazos y manos, sus mejillas se cubrieron de un ligero rubor.... Volvió muchas veces vivamente su cabeza sobre la almohada, dió algunos débiles quejidos.... cerró los ojos y los abrió otra vez....

La luz estaba en frente. No pudo soportar su resplandor, pues cubrió sus ojos con sus manos.

— ¡Ella vé!... ¡ella vé! dijo el doctor con una vivacidad que nos pareció de buen agüero.

— ¡Está salvada! gritó Catalina juntando las manos como para dar gracias al cielo.

— Desechad una loca esperanza, señora, contestó severa y casi ásperamente el doctor Ralph. Ya os lo dije, esta apariencia de vida es ficticia.... Es el galvanismo que hace mover un cadáver; un soplo puede romper el imperceptible lazo que une aun á la vida á esta criatura. Luego añadió, volviéndose á mí: — Preparaos para anudar este hilo sutíl. Pero, ya digo, que si esta niña vive, lo que, ¡ah! no me atrevo á esperar, á vos lo podrá agradecer.... la ciencia conocida no obra semejantes milagros.

— Solo Dios puede hacerlo, dijo Frank con una voz imponente.

— Ó ciertas influencias misteriosas, y seguramente magnéticas, que nos vemos obligados á admitir sin comprenderlas, añadió el facultativo.

Iba declarándose mas y mas la excitacion que produjo en Irene la medicina; dos ó tres veces suspiró profundamente, extendió los brazos, y despues, en fin, murmuró entre dientes: ¡Madre mia!. . ¡Arturo!

— Ahora, exclamó vivamente el facultativo, tomad, caballero, en vuestras manos una de las manos de la niña, y tome la otra su madre entre las suyas.... arrimaos á ella cuanto podais.... y llamadla.... suavemente.... despacito.... que el sonido tenga tiempo de llegar á su tímpano extenuado.

Yo tenia entonces una de las manos de Irene y su madre la otra.

Esta mano estaba húmeda y helada....

Acerquéme á la niña. Sus grandes ojos, dilatados mas aun con la enfermedad, divagaban á su alrededor como si buscasen á alguien.

— Irene.... Irene.... aquí estoy.... la dije en voz baja.

— Irene.... hija mia.... tambien tu madre está aquí.... dijo Catalina con un acento de cariño y de espantosa ansiedad indescriptible.

La niña no dió ninguna señal de habernos oido.

— Irene.... es tu amigo.... es Arturo y tu madre.... ¿no lo oyes?...

— Tu madre.... ¡Dios mio!.... ¡ahí tienes á tu madre!... repitió Catalina.

Esta vez dejó de mirar con extravío.... y movió bruscamente la cabeza, como si un lejano acento la hubiese herido de repente.

— ¿Cómo está su mano? nos preguntó el doctor por lo bajo.

— Fria aun, le dije.

— Siempre fria, respondió su madre.

— Tanto peor.... no estais todavía en relacion.... continuad.

— Irene.... prenda mia.... ángel mio.... ¿me oyes?... soy yo.... Arturo.

Irene alzó los ojos y encontró mi vista.

Muchas veces habia oido hablar de la fascinacion magnética, pero esta vez experimenté su accion y reaccion.

Opuse una mirada ávida y desconsolada al lánguido mirar de Irene.... Poco á poco, como si se hubiese vivificado con la mia, fue poniéndose su vista menos tierna: iluminóse, brilló, despidió rayos de inteligencia.

Sobre su fisonomía, que parecia renacer á la vida, pude seguir el progreso de su razon, de su pensamiento que salian de un caos.

Me tendió sus brazos, y una sonrisa de ángel asomó á sus labios.

Demasiado débil para volver la cabeza, buscó á su madre con los ojos.

Inclinóse Catalina sobre la cama, guardando como yo una de las manos de Irene.

Despues de habernos contemplado un rato, acercó la niña suavemente la mano de su maadre á la mia, su mirada se humedeció, y empezó á verter copioso llanto.

Al tocar la mano de Catalina, recibí en el corazon una rápida y fulgurante sacudida.... Dejé de ver y oir por un momento.... Mi mano estrechaba la de Catalina y la de Irene, y estos puntos de contacto me eran enteramente insensibles.

Parecíame que un raudal de electricidad nos inundaba y confundia á los tres.

Fue aquella impresion inexplicable, profunda, casi dolorosa. Vuelto en mí, escuché la voz del doctor que exclamaba: —Ha llorado, ¡está salvada!...

—¡Á vos lo debo! dijo Catalina postrándose á mis pies.

XXIX.

La Floresta.

Aquella saludable crísis salvó á Irene.

En todo un mes que duró su convalecencia no me separé de ella un solo dia, ni una sola noche.. . . . . .

. . . .

Al entrar la primavera, aconsejó el doctor Ralph á la señora de Fersen que fuese á pasar una temporada en el campo con su hija, y señalando como posicion preferente los alrededores de Fontainebleau.

La señora de Fersen fue á ver una hermosa casa llamada la *Floresta,* situada á las inmediaciones del pueblo de Moret, que quedó por su cuenta; y hechas las reparaciones

que necesitaba, acordamos que iríamos á habitarla con ella é Irene al principio del mes de mayo.

Si mi continua presencia en casa de la señora de Fersen hubiese llegado á traslucirse, hubiera sido odiosamente interpretada. Por esta razon, el dia despues de la crísis que tan favorable habia sido á Irene, dije á su madre que se hacia indispensable cerrar la entrada de su cuarto á todo el mundo, excepto al médico, al aya y á otra de sus sirvientas que merecia su confianza. Durante la enfermedad de Irene habité un entresuelo que estaba desocupado, y cuyas ventanas se abrian sobre un terreno solitario; por lo que nadie sabia de mi regreso á París, y menos de mi alojamiento en casa de Catalina.

Solo seguian á la señora de Fersen á Fontainebleau las mismas personas que habia tenido á su alrededor durante la enfermedad de su hija: su aya y dos criadas. El resto de la familia quedaba en París.

Rogóme la permitiese marchar á la Floresta dos dias antes que yo.

Partió.

Al dia siguiente recibí las mas exactas indicaciones para constituirme á la puertecita del parque de la Floresta.

A la hora señalada estuve en aquella puerta; llamé y se abrió.

El sol iba á ocultarse entre los montes, pero enviaba aun algunos de sus calurosos rayos al través del verde encaje de un toldo de glicíneos de violada flor, debajo del cual encontré á Catalina que me aguardaba llevando á Irene por la mano.

¿Era una memoria? ¿era un efecto de la casualidad? lo ignoro; pero Catalina, lo mismo que el dia en que por primera vez la ví á bordo de la fragata rusa, llevaba un vestido de muselina blanca y un gorro de blonda con un ramo de geranio encarnado.

Aunque muy extenuada por los pesares, era así mismo bella, y mas agraciada aun que bella. Era aquel talle noble

y elegante, aquella fisonomia imponente, graciosa y reflexiva, aquellos rasgados ojos de un azul tan puro y tierno, guarnecidos de sus largas pestañas negras, aquel cabello de ébano, cuyas espesas trenzas engastaban su blanca, altiva y melancólica frente y se deslizaban por aquellas mejillas en que se vieran todavía las pálidas huellas del dolor.

Irene iba como su madre vestida de blanco; su largo cabello oscuro, entrelazado de cintas, caia sobre su espalda, y su adorable fisonomía, aunque siempre seria y contemplativa, conservaba muy pocas señales de sus pasados sufrimientos.

El primer movimiento de Catalina fué tomar á su hija en sus brazos y ponerla en los mios, diciendo con la mas viva emocion: —¿No es ahora tambien vuestra Irene?...

Y al través de sus lágrimas vi brillar en sus ojos la gratitud y la alegría. . . . .

. . . .

Sensaciones hay que debemos dejar de describir, porque son inmensas como lo infinito.

Despues de aquel primer vuelo de felicidad, la señora de Fersen me dijo: —Ahora debo acompañaros á vuestra habitacion.

La dí mi brazo, Irene me tomó la mano, y me dejé conducir por Catalina.

Largo rato estuvimos sin hablar...

Despues de haber seguido una larga calle de árboles muy sombría, pues el sol se hundia velozmente en su occidente, llegamos á una clara que habia á la vera del bosque.

— Ahí teneis vuestra cabaña, me dijo la señora de Fersen.

Era mi *cabaña* una especie de chozilla suiza, medio escondida entre una espesura de rosadas acacias, de tilos y lilas, y construida á la orilla de un hermoso estanque, sobre gruesas breñas areniscas peculiares á las cercanías de Fontainebleau. Destinada sin duda esta *fábrica* á servir de punto de vista, se habia sacado todo el posible partido de los menores accidentes de su encantadora posicion.

Un espeso tapiz de vincaperinas, hiedra, musgo y fresales silvestres cubria casi enteramente las blanquecinas rocas, de cuyos intersticios brotaba el efímero, el brezo y la adelfa.

Mas allá del estanque, una hermosa sabana de césped cercada de árboles subia en declive hasta la fachada de la casa que debia habitar la señora de Fersen y que se distinguia á lo lejos.

Deteniase la vista por todas partes sobre un horizonte de verdor formado por un espeso bosque que contorneaba los altos muros del parque y los ocultaba enteramente.

No hay duda que se hubiera podido desear algo mas por lo que respecta á la variedad de las perspectivas; pero como nuestra vida en la *Floresta* debia estar envuelta en el mas profundo misterio, aquella inmensa é impenetrable barrera de follaje nos era muy preciosa.

Pocos minutos despues nos hallamos al pie de la escalera de mi choza. La señora de Fersen desprendió una llavecita de su cintúron y abrió la puerta del piso bajo.

A primera vista conocí que ella habia presidido al arreglo de los dos pequeños salones que lo componian. Estaban dispuestos con la mayor pero mas elegante sencillez. Allí encontré flores por todas partes, un piano, un caballete para pintar, y los libros que me habia oido citar con preferencia.

En fin, enseñándome un marco de ébano con hojas ricamente incrustadas de nácar, me rogó lo abriese: á un lado encontré el admirable bosquejo que Frank habia hecho de la moribunda Irene, y al otro un reciente retrato de Irene, pintado tambien por Frank.

Tomé la mano de Catalina, y la llevé á mis labios con un sentimiento de inefable gratitud.

Apretó ella misma su mano contra mis labios movida del mas tierno sentimiento.

Luego abrazó una y muchas veces á su hija con delirio.

Cerré el marco, no sin sentirme todavia enagenado en

vista de aquella muestra del recuerdo de Catalina, á quine tenia manifestadas mis ideas acerca de los retratos expuestos á las miradas de una multitud indiferente.

Al salir de la chozilla, el sol proyectaba sus purpúreos y dorados reflejos sobre las adormecidas aguas del estanque. Agitábase la rosada y aromática albura de las acacias. No se percibia ningun rumor.... grandes moles de verdor cerraban por dó quiera el horizonte.... nos encontrábamos en medio de la soledad mas profunda, mas apacible, mas misteriosa.

Conmovida sin duda Catalina en presencia de aquel cuadro de una melancolía tan suave, se apoyó sobre el balcon de la chozilla y estuvo algunos minutos en meditacion.

Sentóse Irene á sus pies, y empezó á coger rosas y madreselvas para hacer un ramillete.

Me arrimé á la puerta, y á pesar mio experimenté una dolorosa angustia al contemplar á la señora de Fersen....

Yo iba á pasar largos dias al lado de aquella mujer tan apasionadamente querida.... y la delicadeza me prohibia hablarla una sola palabra de aquel amor tan ardiente y profundo cuya llama habian avivado todavía mas los pasados sucesos....

Y yo no sabia si era correspondido.... ó por mejor decir desconfiaba de serlo: parecíame que el destino que durante un mes de terrible agonía nos habia reunido á la señora de Fersen y á mí al rededor del lecho de muerte de su hija, habia sido demasiado fatal para terminarse por un sentimiento tan tierno....

Estaba absorto en estas tristes reflexiones, cuando un brusco movimiento pareció dispertar á la señora de Fersen de un profundo sueño: entonces me dijo: —Perdonad, hace tanto tiempo que no he respirado un aire sutil y embalsamado como este, que gozo como egoista de tan admirable naturaleza.

Irene dividió su ramillete en dos, el uno lo dió á su ma-

dre, á mí el otro, y seguimos nuestro camino hácia la casa.

Llegamos allí despues de un largo paseo, pues el parque era muy dilatado.

XXX.

Dias de sol.

En la Floresta 10 de mayo 18** (1).

Son las once de la noche; acabo de dejar á la señora de Fersen. Heme aquí ya en la cabaña que en lo sucesivo debo habitar á su lado.

Experimento una extraña sensacion.

De un mes á esta parte se han sucedido los acontecimientos con tanta rapidez, y mi corazon ha sido trastornado por emociones tan distintas, que siento una necesidad de darme cuenta de mis recuerdos, mis votos y mis esperanzas.

Con este objeto voy á continuar este diario, interrumpido desde mi salida de Khios.

Preséntanse tan confusas las ideas á mi pensamiento, que confio aclararlas por medio de la escritura: hago á corta diferencia como las personas que no pudiendo sacar un cálculo de cabeza, se ven precisadas á estamparlo en el papel.

¿En qué vendrá á parar ese amor? El doctor Ralph ha significado formalmente á la señora de Fersen que por mucho tiempo seria indispensable mi presencia á la completa

(1) Arturo insiguiendo su costumbre, intercala en este lugar fragmentos de su diario interrumpido desde Khios y vuelto á continuar seguramente á su llegada á la Floresta. Los capítulos precedentes estan destinados á llenar el claro que separan las dos épocas, durante el cual suspendió al parecer Arturo este *memorandum*.

salud de Irene, y que sobre todo era menester emplear aun dos ó tres meses en sosegar la imaginacion de aquella niña, y en tener cuidado de no causarla la menor agitacion ni el mas leve disgusto, porque semejantes emociones debian serle tanto mas peligrosas cuanto que siempre las concentra profundamente.

El atractivo que tengo para Irene, atractivo que atribuye el doctor Ralph á ciertas afinidades magnéticas y misteriosas, de que cita mil ejemplos, sea en los hombres ó en los animales, pero que confiesa no poder explicar, hace que sea mi posicion muy singular.

La accion que ejeree sobre esa niña mi presencia ó mi ausencia es un hecho probado, irrecusable. Dentro de un año ha tenido Irene tres ó cuatro crisis, ligeras, graves, ó casi mortales, que no han debido su orígen sino al pesar de no verme, y sobre todo de no verme al lado de su madre... porque su aya me ha dicho despues que aun ñuestras entrevistas de las Tullerías no habian dejado enteramente satisfecha á Irene, que lamentaba siempre el tiempo de su permanencia á bordo de la fragata.

Es pues mi presencia el lazo que une á Irene á la vida.

Sin mi amor, sin mi pasion á Catalina, sin el profundo interés que su hija me inspira, esta imperiosa obligacion de nunca separarme de Irene me seria aflictiva y embarazosa.

¡Pero adoro á su madre! Pero, si comparo con los demás sentimientos experimentados hasta ahora el que ella me inspira, hallo que es el mas profundo de todos.... y es preciso, que viéndola cada dia, que unido á ella por las circunstancias mas excitantes, misteriosas y adecuadas para volcanizar el mas frio amor, es preciso, digo, imponerme silencio y mirar á Cátalina como una hermana, como una amiga!

¡Seria pues en nombre de mi pasado afecto, casi en nombre de la influencia fatal que involuntariamente ejerzo sobre Irene que llegaria á hablar á Catalina de las esperanzas de mi amor!

Este seria un papel infame.... seria despreciable.

¡Y si la pobre madre se figurara, ¡Dios mio! que exijo su amor por precio de mi permanencia al lado de su hija!...

¡Ah! ¡esta idea es horrible! . . . .

. . . .

Mi resolucion está tomada, irrevocablemente tomada.

Jamás proferirán mis labios una palabra de amor.

. . . .

En la Floresta, 11 de mayo 18**.

Mis buenas acciones me acarrean contratiempos.... Otra razon mas para guardar el mas escrupuloso silencio.

Esta mañana han traido los periódicos al salon.

La señora de Fersen ha abierto uno y se ha puesto á leer.

La he visto interrumpir de repente su lectura, extremecerse y ponerse colorada; luego con la expresion de una sorpresa muda ha dejado caer lentamente sus manos sobre sus rodillas agitando la cabeza, como si dijera: — ¡Será posible!

Dirigiéndome en seguida una mirada cubierta de lágrimas, ha hecho un esfuerzo para levantarse y se ha salido.

No sabiendo á que atribuir aquella viva emocion, cogí el periódico, y los siguientes renglones me explicaron en breve el trastorno de la señora de Fersen.

«Sábese que la casa *** y compañía del Havre declaró hace un mes una quiebra que asciende, segun dicen, á muchos millones. El socio principal se embarcó secretamente para los Estados-Unidos. Prevenidos algunos acreedores por los rumores alarmantes que corrian acerca de la solidez de aquella casa retiraron á tiempo sus caudales. Mr. Dumont, agente de negocios del señor conde Arturo de ***, interesado en esta quiebra por la suma de ciento cincuenta mil francos, no ha tenido igual suerte, por faltarle en aquella

fecha los necesarios poderes, á pesar de que vino expresamente al Havre para prevenir este desastre: ha acudido á la sala del procurador del rey que conocerá del proceso que debe instruirse, por considerarse evidentemente fraudulenta la expresada quiebra; pero visto el activo, que apenas formará unas ochenta mil libras, los numerosos acreedores de la casa *** pueden dar sus fondos por perdidos.»

La señora de Fersen habia sabido mi precipitada salida para el Havre, pues que me habia alcanzado su correo antes de mi entrada en aquella ciudad. Yo habia regresado inmediatamente, y la época de mi regreso coincidia con la fecha de aquella quiebra. No le cabia pues duda á Catalina de que el afan de volar al lado de Irene moribunda me habia causado aquella pérdida. Así es, que ahora mas que nunca debo estar sobre mí para no parecer que pido el precio de mi sacrificio.

Recorriendo maquinalmente el periódico, encontré mas abajo de la noticia que acabo de citar la siguiente nota que me interesaba.

Siendo el papel que leia un papel semi-oficial, merecia algun crédito.

« Háblase de algunas mutaciones próximas en nuestro cuerpo diplomático. Entre las personas que pudieran ser llamadas á un eminente destino en los negocios extranjeros, se hace mérito del conde Arturo de ***, que á pesar de sus pocos años es acreedor á semejante empleo por sus viajes, sus estudios y por los profundos trabajos á que por mucho tiempo se ha dedicado como jefe del gabinete particular de S. E. el ministro de negocios extranjeros. Estas indicaciones de cuya exactitud salimos garantes, prueban bastante que cuando la distincion del nacimiento y los dones de la fortuna acompañan una capacidad eminente y conocida, todo es de esperar del apoyo y de la proteccion de los ministros del rey.»

Esta nota salia del gabinete de M. de Serigny, quien durante mi ausencia creia hacerme un distinguido obsequio

pidiendo seguramente al rey algun favor para mí.

Bastante indiferente á esta noticia, fuí á encontrar á Catalina.

Paseábase por una de las calles del parque.

Todo lo sé, me dijo dándome la mano....

Esto mas.... esto mas.... ¡Dios mio! añadió levantando los ojos al cielo. Y yo, ¿qué he hecho yo por él?

Estas palabras me llegaron al corazon y me causaron una sensacion tan dulce y tan profunda, que mis esperanzas renacieron á pesar mio.... Mas conteniendo estas ideas y deseando mudar de conversacion, la dije:

— ¿Con qué no me dais la enhorabuena por mis futuros adelantos?

Miróme con sorpresa.

— ¿Qué adelantos?

— ¿No habeis leido el diario de hoy?

— Sí.... pero ¿de qué adelantos me hablais?

— Se lee en ese diario que muy en breve seré llamado á desempeñar un importante destino en los negocios extranjeros.

Sin dar señales de haberme oido, prosiguió Catalina. ¿Quereis hacerme una promesa?

— Hablad.

— Os enviaré á Irene á la chozilla.... mas no quisiera veros por hoy.... Espero no lo llevaréis á mal, me dijo alargándome tristemente la mano.

— No por cierto, la contesté asombrado de esta súbita resolucion.

En la Floresta 13 de mayo de 18**

. . . .

¿Cuánto tiempo hace que no continuaba este diario?... no lo sé.... ya no me acuerdo.

Y además, ¿só por ventura alguna cosa? ¿conservo ningun recuerdo?

¿No es un sueño cuanto me está pasando? ¿un sueño tan deslumbrador que me hace preguntar á mí mismo en dónde están los límites de la realidad? ¿dónde termina el sueño? ¿dónde empieza el dispertamiento?

¡Sueño, recuerdos, dispertamiento!!! vanas y descoloridas palabras!... que yo empleaba antes de este dia....

Quisiera tener ahora nuevas voces para pintar lo que no habia experimentado aun.

El servirme de las antiguas frases para expresar mis emociones de hoy, no solo me parece imposible.... sino que lo encuentro una blasfemia.... una profanacion....

¿Seré el juguete de una ilusion?... ¿Soy yo.... yo.... el que esto escribo en *la Floresta*.... en la cabaña?...

Sí, sí, yo soy.... yo miro ese reloj que señala las cinco... yo veo reflejarse en el estanque los rayos del sol, yo oigo á los árboles que susurran al embate de la brisa, yo respiro la fragancia de las flores, y yo soy el que á lo lejos descubro su morada, *la de ella*.

¿No es pues un sueño?

Veamos, reunamos mis recuerdos.... remontémonos por grados hasta el orígen de ese raudal de felicidad que me embriaga....

¿En qué dia estamos hoy?... ni lo sé.... ¡Ah! es domingo.... ella fué á misa esta mañana.... allí ha llorado.... ha llorado mucho.

¡Benditas sean aquellas lágrimas preciosas!

Pero ¿cuándo fué que recibimos aquellos periódicos?.... aquí están, era anteayer....

¡Anteayer!... ¡cosa singular!... muchos años hubieran pasado sin que por esto me pareciese aquel dia mas lejano.

Entre el pasado de ayer que nos era casi indiferente y el presente de hoy que todo lo encierra para nosotros.... habria de este modo un siglo de distancia....

Sí, fué anteayer.... que Catalina me rogó la dejase sola.

Obedecí; pero me parece que aquello me contristó.

Vino Irene á jugar sobre las gradas de la cabaña.

Llegó la hora de comer....

En vez de presentarse Catalina como siempre á la mesa, me mandó á decir tuviese la bondad de comer solo, porque se hallaba indispuesta.

Al anochecer, estaba cargada la atmósfera.... Catalina bajó al salon... la encontré muy pálida.

— Me ahogo en mi cuarto, me dijo, me siento inquieta... agitada.... nerviosa.... ¡está el tiempo tan borrascoso!

Luego me pidió el brazo para dar un paseo por el parque.... Contra su costumbre, dijo á la señora Paul, aya de Irene que nos siguiese con esta.

Hemos tomado por la calle que da la vuelta al parque, y llegamos junto al pabellon cubierto de glicíneos en que ella me habia esperado con Irene el primer dia de mi llegada á la Floresta....

Ignoro si fué la emocion, el cansancio ó el sufrimiento, pero Catalina se encontró fatigada, y quiso sentarse sobre un banco de menuda yerba.

Puesto ya el sol, bañaba todavía con sus últimos purpurinos rayos la nebulosa capa del firmamento, surcada á cada instante de calurosos relámpagos, que seguia Irene con firmeza y curiosidad.

Catalina no hablaba.... y parecia estar profundamente absorta.

Comenzaba el crepúsculo á derramar sus sombras por el bosque, cuando Irene; á quien tenia su aya sobre sus rodillas, quedó adormecida.

— Señora, dijo la señora Paul, la señorita Irene va á quedarse dormida; el doctor tiene encargado que no se la tenga expuesta al ambiente de la noche....

— Retirémonos, dijo Catalina, y se levantó.

Estaba tan débil, que se cargaba con todo su peso sobre mi brazo.

De repente observo que las fuerzas van abandonando á

Catalina, quien me dijo en voz baja:

— No puedo dar un paso mas. .. estoy quebrantada....

— Procurad esforzaros, la respondí, hasta llegar solamente á la casita que está muy cerca.... podreis descansar en aquel banco de la puerta....

— Pero, ¿é Irene? exclamó con zozobra.

Una sinuosidad de la senda nos ocultó al aya, que nos habia tomado mucha delantera.

Sostuve á Catalina, que pocos segundos despues se halló sentada delante de la puerta de la cabaña.

Habiause disipado las tempestuosas nubes; á nuestros pies veíamos el estanque, en que empezaban á retratarse las estrellas.. . El perfume de las flores, excitado por el calor y la pesadez de la atmósfera, saturaba el ambiente.... no se oia el menor soplo de la brisa, ni el mas leve rumor.

Estaba la noche tan quieta, tan bella, tan transparente, que con su indecisa claridad, distinguia perfectamente las facciones de Catalina.... Toda mi vida parecia concentrarse en mi corazon, que daba fuertes latidos.

Sentíame tambien oprimido, enervado por la tibia y embalsamada atmósfera que nos rodeaba....

Sentada y recostada la señora de Fersen sobre algunas almohadas, sostenia su frente con una de sus manos.

Reinaba tan profunda calma, que oia hasta el ruido precipitado de la respiracion de Catalina.

Quedaron embargadas mis potencias por una fantasía á la vez triste y apacible....

Acaso no debia volver á encontrar jamás una ocasion tan favorable para decir á Catalina cuanto estaba pasando en mí, pero la delicadeza, y el temor de parecer que hablaba en nombre de un servicio prestado, me hacian enmudecer.

Súbitamente exclamó:

— ¡Por piedad, distraedme de mis pensamientos, haced que oiga vuestra voz... Decidme cuanto querais, con tal de que me hableis; en nombre del cielo habladme.

— ¿Qué podré deciros? .. contesté con resignacion.

— ¡No importa!... exclamó juntando sus manos con humildad; no importa.... habladme, arrancadme de los pensamientos que me oprimen.... condoleos, ó mas bien sed despiadado... acusadme, insultadme, decidme que soy una mujer bastante ingrata, egoista.... bastante vil para no tener la valentía de la gratitud, exclamó animándose á pesar suyo, y como si hubiese descubierto un secreto demasiado tiempo contenido. No modereis vuestras reconvenciones, porque vuestra resignacion me hace un daño incalculable.... no sabeis cuanto desearia encontraros menos generoso. Porque en fin.... ¿qué podrá decirse de una mujer que hallando á un amigo verdadero y discreto, se deja prodigar por él por espacio de seis meses las atenciones mas delicadas, mas asiduas y respetuosas, que le ve entregarse á los caprichos de su hija enferma.... y luego un dia por único agradecimiento y por el mas vano y vergonzoso motivo, despide brutalmente á ese amigo.... Y no es esto todo: esta mujer, en una circunstancia aterradora, tiene necesidad de él... solo él puede salvar la vida á su hija... le llama inmediatamente, porque sabe que puede prometérselo todo de la abnegacion de aquel pecho heróico; que sacrificándolo efectivamente todo, corre al instante á arrancar á su hija de los brazos de la muerte....

— Por favor os pido.... no hablemos de esos tristes recuerdos.... ocupémonos solamente en la presente felicidad, la dije....

Pero sin dar muestras de heberme oido, prosiguió Catalina, con una exaltacion progresiva que me horrorizó:

— ¡Y esto sin que ese amigo, tan bondadoso, tan noble, se atreviera jamás á decirla una palabra que pudiese aludir á su admirable conducta! Genio tutelar de esta mujer y de su hija cuando entrambas padecen.... se contenta con estar allí.... siempre allí.... cariñoso, triste, resignado.... y luego cuando acaba de salvarlas, porque el salvar á la hija, es salvar á la madre, se retira, altivo, silencioso y reservado. .. dichoso sin duda por el bien que ha hecho, pero te-

miendo al parecer la ingratitud, ó desdeñando el reconocimiento que inspira....

La voz de Catalina iba siendo cada vez mas breve y entrecortada: sus palabras me entusiasmaban; pero parecian arrancadas por una febríl excitacion; de tal manera contrastaban con su reserva habitual, que llegué á temer que su razon, hasta entonces tan firme y serena, experimentase por fin la reaccion tardía de las espantosas sacudidas que por espacio de seis semanas la habian estado conmoviendo....

— ¡Catalina! ¡Catalina! exclamé, teneis demasiado amor á vuestra hija para que yo haya podido dudar de vuestro agradecimiento! Mi mas cara, mi mas preciosa recompensa....

Aunque hubiese oido mi respuesta, pues que hizo alusion á ella, prosiguió con un acento mas y mas apasionado:

— ¡Oh! sí, sí; decidme que el sentimiento delicioso.... invencible, que me seduce y me embriaga en este momento.... es el reconocimiento.... decidme, sí, que nada hay mas santo, nada mas religioso, mas legitimo que lo que ahora siento.... Bien puede una mujer consagrar su existencia al que la ha devuelto su hija; sobre todo cuando este.... tan generoso como delicado.... no ha osado proferir jamás una sola palabra sobre sus justas esperanzas.... de consiguiente.... ¿no es verdad que á ella atañe.... á ella.... el venir.... á preguntarle.... con efusion y con orgullo. . ¿Cómo se podrá nunca recompensar tanto amor?

— Correspondiendo á él.... exclamé.

— Confesando.... que ha sido siempre correspondido.... dijo Catalina con voz amortiguada.

Y dejo caer sus manos sobre las mias con desfallecimiento.

. . . .

En la Floresta, 16 de mayo 8**.

¡Desgracia!... ¡Fatalidad!...

No la he visto desde ayer. Esta noche ha llegado el doctor Ralph, y la encuentra de muy grave peligro.... atribuye ese ardor febríl, ese terrible delirio á la reaccion de todas las angustias que ha sofocado la inféliz durante la enfermedad de su hija....

Mas, no lo sabe todo....

¡Ah! ¡cuán horribles deben de ser sus remordimientos! ¡cuánto estará padeciendo! ¡y yo no estoy allí, y yo no puedo estar allí.

¡Oh! ¡si, la amo, la amo con toda la efusion de mi alma, porque maldigo ahora aquel delicioso recuerdo que me ponia ayer loco de felicidad!

La vista de Irene me hace daño.... hoy á venido á mí esta niña y la he repelido.... es fatal á su madre como me lo será tal vez á mí....

Acaba de salir de aquí el doctor Ralph.... no hay mejoría.

He observado en él una mudanza singular.

Cuando llegó esta mañana, me dió como siempre la mano con afectuosidad; su austero semblante exprimia ordinariamente al saludarme un sentimiento de benevolencia... Esta noche le tendí la mano, y no la tomó. Su mirar me pareció severo, indagador.... Despues de enterarme sucintamente del estado de Catalina, se salió con un aire glacial.

En medio de su desvarío.... ¿habrá hablado Catalina?...

¡Oh! esta idea es horrorosa..... por fortuna hay solamente á su lado el aya de Irene y el doctor Ralph.

Mas, no importa.... no importa.... esa aya es al cabo una criada suya, ese médico un extranjero.... y ella tan altiva

porque habia tenido siempre el derecho de serlo.... vedla ahora tal vez eternamente obligada á sonrojarse en presencia de aquellas gentes.

Si en efecto habló.... no lo sabe la infelíz, ni lo sabrá probablemente jamás; pero lo saben ellos.... acaso saben su secreto y el mio. ..

Si con una sola palabra pudiesen ser aniquiladas aquellas dos personas.... creo que la proferiria.

. . . .

En la Floresta, 17 de mayo 18**

¿Qué haré? ¿qué resolucion tomaré si la enfermedad de Catalina continua marchando á pasos tan agigantados? El doctor Ralph no quiere en adelante cargar él solo con esta responsabilidad.... reunirá muchos facultativos para celebrar las consultas.... y entonces....

No puedo seguir escribiendo, me ahoga el llanto. . .

. . . .

Hame sucedido esta mañana una cosa muy extraña.

Al participarme el doctor que la enfermedad de Catalina se agravaba.... he vuelto aquí á mi casita, y he querido escribir lo que experimentaba, porque ni puedo ni quiero confiar á nadie mis satisfacciones ó mi dolor; así es que cuando rebosa mi corazon de dicha ó de infelicidad, siento un gran alivio en hacer al papel estas confidencias mudas.

Luego que he sabido el nuevo riesgo que amagaba á Catalina, he sufrido tanto que he querido escribir mis angustias.... esto es, explayarlas.

Me fue imposible.... solo he podido trazar con mano trémula las palabras que empiezan esta página, y que fueron inmediatamente interrumpidas por mis lágrimas....

Entonces he salido por el parque....

Allí por la primera vez he sentido amargamente, ¡oh!

si muy amargamente, no tener la fe ni la esperanza religiosa....

¡Hubiera podido rogar por Catalina!

Nada hay seguramente triste como el reconocer la espantosa vanidad de las plegarias que se dirigen al cielo por un ser adorado que uno teme perder; pero á lo menos, queda un minuto de esperanza.... á lo menos se cumple con un deber.... á lo menos el dolor tiene un lenguaje, ¡no se le cree estéril!!!

¡Pero el no poder decir á ningun poder humano ó sobrenatural *salvadla!!!* es cosa verdaderamente aterradora.

Sentí tan dolorosamente esta impotencia, que desesperado me prosterné sin saber á quien alzaba mi ferviente súplica. Pero íntimamente convencido en aquel momento de desvarío de que mi voz seria oida, exclamé: ¡Salvadla! ¡salvadla!... Luego tuve á pesar mio una vislumbre de esperanza, tuve por decirlo así, la conciencia de haber dado cumplimiento á un deber.

Mas despues me avergoncé de lo que yo llamaba mi flaqueza, mi puerilidad.

No pudiendo comprender mi razon, y por consiguiente creer, las afirmaciones que constituyen las diferentes religiones humanas, ¿cuál era el dios que invoqué?...

¿Qué fuerza habia podido arrancarme aquella plegaria?.. el último grito, la última fórmula de la desesperacion. .

. . . .

La crisis que temia el doctor Ralph no ha tenido lugar...

Catalina no se encuentra mejor, pero tampoco peor.... su delirio continúa.

La frialdad del doctor Ralph para conmigo llega á ser extraordinaria.

Irene, desde que su madre está enferma, va dando frecuentes muestras de sensibilidad y ternura infantil, pero seria y desembarazada como su carácter.

Esta mañana me ha dicho: Mucho padece mi madre, ¿no es así?

— Mucho, mi querida Irene.

— Cuando los niños padecen, viene su madre á ocupar su puesto para que acaben de padecer: ¿no es verdad? me preguntó gravemente.

Sorprendido de tan extraño razonamiento, la estaba mirando atentamente sin contestarla, y ella continuó:

— Yo quiero estar mala en vez de mi madre.... acompañadme al facultativo.

Esta niñería, que en otras circunstancias me hubiera hecho reir, me laceró el corazon.... y abracé á Irene para ocultar mis lágrimas.

En la Floresta, 17 de mayo de 18**.

Hay esperanzas.... cesa el delirio.... sucédele un profundo abatimiento. Lo que temia el doctor Ralph era el ardor y la actividad de su sangre inflamada.

Ahora teme la atonía, la debilidad.

Ha recobrado el conocimiento.... su primera palabra ha sido el nombre de su hija.

El aya me ha dicho que el doctor no habia dado todavía permiso para que se la presentarán.

Veinte veces he estado á punto de preguntar á la señorita Paul, si Catalina habia preguntado por mí.... mas no me he atrevido . . . .

. . . .

En la Floresta, 18 de mayo de 18**.

Hoy ha permitido el doctor Ralph por la primera vez a aya que llevase á Irene á la señora de Fersen.

Yo aguardaba con dolorosa impaciencia el momento en

que vería á Irene, con la esperanza de tener por su medio algunas noticias de su madre.... y acaso.... una palabra, una memoria de Catalina.

Una vez que haya vuelto en sí, no sé que partido tomará la señorita de Fersen con respecto á mí:

Sucede muchas veces que durante el parasismo de los desesperados remordimientos que siguen á una primera falta, aborrece la mujer al hombre á quien ha cedido.... con toda la violencia de su arrepentimiento, y con toda la energía de su dolor, le abruma de reconvenciones; únicamente sobre él debe pesar toda la responsabilidad del crimen, porque ella no fue su cómplice sino su víctima.

Si su alma ha quedado pura, á pesar de un momento de involuntario extravio, toma la sincera resolucion de no ver mas al que la ha seducido.... y de no tener que llorar por lo menos mas que una traicion, una sorpresa.

Al principio se mantiene fiel á esta determinacion.

Procura, no ya escusar, sino rescatar su falta á sus propios ojos, por medio del cumplimiento riguroso de sus deberes; pero el recuerdo de aquella falta está allí.... siempre allí....

Cuanto mas noble es el corazon, mas severa es la conciencia, mas implacable el remordimiento.... Entonces sufre horriblemente la infelíz.... porque ella es sola, porque se ve forzada á devorar sus lágrimas solitarias, y á sonreirse ante las gentes....

Aterrada á veces de esa soledad, de esa muda concentracion de su quebranto, se resigna á buscar consuelo y fuerza en el que la sedujo. En nombre de sus remordimientos, le intima que olvide un momento de error.... que no sea para ella mas que un amigo sincero, el confidente de los disgustos que ha ocasionado. Pero las mas de las veces no ha llorado aun la mujer todas sus lágrimas....

El hombre, grosero como su especie, no comprende esa sublime lucha del amor y del deber en que se encuentra la mujer. Ese martirio continuado, esos amenazadores sobre-

saltos que produce en ella el recuerdo del honor, de la familia y de la religion ultrajada; esas espantosas torturas son calificadas por el hombre de *caprichosa ridiculez*, *de escrúpulo de pensionista*, ó de *necio influjo del confesonario*.

Si se prolonga la lid, si apurada la infelíz mujer, desgasta su vida en salvar las apariencias de un dolor que la deshonra y se resiste valerosamente á cometer una segunda falta, se irrita el hombre, y se alza contra su *beatería*, que le hiere en su amor propio, en el vivo de su brutal y desalada pasion, é injuria por última vez tanta virtud, tanta desgracia y tanto valor, diciendo á esa mujer afligida que *ese retoño de principios es algo tardío*; y ebrio de innoble venganza corre inmediatamente á propalar otro amorío con todo el cinismo de su condicion.

¡Y ha sido y es amado! ¡y una mujer bella y virtuosa ha expuesto por él su honor, su porvenir y el de sus hijos! cuando él hubiera cejado ante el menor de estos sacrificios....

¿Porqué pues tan miserable y sin embargo tan querido? Porque la mujer ama mucho mas al hombre por las cualidades que está obligada á suponer en él, y con que le engalana su exigente delicadeza, que por las que realmente le acompañan.

Sí, al contrario, por una muy rara excepcion, comprende alguno cuanto hay de santo y adorable en el remordimiento, y procura calmar los pesares que ha motivado, su dulzura y resignacion son todavía mas peligrosas á la mujer!

. . . .

Catalina.... ¿experimentará tambien esos incesantes remordimientos?

Ó querrá seguir mas bien á esas mujeres que por una sed insaciable de cariño, y por el pudor del llanto, ocultan sus penas y solo dejan ver su felicidad? ¿me dejará ignorar sus agonías? . . . .

. . . .

Conociéndola como la conozco, creo poder casi adivinar

cuales serán sus sentimientos en vez de mí segun lo que cuente Irene de su conversacion.

Así es que aguardo la llegada de esta niña con una ardiente inquietud. . . . .

. . . .

¡Alegría del cielo!!! véola correr con un ramo de rosas en la mano! . . . .

. . . .

No me engaña el corazon: Catalina es quien me lo envia. Ella me perdona mi felicidad.

XXXI.

Una mujer política.

Aquí concluyen los fragmentos de diario que escribí tiempo hace en la Floresta. . . . .

. . . .

Durante los cuatro meses que siguieron á la declaracion de Catalina y que pasamos en aquella honda soledad, estuvo mi vida tan completamente ocupada en la embriaguez de nuestra ternura siempre renaciente, que ni tuve tiempo ni necesidad de describir tan deliciosas emociones.

Confesóme entonces Catalina que desde nuestra partida de Khios habia dispertado en ella un profundo interés.

Habiéndola preguntado porque un dia fuera consigo tan cruel, que me rogase no volviera á ver á su hija, me respondió que la desesperacion de sentirse cada dia mas dominada por el afecto que la inspiraba, junto con los zelos y el disgusto que tenia de verme prendado de una mujer tan veleidosa como la señorita de V***, habian bastado á decidirla á poner un término á la misteriosa intimidad cuyo lazo era Irene, aunque semejante determinacion la hubiese sido terriblemente costosa.

Sabedora despues del resultado de mi pretendido enlace con la señorita de V***, y viendo que en vez de menguar la influencia que sobre ella yo ejercia, se acrecentaba con la ausencia, intentó varias veces anudar nuestras antiguas relaciones. Por otra parte, empezaba ya aquella separacion á afectar gravemente á Irene. Pero tan inexplicable es el amor en sus contrastes y delicadezas, me dijo Catalina, que esta misma razon unida á vuestra fria y desdeñosa apariencia, me retrajeron siempre de venir francamente á vos, pues temia que no creyerais mi conducta únicamente dictada por el interés de procurar la salud de mi hija.

— Entretanto, de tal manera se agravaba el estado de la pobre niña, que en aquel baile de palacio estaba bien resuelta á vencer mi repugnancia y deciros cuanto habia; pero vuestra acogida fue tan glacial, y vuestra partida tan brusca, que me fue imposible realizar mi intento.... Al dia siguiente os escribí.... pero vos no me contestasteis.... Fue menester, ¡ay de mí! que la vida de Irene fuese deshauciada para que otra vez me atreviese á escribiros al Havre!... Sabe Dios con cuan admirable generosidad me oisteis. .

. . . .

Pasadas las primeras angustias del remordimiento, el amor de Catalina fue tranquilo, circunspecto y apacible.

Notábase que despues de agotados todos sus esfuerzos por resistir á una invencible pasion, estaba dispuesta aquella mujer á sobrellevar con valerosa resignacion las consecuencias de su debilidad.

Los cuatro meses que pasamos en la Floresta fueron para mí y para ella el bello ideal de la felicidad.

Mas ¿de qué sirve el hablar de felicidad?... ¡Todo aquello es ahora una ceniza amarga y fria!

¿Qué importa? ¡ah! continuemos la triste tarea que me impuse. . . . .

. . . .

Luego que pude arrancar algunos minutos á mi amor, escribí al señor de Serigny para agradecerle las gratas

intenciones de que habia tenido noticia por medio de un diario oficial, y para prevenirle al mismo tiempo que mi ausencia se prolongaria por algunos meses; que no podia decirle el lugar de mi retiro, pero que le suplicaba que en caso de que le preguntasen por mí, diese á entender con su contestacion que me hallaba en país extranjero.

Sabiendo Catalina en el mes de setiembre que su marido debia llegar á fines del año, me comunicó que deseaba volver á París.

Este deseo de Catalina me sorprendió y me afligió.

Mucho habíamos debatido la cuestion de si continuaria ó no desempeñando las funciones que me encargara el señor de Serigny.

Catalina se habia constantemente empeñado en inducirme á que así lo hiciera.

En vano la objetaba que aquellas horas de insignificante trabajo serian defraudadas á nuestro amor, y que ya ningun atractivo encontraria en una ocupacion que me habia procurado distraerme de mis pesares. En vano la decia que toda la correspondencia de mi cargo versaba únicamente sobre las mayores mezquindades del mundo, y que ningun interés me ofrecia.

Á esto me respondia que no estaba muy lejos el dia en que debian precisamente agitarse cuestiones importantes en las elevadas regiones de la política, y que me arrepintiera entonces de haber abandonado aquel empleo. Mostrábase en fin tan altiva y tan felíz por las distinciones que mi mérito, decia, me tenia ya granjeadas de parte del rey, y confesaba estar tan orgullosa con mis adelantos, que acabé por prometerla cuanto deseó sobre este particular.

Quedó pues decidido entre los dos que volveria á ocupar mi puesto al lado del señor de Serigny.

Para no llegar á París al mismo tiempo que la señora de Fersen, y dar á entender que habia estado algun tiempo de viaje, debia yo salir de la Floresta para Lóndres, y volver en seguida á reunirme con Catalina.

Despues de pasados quince dias en Inglaterra, estaba de vuelta en París al lado de la señora de Fersen.

Habíame servido el señor de Serigny á pedir de boca, y fue opinion general que una interesante mision me habia detenido por seis meses en el extranjero.

Parecióme estar muy satisfecho el ministro de verme otra vez sentado á su despacho; pues el rey habia tenido á bien, me dijo, informarse de la época de mi regreso, demostrando sentir vivamente que no fuese ya hecho por mí el resúmen de las comunicaciones.

Á los ojos de la sociedad, no pisé por de pronto con mas frecuencia el umbral del palacio de la señora de Fersen que antes de nuestra partida para la *Floresta*; muy poco á poco fueron siendo mas asíduas mis visitas, pero no mas notadas.

Demasiado generalmente acreditado estaba entonces mi carácter de hombre ambicioso, y demasiado sólidamente apoyada en la opinion pública la reputacion de la señora de Fersen, para que el mundo, siempre fiel á sus prácticas rutinarias, dejase de considerarnos bajo el mismo aspecto, y hubieran sido menester muchas apariencias contrarias á estas ideas para hacerle mudar de propósito en cuanto á nosotros.

El impenetrable misterio que envolvia nuestra felicidad la redoblaba.

Si bien es verdad que suspiraba muchas veces por aquellos dias radiantes de la Floresta, por aquellos dias de una dicha tan serena y fácil, tambien á menudo en París, al corresponderse nuestras tiernas miradas, que nadie acertaba á comprender sino Catalina y yo, experimentaba aquella orgullosa alegría que tenemos cuando somos guardas de algun secreto formidable á la par que encantador, del que dependen el honor, la existencia y el porvenir de una mujer adorada.

Pocos dias antes de su partida, me habia dicho confidencialmente el señor de Fersen que su esposa iba haciéndose

indiferente á los intereses políticos de que tanto se habia hasta entonces ocupado....

Vueltos á París, ví con sorpresa á Catalina que tornaba á sus antiguas relaciones.

Su salon, que yo frecuentaba con asiduidad, era como en otro tiempo el punto de reunion ordinario el cuerpo diplomático. Las materias que formaban el objeto de la cotidiana conversacion fueron en breve tan graves, que á excepcion de los ministros y de algunos oradores influyentes de ambas cámaras, la elegante y fútil sociedad francesa desapareció casi enteramente de aquellas reuniones.

Aunque serias, ninguna verdadera importancia tenian aquellas conferencias; ó bien se encumbraban hasta las teorías mas abstractas y menos practicables, ó descendian á unos intereses tan mezquinos y positivos, que pronto saltaba á la vista su miseria y estrechez.

Hacíanse todavía tan estériles como interminables investigaciones sobre este desgastado tema: ¿debe la restauracien resistir ó no á la influencia democrática? etc. etc.

Dejábanme siempre admirado las ingeniosas razones de Catalina, como igualmente las generosas tendencias de sus convicciones. Uno de sus mejores triunfos era la demostracion de las ventajas que resultarian á la Francia de preferir la alianza rusa á la alianza inglesa. Cuando la daba por ello el parabien, me decia riendo que *yo era la Francia*, y que en eso estaba todo el secreto de su elocuencia.

Hubiera yo podido responderla á mi vez que mi diplomacia era ella; pues por hacer su gusto, vencí mi profunda antipatía á la chismografía europea de los diplomáticos que se daban cita en su casa, y conservé la costumbre de trabajar al lado del señor de Serigny. Acaso permanecí en aquel puesto por un sentimiento de orgullo que yo no llegaba á confesar, y que se fundaba seguramente en las distinciones con que seguia honrándome el rey, y en una cierta importancia que me daba la sociedad, y porque tambien, merced á mis funciones, podia mi asídua presencia en ca-

sa de la señora de Fersen ser atribuida á relaciones puramente políticas.

Lo que mas me embelesaba de Catalina era no tanto la influencia que se habia adquirido sobre su comitiva, como la gracia encantadora con que abdicaba en mis manos aquella tan respetada influencia. Aquella mujer de un juicio sólido, elevado y aun algo magistral, cuya voz era escuchada con singular deferencia, y cuyas palabras comentadas con recogimiento, se mostraba en nuestra intimidad como en la Floresta, dócil, sencilla, jovial, de una ternura llena de efusion, y me atrevo á decir de una sumision llena de gracia y oficiosidad, deponiendo siempre sus lauros á mis pies y riéndose conmigo de su vanidad.

Rogábala entonces á nombre de nuestro amor que abandonase aquella vida tan inútilmente ocupada.

Aquí era solamente donde encontraba siempre intratable á Catalina. Objetábame que el señor de Fersen iba á volver á París; que ella habia cometido una falta.... una gran falta, y que debia expiarla al menos á fuerza de sacrificarse á los intentos de su marido, quien la habia encargado expresamente antes de su partida que conservase y aun extendiese las relaciones que se habia formado, y á esta voluntad obedecia ella mas bien á consecuencia de las reconvenciones que la hacia su conciencia que por gusto.

Tanto como yo, lamentaba ella aquellas horas tan tristemente empleadas, y nuestros antiguos *coloquios de la galería* á bordo de la fragata, y sobre todo los cuatro meses pasados en la Floresta, *aquel tiempo de paraíso del corazon*, como ella decia, aquellos dias inapreciables que no resplandecen mas que una sola vez en la vida y que no se vuelven á hallar jamás.... de la misma manera que no se encuentra otra vez la pasada juventud.

Nada hay tan exclusivo ni tan locamente absoluto como la pasion.... Á pesar de reconocer la verdad de las observaciones de Catalina, no podia menos de contemplarme desgraciado por aquellas obligaciones que le eran impuestas

por el remordimiento de un deslíz que yo la habia hecho cometer.

Entre tanto se mostraba Catalina tan tierna y tan solícita, encontrando con la increible astucia de su corazon tantos medios para hablarme indirectamente de nosotros mismos en medio de las conversaciones al parecer mas graves, que yo *llevaba en paciencia mi felicidad.*

Nada hay en efecto tan seductor como ese lenguaje convencional, á favor del que saben los amantes hablarse de sí mismos, de sus esperanzas y de sus recuerdos, en medio de la mas solemne concurrencia. Nada me divertia tanto como el ver á los hombres de mas gravedad tomar parte con la mayor inocencia en nuestras conversaciones de doble sentido.

Mas tambien esos personajes me hacian pagar bien cruelmente aquellas alegrías misteriosas.... Usurpábanme en primer lugar casi todas las veladas que Catalina solia pasar generalmente en su casa, y luego una esquela que frecuentemente recibia de su parte por la mañana al efecto de que les concediese una entrevista, venia á cambiar todos nuestros planes.

Tanto como á mí importunaban á Catalina aquellos obstáculos. Mas, ¿qué cabia hacer?... ¿bajo qué pretexto denegar la entrevista que la pedian?... ¿Podia yo empeñarla en un peligroso proceder, yo cuyo temor de comprometer su reputacion frisaba en la mas escrupulosa delicadeza?...

No.... no tal; pero esos mil obstáculos continuamente repetidos irritaban sin cesar la zelosa impaciencia de mi amor.

¡Nuestra felicidad habia sido tan completa en la Floresta! Encantadora estacion, delicioso país, soledad profunda, libertad misteriosa y suma; todo en fin habia sido tan adorablemente reunido por el azar, que la comparacion de aquel pasado con el presente era un continuado sinsabor.

Mas no me privaban estos disgustos de gozar de los celestiales momentos que nos quedaban. Yo tenia una pro-

funda fe en el amor de la señora de Fersen; mis raptos de desconfianza de mí mismo y de los demás no habian podido resistir al influjo de su noble carácter y á la conviccion en que estaba esta vez de haberme conducido con Catalina como muy pocos hombres se hubieran portado en mi lugar, y por consiguiente de merecer toda su ternura.

Estaba en fin tan seguro de mí mismo, que habia arrostrado ciertos pensamientos analíticos que en otro tiempo me aterraran; habia, en una palabra, buscado impunemente cual podia ser la mira del amor de la señora de Fersen, y confieso que al verla tan gran señora, de tanto influjo, tan rica y respetada, no pude, á pesar de toda mi inventora sagacidad y de todos los recursos de mi receloso ingenio, no pude, digo, encontrar que *interés* podia inducir á Catalina á que fingiera amarme. . . . .
. . . .

XXXII.

Rumores.

Era al principio del mes de noviembre, un viernes, mi dia nefasto.

Hacia ya algun tiempo que instruida la señora de Fersen del próximo regreso de su marido, y deseosa de desviar toda sospecha, habia creido deber estarse siempre en su casa, y no cerrar á nadie su puerta. Esto no obstante, me habia prometido reservarme algunas horas.

Nuestras entrevistas iban siendo tan raras y difíciles, merced á la muchas personas que la rodeaban, que yo ponia como ella un gran precio á aquel dia de ventura que Catalina habia ido preparando de antemano, diferiendo ó terminando mil naderías, que son otros tantos lazos invisibles en que diariamente esta prendida una mujer de cor-

te á pesar de su aparente libertad. Aun la víspera, á la hora del té, me habia reiterado Catalina su promesa delante de su círculo habitual, diciéndome, conforme á nuestras convenciones, *que confiaba que al dia siguiente el tiempo estaria bueno para dar un paseo.*

Acuérdome que abriendo el enciclopédico baron de***, que se hallaba presente, un sabio paréntesis meteorológico y astronómico, con ocasion de aquella esperanza de *buen tiempo*, se suscitó una acalorada discusion acerca de las influencias planetarias y las causas atmosféricas.

Muchas veces no pudimos menos de reir Catalina y yo, pensando en la linda y misteriosa causa que servia de punto de partida á las doctas investigaciones de tantos sabios personajes. Necesitamos una gran serenidad para contener una carcajada al oir las excelentes razones que aducia el nuncio del papa para probar que necesariamente debia hacer al dia siguiente un tiempo hermosísimo.

Tan de su opinion era yo, que me lancé aventuradamente á su partido, y alcanzamos victoria sobre un diabólico encargado de negocios de los Estados-Unidos, que se encarnizaba, el envidioso republicano del hombre aquel, en pronosticar un tiempo de los mas execrables.

Separéme pues de Catalina ebrio de una esperanza tan inquieta como la de los primeros dias de nuestra ternura.

Parecíame amarla aquel dia con mas fervor aun que los demás; habia tenido mil dorados ensueños sobre aquella entrevista, y mi corazon rebosaba de amor y de esperanza.

Habíala encontrado aquella noche todavía mas bella, todavía mas docta, todavía mas escuchada, y mas admirada todavía que en ningun otro tiempo; y es fuerza confesarlo, mal que nos pese, el elogio ó la censura de los indiferentes y envidiosos forman la alternativa de ardor ó de tibieza á que está sujeto el amor.

Hallábame al dia siguiente á punto de salir, cuando recibí dos palabras suyas.... Era imposible tener nuestra entrevista; acababa de saber que una discusion de la mayor

importancia, y que se creia haber sido aplazada, debia tener lugar aquel mismo dia en la cámara de los diputados, donde se veia precisada á asistir con Mr. P. de B***, embajador de Rusia.

Excesivos fueron mi dolor, mi despecho, mi cólera y mi tristeza.

No siendo todavía hora de abrirse la sesion, pasé á casa de la señora de Fersen.

En vez de anunciarme, me dijo el ayuda de cámara que la señora princesa habia vedado la entrada, y que estaba en conferencia con el ministro de Prusia.

Aun cuando se hubiera hallado en el salon toda la descendencia del marqués de Brandeburgo habria querido entrar en él; así pues, dí órden al ayuda de cámara para que me anunciase.

Para colmo de desesperacion, jamás habia estado Catalina mas seductora, lo que aumentó aun mi despecho y mal humor.

Algo sorprendida la dejó al parecer mi visita, que causó alguna contrariedad al venerable conde de***, cuya alteracion me afectó muy poco en verdad.

Despidióse de la princesa, diciéndola que seguirian mas tarde su conversacion.

— ¡Cuánto siento este contratiempo! me dijo tristemente Catalina.... Pero ya es la una.... la sesion se abre á las dos, y nuestro embajador....

— ¡Ea! ¡señora! exclamé interrumpiéndola, y dando un taconazo al suelo con violencia, dejémonos de cámaras y embajadores; fuerza es escoger entre los intereses de mi amor y los de los pueblos por quienes os sacrificais.... Sé que es muy ridículo el parangon.... pero quien lo provoca es vuestro increible carácter.

Miróme la señora de Fersen con profundo y doloroso asombro, pues yo no la habia acostumbrado aun á tan acerbos modales.

Continué :

— Celebro además esta ocasion de poder deciros una vez por todas, que vuestros coloquios y continua fraseología con todos esos fastidiosos y presumidos personajes me desagradan é impacientan mas allá de toda expresion.... Nunca os encuentro sola.... estais siempre rodeada de esas gentes para quienes es una gran comodidad el hacer de vuestro estrado una sufragánea de su chancillería. Preferiria mil veces mas que os hallaseis cercada de los mas elegantes é ilustrados jóvenes, aun cuando os mostraseis con ellos tan coqueta como la señora de V***. Por lo menos tendria de quien estar zeloso y con quien rivalizar en ternura y atenciones. Mas ahora.... ¿con quién mediré mis fuerzas? ¿Á quién apelaré? ¿Á las naciones?... Á fé que nada encuentro tan humilde y despreciable como el verme reducido á tener zelos de la Europa, ó á disputar el corazon de la mujer que amo á los oradores de la cámara.. . como lo estoy haciendo aun el dia de hoy....

— Amigo mio.... ¿hablais con seriedad?... me dijo la señora de Fersen, con una incertidumbre á la vez tímida, recelosa y algo burlesca, que me hubiera parecido encantadora, si no hubiera estado Catalina tan desesperadamente hermosa, y si ciertas contrariedades no nos volviesen tan insensatos como perversos.

Exacerbóme además la pregunta de la señora de Fersen, porque me hizo reparar en que mi cólera distaba poco de ser verdaderamente cómica.

— Los corazones apasionados, las almas generosas adivinan y no interrogan las impresiones.... Si os veis obligada á preguntarme lo que siento, os compadezco á fe mia.... yo soy mas penetrante.... y no comprendo sino demasiado.... que no me quereis....

— ¿Yo no os quiero? dijo la señora de Fersen juntando las manos con una dolorosa estupefaccion; y luego volvió á repetir: ¿Yo no os quiero?... ¿eso me decís.... á mí?...

— Si vos me amaseis, me sacrificariais toda esa turba, que aborrezco porque me importuna, porque de nada sir-

ve, porque os obliga á malear vuestro pecho. Si me amaseis, en fin, sacrificariais la satisfaccion de vuestro amor propio á mi felicidad.

—¡Mi amor propio!... ¡es por amor propio que conservo.... que cultivo esas relaciones! ¡Dios mio! ¿será menester repetiros, Arturo, lo que jamás profiero sin vergüenza y sin dolor?... He sido muy culpable, y así dejadme al menos que lo haga todo para no agravar mi falta.

—Ya entraron los remordimientos, la dije con aspereza, no estará muy lejos el rompimiento.... mas podréis estar prevenida....

—¡Ah!... ¿qué decís?... ¡oh horror!.. ¿lo he por ventura merecido?... exclamó Catalina con los ojos arrasados de lágrimas.

—Su excelencia monseñor embajador de Rusia, anunció el ayuda de cámara.

La señora de Fersen no tuvo mas tiempo que el de desaparecer detrás de la mampara del salon y entrar en su alcoba.

—Estoy aguardando tambien á la señora de Fersen, dije á M. P. de B*** estará todavía al tocador.... ¿Vais á la cámara, no es verdad?

—Sí.... nada se habrá visto de mas lucido é interesante que esta sesion; se dice que Benjamin Constant, Foy y Casimiro Perrier han de tomar la palabra, y que deberá contestarles Mr. de Villele.

Entró Catalina, grave y sosegada como si tal cosa no hubiera pasado entre los dos.

Su imperio sobre sí misma me revolvió las entrañas.

Despues de algunas insignificantes palabras, la hizo advertir Mr. P. de B***, que era ya tarde y que era preciso marchar para poder encontrar todavía algunos asientos en la tribuna diplomática. Ofreció el brazo á la señora de Fersen, que me invitó á que la acompañara, apoyando su propuesta con una mirada suplicante, á que me mostré insensible.

Salí de su casa, irritado y descontento de ella y de mí....

Híceme llevar á las Tullerías para pasearme.

Encontré casualmente á Pommerive.

No le habia visto desde que salí de París. Estaba yo tan triste y desapacible, que no me disgustó el encontrar aquella distraccion á mis ideas.

— ¿De dónde se viene, Mr. de Pommerive? le dije.

— No querais saberlo.... He ido al Franco-Condado á pasar tres meses en San-Prix: en casa de los d' Arancey.... ¡qué barbaridad!

— Bastante acomodados están para daros esos excelentes convites que tanto os satisfacen, y á que tan agradecido os mostrais.

— El único modo de probar que queda uno agradecido á un buen convite es el comer con gusto, dijo el cínico. No me quejo de la mesa de d' Arancey, que verdaderamente es la de un arrendatario general. Bastante ha robado pardiez el padre de d' Arancey en las provisiones y en todo lo demás; bastantes castillos ha demolido y bastantes quiebras fraudulentas y otras cosas ha hecho para que el impertinente de su hijo pueda ostentar ahora ese lujo.... Á propósito, ¿sabeis que lo mismo se llama él de' Arancy que yo Jeroboam? No tiene mas nombre que el liso y llano Polimard; y como voz tan plebeya ha ofuscado al muy señor... ha substituido por medio de una modificacion y con mucha habilidad el *d' Aran* á *Poli* y el *cey* á *mard*, quedando de este modo cambiado el hermoso nombre de *Polimard* en *d' Arancey*.... Mas ufano está con eso.... Tal vez me diréis que ese hijo de bancarrotero no tenia ningun motivo para respetar su nombre, puesto que no lo tenia, por no haber sido reconocido por Polimard padre, que murió víctima de una epizootia que desoló á su departamento.... pero no es esta una razon para tomar el nombre de Arancey, y lo que peor es sus armas, que su descarada y vulgar mujercilla llama á fe mia, *sus armas!* y que hace poner, creo, hasta en los mandilejos de sus criadas de cocina. Linda cosa por cier-

to para el blason de los d' Arancey, cuyo apellido ya no existe; porque á no ser así, merecieran los Polimard macho y hembra ser azotados y señalados, como hubiera debido serlo el padre Polimard, primero de este nombre.

No tuve valor esta vez para reconvenir á Pommerive; pues aquellos hombres efectivamente eran unos tan groseros intrusos, su descaro tan soez, y su insolencia de lacayo tan ridícula, que de buen grado se los abandoné. Pero ¿qué ha sido, señor de Pommerive lo que os ha disgustado en vuestros excelentes amigos?

— Todo.... porque estando todo bien, la presencia de aquellos entes basta para dañarlo todo! En medio de aquel menaje de personas de bajo copete creia siempre estar con el administrardor y ama de llaves de algun señor ausente, que comen regaladamente mientras esta fuera su amo.... Pero no concluye el cuento aquí.... es el caso que ese Polimard d' Arancey, ¡no habia dado en tener un tren de caza! ¡es que no se habia atrevido á tomar por primer cazador al famoso *La Brisée*, que acababa de salir de la montería de monseñor el duque de Borbon!... Mas es de entender que tan avergonzado se quedó La Brisée de tener que dar de correr á un Mr. Polimard, que le hice desertar, recomendándole al marqués D. H***, donde será por lo menos honrosamente colocado y apreciado.

— Veo, señor de Pommerive, que habeis mudado poco.... sois siempre sumamente afectuoso con el prójimo.

— Y vos.... ¿vos qué haceis? ¿siempre hombre de Estado? diplomático?... ¡Ah! á propósito de diplomático, ¿frecuentais todavía la casa de ese imbécil de príncipe ruso, de ese mal forro de Potier y de Brunet! Yo no he vuelto á poner el pie en su casa, es decir en casa de su mujer, porque él nos desembarazó felízmente de su persona....

— ¿Y porqué razon, señor de Pommerive, está privada de tener el honor de veros la señora princesa de Fersen?

— ¿Porqué?... porque hago generalmente lo que los demás: á no ser los diplomáticos y algunos extranjeros, nin-

guna persona de la sociedad pone ya el pie en casa de la princesa.

— ¿Y porqué eso? pregunté maquinalmente á Mr. Pommerive.

— Pardiez.... ningun secreto hay en ello.... sábelo todo el mundo: el caso es que la bella moscovita es nada menos que una *espía* en estilo elevado.

XXXIII.

Ultima suaré.

Otro esfuerzo, y concluiré mi cruel tarea....

En vano pregunto á mi memoria lo qué respondí á Pommerive; no creo haberle siquiera contestado.

Unicamente recuerdo que no me sentí indignado ni colérico como lo hubiera estado si ese hombre hubiera proferido á mi entender una calumnia ó un insulto. Al contrario.... me quedé anonadado delante de aquella espantosa acusacion, que derramó repentinamente una siniestra luz sobre el tiempo pasado.... dispertó bruscamente mis implacables dudas, cuyas punzantes mordeduras sentí en aquel mismo instante.

El dolor me embargó los sentidos....

Retiréme maquinalmente á mi casa, cuya direccion seguí por instinto.

Poco á poco fuí coordinando mis ideas.

Habia padecido ya tanto por causas semejantes, que quise batallar con todas mis fuerzas contra esa nueva duda.

Me prometia desenvolver la verdad del error, sometiendo el tiempo pasado á la horrible interpretacion que se daba á la vida de la señora de Fersen.

Armado de aquella infame, fria y serena acusacion, como un hombre que va á jugar su vida y su honor sobre un azar, puse mano á aquella obra de detestable análisis....

Tambien entonces quise escribir mis pensamientos para despejarlos: vuelvo á encontrar esta nota.

Forma un cruel contraste con las radiantes páginas.... *con aquellos dias de sol* trazados en otro tiempo en la Floresta.

París 13 de diciembre....

Examinemos los hechos.

La señora de Fersen es acusada de *espía*....

¿Qué márgen puede haber dado su conducta á tan infame sospecha?

Encuentro á Catalina en Khios. Al cabo de algunos dias de intimidad aventuré una declaracion, que recibió con sumo enojo; así pues me muestro con ella sumamente oficioso y atento y la doy los mas delicados y generosos consejos; si bien no pronuncié la palabra amor, todo revelaba en mis tiernos y afanosos cuidados aquel sentimiento.

Aparece insensible á ellos, y me ofrece su amistad.

Vuelvo á encontrar á Catalina en París, y á pesar de que me veia ciegamente entregado al doloroso capricho de Irene, y á pesar de las infinitas pruebas de la mas noble y acendrada pasion, un dia, bajo un frívolo pretexto, sin vacilacion, sin pena, sin motivo, rompe brutalmente conmigo.

Es cierto que me confesó despues que solamente los zelos habian dictado su conducta....

Ella dice eso, pero yo me acuerdo de la aspereza de su acento y de su duro mirar, que tanto daño me hicieron.

Seguramente disimulaba. Por consiguiente sabe fingir; luego es falsa.... yo no lo creia.

Quebrantóse ya la misteriosa afeccion cuyo lazo era Irene. .. Catalina no me ama; muéstrase aun amiga ingrata. Dejo de verla.

Desesperado busco una distraccion en el trabajo. Acepto del ministro un destino al parecer importante, la opinion pública me atribuye una parte exagerada en los negocios del Estado. Desde este momento la señora de Fersen, tan inflexible hasta entonces conmigo, empieza á perder su frialdad; al encontrarme en los salones, sus miradas, el acento de sus palabras, desmienten la insignificante vanidad de su conversacion; por último, en un baile de palacio viene resueltamente á mí con el objeto de anudar nuestras truncadas relaciones. No correspondo á sus insinuaciones, y al dia siguiente me escribe....

Esto me lo ha confesado ella misma. Ese repentino vuelco de su afeccion lo atribuye ella á la satisfaccion que le cupo por mi rompimiento con la señora de V***, y al estado alarmante en que otra vez se encontraba su hija....

Quiero creerla.... porque seria muy odioso el pensar que la esperanza de asegurar una hechura suya en el gabinete francés, hubiese tan bruscamente cambiado en ternura su desden.

Parto para el Havre.... Irene va á morir; su madre me llama.... corro.... la salvo....

En todo un mes que paso al lado de su hija, ¿me dice Catalina una palabra de vivo agradecimiento, una palabra afectuosa?

No....

Vamos á la Floresta: el afecto que me demuestra no es menos sereno y frio....

Mas un dia, una hoja oficial anuncia que voy á ser llamado á ocupar un puesto eminente á donde van á parar los secretos de Estado....

La noche de aquel mismo dia... esa mujer, hasta entonces tan severa, tan reservada y tan casta, se arroja bruscamente á mis brazos....

Es verdad que dijo haber sido arrastrada por su grata admiracion de un sacrificio que ignoraba.

Si la damos crédito.. . ¿qué corazon será el suyo?

Yo habia salvado la vida á su hija.... y Catalina permaneciera insensible....

Sufro una pérdida de dinero, y Catalina lo olvida todo por mí....

Prefiero en fin creer á Catalina mas enternecida de los sacrificios materiales y casi indiferente, á las afecciones del alma.... á pensar que se entregara desvergonzadamente al futuro confidente del ministro de negocios extranjeros....

Aquellos cuatro meses pasados en la Floresta fueron esplendorosos.... ¡oh! muy esplendorosos *para mí*... cuya felicidad era pura y sin vergonzosa mezcla.

Unicamente ahora me impresionan circunstancias que antes no me afectaban....

Catalina me hizo en la Floresta mil preguntas acerca de mis trabajos ministeriales, y se informó minuciosamente de las impresiones ó de los recuerdos que podian haberme dejado. Y cuando despues de confesarle francamente toda su nulidad, prefiero hablarla de amor, se encoleriza y aflige, me reconviene por mi discrecion ó mi ligereza....

Si quiero abandonar la estéril carrera que abracé por ociosidad, Catalina emplea cuantos medios le sugiere su entendimiento, el influjo y ascendiente que tiene sobre mí, para que no se realice mi proyecto de retirada.

Verdad es que aquellas preguntas y aquellas instancias me fueron hechas siempre por ella á nombre del interés profundo que se tomaba por mi suerte....

Lo creo.... porque seria un ultraje suponer en ese temor de verme abandonar mi carrera el de perder el fruto de su desliz tanto tiempo premeditado....

Desde su regreso á París, ¿cuál ha sido su vida?... ¿Ha sacrificado á mis ruegos sus relaciones habituales? No, las ha aumentado aun; su estrado se ha convertido en centro de todas las intrigas diplomáticas.

Los largos dias de nuestra ternura han sido reemplazados por ocupaciones, que no dicen bien en una mujer absolutamente dominada por el amor....

Si la reconvengo con dolor por tan triste mudanza, me contesta que debe obedecer la voluntad expresa de su marido.... voluntad que ha sido para ella tanto mas sagrada, cuanto mas criminal ha sido su falta.

Créola esta vez, sin reticencia alguna.... muy deseosa de complacer al príncipe....

Mas.... algunos derechos tengo yo tambien sobre ella.... He salvado la vida de su hija....

¿Qué ha hecho ella por mí?

Se me ha entregado.... sí, se me ha entregado....

¡Ó este sacrificio de su honor y sus deberes ha sido delicioso!, terrible.... ó no fue mas que un infame, un odioso artíficio!...

Si esa prueba de amor le ha costado, como cuesta siempre á toda mujer virtuosa y apasionada el mas formidable sacrificio.... ¿porqué me habrá denegado la concesion de algunos intereses que debian parecerla nulos comparados con la irreparable falta que cometió?

¿En mas estima pues esos intereses que su amor? ¿les está ese amor subordinado?

Entonces no les servirá mas que de medio, de pretexto.

Vaya, concedámoslo, he sido el ludibrio de una intrigante; pero era hermosa y por consiguiente no he sido víctima sino á medias. . . . .

. . . .

Tal fué el monstruoso tema que desenvolví con una fuerza de infernales paradojas....

Tanta era mi insensatez, que creí haber luchado bizarramente contra aquellas horrorosas dudas á cuya conviccion llegué con aquella especie de amargo placer que cabe al hombre al descubrir el indigno lazo en que ha caido.

Heria como verdugo, y gemia como víctima....

La memoria de Elena, de Margarita, de Falmouth.... nada en fin pudo traerme á la razon....

De la afirmacion de tantas ignominias al odio y al desprecio que deben inspirar no hay mas que un paso.... que

hubo dado en breve mi feroz monomanía.

Desde aquel punto de vista, toda cuanta nobleza y generosidad se abrigara en mi conducta no me pareció mas que el colmo de la ridiculez....

Me estaba oprimiendo el peso de esas impresiones, cuando me fue entregada esta carta de Catalina:

Postrada á vuestras plantas viene á pediros una pobre desgraciada que seais bueno é indulgente con ella, pues quiere hacerse perdonar cuanto ha sufrido hoy: cree estar sola esta noche, y os esperará.... venid.... está además muy decidida á no daros la *Europa por rival*....

En la disposicion de ánimo en que me hallaba, esta carta á la vez tierna y humilde, esta inocente alusion á mis reconvenciones, me pareció tan rendidamente insolente y tan friamente injuriosa, que estuve á punto de escribir á la señora de Fersen que ya nunca volveria á verla.

Pero mudé de intento.

La escribí que iria á su casa aquella noche.

Esperé aquel momento con un ansia terrible.

Tenia formado mi proyecto....

Á las diez me dirigí á casa de la señora de Fersen, que creia encontrar sola.

Mil confusos pensamientos estaban en continuo choque dentro de mi cabeza. La cólera, el odio, el amor, un remordimiento anticipado del mal que iba á hacer, un vago instinto de la injusticia de mis sospechas, todo me sumergia en un estado de delirio y exasperacion cuyas consecuencias eran insondables para mí.

Contra lo que esperaba, Catalina tuvo muchas personas de tertulia.

Esta nueva prueba de lo que yo llamaba su doblez me indignó, y estuve por un momento en ánimo de retirarme á mi casa y renunciar á mis designios, pero una fuerza irresistible me impelió y entré...

La vista de la reunion y el imperio que he tenido siempre sobre mi mismo, convirtieron repentinamente el violen-

to rencor que me dominaba en una cortés, fria y acerba ironía....

Tengo presente aun aquella escena.... Sentada Catalina al lado de la chimenea, hablaba con uno de sus amigos.

Mi primera mirada debió ser muy terrible, porque sobrecogida la señora de Fersen.... palideció de repente.

Siguió la conversacion, en la cual me mezclé manifestando aun una cierta superioridad. Estuve muy jovial y bastante chistoso.

Nada extraño estaba pasando allí para los indiferentes; era una apacible velada de íntima y franca conversacion, como mil otras veladas; pero entre Catalina y yo estaba pasando una escena muda, misteriosa y fatal....

Nuestra costumbre de entendernos por medias palabras, de buscar y adivinar el valor de una inflexion de voz, de un gesto, de una sonrisa, era el medio de que ahora me valia para hacerla suportar la reaccion de mis odiosos pensamientos.

Al entrar en el salon, Catalina se habia quedado estupefacta.

Trató de serenarse, y para probarme sin duda que habia recibido aquellas visitas á despecho suyo, hizo un gracioso cumplido á M. de ***, por haber forzado su puerta para venir á enterarla del resultado del escrutinio de la sesion, que se habia prolongado hasta muy tarde. —Á no ser así, añadió Catalina, no hubiera tenido la satisfaccion de ver á varios amigos nuestros, que han aprovechado felizmente la brecha que habeis abierto para invadir mi soledad....

Estas palabras fueron acompañadas de una humilde mirada que me dirigió.

Sin distraerme por eso de la conversacion que seguia con M. de ***, mi vecino, la contesté con una sonrisa tan desdeñosa, que por poco se puso Catalina en descubierto....

¿Qué mas?... Cuantas tentativas empleó indirectamente para calmar ó penetrar un resentimiento que debia ser profundo en su concepto, fueron cruelmente rechazadas.

Demasiado bien conocia todos los tonos de mi fisonomía, demasiado dueño era su corazon de los instintos del mio, y demasiado sensitiva era su naturaleza para no adivinar que se trataba esta vez, no ya de una riña de amantes, sino de algun gran riesgo que amagaba á su amor.

Ella presentia este peligro.... buscaba la causa de él desesperadamente, y estaba al mismo tiempo obligada á sonreirse y seguir una conversacion indiferente....

Una hora duró esta tortura.

Entre tanto su fuerza y el imperio de sí misma la abandonaron poco á poco; dos ó tres veces fueron notadas sus extravagantes distracciones; y por último, tan ostensiblemente se alteraron sus facciones, que M. de *** la preguntó si se hallaba indispuesta....

Turbóse al oir esta pregunta, y contestando negativamente llamó para pedir el té.

Eran las once.

Aprovechó el pretexto del momentáneo disturbio que ofrece aquel servicio para acercarse á mí y decirme:

— ¿Quereis ver una pintura que me presentaron por si queria comprarla? Ahí está en el saloncito....

— Por pocos que sean, señora, mis conocimientos, la dije, os ofrezco, si no consejos, por lo menos mi sincera impresion.

La seguí á aquella pieza.

Con riesgo de ser vista, me tomó la mano y me dijo con voz casi apagada: — ¡Arturo, ten lástima de mí!... ¡Lo que sufro es superior á mis fuerzas y á mi valor!

En este momento entró M. de ***, para ver tambien el cuadro.

Tan desatinada andaba la señora de Fersen, que fué necesario retirase yo bruscamente mi mano de entre las suyas.

Creo que M. de *** advirtió aquel movimiento, porque me pareció verle sobresaltado.

— Hermosa pintura, dije á Catalina, su expresion es maravillosa. Nunca se aproximó mas el arte á la naturaleza....

Tanta era la debilidad de la señora de Fersen, que tuvo que sentarse en un sofá.

M. de *** estaba contemplando el cuadro, cuando vinieron á prevenir á la princesa que el té estaba servido.

Volvimos á entrar en el salon, sin que ella pudiese apenas sostenerse.

Servia el té, segun acostumbraba, de pie junto á la mesa; y me presentaba una taza mirándome con un aire casi extraviado, cuando se oyeron en el patio chasquidos de látigo, y ruido de cascabeles....

Sobrecogida de un horrible presentimiento, dejó caer la taza de su mano, en el momento en que yo iba á tomarla, y exclamó con voz alterada: — ¿Qúé es eso?...

— Disimulad, señora, mi torpeza, y el alboroto de esos miserables. Como marcho esta noche, me tomé la libertad de mandar aquí mi diligencia para no perder un minuto del precioso tiempo que se puede pasar á vuestro lado....

No pudo Catalina resistir á este último golpe: se olvidó enteramente de sí misma, y apoyando sus trémulas manos sobre mi brazo exclamó con voz ahogada:

— ¡Es imposible.... no marchais.... no marchareis.... no quiero que marcheis!...

En la general estupefaccion y en la expresion confusa y embarazada de los espectadores de aquella escena, conocí que la reputacion de la señora de Fersen, hasta entonces tan respetada, estaba perdida para siempre.

Fuí inflexible.

Desprendiendo comedidamente mi brazo de entre sus manos, la dije:

Tengo á tanta dicha y orgullo, señora, el pesar que parece causaros mi partida, que pensaria ya en mi regreso, si no me fuera por desgracia imposible preverlo.... Luego añadí saludándola: — Ahí teneis, señora, las indicaciones que me habeis pedido....

Era una copia del odioso comentario que habia escrito de su amor.

Ya no me oia Catalina, que cayó desmayada sobre su sillon, conservando maquinalmente la carta entre sus manos.

Salí.

. . . .

La noche del dia siguiente ya estaba aquí.... en Cerval.

Tres meses ha que supe que Irene habia muerto.... seguramente del pesar de no verme....

La señora de Fersen volvió á Rusia con su esposo....

He sabido tambien para colmo de mis remordimientos y desesperacion que el principe de Fersen habia estado á punto de obtener la embajada de Rusia en Francia, pero que de repente habia desistido de su propósito.

De este modo quedaba explicada la persistencia de Catalina en sus relaciones diplomáticas....

Queria ayudar á su marido al logro de aquel eminente destino, para quedarse en Francia y no abandonarme....

Desde el dia que siguió al de aquella formidable velada, vivo en Cerval en este antiguo y triste castillo paterno....

Al llegarme la noticia de la muerte de Irene.... estuve á pique de volverme loco.

Me aborrezco como á su asesino....

La vida que llevo aquí es solitaria y desolada.

Seis meses hace que no he visto á nadie.... á nadie....

Todos los dias voy á meditar un gran rato en presencia de la imágen de mi padre....

Habíame impuesto la obligacion de escribir este diario...

He concluido mi tarea.

Mucho he dado que sufrir á algunas inocentes y nobles criaturas.... pero tambien yo he sufrido mucho; y sufro todavia, ¡gran Dios!...

¿Cuál es mi porvenir?

La vida que tengo delante es opaca y fúnebre.... me persiguen los remordimientos de la que dejo detrás de mí....

¿Cuál será mi destino?...

¿Acabaré por suicidarme.... ó por la muerte violenta que Irene me tiene pronosticada?...

¡Qué pensamientos! ...
¡Y hoy mismo cumplo veinte y ocho años!...

Cerval, julio 18**.

XXXIV.

María Belmont.

Cerval 20 enero 18**.

¿Quién habia de decirme seis meses ha que volveria á continuar este diario.... ó mas bien que saldria de la apatía del corazon y del espíritu en que me veia sumergido desde mi rompimiento con la señora de Fersen, desde la muerte de Irene?...

No obstante así sucede....

Y sin embargo, mi desesperacion fuera horrorosa.

Mas hoy, aunque al evocar aquellas ideas, y una esperanza lejana, todavía padezco.... nuevas emociones debilitan con todo esos sufrimientos.

Sonríome tristemente al leer en mi diario, que acabo de recorrer, estas palabras con tanta frecuencia repetidas:

.... *Jamás se vió pesar tan agudo....*

.... *Jamás se ideó felicidad mayor....*

.... *Jamás olvidaré.. .*

Y no obstante esos pesares han desaparecido delante de nuevas satisfacciones.... y esas satisfacciones han palidecido tambien delante de nuevos pesares....

Y entre tanto cada dia el olvido, esa lóbrega y fria oleada, sube, sube.... y sepulta en el negro abismo de lo pasado las reminiscencias descoloridas por el tiempo.

¡Madre mia!... ¡padre mio!... ¡Elena!... ¡Margarita!... ¡Catalina!... ¡vosotros á quienes he debido tantas penas y

tanta felicidad! ¡separados estamos por el espacio ó la tumba, y apenas os consagro un solo pensamiento!...

Y lo mismo sucederá, ¡oh dolor! con los sentimientos é impresiones que ocupan en este instante mi espíritu.

Y con todo, no puedo ahora dejar de creer en su larga duracion.

¡Ah!... ¡padre mio!... ¡padre mio!... ¡cuán terrible é imponente verdad me decias al afirmarme que *el olvido era la sola realidad de la vida!* . . . .

. . . .

Vuelvo pues á abrir este diario, que creia cerrado para siempre....

¡Tambien creia cerrado para siempre mi corazon á las impresiones tiernas y venturosas!

Ya que todavía siento.... escribamos todavía....

Unos tres meses hará que salí por la mañana de un triste dia de otoño, y á pesar de la espesa y fria niebla que hacia, tomé por la cintura del bosque y me fuí pensativo, seguido por una vieja jaca negra, la venerable *Black*, que antiguamente mi prima Elena montaba tan á menudo.

Mientras iba paseando con la cabeza inclinada, ví señaladas las frescas pisadas de un gran jabalí.

Deseoso de buscar alguna distraccion en los ejercicios violentos, habia hecho venir de Londres una treintena de *fox-hounds* (1) y montado un hermoso tren de caza, con gran satisfaccion del viejo Lefort, antiguo perrero de mi padre, que yo conservaba como guarda-general.

Siguiendo por curiosidad la direccion del jabali, de que no se tenia aun noticia en la selva, dejé la cintura del bosque, me interné en las cercas, y al cabo de unas tres leguas de camino llegué á una pequeña alquería, llamada el cortijo de los Prados, situada á la vera de inmensas praderas donde perdí las pisadas del animal.

Este cortijo acababa de ser arrendado á una viuda lla-

(1) Perros de Zorra.

mada la señorita de Kerouet.

Habíame ponderado mucho mi administrador la gran actividad de esa mujer que llegaba de los alrededores de Nantes, por haber abandonado á causa de la muerte de su marido el laborío que con él dirigia en la Bretaña.

Aproveché la ocasion que me conducia tan cerca de aquella hacienda para ver á mi nueva arrendataria.

El cortijo de los Prados estaba en una situacion muy pintoresca. Su principal edificio cercado de un inmenso patio tenia á espaldas la selva. Esta habitacion, destinada en otro tiempo para punto de reunion en las cacerías, estaba construida á manera de pequeña fortaleza, flanqueada de dos torrejones. Una puerta cimbrada, superada por un escudo de armas esculpidas en piedra, conducia al piso bajo.

El tiempo habia denegrido aquellos antiguos paredones levantados con una antigua solidez; el musgo cubria todo el tejado, y nubes de palomas hormigueaban sobre el agudo cono de uno de los torrejones convertido en palomar.

Contra la costumbre poco cuidadosa de nuestros arrendatarios, el patio de aquella granja brillaba de aseo: los arados, las gradas, los rodillos, pintados de un fresco y hermoso color de oliva, estaban simétricamente ordenados debajo de un ancho cobertizo, como igualmente los jaezes de los caballos de tiro, y los yugos de los bueyes de labranza.

Dividido el patio en dos partes por un espeso enrejado que lo atravesaba en toda su longitud, estaba abandonada la una á las aves de toda especie, mientras que cubierta la otra de una arena amarilla como el ocre, conducia á la puerta cimbrada del pequeño caseron: en ambos costados de la cual se elevaba un modesto grupo de rosas y girasoles.

Estaba examinando con gusto el interior de aquella quinta, cuando oí con increible sorpresa los armoniosos preludios de una voz dulce y aljofarada.

Salian al parecer aquellos sonidos de una alta y estrecha ventanilla, situada hácia el centro de uno de los torrejones, y guarnecida exteriormente por una espesa celosía de enredaderas y capuchinas.

Al preludio sucedió una silenciosa pausa, y en breve cantó la voz el romance del Sauce del *Otello* de Rossini.

Aquella voz prodigiosamente sostenida revelaba un excelente método, y su expresion estaba llena de encanto y melancolía.

Extraordinaria sorpresa fue la mia: habia cesado el canto, y estaba sin embargo prestando aun atencion, cuando ví aparecer sobre el umbral de la puertecita cimbrada una mujer de unos cincuenta años de edad, vestida de una saya negra y un tocado blanco como el ampo de la nieve.

Luego que me hubo reparado esta mujer, me miró con un aire á la vez inquieto é indagador.

Era de mediana estatura, robusta, morena y asolanada; su fisonomía tenia una expresion de franqueza y de notable dulzura.

— ¿En qué podemos serviros, señor? me preguntó con una media reverencia que creyó deber á mi pobre jaca, y á mi traje de gentleman-farmer (1), como dicen los ingleses.

— Empieza á llover, señora; ¿quereis permitirme me abrigue por un momento en esta casa, y decirme si estoy muy lejos del pueblo de Blemur?

Esta pregunta no fue mas que un pretexto para ganar tiempo y procurar descubrir á la Desdemona.

— ¡Vírgen santa! ¿el pueblo de Blemur? Á buen seguro que no lo alcanzaréis hasta muy entrada la noche, aunque monteis tan famoso caballo, dijo la quintera, mirando á Black á guisa de entendida.

— ¿No debe seguirse el camino real de la selva para ir á Blemur?

— Siempre derecho, señor: por un lado va á Blemur, y por el otro castillo de Cerval, y abraza unas tres leguas largas de longitud, segun he oido decir, pues no soy muy antigua en el país.

— Con vuestro permiso pues, me quedaré debajo de ese

(1) Caballero arrendador, ó hacendado.

soportal hasta que pase el aguacero.

— Mejor haréis en entrar aquí, donde estaréis siempre con mayor comodidad.

— Vaya pues, señora, aunque al ver tan perfectamente arreglado ese cobertizo, pueda parecerle á uno que se encuentra en una sala.

Este cumplimiento pareció lisonjear en extremo á la señora Kerouet, que me dijo irguiendo la cabeza.

— ¡ Diantre ! es que en nuestra Bretaña los cortijos están siempre en ese estado.

Mientras hablaba con aquella mujer, no habia apartado los ojos de la ventanilla del torrejon ; y aun me habia parecido ver muchas veces una blanca mano apartar discretamente algunas briznas de la verde cortina que la ocultaba.

Entró la señora Kerouet la primera, y despues de atar á Black la seguí en el interior de aquella casa.

Habia á mano izquierda una vasta cocina, adornada con todos sus accesorios de cobre y estaño, que dos robustas aldeanas estaban limpiando, y brillaban como oro y plata.

Por la derecha se entraba á una dilatada alcoba, con dos camas enroscadas guarnecidas de colgaduras de jerga verde con festones encarnados, y separadas por una alta chimenea en que ardia un buen fuego de piñas, y sobre la que se veia por único adorno un pequeño espejo con su antiguo bordado de laca encarnada, y dos grupos de figuras de cera cubiertos con sus vidrios, que representaban un san Juan con su cordero, y una santa Genoveva, si no me engaño con su cierva.

Entre dos ventanas cerradas por unos pequeños cristales estaba enganchado á la pared un antiguo reloj, llamado *cuclillo*, de cuya caja gris pintada de rosadas y azules flores, colgaban dos plomos suspendidos á unas cuerdas de desigual grandor. Un torno de hilar, un ancho sillon de tapicería reservado probablemente para la quintera, una silla para la Desdemona, dos banquillos para las aldeanas, un aparador cubierto de loza y una mesa redonda de nogal

bien pulida, completaban el amueblaje de aquella pieza, que servia á un tiempo de salon, comedor y alcoba.

Desde el suelo hasta los vidrios de las ventanas todo centelleaba de limpieza. En las visibles y oscuras vigas estaban suspendidos largos racimos conservados para el invierno; y las paredes blanqueadas con cal estaban decoradas con algunos marcos que contenian una coleccion de grabados iluminados extraidos de la historia del Hijo pródigo.

Acogia aquella mujer con cierto orgullo mis cumplimientos sobre el buen arreglo de su casa, cuando abierta la puerta, se presentó la doncella ó la jóven que tan melodiosamente cantaba....

Al verme se sonrojó y trató de retirarse, pero la señora Kerouet la dijo con amor:

— Vaya, quédate, María.

No pude ver aquel rostro de una belleza encantadora sin acordarme del carácter divino de las vírgenes de Rafael (1).

Tan significativa fue mi admiracion y tan grande el asombro que me causó la vista de tantas perfecciones en el interior de un cortijo, que encubrí tan poco esas impresiones, que *María* se quedó al parecer sobrecogida.

— Es mi sobrina, me dijo la quintera, que no hizo alto en mi sorpresa ni en la turbacion de Desdemona. Es la hija de mi pobre hermano, muerto en Waterloo, teniente de la antigua guardia... Gracias á la proteccion de monseñor el obispo de Nantes pudimos hacer entrar á María en San Dionisio, donde fue educada como una señora; se estuvo allí hasta la época de su casamiento, que se celebró en Nantes pronto hará un año, dijo la señora Kerouet dando un suspiro. Luego prosiguió: Pero sentaos, señor; y tú, María, trae una botella de vino y un pedazo de galleta caliente.

— Mil gracias, señora, la dije, no quiero tomar nada.... Luego que cese la lluvia seguiré mi camino.

Embarazada seguramente María de su postura, se sentó al torno de su tia.

(1) Véase en el primer tomo, *el cortijo*

— ¿Os dirigís acaso al castillo de Cerval? me dijo la quintera.

— No, señora, os dije que iba á Blemur.

— Ah, sí, á Blemur.... perdonad.... eso os tiene mas cuenta....

— ¿Cómo, señora? ¿es que el dueño del castillo de Cerval sea inhospitalario?

— Yo no sé; pero dicen que no tiene mas gana de ver figuras humanas que estas de verle á él.

— ¿Y porqué? muy solitario deberá vivir.

— ¡Ta, ta! hizo la quintera meciendo la cabeza, soy novicia en el país y no puedo saber si las feas historias que cuentan de él son verdaderas; y luego otra cosa, señor, y es que el conde es nuestro amo, y un buen amo, segun dicen; así no debo hablar de lo que no me importa. Pero, María, tú no haces mas que enredarme todo el lino, exclamó dirigiéndose á la jóven. Nunca sabrás hilar al torno: dame mi rueca.

— Y vos, señora, pregunté á María, ¿teneis noticias mas exactas que las de vuestra señora tia acerca de ese formidable habitante de Cerval?

— No, señor; únicamente he oido decir que el conde vive muy retirado, y como me gusta tanto la soledad, comprendo este gusto en los demás perfectamente.

— Tantos medios teneis, señora, de engalanar vuestro retiro, que concibo sin dificultad cuan agradable debe seros: en primer lugar, conoceis muy bien la música... yo puedo decirlo porque he tenido la dicha de oiros.

— Y dibuja y pinta tambien, dijo la señora de Kerouet con altivez.

— Entonces, señora, dije á María, me atrevo á rogaros, á nombre de una ocupacion que á entrambos nos gusta, me apoyeis ante vuestra señora tia para que me permita tomar algunas vistas de este cortijo, cuya posicion encuentro maravillosa.

— No necesitais para ello la proteccion de María, dijo la

señora Kerouet, podeis hacer cuantos dibujos querais, eso no puede perjudicar á nadie.

Dí las gracias á la quintera; y no queriendo prolongar demasiado esta primera visita, monté otra vez á caballo y partí.

Por capricho quise conservar un incógnito, muy fácil así mismo de guardar por algun tiempo; porque el cortijo de los Prados distaba largo trecho de Cerval, que era además muy raramente frecuentado por los habitantes ó labradores de aquella hacienda.

El dia siguiente al de mi primera entrevista con María, me armé con un completo avío de pintura, porque desde mi regreso á Cerval habia tambien buscado alguna distraccion en las artes; y montado sobre la buena vieja Black, me encaminé hácia el cortijo de los Prados.

Merced á mis frecuentes visitas, se fue poco á poco estableciendo la confianza entre María, su tia y yo.

Como nunca veia al señor Belmont creia que estaba viajando, y me abstuve de hacer ninguna pregunta sobre el mismo. Dibujé la quinta bajo todos sus aspectos, y ofreci dos ó tres vistas á la señora Kerouet, que no acababa de admirarlas. Muchas veces María pintaba conmigo: su talento era muy notable.

Contra lo que suele suceder con las jovencitas, María habia tomado muy á lo serio la excelente educacion que comunmente se da en los establecimientos tales como el de San Dionisio. Avida de saber, no habia descuidado enseñanza alguna, ni ninguna de las artes útiles ó agradables que se profesaban en aquella institucion; así es que cultivada de este modo aquella felíz naturaleza se habia maravillosamente desarrollado.

Á una sólida, vasta y variada instruccion, juntaba una venturosa vocacion á las artes. Pero María ignoraba al parecer el encanto que habia en el raro conjunto de aquellos dones tan diferentes; inaccesible al orgullo, mostraba solamente una ingenua satisfaccion de pensionista, y me habla-

ba á veces de sus pasados progresos en historia, pintura ó música como otras mujeres de los triunfos de su coquetería.

A los diez y ocho años, conservaba María la dichosa é instable imaginacion de una niña. Cuando hube merecido su confianza, la encontré sencilla, bondadosa y jovial, de esa jovialidad ingénua y candorosa que nace de la serenidad del alma y de las prácticas de una vida tranquila, concienzuda y noblemente ocupada. Cuanto mas estudiaba aquel carácter franco, mas me adheria á él. No me agitaba ningun violento amor á María; pero al encontrarme á su lado experimentaba un bienestar tan profundo y delicioso, que ninguna falta me hacian las tumultuosas emociones de la pasion.

Cosa rara: aunque María reuniese la mas angelical belleza al talle mas esbelto, me embelesaba mucho mas su carácter, su candor y las mil aspiraciones de su alma juvenil que la perfeccion de sus facciones. Nunca la habia hecho el menor cumplido sobre la hermosura de su rostro, mientras que no la ocultaba el imponderable interés que me inspiraba su talento y su exquisito natural.

Aunque casada, reinaba en ella un encanto misterioso y virginal que de tal manera me imponia, que á su lado mi timidez era asombrosa.

La señora Kerouet, tia de la jóven, era una mujer muy razonable, de recto juicio y de un corazon perfecto. Su piedad á la vez tierna y fervorosa la inspiraba las obras mas caritativas; jamás salia un pobre del cortijo sin algun leve socorro, y sin algunas palabras animadoras, mas preciosas aun que la limosna. Poco á poco descubrí en aquella excelente mujer tesoros de sensibilidad y de virtud práctica. Su conversacion me interesaba siempre, porque me instruia de mil curiosos pormenores relativos á la agricultura. Á veces su justo espíritu se encumbraba sobre manera con el solo ascendiente de una fe profunda; y confieso que en vano indagaba el secreto de una religion que proyectaba por inter-

valos tan vivos resplandores sobre una sencilla y candorosa inteligencia.

Despues de dos meses de frecuentar aquella quinta, me dijo un dia la señora Kerouet: —Paréceme que habeis de extrañar el ver á María casi viuda. Como sois nuestro amigo, voy á contaros esa triste historia. Figuraos, señor, que mi marido y yo teníamos arrendadas unas tierras en Thouars cerca de Nantes. Estas tierras pertenecian al señor Duvallon, muy rico armador de la ciudad, que habia comenzado su fortuna yendo á corso como corsario durante la guerra con los ingleses. Aunque tosco era el señor Duvallon muy bondadoso, y queria mucho á mi marido. Un dia le habló Kerouet de nuestra sobrina, que iba á salir en breve de San Dionisio. Con su brillante educacion, no podia unirse la pobre con un aldeano, y nosotros no teníamos suficientes riquezas para casarla con un hidalgo. Al ver nuestros apuros, dijo el señor Duvallon á Kerouet: —Si vuestra sobrina es razonable yo me encargo de hacerla tomar estado. —¿Con quién? le preguntó mi marido. — Con un antiguo compañero mio, un capitan de carrera que quiere retirarse del comercio y vivir en adelante como paisano. Acaba de llegar aquí: es hombre acomodado. No es ningun almíbar, pero es puro como el oro, dócil y suave como una seda, y estoy seguro de que hará feliz á vuestra sobrina. Vino corriendo Kerouet para contarme la dicha que se nos esperaba, particularmente á María, la pobre huérfana. Estábamos en el mes de octubre del año pasado, y como por haber cumplido María los diez y ocho años no podia permanecer mas tiempo en San Dionisio, la hicimos venir á la hacienda á fin de que el señor Duvallon nos trajese á su amigo Belmont, que queria ver á nuestra sobrina, antes por supuesto de hacer ningun convenio. Era un domingo. Nuestra quinta estaba bien aseadita, y Kerouet, María y yo bien ataviados, cuando he aquí que llega el señor Duvallon en cabriolé con su camarada. —¿Qué quereis que os diga? Es verdad que no era aquel

hombre lo que llaman un muchacho fino, pero llevaba la cruz de honor, pintada en su rostro la valentía y era al parecer muy verde aun para su edad, que seria de unos cuarenta y cinco á cincuenta años. Estuvo con nosotros muy amable. De vez en cuando miraba yo á María, que no daba muestras de apasionarse mucho por el señor Belmont; pero yo sabia que era razonable, y despues que con su educacion, debíamos hacer cuenta que sobre todo la interesaba un cierto bienestar, y que á esto era preciso sacrificar otras muchas cosas. Era verdaderamente una desgracia, pero no habia medio de elegir. Luego que marcharon aquellos señores la dijimos á María lo que pasaba. ¡Diantre! no podeis figuraros las lágrimas que fueron derramadas por ella, por mí y por mi pobre Kerouet; porque nuestra querida sobrina era muy jóven todavía, y el señor Belmont muy viejo para ella... pero de todos modos quedaba asegurada la suerte de María, y nosotros podíamos morir tranquilos. Ella lo comprendió, y trató de resignarse: cuando volvió el dia siguiente el señor Duvallon, le fue dada nuestra palabra. Durante una quincena, el señor Belmont vino á vernos cada dia. Aunque se diga que los marinos son rudos y desabridos, él era muy afable, bondadoso, complaciente, y María llegó á verle sin repugnancia y á quedar prendada de las pruebas de ternura que la daba. Y luego que no debíamos separarnos, pues él habia de comprar una granjita cerca de Thouars para que de este modo viésemos todos los dias á María. Tanto en fin se acostumbró al señor Belmont, que consintió en hacer su retrato. Lo tiene allí arriba en su gabinete del torrejon, donde no permite que entre nadie.... Se le parece muchísimo. Á últimos de diciembre nos dijo el señor Belmont que iba á París para comprar el regalo de boda que debia celebrarse en Nantes por el mes de enero. Unos quince dias despues volvió de París el señor Belmont con cosas exquisitas para María.

Despues del triste evento que nos separó he recordado que a su regreso de París me pareció ver á menudo á Mr.

Belmont muy pensativo; pero siempre se mostró bondadoso y amable para con nosotros, y solo en vez de aguardar hasta principios de febrero, época fijada antes para la boda, insistió en anticipar su enlace con María. Consentimos en lo que pedia, y se celebró el matrimonio el 17 de enero.... un viernes. Se firmó el acta por la mañana, y en ella señalaba Mr. Belmont seis mil libras de renta á mi sobrina. Para personas como nosotros, era muy buen negocio, ¿no es verdad? Despues de la escritura fuimos á la alcaldía, luego á la iglesia, y de allí nos fuimos á comer en una casa de campo de Mr. Duvallon, testigo de Mr. Belmont. Nos sentamos á la mesa, y al llegar á los postres empieza á cantar Mr. Belmont algunas coplas que habia compuesto expresamente sobre la boda ¡ el pobrecito! cuando de repente vemos llegar de Nantes un criado de Mr. Duvallon con una carta que entrega en manos de su amo. Este palidece, se levanta de la mesa y exclama: ¡Belmont, escucha!... Acuérdome que el bueno del señor Belmont cantaba en aquel momento una cancion que empezaba por *Agita Himeneo su llama:* se levanta el señor Belmont, y apenas ha leido la carta que le enseña su amigo, cuando pone un gesto.... ¡ ah! señor, un gesto tan terrible.... que no me cabe todavía en el caletre como un hombre que se mostraba siempre tan bondadoso podia tener alguna vez una fisonomía tan feroz. Sosegándose luego, se acerca á María, la abraza y la dice: —No tengas cuidado de mí, queridita, pronto tendrás noticias de tu esposo, y acto continuo desaparece con el señor Duvallon, que nos dice al marchar: —Belmont está comprendido en un asunto político, como *carbonero*.... sí, eso mismo, *carbonero*, añadió la señora Kerouet refrescando su memoria. — Es preciso que huya.... para salvar su vida. Si vienen á prenderlo, tratad de entretener al comisario todo el tiempo que podais.

Apenas hacia un cuarto de hora que habia marchado, cuando un oficial de gendarmería se presenta en coche con un comisario de policía conforme lo habia previsto el se-

ñor Duvallon. Nos preguntan donde está el señor Belmont capitan marítimo. — Ya podeis pensar que no dijimos una palabra, y que buscando de uno y otro lado se les pasaron dos horas sin encontrar nada. Iba ya á partir el comisario, cuando habiendo hablado alguno de los convidados á la boda de la polacra *la bella Alejandrina*, que debia salir de Nantes aquel mismo dia, exclamó el oficial de los gendarmes: — ¡Y la marea es á las tres! ¡Ahora son las cinco! Antes que estemos de vuelta en Nantes serán las siete.... Si nuestro hombre se ha aprovechado de ese buque, á las siete de la noche estará fuera del rio y al abrigo de nuestras pesquisas!... — Y acto continuo suben al coche y corren á Nantes *á* raja tablas, pero llegaron tarde. Nuestro querido Belmont habia podido embarcase felizmente en *la bella Alejandrina*, que daba á la vela para la Habana. Estas son las noticias que vino á darnos al dia siguiente el señor Duvallon. ¡Ah, señor, nunca ocurre una desgracia sola! Á los dos meses de aquel suceso murió mi pobre Kerouet de una fluxion de pecho; el señor Duvallon vendió su quinta de Thouars, y me hubiera encontrado sin recursos si el administrador del castillo de Cerval, que conocia á Kerouet, y sabia que yo era capaz de cultivar muy bien estas tierras, no me hubiese proporcionado este cortijo, donde paso cómodamente, aunque llorando la pérdida de mi pobre Kerouet, y estoy ansiosa por la suerte del señor Belmont que no nos ha escrito mas que una vez por un barco nantés que encontró en alta mar *la bella Alejandrina*. En esa carta nos dice el señor Belmont que nos tranquilicemos, y que un dia ú otro vendrá á sorprendernos.... En cuanto á María, no puedo decir que la pobrecita eche de menos al señor Belmont, pues no le conocia bastante para ello; pero ya lo hago yo por ella, porque si mañana muero, ¿qué hará la infelíz? Considerad además, que es tan escrupulosa, que no hay quien la decida á tocar un ochavo de los seis mil francos que la señaló el señor Belmont y que nos envia su amigo por trimestres, no hacien-

do mas nosotras que depositarlos en casa de un notario de Nantes, donde quedarán guardados hasta que vuelva el señor Belmont que será cuando Dios quiera.

Tal fue á corta diferencia el relato de la señora de Kerouet; y efectivamente en la época de la partida de Mr. Belmont se habian descubierto varias conspiraciones liberales, en el momento en que las sociedades secretas se organizaban de una manera formidable; era pues presumible que Mr. Belmont hubiese entrado en algun grave complot contra el estado.

Despues de esta confidencia de su tia, María me pareció mas bella aun.

Yo continuaba yendo cada dia á la quinta, y algunas veces cuando nevaba ó el frio era demasiado vivo, me instaba la señora de Kerouet con mucho empeño á que pasase la noche en la alquería, y tomaba un gran enfado cuando la hablaba de volverme por la noche y por los malos caminos de la selva para llegar á Blemur, donde creian que tenia mi residencia.

Si resolvia quedarme, no ocultaba María su ingenua satisfaccion, y habia una especie de fiesta en el cortijo. La señora de Kerouet se ocupaba por sí misma en los preparativos y pormenores de la comida; y María, para quien estaba reservada la mitad de la alcoba de su tia, ponia un gracioso conato y admirable esmero en que nada faltase en la piececita que me destinaba en uno de los torreoncillos.

Esa hospitalidad tan afectuosa y tan solícita me robaba el corazon; y luego, lo que me probaba la pureza de sentimientos de aquellas dos mujeres y la generosa confianza que conmigo gastaban, es que nunca les ocurrió la idea de que la frecuencia de mis visitas pudiese *comprometerlas*. Mi venida les agradaba; yo animaba y entretenia su soledad; y si las agradecia con toda la efusion de mis palabras las muchas bondades de que me colmaban, la señora de Kerouet me contestaba candorosamente: — ¿No nos toca mas bien á nosotras, pobres quinteras, mostrarnos agradecidas

á las molestias que pasais por venir, vos, señor, *un artista* (yo era tenido por un pintor), á amenizar nuestras largas veladas de invierno, haciendo tres leguas de camino cada dia para venir y otras tres para volveros.... y eso con los tiempos mas borrascosos? Mirad, señor Arturo, añadia aquella buena mujer, no sé como es que os miramos como si fuerais de la familia, y si nos viésemos privadas de veros, nos tendríamos por muy desgraciadas, y seria mucha nuestra tristeza: ¿no es verdad, María?

— ¡Oh! muy cierto, querida tia, contestaba su sobrina con adorable sencillez.

Yo sabia que le faltaban libros á María, y como hablaba perfectamente el inglés y el italiano, hice comprar en París una biblioteca completa, dando órden de que la remitiesen primero á Nantes, y de Nantes á la quinta.

Conforme á lo que me habia prometido, el envío de aquellos libros fue atribuido á una memoria de Mr. Belmont ó de su amigo Duvallon. Por este medio llegué á proporcionar á María y su tia un cierto bienestar interior que les faltaba, y poco á poco fueron llegando á aquella casa algunos muebles preciosos y tapicerías, que fueron recibidos con júbilo como un obsequio del proscrito ó de su amigo.

Movida de su gratitud, escribió María una carta de gracias á Mr. Duvallon, que respondió no comprendia una palabra de lo que le decia la señora Belmont.

Temiendo que se aclarase la verdad, persuadí á la señora Kerouet que no hablase mas de aquellos regalos, dándola á entender que seguramente Mr. Belmont tendria graves motivos para disimular su procedencia.

Acercábase el cumpleaños de María, único dia en que debia permitirme la entrada del cuartito misterioso que esta habia convertido en su taller y que nunca me habia querido enseñar.

Sabedor de que aquella pieza era enteramente igual á la que yo habitaba en el torrejon opuesto, tomé las necesarias

medidas, é hice venir de París, siempre por la via de Nantes, cuanto fuera preciso para amueblarla con mucha elegancia. Una de las cosas que mas ansiaba tener María era un piano y una arpa, cuyos instrumentos encargué tambien llegasen á la quinta para el dia del cumpleaños de Maria.

Esas frioleras me causaban un imponderable placer.

Todos los dias salia bien embozado de Cerval, montado sobre mi jaca, arrostrando el agua y la nieve, y llegaba al cortijo, donde encontraba en *mi cuarto* un fuego que chisporroteaba. Me vestia con cierto esmero, á pesar de las eternas burlas de la digna quintera, que me echaba en cara *mi coquetismo,* y en seguida bajaba á la alcoba principal.

Si el tiempo no era muy malo, María me tomaba el brazo, y salíamos valerosamente á desafiar el cierzo y el frio, á pisar el escabroso monte, y coger plantas para el herbario de María, ó á recorrer la selva, divirtiéndonos en sorprender en medio de aquellas soledades á la cierva y su cervatillo.

Durante aquellos largos paseos, María siempre animada, risueña y festiva, siempre pensionista, me trataba como á un hermano. Con su casta ignorancia me exponia á menudo á duras pruebas: ya me hacia abrochar su gargantilla, ya atar su cabello debajo del sombrero, ó pasar otra vez en el ojete algun cordon del borceguí. Así es que al contemplar durante aquellas excursiones el delicioso y adorable rostro de María, que debajo de su cabellera cubierta de una brillante escarcha parecia una rosa epanuida debajo de la nieve, ¡cuántas veces asomó á mis labios la declaracion de mi amor!... Pero María, cruzando sus dos brazos sobre el mio, se apoyaba en él con tanta confianza, y me miraba con tanto candor y frescura, que cada dia prorogaba aquella declaracion para el siguiente.

Temia que una palabra aventurada ó prematura no viniese á destruir aquella apreciable y pura felicidad.

Yo aguardaba con paciencia.... No me fascinaba el sentimiento que yo inspiraba á María; á menos de incurrir en

una necia presuncion ó ridícula fatuidad, no podia negar la evidencia. Mas de dos meses hacia que nunca anochecia sin que la hubiese visto; y mis atenciones para con ella, tan jóven, tan sencilla, tan poco acostumbrada á las seducciones del mundo, habian herido su sensibilidad; pero tambien habia descubierto en ella principios tan mesurados, sentimientos religiosos tan ostensibles, un instinto de deber tan profundo, que debia pronosticarme una larga y acaso dolorosa lucha; y sin embargo, mil naderías muy significativas me probaban la afeccion que quizás ella misma ignoraba aun.

Por la noche, cuando habia comido en la quinta, sentada la señora de Kerouet junto al hogar en su gran sillon de tapicería, hilaba su copo; mientras que yo y María, sentados á la misma mesa ordenábamos los productos de nuestras herborizaciones de invierno.

Muchas veces al pegar sobre el papel los ligeros filamentos de las plantas se rozaban nuestras manos, y cuando inclinados sobre la mesa nos dedicábamos con extraordinaria atencion á nuestras importantes tareas, mis cabellos tocaban á menudo el cabello de María, ó bien su fresco y juveníl aliento venia á acariciar mis mejillas.

Sonrojábase María, palpitaba su seno velozmente, se extraviaban sus miradas, y su mano se hundia alguna vez sobre el papel....

Pareciendo luego que dispertaba de un ensueño, me decia con un tono de afectada reconvencion: — Veis pues como esa planta está mal colocada....

— Vos teneis la culpa, respondia risueño: quereis ayudarme sin aguantar el papel.

— No hay tal: sois vos que no teneis paciencia, y temeis siempre se os pegue alguna goma en los dedos al fijar las cintillas.

— ¡ Vaya con tan ruínes disputadores! decia la señora Kerouet, poco va del uno al otro.

Otras veces leiamos alternativamente y en voz alta las

novelas de Walter-Scot, que movian mucho el interés de la señora Kerouet. La voz de María era suave y melodiosa, y uno de mis principales gustos era el oirla leer.

Pero mayor dicha encontraba tal vez en contemplarla. Así cuando cogia á mi vez el libro, si tropezaba con alguna alusion á mi amor, leia primero la frase con la vista, y luego la decia de memoria en alta voz, fijando sobre María una encendida mirada.

Algunas veces bajaba María los ojos y mostraba un semblante severo; otras se cubria su frente de rubor y con la punta de su hermoso dedo me hacia una imperiosa señal de que mirara el libro.

Proyecté otra cosa: cuando lo permitia la situacion que estaba describiendo el autor, añadia improvisándolos pasajes enteros á la novela que leia, para pintar con ellos mas claramente á María los sentimientos que me inspiraba.

Una noche, pues, en aquella tan corta y apasionada escena en que Ivanohe declara su amor á la bella Sajona, substituí á todo lo que decia el cruzado un largo monólogo, en que hice los mas directos parangones entre María y yo, recordándola con ternura mil reminiscencias de nuestros paseos y conversaciones.

María, conmovida.... sobresaltada, me miró con aire quejumbroso.

Detúveme....

— Yo no queria interrumpiros, señor Arturo, me dijo la señora de Kerouet, porque encuentro que nunca habeis leido mejor que esta noche. Luego dejando su rueca dijo sencillamente: — ¡Ah! confieso que fuera menester que una tuviese el corazon de bronce para no compadecer á un amante que se expresa de este modo. Yo no entiendo palabra de esas cosas, pero me parece que nadie podria hablar de otra suerte de lo que Ivanhoe.... tan cierto y natural es....

¡Oh! es muy hermoso en efecto, dijo María; pero el señor Arturo deberá estar ya cansado: yo leeré ahora.

Y tomando casi á pesar mio el libro que yo tenia sobre

las rodillas, buscó el pasaje improvisado y no lo encontró.

— Son tan bellas las páginas que acabais de leer, me dijo María maliciosamente, que quisiera repetirlas.

— Tienes razon, María, dijo su tia, tambien yo las escucharia gustosa por segunda vez.

— ¡Ah! ¡Dios mio, las diez ya! exclamé para salir de apuros. Es preciso que parta....

— ¿De veras ya?... dijo la señora de Kerouet mirando el reloj.

Ordinariamente antes de marchar, iba María á la ventana para ver que tal estaba el tiempo, pero esta vez no se movió.

Su tia la dijo: — Ve á mirar si nieva, hija mia.

María se levanta diciendo: — Nieva muchísimo.

Nieva muchísimo.... ¿cómo es que lo dices con indiferencia?... Ten presente que el señor Arturo tiene que andar tres leguas en medio de la noche y de la selva.

Busqué la mirada de María, y viendo que la apartaba de mí, la dije tristemente: — Buenas noches, señora....

— Buenas noches, señor Arturo, me respondió sin mirarme.

Oí el impaciente relincho de mi Black que venia conducido por uno de los mozos de la quinta.

Iba á salir del cuarto, cuando aprovechando María un momento en que su tia no podia verla, se acercó á mí, y tomándome la mano, me dijo con una profunda emocion: — ¡Estoy sentida de vos!... ¡no sabeis todo el daño que me causais!

No podian llamarse aquellas palabras una declaracion.... y sin embargo, á pesar de la noche y de la nieve, entré en Cerval regocijado el corazon. . . . .

. . . .

Aquella velada fechó mi esperanza.

Han transcurrido desde entonces ocho dias.

Mañana es el aniversario del nacimiento de María, dia solemne en que debemos inaugurar el misterioso gabinete de la torrecilla.

XXXV.

El retrato.

Cerval 10 de diciembre de 18**.

Apenas puedo creer lo que he visto hoy.

¡Suerte extravagante la mia!

Esta mañana, segun teníamos acordado, me he presentado en el cortijo.

Era el cumpleaños de María, y debia permitirme la entrada del misterioso gabinete que ocupa en uno de los torrejones. Allí es donde hizo colocar el arpa y el piano últimamente llegados de Nantes.

— Venid á ver mi retrete, me dijo María despues del desayuno.

Subimos á la torrecilla con la señora de Kerouët....

Entramos: ¡qué es lo que veo!...

Delante de mí.. . en un marco dorado.... el retrato del pirata de Porquerolles! ¡del práctico de Malta!...

— ¿Cómo es que teneis ese cuadro?... ¿Sabeis quién sea ese hombre? exclamé dirigiéndome á las dos mujeres, que me miraban azoradas.

— Soy yo quien ha hecho ese retrato.... y ese hombre es Mr. Belmont, me dijo María con toda su naturalidad.

— ¡Mr. Belmont!

— No pongais la menor duda, es mi marido.... Pero ¿que teneis, señor Arturo?... ¿Á qué viene esa sorpresa, ese estupor?

— ¿Habeis visto á Mr. de Belmont en alguna parte? me preguntó la señora Kerouet.

Yo creia soñar ó ser engañado por una extraordinaria semejanza.

— Efectivamente, dije á la señora Kerouet, he visto en mis viajes á Mr. Belmont.... ó por mejor decir á alguno que se le parecia mucho.... porque ciertas circunstancias no me permiten creer que la persona á que me refiero sea verdaderamente Mr Belmont cuyo retrato tenemos á la vista.

— Hay un medio muy sencillo, me dijo la señora Kerouet, para saber si vuestro Belmont es el nuestro, es decir el del retrato.... ¿Cómo tenia los dientes vuestro señor Belmont?...

— No queda duda.... ¡era él! dije interiormente. Tiene los dientes, contesté, como nadie los tiene: muy agudos, y muy claros....

— Eso mismo, dijo riendo la señora Kerouet. Así es que por broma le llamábamos muchas veces *Ogro*.

— ¡El era!!!

Todo guardaba una perfecta relacion.

En el baile de las Tullerías me habia advertido el embajador inglés que se iba al alcance del pirata y que habia esperanzas de atraparle; aquel baile se dió á mediados de enero, época en que Belmont habia vuelto á Nantes para apresurar su enlace con María.

Nuestro encuentro en las Variedades y el temor de ser descubierto eran sin duda la causa de la inquietud que la señora Kerouet habia notado en él desde aquella época.

Á no haber pues recibido aviso anticipado de la llegada del comisario y del jefe de gendarmería, aquel miserable hubiera sido aprendido el mismo dia de su boda. Comprendia por último que Mr. Duvallon, amigo del pirata, lo habia presentado á los ojos de la tia y su sobrina como una víctima política, á fin de ocultarlas la verdadera causa de los perseguimientos que se seguian contra él.

¿Sabia ese Duvallon el infame oficio de Belmont, ó habia sido presa tambien de sus engaños?

Todos esos pensamientos se agitaban confusos en mi cabeza y me preocuparon de tal manera, que salí de la quinta mucho mas temprano de lo que tenia de costumbre, pretex-

tando una jaqueca, y dejando á María y la señora de Kerouet ansiosas y apesaradas por mi brusca partida.

Muy tristemente acabó pues aquel dia que debia ser una especie de fiesta para nosotros.

— ¿Qué debo hacer?

Quiero á María con todas las veras de mi corazon. No es un crímen robársela á Belmont, á aquel bandido, á aquel asesino, sino una noble y generosa accion.

María ha sido indignamente engañada. Su familia creyó casarla con un valiente y honrado marino, y no con un infame... ¡Este matrimonio es nulo ante la razon y el honor, tambien debe serlo pues ante los hombres! Hoy mismo informaré de todo á aquellas desgraciadas mujeres....

Pero, ¿me creerán? ¿qué pruebas les daré para convencerlas?

Y además encuentro en esa delacion una cierta bajeza que me repugna.

Por último, María es la esposa legítima de Belmont, yo amo á María.... ese amor pone aquel hombre á mi nivel.

Abrióse pues una lucha entre los dos. La ventaja es mia porque él está ausente y por consiguiente no es ley que aumente yo todavía mis armas con una acusacion.

En fin, si María me quiere tanto que llegue á vencer sus escrúpulos y olvidar sus deberes para con un hombre que tiene por honrado y bueno, ¿no podré envanecerme mas de mi ventura que si solo creyese sacrificarme un ente indigno de ella? ¿un hombre que la justicia puede cada dia reclamar como á su presa?

Estoy decidido á callar....

¿Pero si vuelve ese hombre?... ¡Dios mio, qué idea tan horrorosa!

María es de todos modos esposa suya, y solamente el azar la ha preservado de su contaminacion.

Mis escrúpulos son insensatos, son ridículos.... No sé porque vacilo en decírselo todo á María....

Pero ¿y porqué? ¿puede prevenir.... estorbar esta reve-

lacion la vuelta de ese hombre?

De un momento á otro puede llegar....

¿Qué haré.... qué haré?...

Cerval 12 de diciembre 18**.

Está descubierto mi incógnito, María sabe quien soy.

Ayer fuí á la alquería.

Estaba perplejo aun sobre lo que debia hacer relativamente al pirata.

Mientras estaba conferenciando con María y su tia, entró mi administrador.

Me han subido los colores al rostro y me he turbado; no lo ha notado el verdugo, quien me ha saludado respetuosamente.

— ¡Hola! ¿conoce V. al señor Arturo? le preguntó la señora Kerouet.

— ¿Si tengo el honor de conocer al señor conde? repitió asombrado mi administrador.

— ¡El señor conde! exclamaron á la vez la señora de Kerouet y María levántandose sobrecogidas.

Temiendo que aquel hombre no interpretase mal el motivo que me habia impulsado á ocultar mi nombre, le dije:

— Muy torpe sois, mi querido Riviere. Deseaba adquirir por mí mismo algunos conocimientos sobre este cortijo, cuyo alquiler pienso aumentar, y me lo habeis echado todo á perder.... Tened la bondad de ir á aguardarme en Cerval, pues deseo hablaros sobre este asunto.

— ¡Nos habeis engañado, señor conde!... me dijo la señora Kerouet con mucha dignidad. Lo siento por vos....

María no habló palabra, y desapareció sin mirarme.

— ¿Y porqué? dije á aquella excelente mujer. Si me hubiera dado á conocer, tal vez ciertos escrúpulos os hubie-

ran privado de tratarme con la franqueza y cordial afeccion que me habeis demostrado hasta hoy.... me hubierais mirado como á vuestro amo y no como á vuestro amigo....

— No es segura ni posible la amistad, señor conde, sino entre iguales, dijo la señora Kerouet con frialdad.

— ¿Pero en qué se han alterado ahora nuestras posiciones? Si hasta aquí os ha gustado mi amistad.... ¿porqué hemos de cambiar de relaciones?... ¿porqué olvidar cuatro ó cinco meses de admirable intimidad?

— No los olvidaré, señor conde; pero harán lugar á otros sentimientos mas convenientes á la modesta posicion de María y mia.

Una zagala vino á buscar á la señora Kerouet para rogarla que fuese á ver á María.

Saludóme respetuosamente y salió.

Fuíme del cortijo fuertemente enfurecido contra mi administrador....

Despues reflexioné que en resolucion no podia durar siempre aquel incógnito, y que sobrecogida María antes que todo del descubrimiento, ningun perjuicio resultaria al amor que la inspirara.

Cerval 15 de diciembre 18**.

He vuelto á ver á María.

Estos dias pasados estaba triste y afligida por mi disimulo, que no acierta á explicarse.

Hame preguntado porque habia ocultado mi nombre, y mi contestacion ha sido que, sabiendo habian llegado á sus oidos algunos rumores tan falsos como sensibles que me pintaban con los mas negros colores, habia preferido guardar el incógnito.

Le ha costado mucho el creerme, pero he logrado por fin alejar de su imaginacion aquellas desgraciadas impresiones....

Aunque alguna vez me ponga todavía mal gesto la señora Kerouet, sin embargo nuestras relaciones, algo entibiadas al principio, han recobrado todo su encanto.

Cerval 20 de diciembre 18**.

¡María me ama.... me ama!... ¡ya no lo puedo dudar!... ¡viva esta fecha en mi corazon eternamente! . . . .
. . . .

Cerval 30 de diciembre 18**.

¡Maldito evento!... No, no, mil veces no; no saldrá de este país.... Tengo derecho de velar por su suerte.... jamás la abandonaré....

Esta mañana ha llegado al castillo un mozo del cortijo.

Me entregó una esquela de María.

Me rogaba que fuera al instante á verla.

Una hora despues estuve en la alquería.

Encuentro á María anegada en llanto, lo mismo que su tia.

— ¿Qué os aflige?... exclamé.

— En esta carta, dijo la señora Kerouet, nos escribe Mr. Duvallon que vendrá hoy mismo á buscar á María.... de órden de Mr. Belmont.

— ¿Y la dejaréis marchar? exclamé, ¿y consentiréis en marchar, María?

Pálida María, como un cadáver, pasó las manos por sus ojos, y exclamó:

— ¡Qué dispertamiento.... Dios mio.... qué dispertamiento!... ¡estoy perdida!...

Hice una expresiva señal á María... Enteramente preocu-

pada su tia por su dolor, no acertó á oirla.

— ¡Ah! ¡Dios mio! decia lo señora Kerouet, ¡separarme de mi hija!... ¡jamás alcanzará á tanto mi valor!

— ¡No será que os separeis, no podeis permitirlo á fuer de buena madre!... sobre todo para entregarla en manos de un hombre como Duvallon.

— ¡Ah señor! ¿qué podrémos objetar?.. ¿acaso no es Mr. Duvallon el íntimo amigo de Mr. Belmont? ¿no ha recibido sus órdenes?

— Precisamente porque es amigo íntimo de Mr. Belmont debeis desconfiar de ese hombre.

Miráronse azoradas María y la señora Kerouet... Yo proseguí:

— Escuchadme.... vos, señora Kerouet.... vos, María.... Dejadme recibir á Mr. Duvallon; yo me encargo de hablarle y de hacerle entender la razon.... ¿Cuando ha de llegar?

— Si llega, segun anuncia, dijo la señora Karouet, con la diligencia de Bourges, á las tres estará aquí.

— No prometerle nada; enviádmelo á mí.... esperad y esperemos....

Y contestando á una muda señal de María, me retiré. .

. . . .

Poco despues, á las cinco, he oido en el patio del castillo el ruido de un calesín.

No pude reprimir un extremecimiento de cólera, he sentido latir mis sienes violentamente.

Me han anunciado á Mr. Duvallon.

Veo entrar á un hombre robusto, alto y de unos cincuenta años de edad, de tez colorada, de aspecto duro, de continente vulgar pero atrevido, y cuyo traje era el de un viajero francés, es decir, sórdido....

Hágole señal para que tome asiento, y se sienta.

— Caballero, le digo, siento haber molestado á V.; pero estoy encargado por la señora Kerouet, arrendataria de una de mis haciendas y que tiene puesta alguna confianza en mí....

— ¡ Pardiez ! ¡ tambien su sobrina tiene confianza en vos, y mucha ! exclamó el hombre interrumpiéndome groseramente.

— Es verdad , caballero , dije conteniéndome ; porque tengo el honor de ser contado en el número de los amigos de la señora Belmont.

— ¡ Y yo en el de los amigos de Mr. Belmont ! y como tal estoy encargado por él de llevarme su esposa á Nantes, donde quedará bajo la guarda de *mi mujer*, hasta que vuelva mi amigo Belmont, que no puede tardar mucho.

— ¿Es V. íntimo amigo de Mr. Belmont? dije á Mr. Duvallon mirándole de hito en hito. ¿Conoce V. bien á ese hombre?

— ¡Ese hombre.... voto á brios ! ¡ vale lo que otro hombre ! exclamó Duvallon, levantándose con vivacidad.

Permanecí sentado.

— ¡Ese hombre es un bandido !... ¡ ese hombre es un asesino.... caballero !... y acentué con una resuelta é imperiosa mirada cada una de esas inculpaciones.

— ¡ Si no estuvierais en vuestra casa !... me dijo Duvallon cerrando sus puños.

— No soy un niño, caballero, para atender á tan ridículas amenazas. Hablemos claros y acabemos : la prueba de que su amigo de V. es un asesino, es que fuí herido por él á bordo de un yate que atacó en el Mediterráneo : ¿es esto claro? La prueba de que su amigo de V. es un bandido, es que me hallaba á bordo del mismo yate cuando el lo hizo naufragar cobardemente sobre las costas de Malta : ¿es esto claro? Por último las pruebas de que son fundadas estas acusaciones es que informados por mí el embajador de Inglaterra en Francia y el ministro de negocios extranjeros de la presencia de ese criminal en París, han provocado las medidas que hubieran conducido á su arresto, si no le hubiese V. sustraido á la justicia el dia de su boda.... ¿es esto claro, caballero?

Mirábame Duvallon con aire estupefacto ; y mordíase los

labios con furor.... Yo continué :

— Nada de esto saben la señora Belmont ni su tia; pero tenga V. entendido que si en ningun tiempo insiste en llevársela, todo se lo revelaré, procurando al mismo tiempo aconsejar á entrambas que depongan esta discusion en manos de la justicia.

— ¡Rayos del cielo! exclamó Duvallon dando en el suelo un fuerte taconazo, nada de eso es verdad.... os quitaré de delante á esa bachillera, ¡vive Dios!... ó nos oiran los sordos.

— Si no le valiera á V. el ser intimo amigo de Belmont, caro le costaran el mentís y sus amenazas.... Sálgame V. de aquí, caballero.

— Atreveos.... á ver si os atreveis á hacerme salir.... dijo el antiguo corsario adelantando un paso hácia mí con aire amenazador.

Pero comparando seguramente su edad y fuerza á mi fuerza y edad, se contuvo y dijo con reconcentrado furor:

—¿Con qué tratais de oponeros á que me lleve á *vuestra dama?* ya entiendo... pero yo he jurado llevármela, y vive Dios, que lo haré como lo he dicho.... ¿Por ventura ignoro cuanto está pasando? ¿no sé ya los regalos que la teneis hechos? ¿acaso no me lo explican las cartas de gracias de esas mentecatas, de las que no podia comprender una palabra y que recibia en Nantes, con ocasion de toda suerte de objetos de lujo?... Mas esto se acabó, ¿lo oís? Belmont no tardará en llegar, y entretanto, me llevo hoy mismo á la damisela.... de grado ó por fuerza.

No queriendo contestar á ese hombre tiré del cordon de la campanilla.

— Pedro, dije á un criado, harás ensillar dos caballos; uno para mí y el otro para Jorge que me acompañará; tambien dirás á Lefort que monte inmediatamente á caballo con su hijo y vaya á esperarme al cortijo de los Prados.

Salió el criado.

Ahora, caballero, dije á Duvallon tenga V. buena cuenta

en lo que vaya á hacer.... Si no salís cuanto antes de la comarca, enteraré de todo á la señora Belmont y su tia, quienes se pondrán por mi consejo bajo la proteccion de la justicia.... Ahora mismo me dirijo al cortijo de los Prados.... allí le espero á V.; veamos si se atreve V. á venir. —Y volviendo á llamar, dije á un criado: —Acompaña al señor hasta la puerta.

Sin aguardar respuesta de Duvallon, salí de mi cuarto, y monté á caballo para volar al cortijo.

Lefort y su hijo me aguardaban allí.

Cerval 31 de diciembre 18**.

No se atrevió ayer Duvallon á venir á la quinta.

Ha escrito á María una carta, en la que al través de las mas groseras injurias la participa su regreso á Nantes, y la amenaza con la próxima llegada de Belmont.

María está sumergida en una melancólica desesperacion... Hoy no he podido verla....

Solo un partido me queda que tomar... es preciso decidir á María á que me siga ...

¿Qué suerte le espera para en adelante?

Si vuelve Belmont.... aun cuando yo no le delate, será tarde ó temprano arrestado....

Si llega á ser absuelto, es señor de María, ella es su esposa y está obligada á seguirle....

Si fuese convicto de su crímen, si fuese condenado, ¡qué porvenir tan horrible el de María! ¡y luego yo me expongo siempre á perderla!... y yo no lo consentiré.... su vida es mia, como la mia es suya....

Si no me sigue.... ¿qué haré?...

Los pasados crímenes de ese hombre no pueden anular su matrimonio.... ¡y si hay rompimiento, cuánto deberá tardar, cuán tristes debates le precederán, cuántos sinsabores!

No hay medio, no lo hay, María me seguirá....

¿Á quien podrá echar de menos, la desventurada huérfana?

Á su tia.... pobre y virtuosa mujer....

Mas ella nos seguirá tal vez.... No.... no.... ¡Si llegara á sospechar la verdad!! si supiese que otro lazo y no el de la amistad me une eternamente á María.... si supiese....

No, no, no hay que esperarlo.... Pero ¿consentirá María en abandonarla?

Ello es menester.

Si María me sigue, ¿qué porvenir?... Á la sombra de la soledad, pasaria á su lado mi existencia....

No obstante mi juventud, he vivido ya tanto.... he sufrido tanto ya.... tengo ya tan esperimentados á los hombres y las cosas.... que fuera con delicia que descansaria para siempre en un amor solitario y tranquilo....

¡Y luego son tantísimos los recursos que en ella encuentro para vivir retraido de todo y de todos!!! corazon, alma, genio, talento, carácter angelical, adorable candor.... imaginacion juveníl, que la menor cosa basta á distraer, ocupar ó divertir....

Fuerza es que me siga.... me seguirá.

XXXVI.

La partida.

Cerval 10 de marzo 18**.

Vuelvo á abrir este diario tres meses ha interrumpido.

Quiero escribir una fecha una última página aquí en Cerval.... en este antiguo castillo paterno que abandono quizás para siempre....

¡Extraño parangon! Mi amor á Elena comenzó aquí mi vida mundana....

Aquí terminará mi vida mundana con mi amor á María...

De aquí en adelante hemos de vivir ella y yo en la mas profunda soledad.... ¡Oh! es muy cierto, si se realiza, será bien mágico ese porvenir!...

¡Mas por cuán crueles pesares habrá sido comprado!...

De tres meses á esta parte, ¿cuántas lágrimas ha derramado María en secreto? pero mi influjo ha vencido poco á poco su resistencia....

Consiente por último en seguirme....

Y además, mi fiel Jorge, á quien habia enviado secretamente á Nantes para espiar á Duvallon, me ha escrito esta mañana que un hombre que no puede serme desconocido, que Belmont ha llegado esta noche á casa del antiguo corsario.

No lo he ocultado á María.... está decidida....

¿Cómo se atreveria á parecer ante su esposo?... ¿cómo, mas adelante.... seria capaz de resistir las miradas de su tia?...

Mañana á la noche nos fugarémos en secreto.

Para que no nos pase nada por alto, anotemos las principales disposiciones:

Enviar postas de caballos mios para ir hasta *** por el atajo, á fin de evitar que nos sigan por el rastro: se ganan veinte y cinco leguas.

Se toma la posta en ***, y en treinta horas llegamos á la frontera....

Una vez allí, y apaciguado el primer rumor de este rapto.... estarémos á la mira.... acaso volverémos á Francia.... acaso prenderán á Belmont....

Dulce-Reposo, setiembre 18** (1).

« Hasme rogado María, que te contase mi vida toda entera.

« Hemos rompido para siempre con el mundo. Retirados aquí, con nuestro hijo, en esta apacible y deliciosa morada, vivimos en ella dos años ha en el seno de una ventura inefable.

« Tú eres mi ángel, mi salvador, mi Dios.... mi amor... mi único bien, porque en tí se encierran todos los tesoros del alma del corazon y del ingenio.

« En el seno de nuestra profunda soledad, cada nuevo sol alumbra un nuevo embeleso, que te hace mas grata á mi corazon.

« De la manera misma que las perlas de la mar deben, segun dicen, su esplendor eterno y cada vez mas espléndido á las preciosas tintas con que cada ola las baña.

« Dícesme á menudo, María, que mi carácter es noble, generoso, y sobre todo excesivamente *bondadoso*.

« Cuando sepas mi vida, María, mi bella y dulce María, verás, ¡ay de mí! que he sido muchas veces.... duro é inícuo....

« Esta bondad pues que tanto aplaudes en mí.... ¡á ti la debo!

« Bajo tu santa influencia, hermoso ángel de mi guarda, desaparecieron todos mis malos instintos, se exaltaron todos mis elevados sentimientos.... en una palabra, te amé.... te amo como mereces ser amada.

« Quererte y ser querido de tí como te quiero y me quieres, María.... es ser el primero de los hombres.... es tener

(1) Vése por esta fecha que hace tres años estaba interrumpido el diario, y que estos últimos renglones no son mas que una nota escrita por el conde al confiar á María su manuscrito cuando con ellá habitaba la granja situada al mediodia (véase el primer tomo).

derecho á desdeñar todas las glorias, todas las ambiciones, todas las fortunas.

« Es haber desbordado los límites de la posible felicidad.

« Aterraríame esta incomparable felicidad, si no la hubiésemos comprado con tus sobresaltos y tus remordimientos, ¡ pobrecita !...

« Esos remordimientos fueron y son aun tu única desazon: la hora es llegada de librarte de ella.

« Sabrás á quien diste tu mano, y quien sea el que dos años ha crees condenado á cárcel perpetua por crímen político.

« Mas adelante sabrás tambien porque hasta ahora te he ocultado este secreto.

« Estos renglones que escribo sobre este diario que bosqueja casi todos los acontecimientos de mi vida hasta el momento en que salimos de Cerval, serán los últimos que estamparé en él....

« ¿De qué me servirán en adelante estas frias confidencias?...

« En tu corazon angelical, María, será donde deposite en lo sucesivo todas mis impresiones.... ó por mejor decir la única y adorable impresion de ventura de que te soy deudor.

« Leerás pues, María, este diario, y verás que si fuí muy culpable, padecí tambien muchísimo....

« Verás continuadas las primeras emociones de nuestro amor....

« Desde que salimos de Cerval no habia abierto este diario.... ¿Qué hubiera podido escribir? Lo que te he dicho de nuestro porvenir debes aplicarlo tambien á los años trascurridos á tu lado.

« No hallarás en él la fecha del nacimiento de nuestro Arturo.... de nuestro hijo.... la felicidad mas grande de que haya gozado jamás.... ni la fecha de aquel dia horroroso en que estuve á pique de perderte.... aquí.... el dolor mas terrible que me haya torturado jamás....

« En tanto que duró la exaltacion, el parasismo de aquel júbilo desconocido, de aquel desconocido pesar.... no pensé, no reflexioné, no obré, no existí....

« Cuando uno *se ve* padecer, cuando *se ve* ser felíz, ni la suerte ni la desdicha ha llegado á su último extremo....

« Hasta entonces habia padecido atrozmente, habia experimentado muy vivas satisfacciones.... pero no me habian embargado hasta el punto de privarme de la reflexion.

« He hablado de felicidad desconocida.... María; y por tanto la fecha del grandioso dia en que acabé de dudar de tu amor se encuentra en este diario.... mientras que la del dia en que nació nuestro Arturo no está en él....

« Tu alma tan delicada comprenderá y apreciará, ¿no es así? esta diferencia tan profunda....

« Por lo que toca á nuestro hijo, María, á nuestro hermoso y adorable hijo, ya nos ocuparémos en su porvenir, y....»

. . . .

Estas son las últimas palabras del *Diario de un desconocido*.

Cotejando la fecha con los detalles dados por el cura del pueblo de ***, en el primer tomo, se ve que este último pasaje debió ser escrito la víspera ó el dia mismo del triple asesinato cometido sobre el conde, María y su hijo, por Belmont, el pirata de Porquerolles, que habiendo logrado evadirse de su prision, y tener conocimiento del asilo del conde, quiso tomar en él una terrible venganza antes de abandonar para siempre la Francia.

FIN DE ARTURO.

R.

Nacionales.

Rebolledo.
Rioja.
Roa.
Rojas.
Roman.
Rufo.

Extranjeros.

Racine.
Ratclife (Ana).
Raynouard.
Remusat (condesa).
Richardson.
Robertson.
Rossi.
Rousseau.

S.

Nacionales.

Saavedra Fajardo.
Salazar.
Samaniego.
Sandoval.
Sarmiento.
Séneca (el Trágico).
Séneca (el Filósofo).
Solís.
Suero de Quiñones.

Extranjeros.

Safo.
Schiller.
Scribe.
Saintine.
Sainte Beuve.
Salustio.
Sand (Jorge).
Sandeau.
Segur.
Sakespeare.
Sheridan.
Silio Itálico.
Silvio Pellico.
Sismondi.
Smith.
Sófocles.
Soulié.
Southey.
Souvestre.
Spanzotti.
Spenser.
Staël (Madama).
Sterne.
Sturm.
Sue.
Suetonio.

T.

Nacionales.

Tirso de Molina.
Toreno.
Torres.
Tostado.
Trueba y Cosío.

Extranjeros.

Tácito.
Tasso.
Terencio.
Teócrito.
Thiers.
Thiek.
Tito Livio.
Tucidides.

U

Nacionales.

Ulloa.

Extranjeros.

Ugo Fóscolo (Hugo).

V.

Nacionales.

Valverde.
Velez de Guevara.
Villamediana.
Villaviciosa.

Extranjeros.

Varron.
Valerio Flaco.
Vander-Welde.
Vertot.
Viardot.
Villemain.
Villeneuve.
Vitrubio.
Virgilio.
Voltaire.

W.

Extranjeros.

Walter-Scott.
Washington Irving.
Wosworth.

Y.

Extranjeros.

Young.

Z.

Nacionales.

Zamora.
Zárate.
Zayas.
Zúñiga.
Zurita.

Y otros muchos que anunciarémos sucesivamente.

TESORO

DE

AUTORES ILUSTRES,

ó

COLECCION SELECTA Y ECONÓMICA

DE LAS MEJORES OBRAS ANTIGUAS Y MODERNAS, NACIONALES Y EXTRANJERAS (*),

publicada bajo la direccion

DE D. JAIME TIÓ.

El Editor.

Esta *Biblioteca* contendrá los partos mas prodigiosos del entendimiento humano; la historia, que enseña, corrige y mejora; el teatro, que tambien mejora, corrige y enseña; libros de crítica, de moral y de religion, viajes que deleiten y admiren, las epopeyas de los principales pueblos y los mejores poemas del nuestro.

(*) Cuando emprendimos la publicacion del *Tesoro de Autores Ilustres,* lo hicimos con grandes esperanzas, que fundamos en el plan que nos habíamos trazado. El éxito mas favorable las ha cumplido y ahora nos complacemos en manifestar al público el fondo que con el tiempo constituirá nuestra biblioteca, en la lista que va al fin de este

Una agradable variedad de escritos y de escritores de todos tiempos satisfará sin duda alguna al lector mas exigente, cualquiera que sea su gusto, sea cual fuere su inclinacion. Con este fin alternarémos unos libros con otros para que así sea su lectura mas deliciosa. Ya daremos una de esas obras sesudas, profundas y filosóficas en que se encierran las meditaciones de un sabio, las reflexiones de la experiencia, los arcanos que adivinan los genios para divulgarlos luego en pro de todo el género humano, uno de esos libros en fin en que se refleja el alma de Kant ó el espíritu de Bentham, y en seguida otro de naturaleza enteramente distinta. Aquel habrá nacido entre las nieblas del norte, este bajo los rayos del sol del mediodia, y será fogoso como la imaginacion de Alfieri, ardiente como el entusiasmo de Mery, sublime como el pensamiento de Espronceda, apasionado como el corazon de Zorrilla y libre como el genio de nuestros mejores vates.

No excluimos á los escritores de novelas, pues injusto fuera segregarlos, cuando sus escritos sean historias de las costumbres de diferentes siglos como las de Scott, fisiologías de pasiones como las de Gœthe y de Balzac, ó historias del arte como las de Hugo y de Saintine, etc. Antes al contrario, á obras de esta naturaleza las daremos siempre lugar en nuestra *Coleccion*, para que el ánimo descanse despues de lecturas serias ó se solace tras de severos estudios.

Con este objeto nos hemos procurado relaciones con los principales editores extranjeros, que nos remiten cuanto

tomo. Desde luego procuramos que ilustrasen la coleccion los mejores autores españoles, y escogimos las tres mas brillantes perlas de nuestra historia, *Melo*, *Moncada*, y *Mendoza*. Considerando despues el elevado mérito de algunas obras extranjeras, las dimos tambien cabida con aplauso de nuestros suscriptores: seguros estábamos de ello, porque lo bueno debe tomarse dó quier se halle y fuera necedad aun mas que negligencia, el menospreciar los profundos estudios de un escritor, aunque sea extranjero, sobre todo cuando en sus obras reina buena crítica, imparcialidad, talento y genio, y mas aun si versan sobre asuntos de nuestra nacion.

sale de sus prensas aun antes de publicarse en su país. Si conviene salen al mismo tiempo las obras originales, así las de amena literatura, como las de profundo estudio, que sus traducciones, que se hacen directamente del idioma en que aquellas están escritas.

Si se mira la parte económica de nuestro **TESORO** se hallará que, siendo la mas barata de cuantas colecciones se han publicado en España, es al mismo tiempo la mas hermosa, pues no se queda atrás de las que hacen en Paris los mas célebres editores. En un tomo de tres á cuatrocientas páginas, de letra clara, pero muy compacta y bien legible, como puede verse en las obras que han salido á luz pertenecientes á esta coleccion, encerramos siempre la materia que otros editores ponen en dos, resultando así nuestros libros á la mitad del precio á que se venden los de las ediciones vulgares cuando menos.

Condiciones de la suscripcion.

Esta interesante COLECCION, adornada con PRIMOROSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE ACERO, se publica por tomos de igual tamaño, los cuales por su letra compacta contienen la materia de dos vólumenes regulares sin cansar por esto la vista del que los lee.

De este modo se evita el inconveniente de que se extravien, rasguen ó ensucien entregas que aun deben encuadernarse, y al recibir cada una de ellas puede ya leerse sin quedar la impaciencia de curiosidad hasta que llegue la segunda.

Su precio es excesivamente módico, pues por solos 12 rs. vn. en Barcelona y 14 fuera de ella, cada tomo de 300 páginas, y 10 y 12 reales respectivamente los que no llegan á este número, los mismos que cuesta la suscripcion á cualquier gabinete de lectura, pueden hacerse los suscriptores con una *selecta biblioteca,* quedando así compensadas las

ventajas que algunos creen encontrar en las suscripciones por cuadernos, las cuales en último resultado aumentan siempre considerablemente el coste total de las obras.

Publícase un tomo cada quince dias y mas adelante se dará cada ocho, si asi pluguiese á la mayoría de los suscriptores.

Estos no tienen que pagar nada adelantado, sino solo dejar nota de su nombre y habitacion, donde se les pasarán los tomos que podrán satisfacer á medida que los vayan recibiendo, sin que tengan obligacion de suscribirse á toda la Coleccion, pues podrán hacerlo á las obras que mas les convengan.

Los de fuera de Barcelona que gusten suscribirse directamente, podrán hacerlo enviando por carta franca una libranza á cargo de algun particular ó de la administracion de correos, y á favor del editor, el valor importante de la suscripcion, y verificándolo por el de seis tomos á la vez se les remitirán un real mas baratos.

Fuera de suscripcion se venderán estos mucho mas caros.

ADVERTENCIA.

—

Para dar una idea del vasto plan que nos hemos propuesto llevar á cabo, véase la lista de Autores que contendrá sucesivamente esta publicacion, así nacionales como extranjeros.

Se suscribe en Barcelona en la librería de *D. Juan Oliveres* (editor), calle de Escudellers, n.º 53, y en todos los demás puntos donde se efectua á la *Biblioteca Católica*, y al *Mosáico de conocimientos científicos* que publica el mismo.

Obras publicadas en esta Coleccion.

EL PEREGRINO, por D'ARLINCOURT. 1 tomo de 416 páginas con lám. Para los suscriptores. . . . . 12 rs.
HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA DE CATALUÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV (contiene hasta la batalla de Monjuich), escrita por D. FRANCISCO MANUEL DE MELO, y terminada por D. Jaime Tió; 1 t. de 400 pág. lám. . . . . 12 rs.
EXPEDICION DE LOS CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS, por D. FRANCISCO DE MONCADA, conde de Osona; con un prólogo y notas por D. Jaime Tió; 1 t. de 260 pág. lám. . . 10 rs.
GUERRA DE GRANADA, HECHA POR EL REY D. FELIPE II CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, SUS REBELDES; historia escrita por D. D. HURTADO DE MENDOZA; seguida de LA VIDA DEL LAZARILLO DE TORMES, SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES, por el mismo autor; 1 t. de 270 pág. lám. . . . . 10 rs.
SATANIEL. Novela histórica por SOULIÉ, 1 t. de 350 pág. lám. 12 rs.
OBRAS EN PROSA DE SILVIO PELLICO.— MIS PRISIONES. Memorias del autor.— DEBERES DEL HOMBRE. 1 t. de 325 pág. lám. . . 12. rs.
LA ESTRELLA POLAR, segundo viaje del *Peregrino* por el vizconde D'ARLINCOURT. 1 t. de 416 pág. lám. . . . . 12 rs.
LELIA.— ESPIRIDION. Por JORGE SAND. 2 t. el primero de 333 pág. y el segundo de 354 lám. Cada uno. . . . . 12 rs.
VIDA Y AVENTURAS DEL PICARO GUZMAN DE ALFARACHE. Por ALEMAN. Dos tomos de 300 pág. lám. Cada uno. . . . . 12 rs.
LA TORRE DE LONDRES, por W. HARRISON. 2 t. de 300 pág. lám. Cada uno. . . . . 12 rs.
MASANIELLO, ó los ocho dias de revolucion en Nápoles. Por DEFAUCONPRET. 1 t. de 253 pág. lám. . . . . 10 rs.
HISTORIA DE LA HERMOSA CORDELERA Y DE SUS TRES AMANTES.— EL MUTILADO. Por SAINTINE. Traducidas y adicionadas con las biografías del Petrarca y de Laura. 1 t. de 300 pág. lám. . . . . . 12 rs.
LOS TRES REINOS, tercer viaje del *Peregrino*, por el vizconde D'ARLINCOURT. 1 t. de 382 pág. lám. . . . . 12 rs.
TEATRO DE ALEJANDRO DUMAS. Primera serie: contiene: *Enrique III.— Cristina de Suecia.— Margarita de Borgoña.— Catalina Howard.* 1 t. de 480 pág. lám. . . . . 12 rs.
NOVELAS DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. 2 t. de 270 pág. lám. Cada uno. . . . . 10 rs.
HISTORIA DE LOS ARABES Y DE LOS MOROS DE ESPAÑA. Por LUIS VIARDOT. 1 t. de 300 pág. lám. . . . . 12 rs.
LOS MISTERIOS DE PARIS, por EUGENIO SUE. 5 t. de 300 pág. lám. Cada uno. . . . . 12 rs.
ARTURO. Por EUGENIO SUE. 2 t. de 300 pág. lám. Cada uno. . . . 12 rs.
EL JUDIO ERRANTE del mismo autor. (Lo tenemos en prensa).

AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS, NACIONALES Y EXTRANJEROS,

QUE CONTENDRÁ EL

Tesoro de Autores Ilustres.

A.

Nacionales.

Abarca.
Acosta.
Alarcon (Ruiz de).
Aleman.
Alvar Gomez.
Argensolas (Los).
Argote de Molina.
Arquijo.
Arriaza.
Ayala.
Azara.

Extranjeros.

Abrantes (Duq. de).
Alfieri.
Anacreonte.
Ana-María.
Ancelot (Mad. de).
Antillon.
Anquetil.
Apiano Marcelino.
Apuleyo.
Ariosto.
Arlincourt.
Aulo Gelio.

B.

Nacionales.

Bernal Diaz del Cast
Bleda (Fr. Jaime).
Boscan.
Burgos (F.Vte. de).
Burgos (Javier de).
Burguillos.

Extranjeros.

Bacon.
Baldinotti.
Balzac.
Bartelemy.
Beaumont.
Bembo.
Bentham.
Bentivoglio (Card.)
Bèranger.
Bernard.
Berthoud.
Boileau Despreux.
Bossuet.
Bouilly.
Brisson.
Brot.
Bulwer.
Buffon.
Byron.

C.

Nacionales.

Cabarrús.
Cadalso.
Calderon de la Barca
Camargo.
Campomanes.
Canga Argüelles.
Capmany.
Castillo Solórzano.
Castillejo.
Cervantes.
Céspedes.
Chumacero.
Cienfuegos.
Claros.
Colmenares.
Conde.
Cota.
Cruz (Ramon de la).
Cubillo de Aragon.

Extranjeros.

Camoens.
Campvell.
Canning.
Capefigue.
Catulo.
Carti y Moreti.
Caton.
Cesar (Julio).
Celso.
Chateaubriand.
Chancer.
Chevalier.
Ciceron.
Condillac.
Cooper.
Cormenin.
Corneille.
Cornelio Nepote.
Crable.
Cottin (Madama).
Cousin.
Cuvier.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

Pág.

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

Sue, Eugène
Arturo

